

La
alucinante
inmensidad
de las
dudas
flotantes

Noemí Quesada



**La alucinante
inmensidad de las
dudas flotantes**

Noemí Quesada

Sinopsis

¿Por qué conectan dos personas? ¿De dónde surge esa magia que comienza a flotar, a veces, tan solo con una mirada? ¿Qué es lo que nos hace querer saber más?

Tras esa delgada línea plagada de dudas y posibilidades se encuentra la historia de Ada y Biel. Ella, con su cuaderno en la mano y música clásica de fondo, pensando en nuevos poemas. Él, colgado bocabajo de un tobogán infantil, practicando parkour.

A simple vista no podrían ser más diferentes, pero hay algo que los conecta y que muy pronto descubrirán. Bastarán unas cuantas gotas de lluvia para que comiencen a averiguarlo y después... Después ya no podrán parar. ¿O sí?

Título original: La alucinante inmensidad de las dudas flotantes.

Copyright © Noemí Quesada, septiembre 2023.

Diseño de cubierta: Noemí Quesada y Roma García.

Sello: Independently published.

ISBN: 9798862678482

® Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.2170 y siguientes del Código Penal).

La propiedad intelectual de una obra literaria, artística o científica corresponde al autor por el solo hecho de su creación (art. 1TRLPI). Está integrada por derechos de carácter personal y patrimonial, que contribuyen al autor la plena disposición y el derecho exclusivo a la explotación de la obra sin más limitaciones que las establecidas en la ley (art. 2 TRLPI).

NOTA DE AUTORA

Me apetece contar cómo me surgió la idea para esta historia, ya que fue de lo más curioso. Una tarde cualquiera, en un parque infantil cualquiera, estaba yo mirando la composición de tobogán, caseta, pasadizo, etcétera cuando comenzaron a caer algunas gotas de lluvia. No pasaron ni cinco minutos y ya me había quedado prácticamente sola con mi hijo. Recuerdo ahora que estaba yo embarazada de Emma, tal vez fue ella quién me mandó la idea, ¿no sería bonito? Bueno, el caso, que la caseta infantil que hasta hacía nada estaba llena de niños, se había quedado vacía. O casi vacía. De pronto, tres chicos adolescentes habían llegado y se habían puesto a hacer bailes y estiramientos con una música rapera que yo, por supuesto, desconocía. La stampa que tenía delante era tan diferente a la anterior que me dio por pensar que sería un buen comienzo para una novela. Una chica sola, las primera gotas de lluvia cayendo, unos chicos que aparecen de la nada y convierten la caseta infantil en un lugar donde practicar parkour. Hice una foto del momento, supongo que estará perdida por la galería de mi móvil, porque algo me decía que esa inesperada semillita iba a proliferar. Y vaya si proliferó.

Esta novela es lo que hasta ahora habéis conocido como Proyecto Parkour, una historia que vomité desde las entrañas, que se escribió casi sola, con la que sentí que podía escribir del tirón desde el inicio hasta la palabra fin si hubiese tenido la posibilidad. Como anécdota traumática, tengo que recordar cuando, por un despiste horrible, eliminé las últimas diez mil palabras que llevaba escritas. Entré en pánico, sufrí una taquicardia y sí, también lloré. Pedí ayuda, miré tutoriales, pero no hubo forma de recuperarlas. Por lo tanto, después del shock me puse a reescribir de nuevo, siendo yo de esas escritoras que escriben sin mapa ni guion, tratando de hacerlo lo más parecido posible a lo anterior. Gracias a todos los audios que le había enviado a Selva Palacios contándole las actualizaciones del manuscrito pude recuperar algo de información y, pese a ese gran revés que no le deseo ni a mi peor enemigo, conseguí acabar la novela en apenas dos meses y una semana. Reconozco que me siento muy orgullosa de la hazaña y de esta novela, una de esas historias especiales que se quedan en el corazón. Tuve dudas sobre dónde ambientarla, pero vi la respuesta tan fácil que supe que tenía que ser aquí y solo aquí. Murcia, mi tierra hermosa. Qué bonito ha sido escribirte.

No me entretengo más, os dejo que descubráis el resto y ojalá lo disfrutéis tanto como yo.

*Si te gusta leer con música o te apetece saber cómo suenan las canciones que aparecen en esta historia, entra en el siguiente enlace. [Ir a Spotify](#).

Feliz lectura.

Noemí Quesada.

**La alucinante
inmensidad de las
dudas flotantes**

Noemí Quesada

Para mi hermano, fuente de inspiración siempre.

Por más viajes a Madrid.

ADA

Gotas de lluvia sobre el papel.

Tu piel.

La mía que te anhela,

húmeda.

Nos miramos,

resbalamos

y caemos.

Voy a contarte un secreto. Cuando comienza a llover y la gente corre para no mojarse, yo camino más despacio. Adoro sentir la lluvia sobre mi piel. Me da paz. Felicidad. Sonrío con cada gota, cierro los ojos unos segundos y bailo. Me imagino bailando danza clásica o contemporánea. Alargo los brazos, con las puntas de los dedos siempre mirando al cielo. Elevo la cabeza y la inclino levemente. Salto, mis pies vuelan, mi cuerpo entero se desliza. Floto. Todo flota a alrededor de mí.

El problema es que esto es Murcia y aquí apenas llueve. De hecho, llueve tan poco que cuando ese hecho histórico ocurre, los murcianos miramos por la ventana, grabamos con el móvil y se lo pasamos a todos nuestros contactos. «Solo es lluvia, ni que estuviera cayendo nieve de color verde», digo siempre para mí misma. No sabemos caminar con paraguas, así que todo el mundo usa el coche y esto se convierte en un atasco constante, sonido de cláxones incluidos. Si alguna vez vas por las calles de Murcia y resulta que te pilla en ese día del año que llueve, si ves a una chica sonriendo, sin paraguas y caminando sospechosamente despacio, soy yo.

Ahora no camino, estoy sentada en un murete de piedra junto a un parque infantil. Mi hermana lleva semanas insistiéndome para que venga con ella y mi sobrina a pasar la tarde. Yo lo he ido aplazando porque... Bueno, porque estar rodeada de niños y otras madres no es mi plan ideal de vida, pero ya se me habían acabado las excusas.

Mi sobrina Paola es todo amor y energía, una terremotillo de cinco años más lista que yo siete veces. Ha corrido, ha jugado, creo que ha desgastado el tobogán de tanto tirarse y ha consumido mi energía. «Tata, mira cómo me tiro. Tata, mira qué alta soy. Tata, vamos al columpio. ¡Más fuerte! ¡Más alto, tata!» Mi hermana se ha desentendido de ella al llegar, se ha puesto a hablar con el resto de madres, a seguir trabajando a través de su Ipad y me ha dejado a solas con Paolita. Yo encantada, pero después de media hora ya estaba para el arrastre. ¿Les meten algo ilegal en los envases de zumo o qué?

Me he mudado con mi hermana y mi sobrina hace poco más de un mes. Ha sido una decisión bastante meditada, ella llevaba tiempo tratando de convencerme, pero no veía el momento de salir de mi diminuto y atestado piso de estudiantes. Al parecer, solo a mí me gustaba ese cuchitril situado en plena Plaza de Santo Domingo, una de las zonas más bonitas de mi ciudad. La verdad que solo tenía bueno eso, la ubicación. Que corriera la leyenda de que anteriormente había sido

habitado por unas abuelas cuya presencia no se había ido del todo, tampoco ayudaba. Las viejas, las llamábamos. Lo reconozco, daba algo de repelús, pero lo único que sus espíritus hacían era cambiar las cosas de sitio y hacer desaparecer los enredos; ni tan mal. Durante los cuatro años que dura el Grado en Lengua y Literatura Españolas de la UMU, yo fui la única inquilina fija de aquel piso. Mis compañeras no duraban demasiado, hubo bastante trasiego de chicas, pero con ninguna conseguí mantener una amistad más allá de esas paredes. Sí que mantengo el contacto con alguna, pero nada importante. El año pasado nos graduamos. Debería haberlo hecho con todo aprobado, pero aún arrastro dos asignaturas de cuarto curso y el Trabajo de Fin de Grado.

Necesitaba cerrar esa etapa. Mi hermana quería ayuda con Paola, mis ingresos comenzaban a escasear y estaba harta de tener que comer y cenar en mi habitación, puesto que la cocina siempre estaba hecha un asco. Así que ahora vivo en Gran Vía, en un pisazo que le cuesta a mi hermana un riñón, pero que puede pagar con creces gracias a su empleo. Esto es un poco confidencial, pero es la jefa de El Corte Inglés. Vale, no es la jefa en sí, más bien Directora de algo, jefa de jefes... La verdad es que no lo tengo claro, ella es bastante reservada en ese ámbito y nunca lo especifica, pero sé que es una mandamás importante y que gana una pasta gansa. Me vale con eso.

Mi hermana y yo estamos solas en el mundo desde que nuestra madre murió tras una larga enfermedad. Fue muy duro, pero sabíamos que iba a ocurrir. De eso hace ya seis años. Si te estás preguntando por el padre, tengo que decirte que yo hace mucho que dejé de preguntármelo. Paradero desconocido, no existe, no sabe, no contesta. Para añadir algo más, te diré que lo más probable es que Berta y yo compartamos solo la sangre materna. Ella es una morenaza llena de curvas, media melena ondulada, ojos verdes; nada que ver conmigo. Nuestra madre fue parca y ambigua en palabras con ese tema, igual de ahí le viene a mi hermana su vena reservada. Siempre fuimos tres. Berta se llevó el mazazo de su vida al perder a nuestra madre estando embarazada de Paola. Estaban muy unidas. Se podría decir que mi hermana siempre ha ejercido de madre, más que la nuestra propia. Que sí, que la pobre se dejó la piel y la salud trabajando para sacarnos adelante y que no nos faltara de nada, pero me habría gustado un poco menos de dinero y más tiempo con ella. Lo cierto es que mi hermana, cuatro años mayor que yo, fue quien adoptó ese rol y así sigue siendo.

Misteriosamente, como si la historia estuviera condenada a repetirse, Berta se quedó embarazada a los veintiuno de un fantasma. Nunca jamás habla de ello, se limita a decir que su hija no tiene padre, que ella se basta y se sobra. Y tanto que es así. Los tiene bien puestos, la tía. Consiguió terminar el año de carrera estando embarazada y se matriculó para el último curso a distancia en pleno posparto. Luchó por conseguir realizar las prácticas en el departamento de ventas de El Corte Inglés y, en tan solo cinco años, se ha posicionado en lo más alto. Tuvo que sacrificar parte de su maternidad, se perdió ver crecer a su hija y mil cosas más por llegar hasta donde ha llegado. No ha sido fácil y ha tenido que pagar un alto precio, por ejemplo, que mi sobrina llamara mamá a la *nanny*; ahí es nada. Sí, vale que ahora está montada en el dólar, como se suele decir, pero no sé yo si eso compensa. ¿Veis el parecido entre mi madre y mi hermana? Es tan obvio que asusta. Me pregunto si yo me pareceré a mi padre, pero eso es algo que nunca sabremos.

Vivimos en casa de nuestra madre las dos solas un par de años hasta que ella pudo conseguir un piso propio, que coincidió con mi etapa en la universidad, así que yo me mudé con las que fueron mis primeras compañeras y, por supuesto, con «las viejas». Hasta ahora. Desde hace unas semanas yo disfruto de todos los lujos que su piso me ofrece, le hago de canguro, chica de los

recados, de limpiadora, cocinera y lo que se tercie. No me quería cobrar un alquiler, así que ese es el acuerdo al que llegamos. Mi madre me dejó un buen colchón antes de irse, y yo llevo trabajando de azafata de eventos aquí y allá desde que cumplí los dieciséis. Mientras tanto, sigo estudiando para ver si consigo sacarme por fin el título. Y hoy, por primera vez, la he acompañado al parque infantil.

No sé qué ha pasado. Hacía un sol espléndido, pero ha comenzado a nublarse, de repente se ha levantado viento y, cuando la primera gota ha caído sobre el suelo acolchado del parque, todas las madres han cogido a sus hijos y han salido en estampida. Creo que mi hermana ni siquiera se ha despedido de mí. Me ha parecido tan surrealista que no he podido evitar reírme a carcajadas yo sola.

Decido quedarme un poco más, ponerme los auriculares, sacar mi libreta, aun a riesgo de que se moje, y ver si puedo escribir algo decente. Me gusta la poesía. Esa fue mi principal razón para elegir carrera. Me encanta leerla y a veces me da por escribir. Me gusta cerrar los ojos y ver qué brota de mí. Me quedo nueva después de eso y sabía que la lluvia me inspiraría. Siempre lo hace.

Pongo el modo aleatorio de mi lista de reproducción de música clásica. Spring Waltz, Mariage d'Amour, de Chopin, mi favorita del momento. Le doy a la opción de repetir en bucle. Me cuesta mantener las lágrimas con esta melodía y, simplemente, lo dejo salir. Llora de pura belleza imaginándome como a una de esas bailarinas que giran dentro de una cajita antigua mientras la música lo envuelve todo y me transporta a un mundo mejor. Tras unos segundos, me seco con la mano la mezcla de gotas saladas y dulces que mojan mi cara. Parece que la lluvia está apretando, pero no lo suficiente como para irme de aquí. Además, estoy disfrutando de la refrescante brisa que acompaña a la lluvia. Parece que por fin el calor nos va a dar algo de tregua, que menudo septiembre nos está haciendo. Las fiestas de Murcia ya están acabando y sigue haciendo un calor insoportable, como si el verano se resistiera a marcharse. Estoy enfrascada en mi libreta, tratando de conseguir algún escrito más, cuando percibo movimiento junto a mí. ¿Sabes esa sensación de que está ocurriendo algo antes de poder verlo? Pues eso me ocurre. Levanto la vista y veo a un grupo de chicos alrededor de la caseta infantil que hace las veces de laberinto, tobogán y montaña de escalada. Son tres y no sé en qué momento han llegado. Uno ha colgado su camiseta en el caballito de madera, el otro baila sin marcar demasiado el ritmo. Deduzco, por sus movimientos, que es algo tipo rap o hip hop. El último se ha quitado las zapatillas, se arrodilla a cuatro patas y se pone a estirar. ¿Lleva calcetines de pompas de jabón? Me sorprende que no se le caiga el gorro negro de la cabeza, y también que lleve gorro de lana en estas fechas. El que no lleva camiseta decide subir de un salto desde el suelo hasta la parte de arriba del tobogán y dejarse caer de pie por el lateral. Ni siquiera se despeina. El otro sigue con sus movimientos dispersos, como si estuviera ensayando algo mentalmente.

Me quito los AirPods y el cambio de melodía es tan brusco que es como si esto fuese una película y hubiésemos cambiado de escena de forma radical. En efecto, suena hip hop. Una voz pitufo canturrea en una mezcla de spanglish extraño. Solo pillo palabra sueltas.

«Welcome. Ding dong. Lllaman a la puerta. No sé ni qué día es hoy...»

Agudizo el oído, pero de la parte rápida solo pillo «cojones, puta y yeah, yeah, yeah»

¿Qué clase de música es esa?

Ahora los movimientos del morenito ya encajan con la música y tienen más sentido. El que va sin camiseta decide unirse. El otro sigue en el suelo, estirando, haciendo el pino... Espera, ¿está

haciendo un *spagat*? Vaya, se acaba de abrir de piernas entero, un *spagat* perfecto.

¿De dónde han salido estos críos?

Vuelvo a mi libreta, pero no puedo concentrarme. Quedaría raro largarme ahora que acaban de llegar y, además, me resulta imposible quitar la vista de ellos, sobre todo del que sigue en el suelo poniendo a prueba su flexibilidad.

Cambia la canción. A este se le entiende mejor.

«La tumbé encima de la mesa. La desvestí mientras que me besa. Me la comí como milanesa. Y la batí como mahonesa».

¿Perdona? Abro los ojos escandalizada, recojo mis cosas a toda prisa y me pongo de pie dispuesta a marcharme cuanto antes. En ese momento el que estaba en el suelo también se pone de pie. Se coloca las zapatillas, coge impulso, salta contra una de las paredes de la caseta infantil, da un par de pasos en vertical y hace un mortal hacia atrás. Me quedo clavada en el suelo mientras sus amigos le vitorean.

¿Cómo demonios ha hecho eso?

Entonces, de repente, se gira. Se gira y me mira. Me mira y me sonríe. Y yo me muero de la vergüenza, pongo cara de susto y comienzo a caminar lo más rápido que puedo con la mirada hundida en el suelo. Me arde la cara y creo que me está sudando hasta la coronilla.

«Menudo flipado», le digo mentalmente.

«Menuda pardilla», habrá pensado él.

BIEL

Una llamada perdida

Dice Omar que esta tarde quiere probar un sitio nuevo, un parque infantil con posibilidades, así lo ha bautizado. Yo no veo cómo vamos a hacer nuestras cosas con los niños merodeando, pero no perdemos nada por probar. Como siempre, estamos en el sofá esperando a Gonzalo, el puto pesado. En realidad, ninguno lo llamamos por su nombre completo, solo cuando queremos hacer la rima para darle un poco de caña, porque realmente es lento de cojones. Gon nunca tiene prisa y Omar y yo nos pasamos la vida esperando a que termine de hacer sus mierdas a paso de tortuga. A pesar de todo, hacemos buen equipo, no suele haber disputas por compartir entre los tres un piso de setenta metros cuadrados y tenemos en común nuestros principales hobbies, que son el *parkour*, el *street dance* y el *skate*. El padre de Gon nos consiguió este chollo de piso en San Antolín. Es pequeño, antiguo, algo oscuro, pero es de un amigo suyo y le hizo precio. Nos sale por cuatro euros, lo que es primordial, ya que, aunque los tres trabajamos, nuestros sueldos no son muy boyantes, que digamos.

Los tres estamos en último curso de Trabajo Social. Mientras tanto, Omar se saca un dinero considerable limpiando coches en varios concesionarios y talleres. Es meticuloso hasta decir basta. Gon trabaja en Carolina Herrera, lo cual le viene perfecto, porque en esa tienda nunca parecen tener prisa. Si tienen que estar diez minutos para envolver una camisa de regalo, lo hacen con la mejor de sus sonrisas. La de cosas que yo podría hacer en diez minutos. Por ejemplo, servir unas cincuenta raciones de comida en el comedor social donde trabajo algunos días, y eso contando con que me entretendría a hablar un poco con ellos. Siempre tuve claro que quería dedicarme a esto. Ayudar a los más desfavorecidos, ya sean familias en riesgo de exclusión social, drogodependientes, menores procedentes de familias desestructuradas o bajo la tutela del estado y, mi debilidad, las personas mayores que se han quedado solas en el mundo. Es un trabajo duro, pero a la vez es tan reconfortante que hace que todo merezca la pena.

Hace un año, durante mis prácticas, tuve la gran suerte de conocer a la persona indicada que me prometió un puesto sin haber terminado mis estudios, pero me vi obligado a esperar a cuarto de carrera para poder empezar a trabajar, ya que es necesario estar colegiado. Le caí bien. Suelo caer bien, la verdad. Desde entonces, mis días van rotando entre los estudios, el comedor social, con servicio de comidas y cenas, y seguir practicando con mis amigos todas las locuras que se nos van ocurriendo.

Llegué al *parkour* a través de unos vídeos de Youtube que Omar me puso al primer día de conocernos. Después reclutamos a Gon, más experto en *skate* que nosotros, que solo habíamos hecho unos pinitos sin importancia. El baile es algo que los tres tenemos en común, de base, corriendo por nuestras venas desde bien pequeños. Yo comencé con apenas cuatro años a ir a clases de ballet clásico. Creo que lo que más me llamaba la atención de esa disciplina era el tutú que llevaban las niñas, pero la sorpresa fue que para mí no lo hubo, por mucho que insistí en que quería uno de color verde, mi color favorito por aquel entonces. Muy mal por eso. Pero aun así continué con el baile, resultó que me gustaba. Un par de años después, cuando entré a primaria, conocí a un grupo de chicos de mi clase que iban a patinar por las tardes. Me cambié de

extraescolar y descubrí que, no solo se me daba bien rodar en patines, sino que lo disfrutaba mucho. Poco después, cuando mis amigos estaban a punto de tomar la comunión, paso que me salté por decisión propia, yo descubrí la música funky, el hip hop, el rap, y comencé a dar mis primeros pasos. Soy un aficionado, pero llevo practicando desde los ocho y no me he profesionalizado porque no he querido. Me gusta que sea un hobby, un desahogo, una forma de disfrutar en mis ratos libres, sin más.

Está muy mitificado eso de hacer de tu hobby tu trabajo y así no tener que trabajar nunca más y blablablá, pero no me jodas, eso tiene un gran inconveniente y es que puedes acabar aborreciendo eso que tanto amas. Para mí, el baile, el *skate* y el *parkour* son formas de evasión, de disfrute, de diversión, y también es un modo de retarme y superarme a mí mismo. No es algo por lo que quiera recibir dinero a cambio. Me parece importante tener esto en cuenta a la hora de elegir nuestro camino, saber en qué queremos emplear nuestras horas de tiempo libre y a qué nos queremos dedicar de forma profesional.

Dicho esto, salimos por fin hacia el parque. Demasiado tarde, quizá.

—Gon, tío, has tardado tanto que nos hemos quedado sin sol —le dice Omar.

—¿Para qué quieres que haga sol si siempre te quejas de que no lo soportas?

Me rio y asiento. Gon tiene razón.

—Ya, pero se está poniendo el tiempo feo, igual hasta llueve.

—Sí, hombre... Si aquí es más fácil que nos llegue la arena de tu querido Sahara, ¿qué me estás contando?

Es poner un pie en el parque y caer la primera gota. La gente desaparece a toda prisa y se hace el silencio más absoluto. Así, en apenas cinco segundos.

—Te he dicho que iba a llover. Y te repito que el desierto no llega a Casablanca, mi ciudad. No vivía entre dunas, cabrón.

—Acho, ¿me estás vacilando? —grita Gon mirando al cielo, haciendo caso omiso a la explicación de Omar.

Estos dos siguen picándose por la lluvia, pero es mejor así, porque esto estaba atestado y habría sido imposible hacer nada con tanto niño.

—Nos quedamos igualmente, ya que hemos venido hasta aquí —les digo y me quito los bambos para comenzar a calentar.

Gon se quita la camiseta, Omar abre el Spotify y nos ponemos cada uno a nuestra bola. Hoy solo vamos a pasar el rato, por ver qué tal este sitio. Estoy arrodillado en el suelo al ritmo de Welcome, de Nikone, una de mis favoritas por su ritmo pegadizo. Entro en el *mood* de la calle, los muros de piedra hacen que la música se escuche con eco, además del silencio sepulcral que lo envuelve todo, y disfruto incluso de las gotas de lluvia que ya empiezan a mojar más de la cuenta. Apoyo los brazos en el suelo, cojo aire, me preparo bien alineado y hago el pino. Me gusta esta postura para activar todo el cuerpo.

Del revés, así es como la veo. Pensaba que estábamos solos, pero todavía queda alguien que no ha salido huyendo con la amenaza de lluvia. Lleva una coleta alta, una libreta en la mano y se le están mojando los AirPods. Odio esos cacharros. Los ha dejado sobre el murete en el que está sentada mirándome de reojo. Voy a por el *spagat*, quizá la impresione. Me abro en completa y

recuerdo cuánto me costó poder hacerlo. Primero lo aprendí en ballet, pero de pequeños todos somos de goma y no tiene tanto mérito. Después lo desaprendí del todo por la falta de práctica y en mi adolescencia comprobé que la flexibilidad era cosa del pasado. Pero nada que no consiga la constancia y las ganas, y yo de eso tengo bastante. Ahora soy yo el que la mira de reojo y me relamo al comprobar que se ha sorprendido. Bien, vamos un paso más allá. Es la hora de calzarme de nuevo y hacer mi famoso mortal. De acuerdo, no tiene nada de famoso, solo que me sale de flipar y tenía que decirlo. Ahora nada más faltaba que me cayera de culo, pero ¿qué es la vida sin riesgo?

Suena Zenit, de Ajax y Prok. Sopeso la distancia hasta la caseta, tomo impulso, tres zancadas hasta llegar a ella, dos en vertical y giro hacia atrás. ¡Sí! Lo clavo. Decido seguir pavoneándome mientras mis amigos me dan coba y me giro para mirarla, de una, de frente y a los ojos. Le sonrío. Porque soy un tipo simpático y estoy de adrenalina hasta los topes ahora mismo. Su expresión poco tiene que ver con la mía. Cualquiera diría que la he espantado con tanta vacilada, porque no tarda ni un segundo en agachar la cabeza y echar a andar tan deprisa que parece que la estén persiguiendo. «Adiós, chica misteriosa», le digo mentalmente. «¿Volveré a verte por aquí?»

ADA

Miradas que hablan,
que arden,
que calman.
Palabras mudas
y ojos que gritan.
Pestañas desnudas.
Dinamitan.

Vivir con mi hermana es... un poco estresante, por decirlo de forma suave. Viendo el ritmo de vida que lleva entre el trabajo y la niña, lo cierto es que me siento un poco culpable por no haber estado ahí cuando nació mi sobrina. Ella siempre me ha dicho que los años de universidad son sagrados, que no podía arrebatarme ese derecho, pues es una de las mejores etapas de la vida, pero no me gusta pensar que mientras yo estaba de fiestas y cervezas, ella luchaba por hacerse un hueco en el competitivo mercado laboral con un bebé a su cargo. Quizá por eso ahora siento que le debo algo y me he convertido así en una especie de esclava para ella. Esclava consentida, pero a su servicio, al fin y al cabo. Aunque no tardé en darme cuenta de que la auténtica jefa es mi sobrina. Esa pequeña diablilla de cinco años se piensa que somos su séquito y que ella ha llegado al mundo para dar órdenes y ser agasajada. Quién pudiera regresar a la infancia.

—Ada, dile que pare.

—¿Qué más te da? Ya está terminando, deja que te las pinte todas.

—Te estás divirtiendo tú con esto más que ella —refunfuña.

Ese es Marcos, mi amigo, mi ex y, ahora, de nuevo mejor amigo. Le he invitado a pasar la tarde en casa. Mi hermana me ha advertido que hoy llegaría para la cena, y una tarde entera con Paolita dinamita es demasiado para mí. Hemos jugado al escondite, al pillapilla, a los puzles y a las cocinitas. Después hemos visto a medias la misma peli de siempre, la de Pesadillas, esa en la que los monstruos cobran vida en la noche de Halloween gracias a un malvado muñeco ventrílocuo llamado Slappy. Quizá no sea lo más recomendable para su edad, pero está en esa fase en la que le alucinan los monstruos y es con la única que aguanta sentada más de cinco minutos. Luego me tocará bronca de su madre y yo la aceptaré con gusto. Ahora está pintándole las uñas a Marcos. Quien dice las uñas, dice también los dedos, la mesita pequeña y un poco su camiseta. Y cómo no, de color fucsia y verde fosforito, los más chillones.

—Venga, no seas así, si te queda genial —me mofo muerta de risa.

—Tú ríete, pero a la próxima no me lías. Quedamos a tomar unas cervezas por ahí sin mocosos de por medio.

—¿Me haz llamado mocoza?

Paolita lo pone firme con su voz de pito y su ceceo. Te piensas que la niña está a por uvas y tiene la parabólica funcionando a todo lo que da. Le ofrezco un helado de chocolate para que nos deje respirar un poco y saco otro par para nosotros. Al menos, mientras come está más o menos quieta.

Marcos y yo somos amigos desde el instituto. Hemos pasado la pubertad juntos, nos hemos desvirgado casi a la vez —cada uno con sus respectivos— y hemos acabado estudiando en la misma facultad. En esa etapa nos hicimos pareja. Fue una noche tonta, nos besamos haciendo el idiota y, simplemente, dejamos correr la bola. Nos llevábamos tan bien que dijimos, ¿por qué no? No sa-líamos con nadie, nos gustaba besarnos y pasar tiempo juntos, así que supongo que fue algo natural, cómodo, lógico. Él se decantó por Historia, es un erudito sabelotodo que da un poco de grima y, cómo no, ya está dando clases de apoyo, casualmente en el colegio al que va mi sobrina, cuando todavía no tiene ni plaza. Pero la tendrá, y a la primera, el muy mamón, porque ya está en ello; tiempo al tiempo. Siempre hemos sido de esa clase de amigos medio hermanos que pueden tontear sin que ocurra ninguna gran tragedia y después volver a la *friendzone* tan ricamente. Eso fue lo que ocurrió. Con el paso de los meses nos dimos cuenta de que lo nuestro no era amor, al menos, tal y como se suponía que debía de ser. Cortamos de mutuo acuerdo y seguimos tan amigos. Reconozco que de vez en cuando me suelta algún comentario que no sé muy bien cómo interpretar, pero no le doy mayor importancia. Los dos tenemos claro lo que tuvimos y lo que somos ahora; no hay más. Nos lo contamos todo —o casi—, hasta nuestros escauceos sexuales. Sin entrar en detalles, por supuesto, pero ni falta que hace. Me gusta pensar que él es esa mejor amiga que nunca conseguí. Está bien, mi hermana también cumple esa función, pero ya me entendéis. Marcos es ese tipo de chico perfecto con el que siempre me imaginé. Educado, bien vestido con ropa clásica, correcto e inteligente. Es un buen chico, muy aplicado y responsable. Tiene un humor un poco raro que no todo el mundo entiende —a veces no lo pillo ni yo— y siempre se queja de que ninguna chica lo toma en serio. A mí no me parece que él tenga muchas ganas de formalizar nada, pero esto es algo que prefiero guardarme, ya que a veces se ofende con demasiada facilidad. Incluso he llegado a pensar, aquí viene la confesión, que podría ser gay. O tal vez bi... No sé, pero las chicas se le dan fatal.

Yo tampoco tengo ganas de líos, estoy ahora más tranquila que nunca. Hace un año que lo dejé con el que fue mi medio pareja, por llamarlo de algún modo. Estábamos bien, pero yo que sé, no me motivaba lo suficiente, supongo. Estuvimos juntos, con nuestras idas y venidas, unos diez meses. Fuera de esa semirelación y de la anterior con Marcos, nada más allá de rolletes esporádicos. Estoy en una nueva etapa, me noto más madura, más centrada, más relajada. Sigo enfocada en aprobar lo que me queda de carrera, en ayudar a mi hermana con Paolita, en disfrutar de todos los lujos que su piso me ofrece y que tengo para mí sola la mayor parte del tiempo, y en escribir. Últimamente estoy escribiendo bastante y tengo que reconocer que aquella tarde de lluvia me está sirviendo de inspiración más de lo esperado. Tuve que comprarme una libreta nueva y pasar los poemas a limpio, ya que la que llevaba acabó empapada y arrugada, pero no me importó; me gusta escribir a mano y tengo una grafía bastante decente.

—Chicas, ¿os apetece un helado? Hace un día fabuloso.

Mi hermana entra en el piso y se encuentra con la sesión de manicura recién terminada.

—Marcos, te lo he dicho cien veces, no dejes que abuse de ti.

—¿Y cómo lo consigo?

Mi hermana niega con la cabeza, cuelga el bolso en el perchero de diseño del recibidor y se mete dando taconazos hasta su habitación. Sale tres minutos después con un conjunto de deporte digno de la mejores *influencers*. No tiene término medio. O va en traje chaqueta o en ropa de deporte.

—Va, ¿salimos un rato? Cielo, ¿quieres ir a jugar al parque?

—¡Y un helado!

—Está bien, ya te lo he dicho, no puedo retractarme —resopla—. ¿Por qué llevas la boca manchada de chocolate? ¿Te ha dado ya uno la tata?

Mi sobrina me mira y niega con la cabeza. Me tengo que aguantar las carcajadas. Es la ama.

—Le he dado a probar solo un poquito del mío —miento yo también.

—Está bien, pues andando.

—¿Tú no ibas a llegar tarde hoy?

—Sí, pero me sentía culpable. Es viernes, hace una tarde estupenda y he pensado que podría seguir trabajando desde casa.

—Querrás decir desde el parque. ¿Para eso me quieres?

—¿Qué más te da? No estabais haciendo nada especial, y así puedo estar un rato con mi hija y trabajar al mismo tiempo.

—O sea, que ni una cosa ni la otra —digo entre dientes—. Y luego te irás al gimnasio.

—Te lo compensaré, te lo prometo.

Está claro que piensa hacer lo del otro día. Llegar al parque, ponerse a contestar correos como loca y que yo me ocupe de la niña. Después tendrá que ir a sus sesiones de *crossfit* porque, claro, su puesto de trabajo es de lo más exigente y necesita liberar estrés. Mientras tanto, aquí está su nueva *nanny*, que como no tiene nada mejor que hacer...

—Genial, pues yo me voy que hoy ya he cumplido. Espero poder quitarme esto de las uñas sin arrancarme ninguna.

Marcos desaparece y yo voy a por mi mochila. Me aseguro de que los AirPods y la libreta van dentro antes de salir. Al menos, ya que tengo la tarde planificada por cuenta ajena, espero poder escribir algo.

El parque está atestado, por lo visto todo el mundo ha tenido la misma idea que mi hermana. Tal y como me había imaginado, es llegar y ponerse a teclear en su Ipad. Socorro, otra sesión de parque con Paolita dinamita, que alguien me ayude. Me acerco a la pared de la caseta que usó el chico de la otra vez para hacer su mortal. Compruebo que está a noventa grados respecto al suelo y que es rígida a más no poder. A lo largo de estos días me he preguntado en más de una ocasión cómo consiguió hacer semejante acrobacia. La he visualizado en mi mente una vez tras otra y es que no me entra en la cabeza. Sí, me has pillado, también lo he visualizado a él junto a esa sonrisa que me dedicó. Tenía el pelo castaño claro, creo que con alguna mecha rubia, pero no estoy segura. Un poco ondulado, revuelto, le caía sobre las cejas. Y una bonita sonrisa. No me dio tiempo a ver más, ya que salí corriendo en estampida, tal y como habían hecho las madres unos minutos antes, solo que por un motivo bastante diferente. Eso sí, los calcetines eran verdes con pompas de jabón, todo un canto a la discreción. No fue hasta mitad de camino cuando me

permití aflojar el paso y disfrutar de la lluvia. Y no ha sido hasta hoy, al llegar aquí, que me he preguntado si volveré a verlo. Quizá solo vengan los días de lluvia, aunque lo más probable es que esperen a que el parque se vacíe para hacer sus numeritos.

Consigo sacar la libreta y probar suerte una vez que mi hermana se ha ido y mi sobrina se ha puesto a jugar con otros niños a cazar al lobo feroz. Por fin, un respiro. Me pongo música y trato de evadirme, pero no lo consigo. Entre los gritos, algún que otro pisotón y vigilar que no me la secuestren o se parta la crisma, me resulta imposible. Me sorprendo mirando como una boba la dichosa caseta amarilla y roja y no puedo ignorar cierto halo de nerviosismo. ¿Volveré a verlo o fue una de esas cosas que solo pasan una vez en la vida?

BIEL

Un mensaje de texto vacío

Hemos vuelto al mismo parque en varias ocasiones. A ellos les gustó, estamos sacándole bastante partido a la caseta, pero a mí me gustó más. No la caseta, claro, sino la chica huidiza y misteriosa. No he vuelto a verla. Solo fue un momento, una chica desconocida cualquiera, pero, por algún motivo que no logro entender, llamó mi atención. ¿Qué es lo que hace que nos fijemos en las personas? ¿Por qué unas te atraen y otras no? Y no estoy hablando de enamoramiento ni de amor, sino de simple y pura atracción. Dicen que la química tiene mucho que ver con el olor, pero yo no tuve el placer de averiguar a qué huele, aunque lo he imaginado. Un verde campo lleno de flores, una tarde de playa, vainilla tal vez... Me intriga saber por qué he dedicado tantos momentos a pensar en ella si apenas estuvimos el uno frente al otro un par de minutos. Puede que fuera la expresión de su cara, su mirada curiosa y un poco abochornada. Quizá fue su pelo recogido en esa cola de caballo, sus vaqueros pitillo, sus zapatillas blancas impolutas o la forma en que agarraba la libreta, como si la quisiera fusionar con su piel. La atracción es complicada. A veces, conectas con alguien con una simple mirada o porque te encanta la forma en la que mueve los labios al hablar. Otras, esa conexión surge tras una conversación interesante o después de descubrir que hay algún punto de vista en común. Suele pasar también al compartir hobbies, como me pasó con mis amigos y, otras veces, sin que a primera vista haya ningún nexo de unión, resulta que el momento vital por el que se está pasando coincide de pleno con el de otra persona y se unen fuerzas para compartir la travesía. Es bonito, es poético, un misterio que me gustaría desentrañar, pero me parece que parte de ese encanto reside en que nunca sabremos la verdadera razón. Y está bien así. Sin embargo, también me pregunto en qué momento esa conexión puede volverse tóxica, enferma, apretar demasiado... ¿Dónde está la frontera?

Volvemos, tras sugerirlo yo un par de veces, al mismo parque. ¿Qué si sigo manteniendo la esperanza de volver a verla? Podría morirme de viejo y seguir conservándola, es lo que tiene ser un soñador. Calculamos la hora en la que las madres y sus niños comienzan a marcharse para hacer nuestra aparición. Todavía quedan unas cuantas, pero se irán en breve; las siete y media de la tarde parece ser su tope. Nos acercamos a la caseta para comenzar a calentar y miro disimuladamente por si ella está. Nada, otra tarde que no se deja caer por aquí. Pellizco de desilusión, pero yo a lo mío. Omar pone Hasta Cuando, de Fernando Costa. No deja de escucharla de modo casi enfermizo. Nos ponemos a calentar lo más alejados posible de la zona de juegos. Si de algo me he dado cuenta en este tiempo que llevo haciendo esto con ellos, es de las miradas reprobatorias, acusadoras, del rechazo y de la cantidad de prejuicios que hay en torno a estas disciplinas. Solo con las primeras estrofas de la canción ya recibimos miraditas, y son dos madres las que se van. Quiero pensar que porque tenían que irse, no por nuestras supuestas pintas, eso que alguna vez que otra nos han recriminado. ¿Qué mal hacemos?

Estoy haciendo la *cartwheel* o voltereta lateral cuando atisbo algo que llama mi atención. Unas zapatillas blancas resplandecientes que ya me suenan de haber visto por aquí. ¡Bien! ¡Es mi día de suerte! Sigo haciendo mis estiramientos como si nada para poder observarla mejor. Le está dando a una niña una bolsa de gusanitos. ¿Será su hija? Me parece demasiado joven para ser madre, pero tampoco me extrañaría. Se ha sentado donde la otra vez y se ha colocado los

AirPods. Saca su libreta y juguetea con el boli, como si fuera un apéndice más de su cuerpo. Lleva unos vaqueros blancos y una camiseta de rayas rojas y blancas. El pelo castaño recogido en una cola alta, igual que la otra vez. Me acaba de mirar. ¡Mierda! De repente me pongo demasiado nervioso y no sé lo que hacer. ¿Qué me pasa?

—Eh, Biel, ¿me estás escuchando?

—Dime.

—¿Que si nos hacemos unos *HandHops*?

Agradezco la intervención de Gon y le digo que sí. Este paso consiste en apoyar una mano en el suelo, hacer el pino y dar pequeños saltos en el aire con el otro brazo levantado mientras abres y cierras los pies. Comienza a sonar Pa' que lo gocen, del mismo cantante, y nos ponemos con nuestras vaciladas. «Serénate, tío, seguro que ni está mirando». Un salto, dos, tres... Cambio de mano y vuelta a empezar. Omar se pone de pie el primero y comienza a bailar a su bola, haciendo volteretas y probando pasos de baile. Gon practica el escorpión, paso que ha conseguido perfeccionar hace poco. Yo me subo a la caseta en un par de saltos y me siento en el tejado, frente a ella, que entierra la mirada en la libreta en cuanto la miro. Me parece algo entrañable. No puedo desaprovechar esta oportunidad para hablarle. Sin embargo, la música está un poco alta, los pocos niños que quedan siguen gritando, ella todavía lleva puestos su AirPods y así es imposible.

Unos segundos después vuelve a levantar su mirada y se encuentra con la mía. Muevo los hombros al ritmo de la música y le sonrío. Me gusta ver cómo su cara se va poniendo del color de las rayas de su camiseta. Sigo mirándola y espero hasta que ella vuelve a levantar la vista. Sucede después de un rato, se ha hecho de rogar. Observo cómo se mira el reloj y, por si acaso está pensando en marcharse, decido dar el paso. Me pongo de pie sobre el tejado de la caseta y aterrizo frente a ella de un salto. Se le cae el boli al suelo.

—Aquí tienes. Perdona si te he asustado —le digo sin saber si me está escuchando.

Ella eleva levemente una comisura. Le hago un gesto para que se quite los dichosos cacharros esos de las orejas.

—Puedo escucharte, solo llevo uno.

Acto seguido se lo quita y lo deja junto a ella.

—Vaya, así que yo a punto de hablarte en lenguaje de signos y tú pasando de mí adrede.

—No estoy pasando de ti... Y gracias.

—¿Por?

—El boli —dice moviéndolo en el aire.

—No hay de qué. Me llamo Biel, por cierto. ¿Tú eres...?

—Ada.

Cierta satisfacción me recorre el cuerpo al saber su nombre.

—Encantado, Ada. ¿Vienes mucho por aquí?

—A veces, cuando no me queda más remedio —suelta con una mueca de cansancio.

—Tata, cómprame una piruleta de freza, porfiiiiiii...

—Pao, ¿qué te he dicho? Se acabó el azúcar para ti hoy. Verás tu madre como no cenas.

Buf, menudo alivio, solo es su tía. Bien, vamos bien.

—¿Sabes qué? Espera un momento.

Voy hasta mi mochila y busco en el bolsillo pequeño. Que sea adicto a estas cosas ahora me parece una señal del cosmos.

—Para ti, pequeña.

—¡Yupiiiiiiiiii!

La niña se marcha brincando con la piruleta en la mano para enseñársela a sus amigos.

—¿Por qué has hecho eso?

—Así ella tiene lo que quiere y tú no tienes la culpa. Puedes decirle a su madre que ha sido cosa mía.

—Sí, claro, se quedará muy tranquila si le digo que su hija ha aceptado un caramelo de un extraño mientras jugaba en el parque y que yo lo he consentido. ¿Acaso no ves las noticias?

Me arranca una carcajada. Me parece que lo ha dicho medio en serio, pero me alegra ver que ella también se ríe.

—No soy tan extraño. Ya sabes mi nombre y no es la primera vez que nos vemos. ¿Te gustó el salto?

—No sé de qué me hablas —dice desviando la mirada.

—Venga, clavé el mortal y lo sabes. ¿Puedo sentarme?

Su respuesta se limita a un leve pestañeo. Será un sí, ya que no dice nada cuando me siento junto a ella tras unos segundos de bloqueo mental. Siempre el mismo puto bloqueo. Aprovecho para respirar a su lado y sonrío como un idiota cuando el olor a flores me inunda los sentidos.

—Te voy a confesar algo. Me intriga mucho saber qué escribes en esa libreta. He estado haciendo cábalas y me gustaría saber si he acertado con alguna. Si me lo dices, yo te diré con qué cosa sí que he acertado yo contigo.

—¿Perdona? ¿Has estado estudiándome o qué?

—He estado pensándote. ¿Te sirve?

«Ey, echa el freno, chaval. ¿O ya no te acuerdas de lo que te pasó la última vez por pasarte de intenso?».

Creo que me he pasado, pero ahora no puedo recular. A ella le suben los colores, aunque no me quita la mirada. Me cuesta diferenciar entre lo que es apropiado y lo que no. Antes no tenía ningún problema con eso, pero desde *ella* todo está difuso.

—¿Sabes en lo que he acertado yo? En que eres un flipado —me acusa enderezando la espalda.

—¡Ja! Buen apunte. Lo soy, sí. Un poco, lo justo. Tu turno.

—¿Mi turno de qué?

—La libreta —le digo dando un par de golpes con mi dedo en la portada. Es de tapa dura, de color verde esmeralda como desgastado, con un par de flores doradas enrollándose desde el tallo

hasta los pétalos. Es bonita y clásica, como ella.

—No pienso decirte lo que hay aquí.

—Vale, te digo mis opciones. Uno: dibujas el paisaje. Árboles, pájaros... ¿A un chico haciendo un mortal increíble? Te lo puedo firmar, si es así —le digo dándole más la razón a lo de que soy un flipado.

—Veo que de modestia vamos justitos...

Me encojo de hombros y sigo.

—Dos: escribes cosas que tienes pendientes, como la lista de la compra, tu próxima cita en la peluquería o si tienes que llamar al fontanero porque te has vuelto a quedar sin agua caliente. Me pasa muy a menudo esto último, es un horror.

Ella eleva las cejas y se me queda mirando fijamente. La derecha se le levanta un poco más que la izquierda. Las tiene finas, de color castaño, como su pelo. Sus ojos son almendrados, marrones, pero no un marrón oscuro, sino más bien tirando a chocolate con leche. Tiene la nariz más perfecta que yo haya visto jamás y unos labios discretos sin apenas arco de Cupido que me parecen la mar de sensuales. Sus orejas son pequeñas y redondeadas, con tres pendientes diminutos en forma de bola en cada una. Voy a pasar a analizar su cuello cuando su voz me devuelve a la realidad.

—¿Y tres? —me pregunta haciéndome salir de mi ensoñación.

—Ah, sí, la tercera... Escribes cuentos para tu sobrina. Se los lees cada noche antes de dormir y por eso eres su tía favorita.

Sonríe levemente. Creo que le ha gustado esta última.

—No has dado ni una y yo me tengo que ir. —Se pone de pie.

—¿Ya? ¿Y me vas a dejar con la duda?

—En eso consiste la vida. Las dudas son parte de nosotros.

Ahí está. El destello, la conexión, el punto clave. Siempre he pensado que las dudas son algo con lo que tenemos que vivir y que no podemos pretender saberlo todo. Me parece ver que se regodea en esa última frase y a mí me encanta que lo haga, aunque sentir de nuevo esa conexión me aterra; no me puedo engañar.

—Está bien, puedo vivir sin saber ciertas cosas, de hecho me gusta, pero entonces yo tampoco te diré que he acertado tu olor.

—¿Mi olor? ¿Tienes idea de lo raro y enfermo que suena eso?

—Y encima voy regalando caramelos a niños en un parque... Que no se entere la poli —susurro tapándome los ojos con las manos.

Le arranco una carcajada y juro que estoy a punto de volver a hacer otro mortal. Puta electricidad.

—Paola, recoge tus cosas que nos tenemos que ir —le dice a la niña que no para de saltar sobre una minicama elástica. Nos hemos quedado solos hace ya un rato.

—¡Nooo! Un poco más, tata.

—Yo tampoco quiero que te vayas. ¿Vendrás otro día?

—Tus amigos estarán esperándote.

—Tranquila, saben volver solos si es que se aburren, pero ahora que esto se queda vacío es cuando empezamos en serio con nuestras movidas.

—Vuestras movidas... O sea, saltar en lugares raros y cosas así.

—Se llamar *parkour*. También bailamos y hacemos *skate*.

—Vaya —suelta como si no le interesara lo más mínimo mientras se pone a rebuscar en su mochila.

—¿Buscas esto?

Saco su AirPod del bolsillo de atrás de mis pantalones.

—¿Cuándo me lo has cogido? —Alarga la mano para recuperarlo sin rozarme.

—No deberías dejarlos tirados en cualquier sitio, hiciste lo mismo el otro día. Venden unas fundas para esas cosas. ¿Sabes que el *bluetooth* se mete en el cerebro y te come las neuronas?

—Te lo estás inventando.

—Puede... ¿Acaso importa?

—Seguro que tus cascos con cable son mucho más cómodos. ¿Todavía se siguen fabricando?

—Son geniales —le digo volviéndomelos a poner en la cabeza. Me los suelo dejar colgados del cuello cuando no estoy escuchando música, como un complemento más.

—De verdad, tengo que irme o mi hermana me matará. ¡Paola, vamos ya, por favor!

Ada se cuelga la mochila y se acerca a su sobrina. La tiene que agarrar de la mano y sacarla de la cama elástica casi a la fuerza.

—¡Lo tengo! Eres una friki de los sudokus —le digo mientras se aleja. Me gusta ver que deja caer la cabeza hacia atrás al reírse.

—¡Sigue intentándolo! —me contesta cantarina.

—¡Martes y jueves! ¡Mismo parque y misma hora! ¡Aunque llueva! ¡Aunque caiga nieve de color verde!

Grito esto último sintiéndome un idiota, pero no lo he podido evitar. Ella se gira. Se gira tan rápido que su sobrina se queja, ya que la lleva de la mano y casi se cae.

—¿Qué has dicho?

—Que espero volver a verte, Ada.

Se me queda mirando unos segundos con una expresión que me cuesta descifrar, hasta que la niña se pone a tirar de ella y la obliga a andar. Hace nada la chiquilla no quería irse y ahora parece tener prisa largarse. Me quedo admirando su forma de caminar, con pasos largos y elegantes. Cuando desaparece de mi campo de visión me tengo que enfrentar a las bromas e insultos de mis queridos amigos. Pero merece la pena, ya lo creo que la merece. Ada, la chica misteriosa, ya lo es un poco menos.

ADA

Galaxias enteras.
El firmamento.
Dos estrellas separadas a años luz.
Una tormenta.
Cataclismo.
Y sucede que se encuentran.
Y resulta que,
sin saberlo,
siempre se habían estado buscando.
Big bang.

Biel. Tiene un nombre musicalmente bonito. No puedo decir lo mismo de sus calcetines de donuts ni de esa camisa estampada tipo playera en tonos verdes y amarillos. Debajo, una camiseta blanca lisa, y los pantalones, de donde sacó mi AirPods, demasiado anchos para su cuerpo. Sí que me pareció bonito su pelo, mucho más rubio de lo que recordaba al no estar mojado por la lluvia, deduzco. Ojos de gato, fue lo primero que pensé al verlo de cerca, junto a mí. Demasiado cerca. Me recordaron al verano, ese que acabamos de dejar atrás. Sus labios son rosados, finos. En general, todos sus rasgos son sutiles, delicados. El contrapunto lo pone su nariz. De perfil se le aprecia una ligera joroba en el tabique, pero lejos de afearle, la da personalidad. Él debe de opinar parecido, ya que lleva un pequeño aro plateado en la aleta derecha. No adornas una parte de tu cuerpo si no te gusta, ¿no? Le queda increíblemente bien. Sí, como habéis podido comprobar, le hice un buen repaso mientras charlábamos, no pude evitarlo. Me gustó cómo movió los hombros al ritmo de la música sobre el tejado de la caseta y la sonrisa que me dedicó, pero lo que más me gustó fue ese gesto que hizo de llevarse las manos a los ojos y apretarlos. Me recordó a un niño pequeño. Un niño muy mono y con mucha labia.

Paolita le dijo a mi hermana que el amigo de la tata le había regalado una piruleta. Yo le seguí la bola, ya que eso era más fácil que decir que no le conocía de nada, pero ni con esas me libré de escuchar las quejas de mi hermana. Últimamente va al gimnasio casi todos los días, lo que significa que tengo que cuidar de mi sobrina hasta entrada la noche. Hemos estado saliendo al parque por las tardes, pero a otro diferente. No quiero volver a coincidir con él y que piense que me muero por verlo o algo así. Viendo las flores que se echa, no me extrañaría. Aunque lo último que me dijo, eso de la nieve de color verde, me dejó en shock. Es la coña que yo siempre uso cuando alguien me habla de la lluvia como si fuera algo de otro mundo. Solo que jamás se lo había contado a nadie.

Lo reconozco, he tecleado la palabra «parkour» en Google más de una vez y mi Spotify de pronto me sugiere temas de rap y hip hop debido a mis últimas búsquedas. La mayoría de canciones son horribles. Sí que los ritmos son pegadizos, pero esas letras... No he encontrado la de «me la comí como milanese y la batí como mahonesa». Por favor, en qué momento se me ocurrió, pero tenía curiosidad. Ahora lo que me pasa es que trato de concentrarme para estudiar o pruebo a escribir algo y en mi cabeza solo suena la dichosa milanese con mahonesa. Seguro que te ha pasado eso de despertarte un día con una canción que aborreces en la cabeza y no poder parar de cantarla una vez tras otra. ¿No te parece una tortura? Pues así estoy yo, rapeando por las esquinas y haciendo gestos con las manos como si hubiese nacido en el centro del mismísimo Bronx, porque, al parecer, es imposible rapear sin seguir el ritmo con tu cuerpo. Socorro. Necesito volver a mi querido Chopin.

Mi gusto por la música clásica me viene desde pequeña. Recuerdo quedarme embobada viendo tocar a la orquesta sinfónica por la televisión. Creo que ese fue el principal motivo para querer apuntarme a danza clásica. Resultó que me gustó eso del *Plié*, *Demi-plié*, *developpé*... No solo me gustó, sino que se me daba bien. Estuve practicándolo desde los cinco hasta los ocho años más o menos. La gente me decía que podría llegar a ser una gran bailarina y yo también lo creía. Solo era una niña, pero podía imaginar un futuro dedicado a la danza, actuando en recitales, teatros, rodeada de cuerdas de violín. Pero, entonces, de la forma más absurda posible, me caí mientras intentaba hacer un *Grand Jeté*. Fue mi primera rotura de huesos. No fue una lesión muy grande ni demasiado engorrosa, pero tocó los huesos más importantes del pie, el calcáneo y el astrágalo. Ambos huesos son los que permiten el equilibrio, la flexión del pie, el movimiento de la pierna y varias cosas más. Me olvidé de un plumazo de mi faceta de bailarina aficionada y renuncié a esa posibilidad desde el momento en que me pusieron la escayola. Ni siquiera pensé en volver a intentarlo y tampoco nadie me animó, así que aquella parte de mi vida quedó en una anécdota que recuerdo de vez en cuando con un sabor agridulce. No es que fuese el gran sueño de mi vida ni el gran trauma, pero a veces me pregunto a dónde habría llegado si eso no me hubiera ocurrido. El sueño de mi vida... ¿Todos tenéis uno? ¿Soy yo la única que no sabe lo que quiere hacer con su futuro? Ni siquiera tengo claro a qué me quiero dedicar cuando obtenga el título en Lengua y Literatura. Quiero decir, que elegí esa carrera porque me gusta, en conjunto, pero más allá no consigo ver nada. ¿Hay algo mal en mí?

No obstante, lejos de martirizarme, he decidido enfocarme en el presente. Y mi presente es esta nueva etapa junto a Berta y a Paolita en su pisazo de Gran Vía.

—Tata, por favor, ¿podemos ir al parque que tiene para zaltar?

Ha recurrido a su tono de voz más angelical, puesto que llevo días poniéndole excusas.

—Está bien, pero solo un rato. Y nada de chuches —le advierto con los ojos muy abiertos para ver si consigo así que me tome en serio.

—Solo una.

Nos batimos en un duelo de miradas que, una vez más, vuelve a ganar. Me siento ninguneada por una niña de cinco años, aunque a la vez me declaro su fan.

—Está bien, pero una nada más.

Una sensación de nerviosismo me acompaña durante el camino. Es martes, así que es muy posible que Biel se deje caer por allí. Te mentiría si te dijera que no tengo unas pocas de ganas de verlo. «¿Y qué? ¿Qué hay de malo? Nada, Ada, absolutamente nada. ¿Quién ha dicho que lo

haya?» A veces me pregunto y me contesto a mí misma como si hubiese dos personas diferentes viviendo dentro de mí. Es una costumbre que no me gusta ni un poco, pero de la que no logro desprenderme. No me soporto cuando lo hago.

Paola se va directa a la diminuta cama elástica y yo me siento donde siempre. Me miro el reloj y calculo que falta una hora larga para que aparezca, si es que lo hace. Lo intento, pero soy incapaz de escribir nada decente, ni siquiera subiendo al máximo el volumen de Claro de Luna, de Bethoveen. La maldita milanese con mahonesa se cuela por cada recoveco de mi cerebro, ¡joder! Es insufrible.

Lo veo mirándome en cuanto regreso del quiosco de comprarle a Paolita la segunda piruleta. Punzada de emoción que no puedo negar, pero mantengo el tipo y tomo asiento como tenía pensado hacer. Esta vez viene directo hacia mí, mientras sus amigos se colocan en su rincón con la música a todo volumen.

—Diecinueve días —me suelta de sopetón ahorrándose el saludo.

—¿Cómo dices?

—Con sus diecinueve noches, no como Sabina. Voy a tener que currármelo contigo, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas y no tienes que currarte nada —le contesto indiferente, pero lo cierto es que tengo que reprimir una sonrisa—. ¿Por qué no pruebas con el tradicional «hola»?

—Tienes razón. Hola, Ada. ¿Qué tal te va todo? ¿Así mejor?

Vale, la sonrisa ya es irreprimible. Ha hecho una pequeña reverencia muy teatral acompañando el saludo. La camisa de hoy es de color azul cielo con colibrís. La lleva abierta sobre una camiseta blanca con letras.

—¿Hoy no haces «tus movidas» con ellos? —Recalco esas palabras, ya que son las que él usó la última vez.

—Mis movidas —dice con tonito— pueden esperar. Prefiero pasar un rato contigo. Sí tú quieres, claro.

No le contesto. Me limito a elevar las cejas y a levantar un hombro. Yo también puedo ser una flipada si quiero.

—Te he comprado algo.

—¿Perdona?

—Es una tontería. Ni siquiera lo he envuelto para que no le des importancia. Mira que los odio, pero no podía ver cómo los dejás tirados por cualquier sitio.

Biel saca de su mochila una funda para los AirPods y me la tiende con la mejor de sus sonrisas. Me quedo a cuadros. Es... Es horrible, la verdad.

—¿Y esto a qué viene?

—Ya te lo he dicho. La primera vez que te vi se te mojaron con la lluvia y la segunda te lo olvidaste sobre este murete. Suerte que lo cogí.

—Pues... gracias, supongo, pero no tenías por qué —digo sin saber muy bien qué más añadir.

—¿Te gusta? Sé que no es mucho de tu estilo, pero tenía la esperanza de poder hacer una cosa. Si existe alguien ahí arriba, hoy me ha mandado una señal.

Biel dice esto mientras se descalza y se queda en calcetines. Esta vez son de monopatines verdes, a juego con la funda.

—¿No es genial? —canturrea moviendo los pies de una forma muy cómica.

—Estás un poco mal de la cabeza, ¿verdad? —le pregunto mientras me río a más no poder.

—Te lo he dicho, solo es una tontería. —Se ríe él también.

—¿Siempre usas calcetines con dibujitos?

—Veo que te has fijado.

—Es imposible no verlos. ¿Cómo sabes que la funda no es de mi estilo?

—Es obvio, Ada. Eres una belleza clásica, te gustan las cosas sencillas, elegantes y sutiles, ¿no es así?

Abro la boca para contestar, pero se me queda abierta sin que salga palabra alguna. ¿Soy una belleza clásica? ¿Me ha llamado belleza?

—No puedes hacerte una idea de una persona solo por su forma de vestir. Es muy superficial y no se ajusta a la realidad —le digo lo más digna que puedo.

—Prueba, ¿qué opinas de mí? Aparte de que soy un flipado, que eso ya me quedó claro.

Ataco sin pensármelo.

—Pues sí, eres un flipado de manual. Y un hortera vistiendo. Te gusta dar la nota, te crees el centro de atención y tienes un gusto pésimo para la música.

—Ey, ey, ey, espera un momento. Di lo que quieras de mí, pero la música ni nombrarla. —Me da un toque en la frente con su dedo índice. Yo miro hacia arriba siguiendo su dedo y supongo que se me tuercen los ojos al hacerlo, pero no he podido evitarlo; no me lo esperaba.

—Tarde e imposible. Es tan horrible que me gustaría poder arrancarme las orejas para no tener que escucharla nunca más.

—¡Eres una exagerada! —exclama entre risas—. Lo bueno de ese disparate que acabas de escupir es que ahora sé que has prestado atención. Ya ves, yo pensaba que estabas ajena a todo con tus cacharros «comeneuronas» y tu libreta de intelectual, y resulta que estabas espionando lo que hago y escucho.

—No hay oportunidad de espiar si ponéis la música al máximo y comenzáis a exhibiros delante de todos.

—Venga, te lo acepto. ¿Qué música escuchas tú?

—Adivínalo. Eres tan bueno sacando conclusiones que ya deberías saberlo. —Lo chincho un poco más. Está siendo divertido.

De pronto, noto que me tiran de la manga de la chaqueta y me molesta un poco la interrupción.

—¡Tata! ¿Ez que eztaz zorda?

Ostras, Paolita. ¿Me había olvidado por completo de ella? Jamás lo admitiré.

—Dime, cariño.

—Que me aburro, todoz loz niños ze han ido ya.

Cierto, joder. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Toma, aguanta un poco que tu tata y yo todavía tenemos mucho que hablar.

Biel saca una piruleta de fresa de su mochila y se la da a mi sobrina.

—¡No! ¡Es la tercera de hoy!

—Y estas para nosotros.

Paolita se va tan contenta al columpio y yo me quedo admirando cómo Biel retira el papel transparente y se mete la piruleta en la boca. Decido guardarme la mía.

—Lo cierto es que no tengo ni idea de qué música te gusta. ¿Me dejas escuchar?

—¿Y arriesgar tus neuronas?

—Bah, tengo de sobra.

Me quedo mirándolo mientras él sonríe, orgulloso de ser un flipado, y le dejo uno de mis «cacharros». Le doy al *play* por donde me había quedado, la Pequeña Serenata Nocturna, de Mozart. Espero con ganas su reacción.

—¡Venga ya! ¿Me estás vacilando? ¿Quién escucha música clásica hoy en día?

—Desde luego tú no.

—Bueno... Soy más de Bethoveen, la verdad, pero Mozart no está mal. La auténtica prodigio fue su hermana, ¿conoces esa historia? Dicen que ella fue la verdadera autora de algunas de las composiciones más conocidas de su hermano, como solía ocurrirles a las escritoras que se tenían que esconder bajo un seudónimo masculino. Las mujeres nunca lo habéis tenido fácil —sentencia.

Me arqueo, sorprendida, y vuelvo a quedarme sin palabras. Se está quedando conmigo, tiene que ser eso. Sin pretenderlo, me recreo en la piruleta y en su boca, que ahora luce del mismo color de fresa.

—Venga, ha llegado el momento de decirme qué escribes en esa libreta tuya. Estoy empezando a volverme loco, necesito saberlo —dice poniendo cara de pena. Muy suavemente me abre la mano y deja en ella mi AirPod. Después envuelve mi mano con la suya para que la cierre. Trato de ignorar el hormigueo que me ha recorrido todo el cuerpo.

—Está bien, te lo voy a decir, así podrás seguir pensando que soy un bicho raro.

—La intriga me puede. —Se frota las manos.

—Me gusta escribir. Pequeños poemas, poesía... Solo es un hobby —confieso sintiéndome chiquitita.

Biel recorre sus labios con su lengua y se lleva las manos a los ojos. Ahí está de nuevo ese gesto.

—¿Ves? Belleza clásica... Belleza de gustos clásicos... Yo tenía razón.

—Te encanta tenerla, ¿verdad?

—Para nada. Es mucho más divertido cuando te llevan la contraria.

Una enorme sonrisa acompaña a esto último. La mía no se queda atrás.

—*Acho*, nos largamos. —Sus amigos se han plantado frente a nosotros.

—Está bien, id yendo vosotros. Después nos vemos.

Ni intentan disimular las miraditas. Se están divirtiendo con esto y así lo demuestran mientras se alejan. Biel les saca el cuerno y ellos se ríen todavía más.

—Son idiotas, ni caso.

—La verdad es que yo también me tengo que ir. Se ha hecho muy tarde y mi sobrina lleva ya demasiado rato saltando.

Él asiente, se pone de pie y me tiende la mano para ayudar a levantarme. Me gusta el gesto y decido que es una buena ocasión para comprobar si esa electricidad de antes ha sido casual o no. Su forma de agarrarme la mano es suave pero firme y tardamos unos segundos más de la cuenta en soltarnos. Me pregunto si él habrá sentido lo mismo que yo. El hormigueo, las chipas, el calor.

—¿Vendrás el jueves? —me pregunta con un tono de voz profundo que no le había escuchado hasta ahora.

—No lo sé.

—Entonces tengo que pedirte una cita, no me dejas más opciones.

—¿Qué?

—Te habrás dado cuenta de que tenemos mucho de lo que hablar. ¿Qué hay de malo?

Eso mismo me pregunto yo a cada segundo. Todo. Nada. No lo sé.

—No vamos a tener una cita. —Me río por lo surrealista y también por los nervios. Nunca me había topado con alguien tan descarado.

—Ah, yo creo que sí. La tendremos antes o después.

—Sigue soñando.

—Llevo soñando toda mi vida, soy un experto en eso —canturrea haciendo un paso de baile de lo más gracioso.

—Pues genial, así no te desesperarás.

—Un poema. —Me intercepta cuando estaba a punto de coger de la mano a Paolita—. Ya que me das calabazas, al menos déjame ver lo que escribes.

—Lo siento, pero no.

—Vaaaaale, pues te repito el mortal.

—¿Y eso para qué?

—Un salto a cambio de un poema. Es un buen trato, no puedes negarte.

—Solo quieres seguir exhibiéndote.

—Solo quiero conseguir más de ti.

Niego con la cabeza. Me estoy poniendo roja de nuevo.

—Me tengo que ir.

—Voy a hacerlo de todas formas, deberías mirar o te lo perderás.

Comienzo a caminar, pero veo por el rabillo del ojo que se está colocando para hacerlo.

—¿Puedes estarte quieto? No quiero que te partas la crisma por mi culpa.

—Pues ni siquiera he calentado, así que hay muchas probabilidades de que eso ocurra.

No dice nada más. Se concentra, toma impulso, trepa por la caseta, gira hacia atrás y... se me corta la respiración.

—¡Biel!

Corro hacia él olvidándome de mi sobrina y rezando para que no se haya roto nada.

—¿Te has hecho daño? —Me arrodillo junto a él, que se ha quedado tumbado bocarriba.

—Estaré dolorido un par de días, gajes del oficio. Lo más importante de saber saltar es saber caer.

—¡Tata! ¡Ezpiderman ze ha matao! —grita Paolita muerta de risa contagiándonos a los dos.

—Duele más la vergüenza que el golpe —dice incorporándose como si nada.

—Permíteme que lo dude.

—Me debes un poema.

—Ah, no. Tu mortal ha sido un fracaso total y absoluto. Sigue sin haber trato.

—¿Acaso no valoras las ganas y el esfuerzo? Si sobrevivo, nos vemos aquí el jueves. Y quiero mi poema.

—¿Me estás haciendo chantaje emocional?

—Un poco... Tú te estás haciendo de rogar, cada uno tiene lo suyo.

Le doy la espalda y comienzo a caminar para esconder una sonrisa.

—Adiós, Biel. Cuídate. —Me despido elevando la voz.

—¡No te olvides! ¡Nos vemos el jueves! ¡No me he partido la espalda para nada!

Me río a carcajadas, ya no puedo aguantarme más.

—¡Me lo pensaré!

—¡Síííí!

Su grito de victoria es lo último que escucho. No sé en qué momento las tardes de parque se han vuelto tan interesantes.

BIEL

Una cuenta privada de Instagram sin fotos ni publicaciones

—¿Qué te pasa hoy, chaval? Te veo apagado.

—Tengo el cuerpo dolorido, nada importante.

—Te lo tengo dicho, esas cosas que haces no pueden traer nada bueno.

—Es deporte, Pedro.

—¡Deporte! —refunfuña—. Ahora sois todos muy modernos y a cualquier cosa lo llamáis de cualquier manera.

—Había una chica —le digo sabiendo que ese dato le va a gustar.

—¡Eso ya me cuadra más! Cuenta, cuenta.

Comparto con Pedro todos los detalles de mis dos encuentros con Ada. Disfruta escuchándome, pero eso no le hace perder la concentración, ya que vuelve a ganarme a las cartas. Es imbatible. Pedro es uno de los ancianos a los que visito de vez en cuando. Vive en una residencia junto a muchos más. Soy voluntario en un programa de acompañamiento a los abuelillos, para que ninguno se sienta solo. Agradecen muchísimo las visitas y es reconfortante verlos sonreír. Algunos de ellos tienen familia, vengán a visitarlos o no, pero hay otros a los que ya no les queda nadie, como es el caso de Pedro. Se quedó viudo hace cinco años, nunca llegó a tener hijos, sus hermanos ya han muerto y es el último de su estirpe, como suele decir. Es triste, pero algunos de estos abuelos pasan cada minuto del día esperando el momento de su muerte. Piensan que ya han vivido su vida, que no les queda nada por hacer y que ya les toca morir. Por suerte, y por eso es mi preferido, Pedro no es uno de ellos. Aquí, el amigo, tiene cuerda para largo, y lo cierto es que estos ratos que paso con él yo también los agradezco.

—Me recuerdas mucho a mí cuando era joven. Yo también estaba hecho un ligón.

—¿No me digas?

—Siete meses tardé en conseguir una cita. La llevé al cine. —Sonríe sumido de los recuerdos—. Mi mujer era dura de roer, no me lo puso fácil, pero ahí estaba yo día tras día. A las mujeres les gusta que las hagan reír.

—¿Había cine en tu época?

—Hombre, que tampoco soy tan viejo, *coñe*. En verano colocaban una pantalla grande en la plaza de toros y ponían películas los fines de semana. Había una pequeña cantina y todo. Yo siempre compraba una bolsa de pipas para compartir, así tenía la excusa perfecta para rozarle la mano. Ay, qué tiempos...

Aprovecho que Pedro ha vuelto al pasado para hacer trampas, a ver si consigo ganarle de una vez.

—¡Oye! ¡Será posible, el niño!

No solo me ha pillado, sino que también me ha dado un manotazo.

—Menuda forma de tratar a las visitas —me quejo—. A la próxima pienso ganarte, vete preparando.

—Aquí estaré. No te queda por aprender de la vida, ni nada...

Me voy directo de la residencia al parque. Les he dicho a mis amigos que nos veíamos allí, y lo primero que han hecho ha sido volver a las bromitas sobre mi cuelgue. Me temo que no tengo forma de escapar de eso. Es jueves y, por lo tanto, espero volver a verla. Estos dos días he estado nervioso, como un quinceañero que no puede dormir ni comer. El martes fue un gran día, mereció la pena el tortazo que me pegué. Podría haberme hecho mucho daño, pero, por suerte, pude frenar la caída con los pies. Me pasé de impulso y quizá también de flipado. ¿Fui demasiado atrevido?

Llego al parque y me reúno con mis amigos que están haciendo unas piruetas sobre el tejado de la caseta infantil. No veo a Ada ni a su sobrina y me quedo chafado. De verdad esperaba que viniera, pero si no lo ha hecho es que, quizá, esa atracción que yo sentí solo fue cosa mía. Joder, pero ella me estaba dando bola, creía que estaba surgiendo algo entre los dos...

—Tu piba te ha dado plantón —me dice Omar.

—No es mi piba y no habíamos quedado de forma oficial.

—Pero quieres que lo sea y, siéndote sincero, no creo que esté a tu alcance —suelta Gon.

—¿A qué te refieres?

—No sé, pero me da que esa clase de chicas no saldría con alguien como nosotros.

—Menuda gilipollez. No sabes nada de ella.

—Yo solo digo lo que veo. Me has pedido mi opinión sincera y te la ha dado.

—No te he pedido tu opinión y no tienes ningún argumento.

Se lo suelto con más mala baba de la que debería, pero es que Gon peca de *sincericidio* y no entiende que a veces debería meterse la lengua al culo antes de hablar, como mucha otra gente.

—Acho, conmigo no te enfades. Buen rollo, ¿eh?

—Eso, dejáros de tonterías y a lo que vamos. Parecéis dos críos —suelta el otro.

Omar tiene razón. Y demasiada vergüenza. Tiene veinticuatro años, igual que nosotros. Lleva en España desde los diez, y en todo este tiempo no he conocido a ninguna pareja suya. Ha tenido líos y tal, pero ninguna novia oficial que yo sepa. Y, según me cuenta, si se enrolla con alguna es porque ellas le entran; es incapaz de dar el paso. Gon, por el contrario, es un conquistador nato, pero se pasa de lanzado. Las suele espantar con facilidad, pero él se lo toma a risa, le divierte el juego. Y yo... A mí no me gusta cualquiera. Puedo fijarme en si una chica es guapa, pero para que me atraiga de verdad necesito que haya algún tipo de conexión, y para eso tengo que hablar con ella. Solo así me surge el deseo de querer algo más. Ellos dicen que soy un tío raro, pero para mí tiene todo el sentido del mundo y es algo que va en mi naturaleza. Necesito esa chispa, esa curiosidad, ese deseo. Necesito sentir que el corazón se me acelera con su presencia, con tan solo pensar en ella. Y eso no suele pasar demasiado a menudo; al menos, a mí no me pasa. Pero con ella sí. A ella la vi, sentada, sin hacer nada especial y, sin embargo, llamó toda mi atención. Necesité de inmediato hablar con ella, conocer el sonido de su voz, y luego quise saber más y

más. También me ocurrió la otra vez. Todo comenzó igual de bonito, en poco tiempo se puso intenso, nos enamoramos muy fuerte, estábamos tan unidos que sentíamos que podríamos cambiar el mundo si íbamos de la mano. Y entonces, esa fuerza comenzó a apretar demasiado, el hilo irrompible que nos unía comenzó a asfixiar y todo se puso del revés. La intensidad de nuestra relación seguía ahí, pero, en lugar de hacernos subir, nos hacía bajar. Cada vez más hondo, más negro. Cada más vez dolor.

Ahora trato de lidiar con eso a través del humor, siendo un poco fanfarrón y flipado. Es una buena táctica, me sirve para no pensar, para no volver a los recuerdos, pero hay sensaciones que siempre me hacen regresar a ella y ahí surge el bloqueo, la señal gigante de stop, el sonido de alarma. Me pregunto si alguna vez lo superaré o es algo con lo que tengo que vivir. De momento, he vuelto a sentir esa conexión, que no es poco, y Ada nada tiene que ver con J. Tengo que seguir con mi vida y centrarme en el presente.

Ada tiene una mirada clara, como si su mundo interior estuviese en calma, pero siempre está alerta. Su forma de moverse, con movimientos largos y envolventes, me indica que es una chica tranquila, sosegada, aunque esa nariz respingona y perfecta me advierte de que tiene su genio. Su sonrisa es discreta, no por eso menos brillante, y algo me dice que no suele reír demasiado. Puede que ella tenga razón y sacar conclusiones de una persona por su aspecto sea un error garrafal. Pero ella me transmite, hay corriente entre nosotros, fluye la energía. Y necesito volver a verla. No es que esté enamorado ni nada por el estilo, como me dicen los gañanes de mis amigos, es que cuando algo o alguien me gusta necesito ir hasta el final.

*

Al martes siguiente, me presento en el parque con las expectativas por las nubes. Gon y Omar llevan un rato riéndose y diciendo que me va a dar plantón de nuevo. Creo que solo pretenden ponerme más nervioso de lo que ya estoy y que en el fondo tienen un poco de envidia. Hacemos lo de siempre, conectar la música, empezar a calentar, hacer alguna coreografía sencilla... Ella no está. Ha pasado una semana y no ha vuelto por aquí. Se me pone una mala leche increíble, pero trato de que no se me note; bastante tengo ya con ellos. Empezamos a darle al *breakdance* al ritmo de La Góndola, de Ayak y Prox. Gon se pone a cantar.

—Me siento por tus laureles, navego por tus placeres. Me enfado con las paredes, dime que por mí te mueres...

De repente, se queda mudo y me hace un gesto con la cabeza. Una oleada de emoción me invade desde antes de verla, pero no respiro hasta que compruebo que de verdad es ella.

—Aquí os quedáis. —Me despido provocando sonoros abucheos.

Camino hacia ella, que se acaba de sentar; también me ha visto. Saludo primero a su sobrina, por si acaso esa es la clave para ganármela.

—Hola, Paolita. —Le revuelvo el pelo.

—Hola, Zpiderman. ¿Y mi piruleta?

La saco del bolsillo de mi pantalón y se la doy. He venido preparado.

—Por lo visto, tu sobrina ya me ha bautizado como Spiderman. —Le sonrío y me siento a su lado. Me gusta ver que me devuelve la sonrisa.

—Le contó a su madre que Spiderman se había muerto en el parque. Ni siquiera supe cómo empezar a explicarle a mi hermana lo que había ocurrido.

—Así que le habéis hablado de mí...

—Solo sabe que hay unos chicos que van al parque cuando comienza a atardecer para hacer saltitos y cosas así.

—¿Saltitos? ¿Cómo si fuéramos conejos? —me hago el ofendido.

—Más o menos. —Sonríe.

—Pues, verás, eso es genial porque... Joder, no te lo vas a creer, pero tienes que ver esto.

Me quito las zapas y le enseño mis calcetines llenos de conejos y zanahorias. Podría trepar por un árbol ahora mismo de pura emoción. O sea, tengo muchísimos pares diferentes, es para flipar que justo hoy me haya puesto estos.

—¿Conejos?

—Con zanahorias.

—Lo tuyo con los calcetines es muy fuerte. ¿Cuántos pares tienes?

—Bueno... No puedo darte una cifra exacta, pero te diré que espero conseguir una cena contigo antes de que me los hayas visto todos.

—Espero que tengas un montón, entonces —suelta como si nada mientras se ajusta la coleta.

—Nunca lo sabrás.

Ambos sonreímos. Como dos putos adolescentes, joder.

—Me diste plantón el jueves. Ya no sabía si volvería a verte.

—Ostras, tu espalda, lo había olvidado. ¿Cómo te encuentras? —pregunta con el ceño fruncido.

—Ahora que parece que no me has dado calabazas, estoy mucho mejor.

Le arranco otra sonrisa. No sé si Pedro tendrá razón con eso de que a las mujeres les gusta que les hagan reír, pero entre nosotros surge sin pretenderlo y a mí me parece algo mágico. Al principio, con J también fue así.

—Iba a venir, pero mi sobrina tropezó, se dio en un bordillo y se rompió un diente. Tuvieron que darle puntos en la barbilla. La de sangre que salió no fue ni medio normal.

Alivio y esperanza. ¡Iba a venir!

—Vaya, pobre. Supongo que no solo Spiderman se cae —me carcajeo recordando el intento de mortal que me marqué—. ¿Has traído mi poema?

—No se te ha olvidado, ¿eh?

—¿Eso es un sí?

Ada respira resignada y me lanza una mirada que me provoca un calambre de pies a cabeza. Con parsimonia saca la libreta de su mochila, la abre por una página en concreto y me la da. Rozo su mano a propósito, tal y como hacía Pedro con la bolsa de pipas. Suave electricidad.

Podía alcanzar el cielo de un único salto.

La luna y las estrellas lo miraban como a un igual.

Qué bonito poder tocar tierra, pensaban ellas.

Él pensó: qué bonito poder volar.

Abro la boca, impresionado y conmovido. No puedo creer que algo tan bonito haya salido de ella y que lo haya hecho pensando en mí. Le daría un beso si pudiera. Más de uno, seguramente, pero a la hora de la verdad me quedo cohibido.

—Me ha encantado.

—Venga ya, es horrible. Con toda probabilidad, de lo peor que he escrito. —Me quita la libreta de las manos y yo se la vuelvo a coger.

—Joder, si consideras que esto es lo peor, cómo será lo mejor... ¿Me dejarás verlo algún día?

—Solo lo hago para pasar el rato —dice como queriendo quitarse importancia.

—Y yo solo bailo para pasar el rato y, posiblemente, Miguel Ángel empezó a pintar por lo mismo. ¿Qué más da? Lo importante es que has escrito esto pensando en mí y solo por eso ya es perfecto.

Arranco la hoja con mi poema y me la guardo en el bolsillo delantero de mi pantalón.

—Tampoco te flipes. Puede estar inspirado en cualquiera —suelta de forma un tanto cínica.

—Ah, no, tarde e imposible. Mi ego está ahora mismo por las nubes.

Volvemos a sonreír, de nuevo sin saber qué más hacer o decir, y ahora sí, me acerco a su mejilla y le doy un beso. A ella le suben los colores de inmediato y yo me tengo que aguantar las ganas de hacer algo más, de ir más allá, de cambiar el ángulo de mi boca. Pánico.

—Tata, ¿Zpiderman ez tu novio?

Paolita se carga el momento y casi que lo agradezco. Me siento muy novato ahora mismo y el bloqueo que tengo es importante. «¿Un beso en la mejilla? ¿En serio, Biel?»

ADA

Candor, candil, calor.

Piel que envuelve, que abrasa, que grita.

Tan solo tu palabra queda escrita.

Tu olor.

—Cariño, solo es un amigo —le respondo a mi sobrina tratando de que no se me suban más los colores. Imposible.

—Un amigo especial —contesta él.

Lo miro incrédula y entonces él baja la mirada. Sé que apenas lo conozco, pero me da la impresión de que Biel tiene dos facetas muy marcadas, la que muestra y la que se guarda. Puedo ver a un chico extrovertido, algo gamberro, flipado, con sentido del humor y que disfruta con el tonto que nos traemos, pero luego hay otro Biel mucho más tímido en su interior, uno que a veces se frena y se queda cortado. Uno que parece querer retractarse cuando su boca ha hablado de más. Me resulta tierno y estimulante, y es ahí, cuando veo que él se queda parado, cuando yo decido dar un paso más. Me gusta esto que tenemos, sea lo que sea, y me apetece ver cómo se desarrolla. Hacía bastante que no sentía estas ganas, esta tensión, este *feeling* con alguien. Pensar en él y sonreír, incluso escribirle un poema, por favor... Sin embargo, algo dentro de mí grita un tajante y sonoro NO. No a sus camisas horteras, a esa música horrible, a que le guste saltar y trepar cosas al estilo mono. No a su apariencia gamberro, a ese aro en la nariz, a las zapatillas de colores. Pero, quizá, solo por pasar el rato, podría resultar interesante y entretenido, algo que necesito con urgencia, pues mi vida últimamente es de lo más monótona y plana. Biel tenía razón, soy una chica de gustos clásicos y bastante discreta. Quizá por eso siempre me he visto a mí misma al lado de un hombre elegante, culto, de los que llevan pantalón chino y camisa de cuadros. Me gusta el típico niño pijo de universidad privada, tal y como me dice mi hermana. Te lo avanzo ya: a ella también. Y para más inri, a ella le pirran los médicos. Nuestra madre, en su afán de que nunca nos faltara de nada, nos repetía hasta la saciedad que te-níamos que acabar casadas con un buen doctor. Al principio no lo entiendes, luego te hace gracia, después lo rechazas y, finalmente, se te queda grabado. Estos mensajes son esa clase de cosas que caen a cuentagotas, casi imperceptibles, pero que van dejando surco. Puede que mi dilema con Biel no tenga otro fundamento que ese, porque ya te habrás dado cuenta de que él es todo lo contrario.

—Es un amigo, sin más.

Paolita pierde el interés de esta absurda riña y vuelve al tobogán.

—¿Por qué le mientes?

—No le he mentado, de hecho, ni siquiera puedo considerarte un amigo. No sé tu edad, dónde vives, a qué te dedicas...

—Eso tendría fácil solución si aceptaras cenar conmigo.

—Umm... Lo siento, pero no.

—¿Puedo saber por qué? —me pregunta mostrando su timidez.

—¿Puedo yo saber por qué quieres cenar conmigo?

—Ya te lo dije, es obvio que tenemos mucho de lo que hablar. Ya ves, ni siquiera sabemos nuestras edades o a qué nos dedicamos en la vida.

—Aparte de dar saltitos —le digo entre risas.

—Sí, además de eso. Hago muchas cosas, ¿sabes?

—Pues no, no lo sé, pero me lo podrías contar. —Levanto un hombro con fingida indiferencia aunque está claro que me interesa.

—Vaaaale. ¿Y tú me enseñarás tu libreta?

—Puede...

—¿Y no ves que para eso tenemos que quedar? —Me mira fijamente sabiendo que él tiene toda la razón.

Dejo escapar una carcajada y miro al cielo. «¿Qué tiene de malo?» La misma pregunta de siempre que no deja de repetirse en mi cabeza una y otra vez. «No hay nada de malo, Ada. Déjate de formalismos, de prejuicios y de excusas chorras como su pésimo gusto para las camisas o calcetines. El chico te mola, es divertido, no tienes nada mejor que hacer y ya has admitido que este flirteo te parece estimulante. Dile que sí»

—Está bien. Pero nada de cenas —le advierto.

—De acuerdo, como quiera la señorita. —Me sonrío—. Nos vemos el jueves, te pasaré la ubicación si me das tu número. Y puedes traer a tu sobrina, le va a gustar.

Biel se pone de pie, se saca el móvil del bolsillo y teclea mi número. Yo aprovecho para mirar la hora en mi reloj. De pronto soy consciente de que he perdido la noción del tiempo. Busco mi móvil en la mochila y veo seis llamadas perdidas de mi hermana y veintitrés mensajes.

—¡Mi hermana me va a matar! —exclamo—. Tengo que llamarla. Pensará que nos ha pasado algo...

—Vaya, pues no te entretengo más. Mis amigos también están empezando a mirarme mal, así que... Nos vemos en un par de días.

Asiento mientras pulso el botón de llamar en el móvil.

—¡Hasta el jueves!

Me descuelga la versión más histérica de Berta. Dice que ha salido en las noticias algo de un secuestro a una niña en Murcia y que, al ver que no respondía al teléfono, se ha puesto en lo peor. Me disculpo varias veces y trato de calmarla sin quitar la vista de Biel y sus amigos. Están haciendo acrobacias y equilibrios sobre una barandilla que rodea una fuente con tres cabezas de león situada en el centro del parque. Se van turnando para saltar hacia lo alto de las cabezas, bajar hasta el suelo, volver a subir a la barandilla y vuelta a empezar. Me quedo embobada, eso lo tengo que reconocer. Tiene algo que me llama muchísimo la atención, a pesar de todas las negativas que hay en mi cabeza. Y eso es lo que me jode, que por encima de todo eso, también puedo escuchar un enorme Sí. Sí a Biel, a querer saber más de él, a verle saltar cosas que no están hechas para saltar, incluso a sus espantosos calcetines de dibujitos.

Estoy embelesada mirándolo cuando alguien me toca el brazo. Me llevo un susto de muerte.

—Así que ese es el motivo por el que no estabas pendiente del móvil —suelta mi hermana mirando en dirección a Biel y sus amigos.

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—No te hagas la tonta, llevo un rato observándote. ¿Es por eso que últimamente te llevas a Paola a pasear más de la cuenta?

—No sé de qué hablas, solo estaba mirando lo que hacen.

—Ya, claro. Para tu información, he hablado con mi hija antes de saludarte a ti y me ha dicho que el rubito es Spiderman, el novio de la tata, el que el otro día se mató en el parque.

—¿Que te ha dicho qué?

Pretendía enfadarme por la supuesta difamación de Paolita, pero me sale la risa floja.

—Mírala... ¡Y encima se ríe!

—Cállate, Berta —le digo más roja que un tomate.

—Sí, yo me callo, pero tu cara lo dice todo.

—¿A qué has venido? —la interrumpo algo molesta.

—No me contestabas al teléfono, tenía que ver si estabais aquí. El siguiente paso era ir a la poli.

—Joder... ¿Vas a ir al gym? —le pregunto al ver que lleva uno de sus conjuntos para hacer deporte.

—Necesito ir. ¿Te importa quedarte con Paola un poco más?

—¡Claro! Para qué estoy si no...

—Genial, hermanita —exclama dándome una palmada en la espalda—. ¿Sabes? Creo que voy a pasar por su lado para verle bien la cara. Desde aquí no veo un pimiento, pero tiene pinta de ser mono.

—Ni se te ocurra, Berta, que nos conocemos.

—Cierra el pico, solo voy a mirar.

—¡Berta!

Mi hermana se aleja sabiendo que quiero estrangularla. Me he puesto de pie como un resorte, no sé para qué, porque me he quedado clavada al suelo a la espera de que cumpla lo que ha dicho y solo quiera mirar. Es muy capaz de decirle cualquier cosa que me haga morir de la vergüenza. Se está acercando a ellos y, cuando parece que va a decirles algo, frena en seco. Todos se miran entre sí con caras raras y, tras unos segundos, mi hermana, la valiente, huye despavorida tal cual lo hice yo la primera vez. Solo que ella no es de huir, así que eso me dice que algo que se me escapa acaba de ocurrir.

*

Biel me pasa la ubicación el jueves por la mañana. Junto a ella, un mensaje.

¡Hola! Soy el flipado. ¿A qué hora vendrás?

¿Siempre ha sido tan fácil arrancarme una sonrisa?

Querrás decir que a qué hora nos vemos

No. Yo ya estaré allí haciendo mis movidas con estos

Miro en internet y veo que la ubicación pertenece a una zona que hay para hacer *skate* al norte de la ciudad.

Llegaré sobre las cinco

Genial, calentaré antes para no volver a caerme

Ya no le contesto, pero sonrío como una idiota hasta que llega el momento de vernos. Paolita alucina con el parque de patines —así lo ha bautizado—, pero es que yo creo que alucino mucho más. Un montón de chicas y chicos están con sus monopatines dejándose caer por las rampas, haciendo saltos, tirados en el césped charlando o escuchando música. Esa música. La misma que escuchan ellos y que yo ya no puedo sacar de mi cabeza, como un parásito haciendo nido. Apenas pillo nada de la letra, solo un «en el fondo del agua gua gua».

—¡Mira, tata! ¡Ahí eztá Zpiderman!

Miro en dirección a donde me señala Paolita y le veo volar, literalmente, con el monopatín bajo sus pies. Ha subido por la rampa a toda velocidad y ha dado la vuelta hacia atrás rodando de nuevo rampa abajo hasta el otro lado. Frena en seco, todavía subido al monopatín sobre el inicio de la rampa, justo en el borde, manteniendo el equilibrio. Se oyen aplausos y silbidos. Él saluda encantado, se coloca el monopatín bajo el brazo y viene hacia mí.

—¿Te ha gustado?

—Así que para eso querías saber cuándo iba a venir, para seguir flipándote —le digo sin poder ocultar la sonrisa.

—Un poco... Solemos venir a este parque cuando no estamos en el nuestro. Y me da que ya no volveremos por allí, a Gon no le entusiasma demasiado y Omar parece haberle pillado manía.

—¿El nuestro?

—Claro, allí nos conocimos. Oficialmente es nuestro parque.

—Tata, ¿puedo ir a loz columpioz? —interrumpe Paolita tirando de mi camiseta.

—Sí, pero no te muevas de ahí, no conocemos esta zona.

Biel le da una piruleta de fresa y la niña se marcha más contenta que unas castañuelas.

—Ven, vamos a sentarnos al césped —dice sacando dos piruletas más y dándome una. Me fijo en sus calcetines blancos llenos de huellas de perro y se me escapa una sonrisa.

Ay, no, ¿por qué he sonreído ante algo tan horterá? Ahora entiendo lo de su sudadera con la

cara de un bulldog francés. Con lo poco que lo conozco ya me ha quedado claro que le gusta ir a juego. Hortera pero conjuntado.

—Así que aquí es donde hacéis vuestras movidas con el monopatín.

—Con el *skate* —me corrige, amable—. Hoy he leído que el Comité Olímpico Internacional ha anunciado que para los Juegos Olímpicos de Los Ángeles de 2028 el *skateboarding* será deporte olímpico permanente de pleno derecho. ¿Cómo te quedas?

—¡Vaya! —exclamo sorprendida. Honestamente pensaba que esto era poco más que un pasatiempo—. ¿Cómo aprendiste?

Nos sentamos uno frente al otro, con las piernas cruzadas a lo indio. Biel me cuenta que descubrió el *skate* hace cuatro años, cuando conoció a Gon, su compañero de piso.

—Digamos que Gon era más de *skate*, Omar de *parkour* y yo de baile, pero a todos nos interesaba todo, así que practicábamos una cosa cada día. Los unos nos enseñábamos a los otros, nos empezamos a juntar con gente de nuestro rollo... La universidad ha sido una época intensa.

—¿Qué has estudiado?

—Estoy estudiando todavía, en último curso de Trabajo Social.

—Ahm...

—¿Sorprendida?

—Un poco, la verdad.

Biel saca la piruleta del envoltorio y se la lleva a la boca. Mis ojos van detrás.

—¿Qué pasa? Me ves dando saltitos —recalca— y ya piensas que soy un mal chico. Es eso, ¿a qué sí?

Me encojo de hombros en respuesta. Dicho así suena fatal.

—Tranquila, estamos acostumbrados. ¿No has visto las miradas que nos dedican las madres en el parque? Algunas hasta se van cuando nos ven aparecer. Ya ves, no hacemos nada malo, no somos unos vándalos, solo pasamos el rato de una forma bastante sana, me parece a mí.

—Ya... pero es llamativo, y no puedes negar que la imagen que dais es un tanto polémica. Con la música, la ropa... Lo sé, solo son prejuicios basados en una imagen, pero la primera impresión es de recelo —me sincero.

—Bah, ya se acostumbrarán. O no. La verdad es que da igual. ¿Qué hay de tu vida?

Me preparo para hablar, aunque estoy un poco incómoda. La forma en la que se come la piruleta me está poniendo de los nervios.

—Estudio Lengua y Literatura Españolas. Me quedan un par de asignaturas y el TFG; debería haber acabado el año pasado.

—¿Tienes veintitrés?

—Veinticuatro. Repetí cuarto de la E.S.O.

—Tenemos la misma edad. Repetí cuarto y bachiller —dice llevándose los dedos a los ojos. Ese gesto me hace sonreír desde la primera vez que se lo vi hacer.

—Espero que apruebes todo y que no te pase como a mí; es lo peor. Estoy en un limbo

extraño que no recomendaría a nadie. Yo también estuve compartiendo piso, pero no tuve la suerte de llevarme a ninguna amiga conmigo. Ahora estoy viviendo con mi hermana y mi sobrina. Soy su chica para todo, pero me parece un buen trato por vivir en plena Gran Vía.

Biel asiente y se echa un poco para atrás apoyando los codos y estirando las piernas.

—Yo vivo por San Antolín. El padre de Gon nos consiguió el piso a un precio de risa. Nos solemos quedar sin agua caliente a menudo, como te dije, pero no se come todo mi sueldo y con eso me quedo.

—¿En qué trabajas?

Me quedo pasmada al oírle hablar de su carrera, de cómo empezó a trabajar en el comedor social, de lo mucho que le gusta ese trabajo, que para él es más una vocación que una obligación. Me cuenta anécdotas, me explica en qué consiste el día a día, la gente con la que trata, los problemas a los que se enfrentan, y también me habla de Pedro, su ojito derecho de la residencia.

—Así que estudias por las mañanas, a medio día y algunas tardes trabajas en el comedor social, haces voluntariado en la residencia y en tus ratos libres practicas baile, *parkour* y *skate* con tus amigos.

Me resulta raro pronunciar estas últimas palabras en voz alta. ¿No te pasa que al pronunciar una palabra nueva por primera vez te resulta extraña en la boca?

—Eso es. Como ves, no tengo mucho tiempo libre, pero espero tener todavía menos.

—¿Y eso por qué? —pregunto realmente interesada. Todo él me parece fascinante ahora mismo.

—Bueno... Me gustaría repetir esto.

Su respuesta consigue que vuelva a ruborizarme y a quedarme muda, todo en uno. De pronto, veo que alarga su mano hacia mi cara y me tenso de pies a cabeza. Desliza sus dedos por mi pelo y enrolla un mechón de mi coleta en ellos.

—Tenías una hoja —me dice en un tono de voz mucho más bajo—. Y necesitaba saber si es tan suave como parece.

BIEL

Un número desconocido

Ahí está de nuevo, un acto reflejo sin importancia, solo tocar su pelo levemente. Y ahí también la punzada de dolor, los gritos de emergencia. «Tranquilo, Biel, sigue así. No puedes dejar que aquello que te pasó condicione tu vida. Te has propuesto mirar hacia adelante y superarlo de una vez».

—Bueno, cuéntame tú, ¿por qué elegiste esa carrera?

Ada me cuenta que le han gustado las letras desde siempre, en concreto la poesía. Me dice que es amante del género desde que tiene memoria y que se decantó por esa especialidad porque era lo único relacionado que llamaba su atención.

—Así que ahora estoy que no sé qué hacer con mi vida, a qué dedicarme. ¿Tú siempre supiste que querías ser trabajador social?

—Digamos que desde siempre, sí. —Veo una mueca de decepción en su cara—. Pero no todo el mundo lo tiene tan claro y no pasa nada. Lo bueno de no saber hacia dónde tirar es que puedes ir a cualquier parte.

—¿Cualquier parte?

—¡Claro! Yo he seguido un rumbo fijo, sin dejar opción a la aventura. Tú ahora mismo puedes navegar hacia cualquier puerto. ¿No es emocionante?

Su expresión me deja claro que no se lo parece ni un poco.

—Yo creo que aquí el que tiene espíritu aventurero eres tú —dice señalando el *skate*.

—No te dejes engañar por las apariencias y tampoco te frenes a ti misma. Encontrarás el camino.

—Ya... Me gustaría creerte.

—Sigue escribiendo. ¿Es lo que te gusta, no?

—No voy a ganarme la vida escribiendo frases en una libreta, Biel. Tengo que ser realista.

Creo que todavía no he mencionado lo alucinante que suena mi nombre en su boca.

—Vale, hacemos una cosa. Tú me regalas uno de tus poemas y yo a cambio te hago uno de mis bailecitos.

—¿Esa es tu solución? —Se ríe.

—No trates de buscarle solución. Si no necesita solución es que no existe el problema.

«Genial, ¿por qué no te aplicas eso a ti mismo?»

—Uy, frasecitas de autoayuda... ¿Y qué gano yo con eso?

—Seguir escribiendo y verme bailar. Es lo que mejor se me da y todavía no has tenido el placer.

Me pongo de pie y les pido a los de al lado que suban el volumen. Está a punto de llegar el estribillo de Guajiro, de Ajax y Prok, y me preparo para bordarlo. Se forma un corrillo improvisado con palmadas al ritmo de la música. Cierro los ojos y comienzo a moverme. Me apasiona este ambiente, la cultura del hip hop, el *breakdance* en sí, notar cómo mi cuerpo se mueve tal y como quiero, hacer piruetas, escuchar las ovaciones, que alguien se una de forma improvisada y acabemos bailando juntos, sincronizados, compenetrados. Bailar es mi sino. Y cada vez que bailo lo vuelvo a corroborar.

Comienzo suave, con los típicos *toprocks*, mirándola para ver su cara, qué hace, si también se deja llevar por la música o se pone roja, como preveo que va a pasar. Acelero el ritmo y paso a los *footworks*, mucho más rápidos y llamativos. Se unen dos chicos cuando voy a por los *powermoves*, las piruetas y acrobacias. El césped no es lo más indicado, pero nos vale. Ada, en un principio se ruboriza, pero poco a poco se va relajando y me gusta ver que comienza a mover los hombros al ritmo de la música, incluso sonrío. Cuando terminamos, casi toda la peña del parque se ha colocado alrededor de nosotros, mirando, cantando y aplaudiendo. Ella está sentada sola bajo los últimos rayos de sol y resplandece como nadie. Se podría concentrar aquí toda la población de Murcia, que yo solo la vería a ella.

Saludo agradecido, choco la mano con los espontáneos que se han unido y la marabunta se dispersa. La música pasa de los ritmos latinos a una de mis canciones favoritas. Afloja, de Kadec Santa Anna. Ni siquiera me había dado cuenta de que su sobrina está junto a ella.

—¿Zpiderman también sabe bailar!

—Eso parece... ¿Era necesario el espectáculo? —me pregunta cuando me siento de nuevo junto a ella. La niña se bebe media botella de agua de un tirón con tanta ansia que se moja entera, pero no parece importarle. Se me ocurre de pronto que así es como debe-ríamos bebernos la vida, con la misma necesidad que los niños beben agua. Pero, claro, ellos no tienen miedos.

—Necesario, no. Irremediable, sí. Es que me ha apetecido y esa canción mezcla de rap y salsa lo pedía a gritos.

—Ya. Eso que tú llamas música y que no son más que un puñado de frases groseras y ofensivas unidas por notas.

Voy a replicar, pero entonces ella decide comerse la piruleta y... ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, música. Letras ofensivas. Su lengua... «Biel, vuelve».

—A ver, cuéntame qué tienes en contra de la música hip hop.

—Joder, Biel, el otro día escuché una canción que decía que la iba a batir como mahonesa, y ahora, si he escuchado bien la que está sonando, porque parece que cantan con un chicle en la boca, dice: quiero que me dejes la boquilla de mi Winston roja.

Se me escapa una carcajada. Me parece de lo más adorable ahora mismo.

—¿Dónde está el problema? Tiene el significado que tú le quieras dar, una metáfora...

—Una metáfora guarra —me interrumpe un tanto escandalizada—. Es horroroso.

—También dice: no quiero amores de verano, quiero una rutina contigo en invierno. Sacas mi lado tierno. ¿No es eso bonito?

—Ni de coña. —Se ríe.

—Lo dejamos en que puede ser ambas cosas. Agresivo y tierno. Romántico y guarro.

La miro fijamente y, de nuevo, me agunto las ganas de hacer mucho más. Tiene los labios y la lengua de color rosa y me encantaría saborear mi adorada piruleta en ella. Pero sé que eso no va a pasar, no estoy listo para dar ese paso. ¿Entonces, qué pretendo? Volver a sentirme normal, supongo. Volver a sentir. Sin dolor. Lo malo es que ya dudo mucho que eso sea posible.

J llegó a mi vida como un tsunami. Comenzamos a hablar por Instagram, teníamos muchas cosas en común, nos gustábamos y no tardamos más de un par de semanas en vernos en persona. La conexión fue brutal. Era una persona hecha a medida para mí, y ella decía lo mismo. Compartíamos la misma visión del mundo, el gusto por la música, el *skate*, las patatas fritas con sabor a jamón y los bocadillos de tortilla de patatas. A veces eso es más que suficiente. Estar con ella era como ir puesto hasta las cejas de algo demasiado bueno. Los sentimientos siempre estaban a flor de piel, cualquier pequeña cosa la elevábamos a la enésima potencia. Nos juramos amor eterno, conquistar el mundo, llegar hasta la luna de la mano. Nos juramos demasiadas cosas en poco tiempo y, tal y como dijo Isaac Newton, todo lo que sube, tiene que bajar. Vaya si bajó. Cayó en picado y sin frenos, con la misma fuerza o incluso con el doble, pero el descenso empezó de forma muy sutil. Unos ligeros cambios de humor, una actitud de víctima que yo no entendía, reproches, chantajes... Comenzaban las banderas rojas. Todo lo arreglábamos en la cama, volviendo a prometernos mil y una quimeras. Poco a poco, llegaron los gritos, los insultos, los desprecios. Empecé a sentir que nada de lo que hacía era suficiente, que yo no lo era. Me hice pequeño y no entendía nada. Juntos éramos gigantes, pero era como si ella se hubiese alimentado de mi parte buena, la mejor faceta de mí. Cuando todo aquello explotó, solo me quedaba el cascarón. Le di tanto de mí que yo me había quedado vacío. Aprendí por las malas que lo que se da, no se recupera. También aprendí que hay personas que no saben vivir de otra forma si no es alimentándose de tu luz.

Pasé por muchas fases con ella y otras muchas cuando nuestros caminos se separaron. La primera de las veces, por su repentina desaparición al verse descubierta por mí. Las demás, por mis constantes recaídas cada vez que ella decidía volver a aparecer pidiéndome mil perdones. Fueron tres años de idas y venidas, de recaer, de volver a empezar, de creer que sí, que esa vez sería la definitiva. Con cada oportunidad que nos concedíamos yo salía más destrozado. No fue sencillo llegar a la conclusión de que ella no tuvo la culpa de nada, pero más difícil fue aceptar que tampoco fue culpa mía. Decidí ir a terapia, necesitaba agarrarme a algo, a cualquier cosa que me sostuviera, porque yo sentía que estaba al borde del precipicio de una forma realmente peligrosa. Viví rodeado de sombras mucho tiempo, pero la terapia fue mi salvación. Por fin podía ponerle nombre a toda aquella locura y comenzar a entender qué nos había pasado. El trastorno límite de la personalidad (TLP) es una afección mental que afecta gravemente la capacidad de una persona para controlar sus emociones. Tiene periodos prolongados de sentimientos inestables, como euforia y ansiedad, por nombrar algunos. Esas experiencias interiores a menudo los llevan a tener acciones impulsivas y relaciones caóticas con otras personas. Es decir, toxicidad pura y dura, hacia ellos mismos y hacia los demás. Me convirtió en un *yonky* de las emociones fuertes, enganchado a la adrenalina que suponía estar con ella y, lo peor, creyendo que todo eso que habíamos vivido era amor. Aún estoy en ello, no es fácil salir de una relación así y, la verdad, creo que nunca se sale del todo. Quien ha pasado por esto, lo sabe. Todavía me pesa, todavía siento la culpa, la pena, el ahogo. Yo también fui, sin saberlo, partícipe de ese trastorno, y a veces siento que lo he asumido como mío, si es que eso es posible. Pero después vuelvo a la luz, cojo todas las herramientas que me dio mi terapeuta y tiro para adelante.

Hace cuatro meses que estuve de acuerdo en que me diera el alta. Todo iba bien, había

renacido, volvía a creer en la vida y en mí mismo. Y entonces, una tarde cualquiera, descubrí a una chica con las zapatillas blancas más relucientes que yo había visto jamás. Y, no sé muy bien por qué, volví a sentir esa atracción. Más tarde, la conexión. Junto a todo eso, los coletazos del miedo, los gritos, las sombras amenazando con volver a cubrirme por completo. Yo no era así antes de J, pero me temo que así es como soy ahora. Un chico que quiere pero que no puede. Todavía no. Pero tengo que intentarlo y Ada parece ser una buena chica. Ahora me toca ser valiente.

—Biel, tengo que irme, se ha vuelto a hacer muy tarde y no quiero otra bronca de mi hermana.

—Está bien, pero recuerda que me debes una de tus poesías. —Le sonrío tratando de centrarme en el presente, en ella, en toda la luz que desprende.

—Lo intentaré, pero no prometo nada. La creatividad no fluye bajo presión.

Ada se sonroja diciendo esto y yo juro que quiero abrazarla muy fuerte, hasta levantarle los pies del suelo.

—Tienes hasta el martes que viene. Pásame la ubicación de donde estéis y me paso. Esta vez me toca a mí desplazarme, a no ser... que hayas cambiado de opinión y quieras quedar este fin de semana.

Me he envalentonado y se lo he vuelto a proponer. Me parece ver que se lo piensa y eso me asusta, pero también es lo que quiero. Tengo que seguir adelante aunque sea con miedo.

—El martes está bien —me contesta sonriendo con timidez.

Nos quedamos de pie uno frente al otro como dos pasmarotes, como si necesitáramos añadir algo más para despedirnos o, tal vez, como si no quisiéramos hacerlo. Entonces ella se acerca y yo tengo la tentación de dar un paso hacia atrás. Pero me obligo a no moverme, a esperar para ver qué es lo que va a hacer. Sus labios rozan mi mejilla. Ha sido tan solo un segundo, tan rápido que me parece haberlo soñado. Se me queda cara de lelo y un cálido hormigueo me recorre el rostro, mientras la veo alejarse con su sobrina de la mano. Yo ya le di un beso en un alarde de falsa valentía y ahora ella me lo ha devuelto. Estamos empate. Y sé que esto no es ninguna competición, pero de golpe quiero volver a dar un paso más y, a la vez, también quiero frenar. Estoy bien jodido.

Domingo 1:00 am

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). Me basta con mirarte. Deco
Mdz

Domingo 1:20 am

¿Me la envías porque nombran a Neruda?

Y para que veas que no todas las letras son lo peor

Admito que esta tiene pase, pero solo porque nombran a Neruda

Me vale. Estoy sonriendo satisfecho. ¿Te he despertado?

Es sábado por la noche

Estás de fiesta

Bueno, me he visto la última temporada de Los Bridgerton de una sentada y ellos siempre están
de fiesta, así que podríamos decir que sí

Creo que no entiendo nada de lo que has dicho

¿Netflix?

Soy más de HBO. Sigo sin entender

Jajaja. Espera

Esperando...

Para mi corazón basta tu pecho, para tu libertad bastan mis alas. Pablo Neruda

¿Vamos a empezar a comparar? Porque el debate podría ser eterno

No hay debate posible. Esas dos estrofas hablan por sí solas

Prueba con uno tuyo

Error

¿Me lo darás el martes?

No te prometo nada. Puede que me arrepienta de aquí a entonces

No te atreverás. ¿Delante de quién iba a fliparme?

Algo me dice que no necesitas a nadie para eso

JA JA. Cierto, pero no sería ni la mitad de divertido. ¿Sabes?, la gente suele aplaudir, pero tú me
diste un beso. Prefiero que no faltes

...

¿...?

Iré

Ahora sonrío todavía más

ADA

Bajo la sombra de un árbol,
sobre la hierba mojada.
Frente a unos ojos que son mar,
color del cielo.
El mundo entero a mis pies,
los tuyos salidos de la nada.
Tierra quemada.
Puro Biel.

El cerco de dos lágrimas decora la página donde escribí su poema. Me suele ocurrir cuando escribo tan intenso. Fui incapaz de meterme en la cama sin dejar salir todo lo vivido esa tarde con él. Simplemente... cerré los ojos y brotó de mí. Puro Biel. Pura sorpresa. Tan solo hemos quedado unas pocas veces, pero ya nos hemos contado media vida y sé que quiero descubrir la otra mitad. Biel es una combinación de muchas cosas y todas me parecen atractivas, succulentas, una tentación. Su pelo rubio lleno de ondas, sus ojos felinos, el pendiente de aro de su nariz, su sonrisa de piruleta, incluso, y mira que me cuesta reconocerlo, sus camisas y calcetines horteras. Sé que la cosa es grave cuando me doy cuenta de que hasta eso me gusta de él. ¿Qué me está pasando?

Mi arrebató de despedirme de él con un beso en la mejilla me costó tener que soportar a Paolita haciendo preguntas incómodas durante el camino de vuelta a casa. Está convencida de que Spiderman es mi novio y no hay quien la saque de ahí. Sí, lo sé, solo fue un casto beso en la mejilla, infantil e incluso ridículo, pero ¿me crees si te digo que yo lo sentí de todo menos eso? El que él me dio anteriormente me había gustado y quería volver a probar, necesitaba sentir su contacto de nuevo. Con él me siento como una adolescente, esa es una realidad más grande que una casa. Cuando él parece llevar la voz cantante, yo me sonrojo. Cuando yo veo que se queda cortado, decido lanzarme. No sé a dónde vamos a llegar, pero me descubro pensando que el final me parece un buen lugar.

Mi sobrina me da el tercer dibujo que ha hecho de Biel. Es una especie de Spiderman rubio y abstracto, tipo Picasso, pero muy conseguido. El otro día logré esquivar el tema con mi hermana, pero me da que hoy no voy a correr la misma suerte. Nos ha pillado a Paolita y a mí en la cocina haciendo bromas sobre el dibujo mientras suena una lista de reproducción aleatoria en Spotify que se llama «Hip Hop en español». Me declaro tremendamente culpable.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta cautelosa, como si se esperara lo peor. Si yo la pillara a ella escuchando este tipo de música también me preocuparía.

—¡Mira, mami! He dibujado al novio de la tata. Ze llama Zpiderman y baila zuperbién.

—Y dale, Pao, ya te he dicho que no es mi novio, solo es un amigo.

—Y supongo que no se llamará Spiderman...

—Se llama Biel —confieso, como si decir su nombre lo hiciera más real.

—¿El rubito del parque? No me gusta.

—¿Quién ha dicho que a mí sí?

—¡Ja! Tu cara, tu cuerpo, esta música... Todo, Ada. No intentes negarlo. —Eleva el tono de voz.

—La tata le ha dado un bezo.

Mi sobrina se ríe y mi hermana me mira como si yo fuera lo peor.

—¿Aprovechas que estás con la niña para liarte con él? ¿Delante de ella?

—¿Qué? ¡No! ¡Cómo iba a hacer algo así! Nos estábamos despidiendo, solo le di un beso en la cara. Y, para tu información, Paolita se lo pasó genial en ese parque.

—El parque de loz patinez. Eztá muy chuli, mami. ¿Vamoz un día laz trez juntaz?

Mi hermana coge de la mano a Paolita, se la lleva al sofá y le pone los dibujos. La pequeñaja ya se queda con todo y no es plan.

—Ada, no quiero que veas a esa gente, y mucho menos si estás con ella. —Señala mi taza con la cabeza—. ¿Qué estás tomando?

—Un té.

—Pues para mí será un whisky. Total... Menudo lunes. —Se quita la chaqueta del traje, se deshace de los tacones de mala manera y se deja caer en una silla a mi lado.

Ya no pregunto, sus respuestas siempre son genéricas y encriptadas. Alguien de tal departamento la ha cagado, nadie sabe hacer nada, un error en las cuentas de no sé qué cosa... Pero sé que es importante cuando ha llegado a casa antes de tiempo y se ha servido un whisky.

—¿Habéis cenado?

—Todavía no. No son ni las ocho.

—Ah...

—Berta, ¿va todo bien?

—Sí, solo que ha sido un lunes muy lunes. Y llego a casa y me entero de que te llevas a mi hija a parques extraños a besarte con desconocidos.

—Eso no es así. Y no te refieras a ellos como «esa gente». Haces que parezca algo horrible.

—Porque lo es. Son grafiteros de poca monta, gente que solo puede acarrear problemas.

—¡Pero si no los conoces de nada! Aunque... el otro día, cuando te fuiste del parque, te detuviste frente a ellos de una forma muy rara. ¿Es que los conoces de algo? —Una pieza hace clic en mi cabeza, como una intuición, aunque no le doy mayor importancia.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre? —suelta en un gritito agudo y sospechoso—. Les dije que se buscaran otro sitio o llamaría a la policía. No pueden estar en un parque para niños, van a romper

las pocas zonas de juegos que tienen.

—Berta, por favor, eres una exagerada.

—Ya, claro, exagerada. Me gustaría saber qué pensarías si fuera tu hija en lugar de la mía.

—Eso no es justo. Ella es como una hija para mí y lo sabes.

—Pues mira, no, no lo sé. Hasta hace poco no te habías preocupado por ella, así que no será la cosa para tanto —dice entre dientes sirviéndose otra copa.

—Me parece increíble que me acuses de eso cuando te hartaste de repetirme que tenía que vivir mis años en la universidad, que no querías cargarme con nada extra, que tú te valías y te sobrabas.

La miro dolida, pero una parte de mí sabe que tiene razón. Yo debería haber estado más presente por mucho que ella me dijera lo contrario.

—Lo sé, lo siento. No quería... Ha sido un día duro y lo estoy pagando contigo.

—Pues ya te vale, Berta. Eso ha sido un golpe bajo.

—¿Me perdonas? —dice haciendo falsos pucheros.

—¡Qué remedio! Pero hoy haces tú la cena, que para un día que no llegas a las mil...

—Hecho, sacaré unas pizzas congeladas. Pero tú dejas de ver al tal Biel.

—¿Y eso por qué?

—Porque te lo estoy diciendo yo que soy tu hermana mayor.

Su comentario me enfada. No me puedo creer que sea capaz de exigirme algo así, y eso me hace darme cuenta de que no quiero dejar de verlo.

—Tía, no sé qué mierda te ha pasado hoy, pero a mí déjame en paz.

—Genial —bufa.

—¡Y ni se te ocurra enfadarte! Soy yo la que está enfadada y sabes que tengo toda la razón para estarlo.

Me voy a mi habitación porque paso de seguir discutiendo. No soporto eso de ella, que cuando ve que me estoy enfadando, se saque de la manga un enfado mayor, como si siempre tuviera que quedar por encima. Sé que es su forma de ser, pero a veces me molesta demasiado que el rol de jefa la acompañe hasta casa. No puede decirme a quién ver y a quién no. Nunca hemos pasado esos límites la una con la otra y no pienso empezar ahora.

*

El martes por la mañana recibo un mensaje de Marcos. Quiere que nos tomemos una cerveza por la Plaza de las Flores, una de las zonas más emblemáticas de la ciudad. Los primeros años de universidad los precios eran aceptables, pero en cosa de poco tiempo se han puesto por las nubes. Pedimos unas cervezas Estrella Levante y un par de marineras, que son una de las tapas estrella de Murcia. Consiste en una rosquilla con ensaladilla rusa coronada con una anchoa en conserva por encima. Deberían declararlo Patrimonio de la Humanidad.

—¿Y bien? ¿A qué se debe tu invitación un martes por la mañana?

—Yo no he dicho que te vaya a invitar —gruñe y yo me río, porque está en plan ahorro hasta que apruebe las oposiciones y se coloque bien colocado, como suele decir.

—Te has saltado tu mañana de riguroso estudio, después de eso todo puede pasar.

—Anda, que tampoco es para tanto. Solo es que me apetecía verte, las últimas veces que hemos quedado ha sido con tu sobrina y, por muy bien que me caiga, no es mi plan favorito.

—Te hace la manicura gratis, ¿qué más quieres?

Hablamos de chorradas durante un rato, pero tras la segunda cerveza comienzo a impacientarme. Es evidente que quiere decirme algo y no sabe cómo, así que le pregunto directamente.

—Marcos, nos conocemos demasiado. Suelta de una vez lo que quieras decirme.

—¿Yo? —Trata de hacerse el sueco.

—Te estás quedando sin uñas y sé de sobra que no perdonas una sesión de estudio a no ser que sea por fuerza mayor. Dilo ya.

Se revuelve en su silla y sé que está escogiendo las palabras adecuadas. Siempre hace eso. Tiene la teoría de que hasta la peor de las noticias puede parecer buena si se usan las palabras indicadas. Marcos es don perfecto, políticamente correcto hasta decir basta y esto, por mucho que sea mi amigo, me resulta exasperante.

—Está bien, te lo diré sin más. He estado hablando con tu hermana y ha salido el tema de tu sobrina... Total, que dice que te estás viendo con un chico que no es buena compañía.

Se me abre la boca de golpe. No puedo creerlo.

—Me estás vacilando.

—Está preocupada por ti, dice que son unos gamberros grafiteros, que seguramente pertenecen a alguna banda de esas organizadas.

—Marcos —le interrumpo sabiendo lo que ha pasado—, tú no has hablado con mi hermana por casualidad. Te ha pedido que hables conmigo.

—No lo haría si no pensara igual que ella.

—Increíble, lo que me quedaba por escuchar. ¿Os dais cuenta cómo suena vuestro discurso cuando ni siquiera los conocéis?

—Ni los conozco ni falta me hace. Esos pandilleros son todos iguales y no deberías mezclarte con ellos. Y ya que estamos, tampoco deberías volver al parque ese, ElBarnes... A saber lo que

harán ahí.

Me enfado tantísimo que si no me marchó de inmediato es porque es mi mejor amigo. No es solo lo que dice, sino su forma de decirlo, el tono despectivo y condescendiente. La superioridad, las lecciones de moral.

—¿Cómo sabes el nombre de ese parque? ¿Es que lo has buscado?

Se queda callado y sé que es un sí. Lo que faltaba ya es que mi hermana y él se pusieran en modo espías conmigo.

—Me voy. Y ni se te ocurra seguirme ni volver a sacar el tema. Me parece inaudito, Marcos.

—Lo hacemos por tu bien, ya nos lo agradecerás.

No le contesto. Ahora mismo no saldría nada bueno de mi boca, y tengo que volver a recordarme que es mi mejor amigo y no quiero herirle. Le mando un mensaje a mi hermana diciéndole que se ha pasado tres pueblos y medio. Como es normal en ella, a pesar de estar las veinticuatro horas del día con el móvil, no contesta. Pues si creen que sus consejos cutres van a hacer que deje de quedar con él, lo llevan claro. Ahora más que nunca me apetece la cita de esta tarde.

BIEL

Dos llamadas perdidas

Me paso la mañana del martes esperando un mensaje de Ada en el que me diga que no va a venir. Sopesar esa posibilidad hace que no pueda concentrarme en clase y decido fugarme las últimas dos horas. Para estar así prefiero pasarme por el comedor social, que siempre hay cosas que hacer. Llego a tiempo para ayudar a descargar el camión que nos abastece semanalmente para organizar los menús diarios. Es justo lo que necesito, tareas mecánicas que me distraigan de mis ganas y mis miedos. A las cinco de la tarde recibo un mensaje con su ubicación y respiro tranquilo, por fin. Salgo pitando para mi casa a pegarme una ducha rápida. He estado a punto de escribirle alguna vez más desde el domingo, pero me he contenido. Busqué el poema de Neruda y bueno... yo no tengo ni idea, pero no me dijo gran cosa. Me quedo mil veces con el que ella me escribió y que ahora está pegado en una libreta que me he comprado. De su cuaderno al mío. ¿Usaré más hojas o las demás se quedarán en blanco? Esta es una de esas dudas que me gustan así, sin resolver.

Gon y Omar se pican un poco porque no vaya con ellos esta tarde, pero tampoco han querido venir conmigo. No entiendo a qué viene tanta manía con el parque que, hasta hace nada, parecía encantarles a los dos. Gon no ha dicho gran cosa, pero Omar se ha cerrado en banda y ha sido imposible volver a sacarle una palabra coherente; no sé qué bicho le habrá picado. Elijo la camisa de los ángeles, la típica pareja de angelitos del cuadro de Rafael. Me pongo a juego los calcetines de cruces. Hoy la temática es la iglesia, aunque no haya pisado una desde los diez años, aproximadamente.

Ada está sentada donde siempre, con su pelo recogido en una coleta, una sudadera azul cielo y unos vaqueros pitillo con el borde deshilachado. Sus bambas blancas impolutas llevan un pisotón enorme.

—¿Qué le ha pasado? —Doy un golpecito con mi pie al suyo.

—Mi sobrina me ha pisado. ¿Es que nunca me vas a saludar con un «hola»?

—Nunca es una palabra muy fuerte, pero lo veo difícil.

Me siento a su lado y le doy una piruleta. Yo ataco la mía; me ayuda a calmar los nervios.

—¿Haz traído una para mí?

—Hombre, Paolita, por supuesto —le contesto con una sonrisa a la niña que, por cierto, no sé de dónde ha salido.

—¿Me daz otra para mi amiga Irene? Le he dicho que Zpiderman iba a traer piruletas para la doz.

—Me da a mí que eres la más lista de tu clase, ¿a qué sí?

Se va corriendo sin contestarme. Ha dejado claro que solo me quiere por el azúcar.

—Te está convirtiendo en su esclavo, tal y como ha hecho conmigo. Como lo consiga estás perdido.

—Me parece que ya tiene medio camino hecho. ¿Tienes algo para mí? —Me dispongo a jugar con la cremallera de su mochila y ella me da un suave manotón.

—¡Oye! Anda, trae. Pensaba esperar un poco, o que se te hubiese olvidado...

—Ni de lejos. Estoy en un sinvivir desde la semana pasada. ¿A qué ibas a esperar?

—A que se me pase la vergüenza —dice poniéndose roja al instante.

—Bah, no puede ser peor que el del tal Neruda ese. Déjame ver.

Le saco la lengua para que se relaje aunque creo que yo estoy más nervioso que ella. Comienzo a leer en voz alta y me doy cuenta de mi error cuando voy por la segunda frase. Conforme avanzo mi voz se va entrecortando y llego a duras penas a las últimas dos palabras.

—Bajo la sombra de un árbol, sobre la hierba mojada. Frente a unos ojos que son mar, color del cielo. El mundo entero a mis pies, los tuyos salidos de la nada. Tierra quemada. Puro Biel.

Trago saliva. Creo que ahora soy yo el que está rojo y, joder, emocionado a más no poder. La miro y le quiero decir algo que esté a la altura, pero no me salen las palabras. Es imposible decir nada después de esto.

—Si lo que querías era dejarme sin palabras, lo has conseguido. No sé qué decir...

—No digas nada. Hagamos como que esto no ha pasado, ¿vale? —dice quitándose la libreta de las manos.

—Ni loco —la recupero y arranco la página con mi poema, tal y como hice la otra vez—. Esto es lo más bonito que me han hecho jamás, Ada. Yo... ¿De verdad me ves así? Quiero decir... ¿Cómo consigues escribir con tanta sensibilidad?

Ella me mira y el ambiente se vuelve denso, íntimo. Juraría que ahora mismo me está dejando ver lo que hay más allá de su piel.

—No es para tanto, de verdad. No le des tanta importancia o seré incapaz de enseñarte nada más.

—Está bien, pero necesito saber cómo lo haces.

Toma aire antes de hablar.

—Cierro los ojos. Cierro los ojos y respiro. Mi cabeza se llena de imágenes, algunas reales, otras no. Esas imágenes me hacen viajar junto a ellas, me hacen sentir cosas. Es ahí cuando trato de quedarme en blanco y dejarlo salir. A veces queda bonito y otras no, pero en ambos casos me sirve como desahogo, como un medio para canalizar emociones.

Ha dicho todo esto mirándose los pies. Tímida, retraída. Preciosa. Yo me he quedado absorto en sus hoyuelos, en la perfección de su nariz, en la forma en que sus labios danzan con cada palabra.

—Gracias. Por el poema y por compartir conmigo algo tan tuyo.

—Gracias a ti por no reírte.

—¿Reírme? Creo que no eres consciente de cuánto significa para mí este pequeño trozo de papel. ¿De verdad has cerrado los ojos pensando en mí y has escrito esto?

Lo último que quiero que piense ahora mismo es que soy un flipado, pero es que me parece demasiado que haya podido escribir algo así pensando en mí. Ella se sonroja de nuevo. Yo

quiero abrazarla.

—Lo escribí el jueves por la noche. Supongo que ese parque lleno de grafitis me inspiró.

—¿Solo eso? ¿Mi baile no tuvo nada que ver? —Le sonrío.

—Quizás, puede, no sé. ¿Sabes qué? Me estoy muriendo de vergüenza, ¿por qué no hablamos de otra cosa?

Los dos dejamos escapar una carcajada repleta de tensión. Es más que evidente que yo no soy el único que está con los nervios a flor de piel y, ya puestos, creo que tampoco soy el único que ha notado que todo se ha vuelto más intenso entre los dos. Miedo. De nuevo, mi amigo el miedo.

—Me parece bien. ¿Tu poeta favorito?

—Bécquer, sin duda. Sus palabras son como caricias —me contesta en el acto haciéndome saber que agradece el cambio de tema.

—¿Y alguien que no lleve muerto ochocientos siglos?

Ada se ríe mirando al cielo y se pasa los mechones de pelo que se le han escapado de la coleta por detrás de las orejas. Qué preciosa es.

—Me gusta Patricia Benito, Elvira Sastre, Marta Agudo... Me gustan muchos, en realidad, pero me quedo con los que llevan años criando malvas. ¿Hablamos ya de tu camisa?

—¿Qué le pasa a mi camisa?

—Que son ángeles...

—Espera, que te remato el conjunto.

Me subo los pantalones y le enseño los calcetines negros con cruces blancas. Ella se ríe.

—Admítelo, te puede la intriga de saber cuántos calcetines tengo y si todos son combinables con alguna camisa.

—Admito que tu obsesión por vestir prendas horteras a juego me comienza a parecer divertida, pero eso no quiere decir que me guste.

—Es imposible que estos angelitos no te gusten. ¿Eres creyente?

Ada parece extrañarse con mi pregunta.

—Sí. ¿Tú no?

—No. Ni un poco, la verdad. ¿En qué crees?

—En Dios. Mi madre era muy devota, me crió en la fe. Fui a catequesis, hice la confirmación, he leído el antiguo y el nuevo testamento y sé rezar todas las oraciones.

—¿Rezas a Dios?

—No siempre, pero sí. Me gusta hablar con Él y me tranquiliza saber que está ahí arriba cuidando de todos nosotros. ¿Tú no crees en nada de nada? —pregunta intrigada.

Lo primero que pienso es que me está vacilando, pero por su cara veo claro que está hablando muy en serio.

—Creo en muchas cosas, pero desde luego no soy religioso, y mucho menos pienso que haya nadie ahí arriba. Y si lo hay, lo está haciendo de pena.

—No todo es responsabilidad suya. No podemos dejarlo todo en sus manos.

—Ya... Te confieso que me cuesta creer que todavía haya gente joven que se crea a pies juntillas todo ese rollo de la Biblia.

—¿Por qué? Yo puedo aceptar que tú no opines como yo.

—No me entiendas mal, puedo convivir sin problema con esa idea tan generalizada, pero no es para mí. Además, me gusta esta diferencia de opinión. ¿No sería de lo más aburrido si todos pensásemos igual?

No le pregunto por su madre, pero me he dado cuenta de que ha usado el tiempo pasado para referirse a ella. Lo haré más adelante si tengo la oportunidad, pero sé que después yo tendré que contarle mi historia y todavía no estoy preparado para eso.

—Lo sería, sin duda, pero también es importante tener puntos en común.

—Tú y yo los tenemos. —Le sonrío, de repente demasiado cortado.

—¿Por ejemplo?

—Nos gustan las letras que transmiten, ya sea en forma de música o de poesía. Los parques. Las piruletas de fresa. La compañía del otro. Y nos reímos mucho juntos, eso siempre es un plus, ¿no?

Me oigo a mí mismo y me entra el sofoco. Me llevo las manos a los ojos y los aprieto queriendo desaparecer. Llevo haciendo ese gesto involuntario desde que tengo memoria.

—Hay otra cosa más que tenemos en común —me dice con una sonrisa tímida—. Yo también pienso que deberíamos quedar para cenar algún día.

Ada me sorprende y yo la miro emocionado.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No he cambiado de opinión. La idea siempre me ha gustado, pero quería conocerte un poco más.

—¿Y bien? ¿Te ha molado lo que has visto o solo es que tienes hambre?

Su carcajada retumba en todo el parque y yo tengo que contenerme para no ponerme a bailar por el subidón.

—Digamos que quedar un rato en un parque infantil se me va quedando corto. ¿Te gusta esa respuesta? —contesta con voz sugerente.

Su repentina proximidad, su cálido aliento, su mirada clavada en la mía. Lo que antes era alegría ahora también son ganas de echar a correr. Pero de aquí no me muevo ni si viniera el mismísimo miedo a gritarme a la cara.

—Me gusta. Y yo opino exactamente igual.

ADA

Dime que somos tan solo retazos
de una vida pasada o futura, quizá.

Dime que somos las ganas,
la fuerza.

El viento que sopla,
que abraza.

La mirada que besa,
la herida que sana.

Dime que somos verdad.

Me despedí de Biel después de que mi sobrina interrumpiera el momento, con ese don innato que parece tener, diciendo que te-nía tanto pipí que iba a explotar como una fuente. No hubo ningún beso ni concretamos nada, simplemente nos dijimos adiós sabiendo que teníamos una cita pendiente. Cuando llegué a casa, mi hermana todavía no había aparecido, así que me metí en la bañera con Paolita, después cenamos unos huevos a la plancha –la muy glotona podría comer eso a cada hora del día y mínimo de dos en dos– y, por fin, cayó rendida. Me tumbé en mi cama con la necesidad de pensar en ese último encuentro con él, en el momento en el que le di la poesía, en el ambiente que se creó. Caí entonces en que él no había cumplido su parte del trato y no me había hecho uno de sus bailes a cambio de mi poema. Rememoré las conversaciones, las miradas, las risas, los gestos. Ese suyo tan peculiar y entrañable de llevarse las manos a los ojos. Me regodeé en lo mono que fue al decirme las cosas que teníamos en común, y supe que quería más de él cuando me vi a punto de lanzarme a sus labios olvidándome del parque, de mi sobrina, del resto de madres y casi del mundo entero. Porque entre nosotros parecía haberse creado uno nuevo, propio, diferente y a nuestra medida. Me sentí en una burbuja; todavía me siento así.

Me puse a escuchar la canción que me había enviado por WhatsApp. «Me basta con mirarte» ya lleva demasiadas reproducciones en mi teléfono. Tantas, que me la he aprendido de memoria. Y solo a ti te confieso que me gusta la maldita canción, incluso me puse a cantar.

«Que me basta con mirarte, saber que te quiero pa' siempre. Y que si no estás tú delante yo me siento insuficiente. Entro en un bucle constante desde que entraste en mi mente. Enlazamos las miradas, ya supe lo que era la suerte»

Escuché la puerta de casa y después un golpe. Me levanté a toda prisa y me encontré a mi hermana sentada en el suelo junto al recibidor con las medias asomando del bolso, la camisa a medio abrochar y sin rastro de pintalabios.

—¿Berta? ¿Qué haces? ¿Qué ha pasado?

—Shh, nada, vuelve a la cama —balbuceó.

—¿Estás borracha? ¡Un martes!

—Lo siento.

—No tienes nada que sentir. ¿Por qué me pides perdón? —me extrañé.

—Por ser una mala hermana. Te pasas el día cuidando de mi hija y encima yo te lo echo en cara. Te meto caña con cosas que yo no soy capaz de hacer... Doy asco.

—¿Qué? Pero...

No sabía qué decir ni entendía lo que me estaba diciendo ella. Verla en ese estado me había dejado helada. Berta, mi hermana mayor, la supermujer que nunca se baja de sus tacones, solo si es para mantener su cuerpazo de gimnasio. La que terminó sus estudios estando embarazada y se matriculó a distancia en pleno posparto. La misma que consiguió un puesto de jefaza en el Corte Inglés con un bebé a su cargo. Ella nunca se rinde, no conoce la palabra fracaso, nunca se convertiría en lo que tengo ahora delante. Podría coserla a preguntas, juzgarla o echarle el sermón del siglo, pero nada de eso me importa ahora.

—Solo necesito saber que estás bien. Si alguien te ha hecho algo, tenemos que ir a la policía —le dije temiéndome lo peor.

—Shh... Todo está bien. Muy bien. Necesito dormir, eso es todo.

—¿Estás segura?

—Sigo siendo tu hermana mayor. Ayúdame a levantarme.

Lo hice tragándome todas las preguntas que se me pasaban por la cabeza. La ayudé a llegar a la cama, le quité la chaqueta, la camisa y la arropé. Se quedó traspuesta al rozar las sábanas, y entonces hice algo que nadie debería hacer jamás. Busqué en su bolso y flipé al ver que no solo guardaba ahí las medias, sino también las bragas. «Joder, Berta». Miré su móvil, fue algo inevitable por lo que más tarde pedí perdón en una oración. Su patrón de bloqueo seguía siendo el mismo, una P de Paola. En su última conversación de WhatsApp, guardada con el nombre de «Nadie», quedaba con alguien donde siempre. Deslicé mi dedo por la pantalla buscando el inicio y tuve que ir tres meses atrás. No quise leer las conversaciones, pero me quedó claro que era un chico y, por si había algún atisbo de duda, después me topé con varias fotos que dejaban muy claro que era un tío de pies a cabeza, ya que se podía ver con detalle una parte muy concreta de su anatomía masculina. Bloqueé el móvil y salí de la habitación escandalizada. Eso era lo más fuerte que ha-bía visto hacer a mi hermana en toda su vida y no lo podía creer.

Ahora, varias horas después, sigo igual de perpleja. Apenas he conseguido pillar el sueño, pero igualmente me he levantado para dejar a mi sobrina en el colegio. Cuando vuelvo a casa, mi hermana ya está en la cocina rebuscando en el armario de los medicamentos con cara de pocos amigos. Un día normal ella ya llevaría mínimo una hora en la oficina, pero hoy parece estar tomándoselo con calma.

—No me mires así. Y ni se te ocurra mencionar lo de anoche —me dice tratando de sobreponerse a la evidente resaca que arrastra.

—Que no mencione que te encontré tirada en el suelo sin medias, con la camisa mal abrochada y con el pintalabios en paradero desconocido.

Ella gruñe y engulle un enorme vaso de agua junto a un par de ibuprofenos.

—Pensaba que te habían violado, Berta. No paran de salir en la tele todo tipo de noticias...

—¿Te puedes callar, por favor? —me interrumpe—. Nadie ha violado a nadie, no seas tan tremendista. Y para tu información, tengo una vida más allá del trabajo y Paolita.

—¿Ah, sí? Pues eso es nuevo para mí. ¿Cómo quieres que lo sepa si no me lo cuentas? Nunca me hablas de tus ligues, en cambio, te permites el lujo de opinar sobre los míos.

—No es nada. Solo... un tremendo error —se lamenta.

Me pienso si decirle que he mirado su móvil o guardarme esa información en la recámara.

—¿Quedaste ayer con el tal Biel?

—Espera, esto no funciona así. No pienso contarte nada si tú tampoco lo haces.

—Es evidente que estuvisteis juntos, no hay más que ver tu cara —suelta con desprecio—. Que sea la última vez si estás con Paola, ¿me estás oyendo? Haz lo que quieras con tu vida, pero en la de mi hija decido yo.

—Eres idiota —le contesto realmente molesta—. Tranquila, no se volverá a repetir.

—Eso espero. Y que sepas que tú también estás cometiendo un error.

—¿Otra vez con eso? ¿Es que Marcos y tú no me vais a dejar en paz con el tema?

—Nos acabarás dando la razón, tiempo al tiempo.

Mi hermana se queda más ancha que larga tras soltar algo así y después se encierra en el baño. Cuando sale no queda ni rastro de la Berta que vi anoche. Esta es de nuevo la *superwoman* jefaza en todo su esplendor, pero me alegra saber que ha bajado unos cuantos peldaños del pedestal en el que yo la tenía situada. Ahora, de pronto, se ha vuelto más humana, más real. A veces, nada como una marca en un expediente inmaculado para conseguir empatizar. Mi hermana, la estirada, ahora me cae mucho mejor. Y no hay nada más tentador que saber que te guardas un par de ases en la manga, aunque no sé bien cómo usarlos. Tras pensarlo unos segundos, lanzo el primero.

Berta, qué bonito volver a conocerte. Espero que ese error te dé alguna que otra alegría, aunque eso signifique volver a casa con las bragas en el bolso.

Tenía que soltárselo. No me ha gustado la forma en que me ha acusado ni que vuelva a referirse a Biel como lo peor. Ahora sabe que juego con ventaja y eso es algo que ha ocurrido muy pocas veces en la historia de nuestra vida como hermanas. Va a ser divertido.

*

Es miércoles. Paola me ha suplicado para venir al parque y me ha costado concederle el deseo. Sé que hoy no voy a ver a Biel aquí y eso hace que pierda toda la emoción. El que sí que viene, para mi sorpresa, es Marcos. Lo primero que pienso es que quiere ver a Biel en persona para poder seguir criticándolo, pero su motivo parece ser muy diferente.

—¿Qué te trae por aquí un miércoles?

—Estaba paseando por la zona y he pensado en pasarme. ¿Es que te molesta?

—¡No! Pero es raro...

—Bueno, quizá tenga un buen motivo para venir. —Lo miro animándolo a que siga hablando —. Es que... he conocido a alguien. Quería decírtelo en persona.

—¿Qué? ¡Pero eso es genial!

—Sí, bueno, vamos poco a poco, ya sabes cómo soy.

—Alguna de esas será la definitiva. Tú solo déjate llevar, sin agobios —le digo sabiendo de qué pie cojea, con la intención de que siga adelante con ella.

—El problema no está en dejarme llevar. Mi problema es que ninguna me parece lo suficientemente interesante como para seguir viéndola más de tres o cuatro citas.

—Pues tendrás que intentarlo. ¿Por qué no pruebas a seguir quedando con esta más allá de ese límite que te has marcado?

—Porque sé que si en las primeras citas no me ha impactado, ya no lo hará, y eso hace que pierda el interés rápidamente —dice de lo más pesimista.

—¿Cuántas citas llevas con...?

—Se llama... María. Hemos quedado este sábado para la cita número cinco.

—¡Vaya! ¿Va a traspasar la barrera? —Me sorprendo.

—Puede que sí.

—¿Y por qué no estás más ilusionado? ¡Es una gran noticia!

Marcos asiente sin estar muy convencido de ello y yo lo achucho gratamente satisfecha. Una parte de mí estaría más tranquila si él tuviera pareja.

—¿Qué hay del chico con el que te estabas viendo?

—¡No irás a volver con el tema! ¿Mi hermana te ha dicho algo más?

—¡Tranquila, fiera! —exclama—. Solo es curiosidad.

—Más te vale. —Le sonrío para compensar un poco el tono de antes—. Nos vimos ayer un rato y le dije que ya iba siendo hora de quedar en un sitio más apropiado.

—Ajá... Así que pasas de nuestros consejos y vas a por todas. Debe de gustarte mucho —suelta con un ramalazo de inquina mal disimulada.

—Sí. Me gusta y voy a seguir viéndole, a pesar de vuestros consejos no pedidos y de vuestros juicios gratuitos. ¿Algún problema con eso?

Lo miro amenazante y me mantengo firme. Sé que si me ve dudar se me echará encima y

volverá a llenarse de razones.

—Ninguno, solo que espero que no me vengas llorando dentro de poco.

—En cambio, yo espero que te vaya de fábula con María. ¿Por qué no haces tú lo mismo y te alegras por mí? —le pregunto indignada.

—Porque sería un falso de mierda. Los amigos tienen que ser sinceros entre ellos.

—También alegrarse por la felicidad del otro, y es lo último que pienso decir sobre el tema. No quiero volver a discutir.

—Está bien. Lo dejamos aquí, yo tampoco quiero discutir contigo —se queja casi sin voz.

—Cualquiera lo diría.

Marcos se marcha sin decir nada más y, de nuevo, yo me quedo con un cabreo de tres pares de narices. Ojalá su nueva chica consiga liberarlo un poco de esa amargura que arrastra desde hace ya algún tiempo y que parece ir acentuándose. Siempre ha sido un poco cascarrabias, pero últimamente está rozando el límite de lo soportable.

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). Bicho raro. Natos y Waor

No sé qué piensas que puede gustarme de esta canción. Si lo de “si tengo tu culo y algo para fumar” o “las cosas claras y la droga en los bóxer”

Ni lo uno ni lo otro. Claramente es el ritmo, no todo es la letra. ¿Acaso no te entran ganas de bailar?

Con esta música te aseguro que no. Por cierto, me debes un baile

Tú a mí una cita. ¿Quién va primero?

¿Este viernes?

No puedo. Me ofrecí voluntario para una sesión de cine con los abuelos. ¿Sábado?

Eliges tú el sitio

Madre de Dios. Enfrente del 609. Elige tú la hora

21:30. No me gusta la gente impuntual

Estaré allí un rato antes. No creo que mis nervios me dejen estar tranquilo en casa

Llegaré antes, entonces. No soportaría llegar después de ti y que parezca que me he retrasado

Para eso quedamos a las 21:00 y listo

Vale, pero llegaré antes de todos modos

Y yo antes que tú

Eso habrá que verlo

BIEL

Una solicitud anónima de amistad en Facebook

La elección de hoy es importante. ¿Soles o corazones? ¿Una mezcla? Me decanto por la camisa de rayas verticales blancas y negras. Me la pongo abrochada, sin camiseta debajo, con los dos botones superiores sin cerrar. La cadena plateada de eslabones anchos. Cazadora vaquera. Pantalones negros rotos. Las clásicas Reebok blancas, que jamás estarán tan impolutas como las tuyas, y el toque final, que me reservo para la cita. No me pongo perfume, con la mascarilla de papaya para el pelo creo que es más que suficiente.

Llego a las ocho y media. No sé qué significa para ella llegar un rato antes, pero yo nunca he sido demasiado puntual, así que me cuesta ir con tiempo de sobra. Si no fuera porque sé que la volveré a ver, creo que no lo habría conseguido. Por fin. Por fin ha aceptado quedar conmigo fuera del parque, aunque ahora me pregunto si habrá sido una buena idea. Sé que sí, es algo que llevo tiempo deseando. Pero él, el Biel del pasado, ese que todavía está lamiéndose las heridas, me grita que estoy cometiendo una auténtica locura. No estoy preparado para involucrarme con nadie de una forma parecida a como lo hice anteriormente, pero sí que me apetece quedar con ella, saber más, poder hablar de cualquier tema que surja, porque con Ada es sorprendentemente fácil, y compartir risas, que es de lo que mejor se nos da. Sé que es lo que tengo que hacer y por fin he encontrado a alguien con quien me nace hacerlo. Solo tengo que disfrutar de esta noche y no dejar que el fantasma del pasado lo arruine todo. Puedo hacerlo. Quiero hacerlo. Voy a hacerlo.

Ada llega diez minutos después que yo. Pone los brazos en jarras en cuanto me ve y viene hacia mí con el ceño fruncido. Yo me río orgulloso de haber llegado el primero. Lleva un vestido blanco lleno de florecitas, unas bailarinas de color azul en los pies y una chaqueta de lana fina en el mismo tono de azul grisáceo. Me parece de lo más dulce.

—Mal empiezas, Biel. Odio muchísimo llegar tarde y ahora me durará el mal humor un buen rato.

—Hemos quedado a las nueve, técnicamente los dos hemos llegado antes de tiempo.

—Pero tú antes. No lo soporto.

—Pues acostúmbrate, ya que a partir de ahora será siempre así. Tu cara de enfadada es demasiado graciosa. —Le saco la lengua.

—¿A partir de ahora? ¿Cómo sabes que querremos repetir? —Me desafía con la mirada.

—Yo querré. Llámalo intuición.

—¿Y si como con la boca abierta?

—Me juego un dedo de mi mano derecha a que eso es imposible. —Me da por reír.

—Igual hago muchísimo ruido al masticar.

—Un dedo del pie a que tampoco.

Le abro la puerta del restaurante mientras ella sigue diciendo tonterías y yo sigo riéndome.

—Soy de lo más maleducada con los camareros. Una auténtica grosera.

—Eres lo contrario a todo lo que acabas de decir. Me juego el meñique de la izquierda, el más especial.

Le enseño el dedo que se me quedó torcido a raíz de una fractura cuando trataba de saltar entre una baranda y una farola. Típico error de cálculo.

—Te lo rompiste en uno de tus saltitos, ¿a qué sí? —me dice una vez hemos tomado asiento.

—Estaba empezando con el *parkour*. No he tenido grandes lesiones, por suerte, pero es inevitable que ocurra algún que otro accidente. Esos saltitos, como tú los llamas, no son nada fáciles de hacer.

—Lo sé. De hecho, me parece algo asombroso. He visto en internet que hay...

—Espera, ¿has buscado en internet sobre el *parkour*? —la interrumpo, gratamente sorprendido.

—Culpable. La curiosidad me pudo.

—Pues acabo de decidir que la próxima cita será en un sitio muy especial. No puedo consentir que te quedes con unas imágenes de internet teniendo delante a un experto.

—Toc, toc, modestia llamando a la puerta —canturrea.

Le sonrío. Me gusta fliparme a propósito con la intención de que ella me baje los humos, y me atrevería a decir que a ella le gusta que me flipe. Pedimos un popurrí de comida en el que descubro que Ada odia el queso cortado tal cual, en frío, pero que le gusta mucho en su versión caliente, como en pizzas o pastas. Le da un asco terrible el tomate natural, aunque me confiesa que come cucharadas directamente del tarro de tomate frito. La berenjena le provoca picor en la lengua y el paladar, y hay algún tipo de pescado que cuando lo toma acompañado de vino blanco le produce un pequeño sarpullido por la cara y el cuello.

—¿No te has hecho las pruebas para saber qué pescado es?

—Nop... Es una de esas cosas que prefiero no saber. Me divierte vivir con esa incertidumbre y no quiero que me digan que es el rodaballo porque amo a ese pez feo y deforme.

Vivir con dudas, algo que yo siempre he defendido y a lo que ella ya ha hecho mención anteriormente. Mi conexión con ella. ¿Cuál será la suya conmigo? Ahora me está explicando que el rodaballo se quedó a medio evolucionar, que es una mezcla de lenguado y pez normal que, según ella, son los que tienen un ojo a cada lado de la cara. Dice que es un eslabón perdido, como el ornitorrinco o el caballito de mar. Yo la escucho fascinado, abducido, preguntándome cómo puede ser tan bonita y natural. Pero, sobre todo, me pregunto si habrá algún tema de conversación que no me apetezca escuchar de su boca. La respuesta es no.

—¿De verdad no vas a beber nada de nada? —me pregunta mientras el camarero le sirve otra copa de vino.

—Una Fanta de naranja para mí, por favor.

—De agua a refresco. ¡La noche promete! —Se ríe.

Ada está mucho más desinhibida que de costumbre y eso me gusta. Está de lo más graciosa, habladora y ocurrente.

—No me gusta el alcohol. En Navidades brindo con un poco de sidra, pero ese es mi máximo.

—Vaya... ¿Cerveza? ¿Vino? ¿Nada?

Niego con la cabeza.

—Soy un chico sano y deportista. —Me señalo el cuerpo de arriba abajo.

—Ya veo...

Me gusta cómo me mira, pero me obligo a cambiar de tema para no seguir por ese camino.

—¿Has escrito algo para mí?

—¿Perdona? ¿Tu ego no tiene suficiente? No volveré a escribirte nada hasta que me hagas el baile que me debes.

—Me parece justo, un trato es un trato. ¿Quieres que te lo haga ahora?

—¿Aquí? ¿En medio del restaurante? —pregunta entrando en pánico.

—¡Tranquila! —Me río—. Solo quería ver cómo te sonrojabas.

—Muy bonito, Biel, jugando con mis sentimientos.

—¿Cómo consigues que mi nombre suene tan alucinante?

Lo digo sin pensar y me arrepiento de inmediato. Ella vuelve a ruborizarse y baja la mirada.

—Es un buen nombre, yo no hago nada especial. Supongo que el mérito es de tus padres.

—Bueno... A decir verdad, no fueron ellos los que lo eligieron. El otro día me di cuenta de que hablaste de tu madre en pasado. No te quise preguntar entonces, pero tengo curiosidad. No hace falta que me cuentes nada que no quieras —le digo sin estar muy seguro de si debería sacar ese tema o no.

—No te preocupes, no pasa nada. Murió cuando yo tenía dieciocho, después de una larga enfermedad. De mi padre jamás supimos nada, así que solo somos mi hermana, mi sobrina y yo.

—Lo siento. Al menos, pudiste conocerla.

—Pues sí. Tú...

La miro a los ojos y sé que ha llegado el momento de hablarle de los míos o, más bien, de su ausencia.

—Yo he crecido sin ninguno de ellos. Fue Sor Carmela la que eligió el nombre de Biel.

—¿Una monja?

—Me encontró en la puerta del Convento de Santa Ana con apenas unos días de vida. Fue imposible dar con el paradero de mis padres, así que se hicieron cargo de mí hasta que me asignaron un hospicio.

—¿Qué me dices? —exhala llevándose la mano al corazón.

—Me visitaba siempre que podía, trató que me asignaran una familia... Me crió como al hijo que nunca tuvo y yo la sentí como una auténtica madre, la única que he tenido.

—¿Murió?

—Sí. La pobre murió sin haber conseguido que yo saliese de la casa de acogida. No es tan fácil como parece conseguir un hogar, ni para los padres que desean un hijo, ni para nosotros.

—Madre mía... ¿Siempre has vivido allí?

—Hasta que tuve edad para buscarme la vida. Por eso me puse las pilas para entrar en la universidad y estudiar Trabajo Social. Así que cambia esa cara de pena porque, como ves, la historia tiene final feliz —le digo con una sonrisa sincera.

Ada hace una mueca de sorpresa. Creo que no era consciente de su gesto lastimoso, pero yo ya estoy acostumbrado.

—Lo siento, no quería... Joder, Biel, es que no me lo esperaba.

—Lo sé, tranquila, es la reacción normal. La verdad es que me ha ido muy bien. Fui feliz allí rodeado de más niños en mi misma situación. Sor Carmela cumplió para mí la función de madre, nunca me faltó de nada, fui incluso a clases de baile y después pude estudiar lo que siempre había querido. Me apetecía compartirlo contigo, nada más.

Ada se toma un momento para digerir todo lo que le acabo de contar. El camarero le sirve otra copa y yo me pido otra Fanta porque me he quedado seco de tanto hablar.

—¿Has dicho que te apuntaste a baile?

—Danza clásica, con cuatro años, ¿cómo te quedas?

—¡No me lo puedo creer! —exclama abriendo la boca y dando un pequeño golpe en la mesa.

—¿Por qué? No se me daba del todo mal, aquí donde me ves.

—Porque yo también hice danza clásica.

—¿Cómo?

Boom boom. Boom boom. Boom boom.

ADA

Me muevo.
Corro.
Vuelo.
Estallo.
Salto.
Me elevo.
Y exploto,
a todo color.
Y brillo,
sin pudor.
Y te veo.
Y tú me ves.
Y bailamos.
Como el fuego,
tú y yo
danzamos.

Te lo reconozco. La confesión de Biel me ha dejado helada. Pero apenas he tenido tiempo de pensar en ello, porque nuestro pasado en común con el baile clásico ha sido toda una llamarada.

—Lo practiqué desde los cinco hasta los ocho. Quería ser bailarina, por lo visto apuntaba maneras, pero en uno de mis saltitos —recalco esa palabra dándome cuenta de repente de la similitud— me rompí un par de huesos del pie, los más importantes, nada más y nada menos, y tuve que abandonar ese sueño que apenas empezaba a crecer.

—¿Y ya está?

—¿A qué te refieres?

—¿Esa es toda tu relación con el baile? ¿No lo intentaste después o probaste otras disciplinas?
—me pregunta extrañado.

—No. Me dijeron que sería imposible que volviera a bailar y mucho menos de forma

profesional, así que me olvidé.

—Vaya, eso es decepcionante.

—¿Perdona?

—Lo siento si te molesta, pero es así. Renunciaste incluso antes de intentarlo.

—¿Qué otra cosa iba a hacer? Los médicos lo dejaron muy claro —le contesto algo enfadada.

—De acuerdo, no podrías bailar a nivel profesional, pero si de veras amabas el baile, habrías buscado otro camino.

—Ni se te ocurra insinuar que no me gustaba lo suficiente. No tienes ni idea...

—¿Por eso escuchas música clásica?

Me encojo de hombros. Ya no me apetece seguir hablando.

—Venga, Ada, no te enfades conmigo. Dejamos el tema aquí, ¿vale?, pero antes tengo que decirte que la coincidencia me parece muy graciosa. Por lo visto, no soy el único que se rompe cosas dando saltitos, ¿no te parece?

Biel me mira, me saca la lengua y yo me tengo que reír; es irremediable. La verdad es que el parecido es tan alucinante que parece irreal.

—¿Por qué dejaste tú de bailar?

—¿Cómo? Sigo bailando, por si todavía no te ha quedado claro.

—Me refiero al ballet —aclaro arrastrando las palabras.

—Fácil. No me dejaban usar tutú por ser un niño, ¿te lo puedes creer?

—Te estás quedando conmigo.

—Para nada. Quería uno verde, creo que solo me apunté a clases por eso. Un par de años después, en primaria, conocí a un grupo de chicos que le daban al monopatín y quise probar. Se me daba muy bien. Después, sobre los ocho años, justo cuando tú abandonaste el baile, yo descubrí la música funky, el rap, el hip hop. Descubrí que bailar *breakdance* era lo que mejor me hacía sentir. Y muchos años después, aquí sigo.

Me vuelvo a quedar impresionada.

—¿Hay algo que se te de mal a ti? —lo provoco.

—Bah, millones de cosas. Soy malísimo para las mates, a menudo confundo la derecha con la izquierda, soy incapaz de hacer un nudo a un globo, rompo todas las cremalleras que toco, peinarme me da una pereza terrible y pierdo cosas todo el rato. No sé, simplemente se volatilizan —exclama haciendo un gesto con las manos, como si se tratara de un mago en un truco de magia—. Pero soy buenísimo combinando ropa y no aguanto más para enseñarte esto.

Biel saca las piernas de debajo de la mesa y se sube los pantalones.

—¿Un calcetín de cada clase?

—No me decidía entre soles o corazones, así que he dicho, ¿por qué no?

—Estás rozando el límite de lo humanamente aceptable. —Lo señalo con el dedo tratando de no sonreír.

—Deberías alegrarte, has visto dos modelos de una vez. No todo el mundo tiene ese privilegio.

—Vaya, me siento halagada —le digo llevándome la mano al pecho con evidente teatralidad—. ¿Cuántos más tienes?

—Ya te dije que ese secreto iría conmigo a la tumba. Para saberlo tendremos que tener cita tras cita hasta que me vea obligado a repetir.

—No sé, no sé... ¿Y si cuando me invites a tu casa busco en tus cajones y lo averiguo? Adiós al misterio de un plumazo.

—Sí a lo de mi casa —responde algo tímido—, pero ni de coña vas a hurgar en mis cajones. Eres demasiado educada para hacer algo así.

—No tienes forma de saberlo.

—No, pero lo sé al igual que he sabido que no comes con la boca abierta y que no eres grosera con los camareros. Hay cosas que simplemente se saben, y otras, que es mejor no saber.

Lo miro gratamente sorprendida y no puedo evitar mordirme el labio inferior. Hay tantas cosas que me gustan de él que no sabría por dónde empezar.

—¿Cuándo te hiciste el pendiente de la nariz? —le pregunto por fin, siendo consciente de cuánto me atrae ese pequeño aro plateado.

—El día que cumplí los dieciocho. ¿Te gusta?

No quiero contestarle a eso, así que le lanzo otra pregunta de vuelta.

—¿Te dolió?

—Oh, joder, eres de las que contesta con otra pregunta, no es la primera vez que lo haces. ¿Por qué? Yo te lo advierto, si no quieres ver mi peor versión, no vuelvas a hacerlo.

Se me escapa una carcajada tan grande que la poca gente que queda en el restaurante se gira para mirarme.

—¿Te apetece ir a otro sitio? —me pregunta.

—¿Dónde?

Biel insiste en pagar y tengo que ceder. Caminamos sin parar de hablar y no me preocupo de hacia dónde vamos. Me cuenta cosas sobre sus amigos, como que no soporta que siempre usen sus tazas y las dejen en el fregadero con restos de Cola Cao. Me dice también que mantiene el contacto con alguno de sus amigos de la infancia, pero solo por teléfono, ya que cada uno está viviendo en una punta de España. Me confiesa entre risas que le ha pedido consejo a Pedro, su abuelo favorito de la residencia, para la cita de esta noche.

—Me ha dicho que lo más importante era que me aseara bien y que usara un buen perfume. Le he hecho caso solo en lo primero. —Me saca la lengua.

—¿No llevas perfume?

—No. Es que acabo de descubrir una mascarilla de papaya para el pelo que hace que no tenga apenas que peinarlo, y huele tan bien que no quería camuflarla. Mira.

Biel frena en seco y se agacha ligeramente para que le huela el pelo. Yo cierro los ojos y lo hago. ¿Que por qué he cerrado los ojos? Pues te digo que no solo he hecho eso, sino que también

se lo he tocado. Y es incluso más suave de lo que había imaginado.

—¿Y bien?

—No sabía que la papaya oliera así —le digo como respuesta, sintiendo de pronto que no me importaría volver a tenerle tan cerca.

—Ni yo. La verdad es que nunca la he probado, pero te juro que podría comerme el bote a cucharadas, como tú con el tomate frito.

Me gusta que se haya quedado con esa tontería.

—¿A dónde vamos?

—A bailar, obviamente.

—¿Qué?

—No puedes pasar un día más sin recuperar esa parte de tu vida.

—Biel, hace años que no bailo. —Me alejo de él queriendo huir a toda prisa.

—Ada, es una discoteca normal, no hay de qué asustarse. La niña que hay dentro de ti está dando saltitos de emoción ahora mismo. ¿Acaso no la oyes?

—Deja de decir la palabra «saltitos» con ese tono tan agudo. Me imitas fatal.

—No lo haré tan mal cuando sabes que te estoy imitando.

—Te aseguro que sí. Añádelo a tu lista de cosas que se te dan de pena.

—Muy graciosa. ¿Pasamos?

—Ni se te ocurra montar un numerito —le advierto.

—Me gusta que me vayas conociendo.

Biel me sonríe y acto seguido abre la puerta. Me adentro en el local mientras él me sigue. Lo sé porque su mano descansa en la parte baja de mi espalda como si nada. Como si todo. Ha debido de notar el respingo que he dado, pero no la ha quitado. Yo tampoco me he apartado.

—¿Quieres algo de beber? Yo necesito otra Fanta.

Su mano se ha posado con más firmeza apretándome contra él y su cálido aliento me ha hecho cosquillas en mi oreja. La proximidad empieza a preocuparme, no porque me moleste, sino por todo lo contrario. Nos ponemos a charlar tratando de hacernos oír por encima de la música, apoyados en una mesa alta, haciendo caso omiso a las canciones que suenan, como si no nos hubiésemos contado ya casi toda nuestra vida.

—Dieciséis —le digo de sopetón.

—¿Cómo?

—El número de calcetines. Acabo de decidir que tienes dieciséis pares, ni uno más ni uno menos.

—¿Dices un número al azar y te quedas tan tranquila?

—Tenía que probar. Esa es una duda que me gustaría resolver.

—Me parece que no pienso lo mismo —dice con una sonrisa de lo más dulce.

—Ay, venga, Biél, ¡dímelo! —Le agarro la camisa y me planto frente a él lo más firme que sé.

Él mira mi mano y después me mira a mí, como si se sorprendiera con mi gesto.

—¡Ni hablar!

Cierne su mano sobre la mía y comienza a moverse al ritmo de la música reguetonera. Yo trato de cruzarme de brazos, pero no lo consigo porque me sigue teniendo bien agarrada. Biel se ríe, cierra los ojos, vuelve a mirarme y sigue moviéndose. No está haciendo gran cosa, solo sigue el ritmo con los pies y con los hombros, pero a mí me parece que no necesita hacer nada más. Está guapo a rabiar y su sonrisa lo ilumina todo. Le sigo la corriente porque me parece imposible no hacerlo, aunque sabiendo lo bien que se le da el baile yo no puedo evitar sentirme como un pato.

—¿Sabes bailar otro tipo de música?

Biel me coge de la otra mano y me da media vuelta. En un visto y no visto tengo mi espalda pegada a su pecho y sus brazos alrededor de mi cintura.

—Un, dos, tres, cuatro. Un, dos, tres, cuatro...

Sus susurros en mi oído van acompañados de un movimiento de caderas suave y rítmico. Se pega tanto a mí que consigue que yo también me mueva dejándome llevar por el vaivén de su cuerpo. Bailamos así un rato, yo sin apenas dejar salir el aire, él respirándome en el oído. La temperatura sube tanto que sé que tengo que hacer algo o acabaré besándolo aquí mismo. «¿Y qué hay de malo en eso, Ada?»

—¿Es salsa o bachata? —le pregunto a duras penas girando la cara hacia él.

—¿Acaso importa? Es música, solo hay que sentirla.

Coloca sus dos manos en mi cintura y vuelve a girarme. Quedamos cara a cara, ambos con los labios entreabiertos. Trago saliva sintiéndome sedienta de forma súbita. Sed de él, de sus labios sobre los míos, de saber cómo sería dar un paso más y seguir elevando la temperatura que me parece que ya está rozando el límite. Ya no bailamos, ni siquiera nos movemos levemente, solo nos miramos la boca mientras él sigue agarrado a mi cintura y yo tengo las manos en el aire. Las poso sobre su pecho y desciendo despacio, palpando su firme torso. Me detengo al llegar a la cinturilla de sus vaqueros y me abruma el darme cuenta de que, si no estuviéramos en una discoteca, no habría parado. Aun así, no quiero parar, hay algo en él que me atrae de una forma intensa y, sin más, me dejo llevar. Cuelo mis dedos por las trabillas de sus vaqueros y lo acerco hacia mí. Me pongo ligeramente de puntillas y me aproximo a sus labios, despacio, preparada para recibir todo de él. Para lo que no estoy preparada es para la explosión de sensaciones que se forma en mi interior. Los labios de Biel son cálidos, suaves, jugosos. Se acompasan con los míos de inmediato y entonces es él quien me atrapa entre sus brazos y profundiza el beso. No exagero cuando digo que ya no escucho la música del local, porque dentro de mí parece haberse formado una nueva, una que él hace sonar. Me enredo con su lengua y me lo bebo, entero, con su cuerpo pegándose al mío de tal forma que me hace hasta daño. Su dureza. Mis ganas.

Jadeo deseando más cuando siento su cuerpo lejos de mí. Biel se ha apartado de una forma demasiado brusca y eso me desconcierta tanto que no sé qué decir ni qué hacer. Lo miro tratando de leerlo y me parece ver una disculpa en sus ojos.

—¿Quieres algo más de beber? Voy a por un botellín de agua. —Carraspea y se pasa la mano por el pelo.

Niego con la cabeza y vuelvo a la mesa, descolocada. Biel regresa al cabo de un par de

minutos y me cuenta que no tienen agua fría, que tendrá que conformarse con beber agua del tiempo, a pesar de que no le gusta nada. El ambiente se enrarece de golpe, la temperatura se ha desplomado y yo me he quedado chafada. ¿No le gustaré lo suficiente? ¿Solo a mí me ha parecido el beso más alucinante de toda mi vida?

Biel se esfuerza por sacar tema de conversación, pero a mí no me apetece hablar de nada. Creo que se me nota en la cara que estoy disgustada y, después de un rato, decido acabar con la cita.

—Me voy a marchar.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí... Creo que será lo mejor.

Me pongo la chaqueta y me cuelgo el bolso. No quiero echarme atrás.

—Te acompaño.

Me molesta que no insista en que me quede, que no trate de alargar la noche. No solo ha cortado el beso, sino que le parece bien que me vaya. Apenas pronuncio palabra de camino a mi piso, pero él insiste en acompañarme hasta la puerta del edificio.

—Es aquí.

Mira hacia arriba, como tratando de adivinar qué ventana es la mía, y asiente metiéndose las manos en los bolsillos.

—Vale, pues... supongo que me voy...

Me giro y busco las llaves en mi bolso, no me apetece ya ni despedirme de una forma decente.

—Lo siento, Ada, lo he estropeado todo —me dice casi en un susurro.

—Tranquilo, tus motivos tendrás.

La frase me sale llena de rabia y despecho.

—Ese es el problema, que tengo demasiados motivos, pero eso no quiere decir que no me haya gustado lo que ha ocurrido.

Parece sincero, pero ahora mismo no puedo creerle.

—De verdad, Biel, déjalo. Es mejor dar la noche por terminada.

—No vas a desaparecer, ¿verdad?

—Ahora mismo es lo que más me apetece, si te soy sincera.

Su mirada refleja dolor, miedo, confusión. No lo comprendo.

—Ya... Buenas noches, Ada.

Abro la boca para contestarle con la misma frase, pero las palabras no llegan a salir. Biel se aleja cabizbajo con las manos en los bolsillos y yo solo puedo quedarme aquí plantada viendo cómo se va. Me meto en la cama más confundida que nunca, dándole vueltas al beso, a su reacción de después. Demasiado ruido, demasiadas dudas. Enciendo la luz y abro mi libreta. Necesito vaciarme.

Revolotean dentro de mí
mil y una mariposas.
Quizá no sea tal cosa,
quizá todo lo soñé.
Quizá, la miel
solo estuvo en mis labios.
O puede que no fuera ni miel.
Fruto todo de un engaño
me sumerjo en él.

BERTA

Sé que está con él. Lo sé y me repatea. Ya no sé si tanto porque no me haya hecho caso o por saberme una mala hermana. Debe-ría alegrarme por ella. Debería haberle ayudado a elegir la ropa, aconsejarle sobre el color de labios que más le favorece, que es el rosa coral, y haber divagado sobre dónde irían, de qué hablarían, si habría beso o no. En fin, lo que suele hacer una buena hermana. Por el contrario, yo he optado por seguir machacándola en mi cruzada personal contra Biel. Yo qué sé, en el fondo tenía la esperanza de que a última hora decidiera no ir a la cita, pero eso no ha ocurrido, como es lógico. Se gustan, son jóvenes, no tienen ninguna responsabilidad ni nada a su cargo que les impida disfrutar de lo que sea que esté surgiendo entre ellos. Odio ser yo la mosca cojonera de esta historia, pero es que me aterra lo que pueda ocurrir si siguen viéndose. Soy una egoísta, lo sé, pero hasta que consiga cortar con esta situación de mierda, es lo único que me queda. Esperar que ella frene algo que yo no soy capaz. Que ella acabe con su relación, ya que yo no tengo valor de acabar con la mía. ¿En qué momento me he metido en esta locura?

En el trabajo todos me temen. Bueno, no todos, pero veo cómo me miran y no puedo negar que me siento un poquito orgullosa de ello. No se llega a donde he llegado yo con mano blanda y siendo simpática. Se llega pisando fuerte, trabajando duro, levantando ampollas y sembrando un poco el miedo. Tirana es la palabra que me dedican cuando creen que no les oigo, pero tengo oídos hasta en los baños. Estoy bien con eso. Sé que puedo parecer una tirana; quizá lo sea, no me importa. Mi trabajo lo es todo para mí, he llegado a donde estoy peleando con uñas y dientes, dejándome mi tiempo y casi la salud en cada pequeño logro, sacrificando incluso la primera etapa de la vida de mi hija. Espero que Paola pueda perdonarme algún día por no haber estado con ella cuando más me necesitaba, por haberla dejado a cargo de una *nanny* tras otra, por no haber tenido a su madre cerca.

Cuando me enteré de mi embarazo sentí que la senda por la que iba mi vida, una que era enorme, segura e inamovible, se bifurcaba. Al final de esa senda firme, mi vida profesional. Al final del camino anexo recién pavimentado, mi maternidad. No se puede ser todo a la misma vez, que no os engañen con eso. Las mujeres nos pasamos la vida renunciando a cosas y la mayor renuncia llega junto al palito bañado en pipí, ya sea algo buscado o no. Renuncias varias facetas de tu vida, a las múltiples posibilidades que de forma instantánea desaparecen, a tu tiempo, a tu libertad. Y entonces, nervios, frustración, injusticia, pesar, pena y culpa. CULPA. La compañera eterna de las mujeres, esa que nunca se va y que se pega mucho más a ti cuando eres madre. Me sentí culpable desde el momento en que supe que iba a traer al mundo a un hijo no deseado y me siento culpable a día de hoy por todo cuanto he hecho desde entonces. Da igual el esfuerzo, las ganas, las noches sin dormir, haberme realizado profesionalmente y que Paolita sea una niña feliz. Da igual todo. Me siento muy culpable por haber antepuesto mi faceta profesional a la personal y me temo que eso va a ser así para siempre. Incluso si el día de mañana llega mi hija y me dice que todo está bien, yo no lo sentiré así.

Pero, como les digo a mis adjuntos, si el problema no tiene vuelta atrás, tan solo nos queda tirar hacia adelante. Me encanta esa frase y me define muy bien. Berta Fernández no recula ni para coger impulso. No se arrepiente, no claudica, nunca falla. Ya... En mis mejores sueños. No sé si mis empleados se creerán todo eso de mí, pero me conviene que así sea. Sin embargo, todo

es pura fachada, una muy bien construida que llevo trabajándome desde que supe que estaba embarazada. Quería que todo el mundo me viera capaz de cualquier cosa, que el alojar a un bebé en mi vientre no fuera un impedimento para terminar mis estudios, para hacer las prácticas y, por supuesto, para conseguir un empleo. Mucho menos iba a consentir que su crianza me arrebatará el puesto con el que siempre había soñado. Y ahora, algunos años después, quiero mantenerlo a toda costa, cueste lo que cueste. Como si quitarme la careta de *superwoman* significara perder. Puede que suene a locura, pero para mí tiene todo el sentido. Yo no doy pasos atrás. Jamás lo he hecho y no pienso empezar ahora. Lo que pasa es que lo que estoy haciendo no es un paso atrás. Eso es un pozo cavado con pico y pala hacia el centro de la tierra.

—¿Se ha dormido ya?

—Que sí, mujer, tranquila. Las niñas han estado jugando sin parar. Irene está loca de contenta por tener aquí a su mejor amiga, ni siquiera te ha nombrado.

—Ya... Supongo que es mejor así. Gracias —le digo a la madre de Irene, que esta noche hace de canguro de la mía, ignorando que me toca un poquito la moral que mi hija no me eche de menos. Se hace mayor.

Cuelgo el teléfono, me sirvo otro whisky y tomo aire antes de volver al balcón donde me espera el causante de todos mis males. No es la primera vez que venimos a un hotel. Su piso no era una opción, el mío tampoco, así que aquí estamos, yo en camiseta y bragas, él en calzoncillos. Ni siquiera nos molesta el frío que ya se empieza a notar en pleno mes de noviembre. En Murcia el otoño se alarga hasta Navidad, como aquel que dice.

—¿Todo bien? —me pregunta disparando el humo del cigarro hacia el cielo.

No, nada está bien, pero sé que se refiere a Paola y asiento en silencio. Después le quito el cigarro de la boca y me lo termino. Menudo ejemplo para mi hija. Un cigarro en la mano, en la otra un vaso de whisky, estoy en bragas y con él. Mi antítesis. A escondidas, como dos malhechores. Odiándome por ello pero sin ser capaz de ponerle fin. Tengo que ser sincera conmigo misma. Sé que esto tiene que acabar, pero me faltan fuerzas para marcar ese límite. Me paso el día poniéndolos y necesito un espacio donde no existan. Una vía de escape, una evasión. Él me proporciona todo eso y más. Nada de límites, reglas o jerarquías. Con él solo se trata de sexo loco y bruto, de beber hasta olvidarme de todo, de dejarme llevar sin pensar en nada. Él es justo lo que necesito y, a su vez, todo lo que rechazo. Quizá por eso el sexo es tan increíble y me resulta tan difícil desengancharme. «Solo es sexo, Berta», me repito de forma constante. Y luego me río de mí misma, porque lo de «solo» me parece de chiste. Esto es sexo del bueno, del que a mí me gusta, el desenfrenado, rudo, animal y vicioso. Y que sea él quien me lo da me repatea lo más grande. Pero cómo me pone.

—¿No tienes frío? —le pregunto incapaz de dejar de mirar su pecho, su espalda, sus brazos, su culo.

—Ya te lo he dicho, yo siempre estoy caliente.

Me sube de un salto y me apoya en la barandilla que da a la calle. Se me corta la respiración. Miro hacia abajo y me mareo más de lo que ya estoy debido al whisky. Es un sexto piso, no hay posibilidad de sobrevivir si me caigo desde aquí. Sin embargo, ahora mismo eso es lo que menos me preocupa.

—¿Tienes vértigo?

—Ni un poco.

—Mejor. Porque pienso follarte aquí mismo —gruñe introduciendo la mano en mi bragas, agarrándome bien fuerte el coño.

Gimo en respuesta. Me parece bien. Mejor que bien.

MARCOS

Tiro el móvil al sofá de malas formas y me arrepiento de inmediato; mi adorado iPhone no tiene la culpa. No necesitaba la información que Berta me acaba de dar. Era algo que yo ya sabía, ella misma me lo dijo, pero es una de esas cosas que prefieres enterrar a buen recaudo, como hacían los egipcios con sus momias. Ada ha quedado con el pandillero. Está ahora mismo cenando con él, Berta me ha dicho hasta el sitio donde se encuentran. No sé si espera que me presente allí a interrumpir la cena o qué, a veces pienso que no debería haberme involucrado en esto, pero es que yo tampoco puedo evitarlo.

Al principio me sorprendió su forma de reaccionar cuando supo lo de su hermana con el pandillero. Se puso echa un auténtico basilisco, jamás la había visto perdiendo tanto los papeles. No paraba de parlotear, de decirme que teníamos que hacerla entrar en razón, conseguir que se olvidara de ese chico.

—Eres su amigo, fuisteis pareja, ¿de verdad quieres a alguien así para mi hermana? ¿Tan poco aprecio le tienes?

Me callé la respuesta inmediata que cruzó mi mente. Le tengo demasiado aprecio, ese es el problema. Por eso me dejé embaucar, permití que me envenenara y acabé odiando al rubito pandillero. Creo que si Berta no hubiese hablado conmigo, yo jamás habría llegado a esos extremos, pero cedí y, siendo honesto, yo tampoco quiero que estén juntos.

Sé que lo mío con Ada ya pasó, que ella nunca estuvo enamorada de mí, pero me carcome cada día no haberle confesado en su momento mis verdaderos sentimientos hacia ella. Nunca nos dijimos el famoso «te quiero» mientras estuvimos juntos. Quise hacerlo muchas veces, pero tenía miedo de no ser correspondido, cosa que imaginaba, así que opté por el silencio. Cuando ella tomó la iniciativa de tener la conversación que yo sabía que iba a ocurrir antes o después, esa que pondría fin a lo nuestro, quise gritarlo a los cuatro vientos.

«Te quiero Ada, démonos otra oportunidad, lo nuestro puede funcionar, déjame demostrártelo»

Pero la vi tan segura de su decisión que fui incapaz. En el fondo, yo también sabía que eso era lo mejor, solo que yo jamás me habría atrevido a dar tal paso. Decidí hacer como que su decisión era consensuada, que yo también opinaba igual, que no sentía lo suficiente por ella. Me agarré al clavo ardiendo de volver a ser amigos, el cual ella me sirvió en bandeja. ¿Jugué sucio? Un poco, pero ¿qué otra cosa podía hacer? La chica de la que estás enamorado hasta las trancas te dice que lo vuestro no funciona, pero que podéis volver a ser amigos. También habrías dicho que sí, no me jodas. Así que desde ese momento me muevo por una fina cuerda, cual equilibrista, sin querer pasarme ni quedarme corto, siendo su mejor amigo, estando para ella, apoyándola en todo, escuchándola, pegándonos alguna que otra fiesta y queriéndola en secreto. Todo esto, suplicando para que ella no note nada raro, claro.

Soy un pardillo. Han pasado más de dos años y todavía mantengo la esperanza de tener una segunda oportunidad. Pensaba que lo tenía medio superado cuando el año pasado empezó a salir con el chico ese, pero luego me di cuenta de que, si no me molestaba su relación, no fue porque yo hubiese pasado página, sino porque se veía a leguas que esos dos no iban a ninguna parte

juntos. Pero esta vez es diferente. He escuchado a Ada hablar de él, he visto su mirada, Berta me ha contado que le gusta bastante, incluso Paolita me ha dado la tabarra con el maldito Spiderman. Esta vez siento el peligro cerca, algo me dice que su relación podría funcionar y no estoy listo para verlo. Se me llenó la boca el otro día presumiendo de sinceridad y luego me sentí de pena. Sinceridad... Qué palabra tan relativa. Si soy sincero conmigo mismo, sé que no he pasado página con ella y no parece que vaya a hacerlo en un futuro próximo. Que haya conocido al pandillero no ha hecho más que resucitarlo todo de nuevo, y la machacona Berta está haciendo que todo cobre más importancia.

—A ver, puedo entender que el tipo no te guste, pero ponernos en su contra y decírselo a la cara para persuadirla solo va a conseguir que ella se ponga en contra nuestra. Va a hacer efecto rebote.

—Me da igual, tenemos que intentarlo. No pienso dejar que acabe con uno de esos. Dios mío, si mi madre la viera se llevaría el disgusto de su vida.

Pensé que aliarme con Berta sería lo mejor para conseguir nuestro objetivo y, de caer, no lo haría yo solo. De momento, no hemos ido más allá de una conversación en la que le hemos dejado bien clara nuestra opinión, pero sé que Berta está dispuesta a llegar hasta donde haga falta. Se le ha metido entre ceja y ceja y ella no es de las que frenan ni abandonan. Espero que esto no acabe explotándonos en la cara; no me lo perdonaría. Pero si a Berta, que es su hermana, le parece bien seguir insistiendo, a mí también. No quiero que Ada esté con nadie hasta que yo pueda superarlo, y muchísimo menos quiero que esté con él. Berta ha conseguido que yo también comience a odiarlo.

Por eso, el miércoles me levanté con la bombilla encendida y di con el plan definitivo. Ada no puede sospechar de mis intenciones ocultas, así que se me ocurrió que si yo también estaba conociendo a alguien, ella se relajaría mucho más. «Eh, mírame, estoy feliz con esta chica, solo quiero lo mismo para ti, pero lejos de ese pandillero». En mi cabeza suena hasta bien, solo yo sé que no es así. María, mi compañera de pupitre en primaria, la primera chica que me gustó. Me salió ese nombre, ni siquiera sabía si iba a ser capaz de inventarme esa bola cuando la tuviera delante, pero sí que lo fui. Según le dije, vamos camino de la quinta cita, mi barrera con las chicas. Me gustaría saber si alguna vez Ada se ha preguntado por qué no me ha cuajado la cosa con ninguna después de ella. Supongo que mi perorata sobre que ninguna me toma en serio y que estoy en una fase de solo ligués, le debe de parecer creíble.

Cojo de nuevo mi iPhone, son las diez y media de la noche de un sábado, mi tarde y noche libre de estudios, y estoy en casa solo, sin más plan que imaginarme a Ada cenando con el pandillero grafitero. Claro, que si solo fuera cenar casi podría soportarlo, pero hay muchas probabilidades de que hagan más que eso. Y entonces me enciendo, me entra la rabia, los celos, la indignación, la frustración; todo de golpe. Tengo que convertir en real a esa chica inventada sea como sea. Y echar un polvo, que buena falta me hace. Salgo a la calle dispuesto a encontrarla. Los locales a estas horas están a rebosar y también las calles. Me voy para la zona de Las Tascas, donde se concentra la fiesta por el centro de la ciudad. Me tomo un par de cubatas en el primer sitio que encuentro, apoyado en la barra mientras me infundo valor. Se me da de pena ligar. Hay muchas chicas, pero soy incapaz de acercarme a ninguna, mucho menos hablar. Salgo a la calle con el ánimo por los suelos y, de pronto, se me vuelve a encender la bombilla. La verdad es que creo que está más fundida que encendida, pero qué más da. Grito el nombre de María y me alegro de que aquella niña con la que compartí los lápices tuviera un nombre tan común. Camino y llamo en voz alta a una tal María que no existe cuando paso cerca de algún

grupo de gente. Me siento un puto pirado, alguien deprimente. ¿Qué clase de persona haría lo que estoy haciendo yo? Enfilo el camino de vuelta a casa dispuesto a olvidar para siempre este vergonzoso episodio cuando alguien me agarra de la camiseta por la espalda y me hace frenar.

—¿Me has llamado?

—¿Yo?

—Sí, tú, acabas de gritar mi nombre. ¿Nos conocemos?

A punto estoy de decirle que ha sido un error, pero soy tan patético que me deshago de la poca dignidad que me queda.

—No sé, dímelo tú. ¿No te acuerdas de mí?

—Déjame pensar... ¡Eres el chico del yogur helado!

—¡¿Qué?!

—¡Sí, el llaollao de Santo Domingo! Has debido de servirme ya como cuatro tarrinas de yogur con galleta holandesa y sirope de fresa —exclama mientras aplaude de lo más emocionada.

—Lo siento, pero me parece que te equivocas.

—Eh, no seas tímido. Si te soy sincera, yo también me había fijado en ti, pero no me atrevía a decirte nada, así que he vuelto allí día tras día a comer calorías que no necesito. ¿Cómo me has encontrado?

La chica se ríe y me quedo con las ganas de contestarle que ya he descubierto a que se deben sus curvas. Pero me muerdo la lengua, ya que yo no soy quién para hablar del cuerpo de nadie, y porque tiene pinta de estar tan loca que da miedo.

—Esto... ¿Casualidad?

«Anda, mira, una verdad»

—¿Sabes una cosa? Me chiflan las casualidades —dice entrelazando su brazo con el mío y echando a andar.

—¿A dónde vamos?

—A invitarte a una copa. ¿Me recuerdas tu nombre?

—Marcos —le contesto sin estar nada seguro de si debería darle información privada de mi persona. Sus ojos destilan peligro en el mal sentido.

—Marcos, tienes que saber que esta es tu noche de suerte.

—¿Ah, sí? —Me tiembla la voz. Quiero llorar.

—Ya lo creo que sí. Por fin he aprobado el carnet de conducir, ¡a la décima! Me ha bajado la regla después de un angustioso retraso y me ha salido el *eyeliner* igual en los dos ojos. ¿No es genial? Estoy que lo peto y tú lo vas a petar conmigo, ¿qué me dices?

Te podría decir que esto es lo más surrealista que me ha pasado nunca, que es evidente que te falta algún tornillo y que no deberías haberte puesto esa diadema roja gigante con un vestido rosa. No obstante... soy patético, ya lo he dicho antes. Debería haberle contado a alguien mis intenciones para que sepan por dónde empezar a buscar mi cadáver si desaparezco de la faz de la Tierra.

—Está bien. Veamos qué nos depara la noche —sentencio.

Mari Carmen, veintidós años, espantoso gusto para combinar la ropa, se toma demasiadas confianzas. Bebe Puerto de Indias con Seven Up porque le encantan las cosas dulces. Es una pésima conductora, no sabe cómo ha conseguido aprobar el carnet. Hasta esta mañana creía que estaba embarazada de un tío del que no recuerda ni su cara, mucho menos su nombre. Estudia Publicidad y Relaciones Públicas, pero siempre ha soñado con dedicarse a la fotografía, a pesar de que no tiene ni idea; le gusta improvisar a la hora de disparar su carísima cámara que no sabe usar. No tiene pelos en la lengua ni filtro de ningún tipo, habla por los codos y toca incluso más. Muy ardiente en la cama, palabras textuales. Lo compruebo apenas un par de horas después mientras cabalga sobre mí cual vaquera de rancho. Solo le falta soltar un «yiiihaaa». Pero soy yo el que acaba gritando con los ojos del revés, sintiéndome enano bajo su cuerpo y sorprendentemente satisfecho. Flipando estoy, Mari Carmen. Fli-pan-do.

BIEL

Un mensaje de texto vacío

La cagué. Como ya preveía que iba a pasar. Quiero estar preparado para vivir esto, pero la realidad es que no lo estoy. Por eso me aparté, a pesar de lo buenísimo que fue el beso. Y sus manos, su cuerpo contra el mío, su lengua. La noche entera fue lo más. Nos contamos tantas cosas que casi nos cierran el restaurante sin que nos diéramos cuenta. Nos dijimos también muchas otras sin necesidad de hablar. Bailamos. Nos reímos muchísimo. Y después encendimos una hoguera que elevó los grados de la discoteca, de nuestros cuerpos. Ada se lanzó y se lo agradecí en silencio, pues yo no habría sido capaz. Una cosa son las ganas; otra, que estés muerto de miedo. No sé qué pesa más, pero decidí disfrutar del beso y de lo que estaba surgiendo entre nosotros. Parece fácil, pero la tara que arrastro no es pequeña.

«No te fíes de esa conexión, Biel. Ya la has sentido antes y sabes que tan rápido como sube, vuelve a bajar. Acabarás jodido, dañado, volverás a sufrir. Ya has experimentado lo que es estar enamorado hasta las trancas, también lo que es volverse loco de desamor. Desengancharse de la droga que ella te daba, la que a ti te encantaba recibir. ¿Qué sentido tiene volver a arriesgarse a pasar por lo mismo?». Ninguno, ya lo sé, cualquiera con dos dedos de frente saldría corriendo. Pero ¿nos podemos pasar la vida huyendo? ¿Tengo que renunciar a volver a sentir solo por miedo? Lo que más me preocupa ahora mismo es, tal y como le dije anoche, que ella desaparezca. J desapareció de repente, cuando mejor estábamos, sin previo aviso, y ahí enloquecí. No recuerdo dolor más grande que ese y me aterra volver a vivir algo parecido. Todavía me pregunto cómo pude perdonarle aquello para volver a intentarlo después con todas mis fuerzas. Pero Ada me gusta. Mucho. Muchísimo. Debería darle la oportunidad, volver a confiar, aunque no quiero salpicarla con mi mierda y que tenga que lidiar con mis demonios. Estoy hecho un auténtico lío.

La voz de Gon me hace salir de la habitación. ¿Está aplaudiendo?

—¿Qué haces?

—Mira quién aparece por casa después de estar toda la noche fuera.

Gon se ríe a carcajadas, orgulloso de su amigo, ya que es evidente que Omar ha tenido una buena noche. Él también se ríe con esa típica sonrisilla de idiota que solo se te puede poner por una mujer. O por un tío o lo que sea que te guste.

—Vaya, vaya, vaya... ¿Dónde has estado? —le pregunta Gon, cantarín.

—Mejor pregúntale con quién —le animo.

—Cierto. ¿Quién es ella? ¿Has dormido en su casa? ¿La conocemos?

—La respuesta es: nadie, no y puede.

—¿Puede? ¿Eso qué quiere decir?

—No pienso hablar más. No me quedan fuerzas —fanfarronea algo tímido.

—*Acho*, eso es que ha *follao* bien. ¡Ya era hora!

—¿Qué sabrás tú? Búscate a alguien y déjame a mí en paz.

—Omar con novia, pensábamos que nunca lo veríamos, ¿eh?—me dice Gon entre risas.

—No es mi novia, solo nos acostamos.

—¡Flipa! Todavía mejor.

—¿Me dejáis pasar? Necesito una ducha. No queréis saber lo que hay en estas manos —suelta acercando sus manos hacia nosotros.

Omar se ríe ante la reacción de Gon, que ha salido pitando hacia la cocina. Yo me aparto para que pase, sé que no se atreve-ría a tocarme con ellas si de verdad están tan sucias como dice. De camino a mi habitación me cruzo con Gon y me regala un bailecito muy gracioso en el que hace como si estuviera haciéndoselo con la mesa de la cocina. Demasiado visual y escénico, a veces parece que tenga quince años, pero me hace reír igual. Buena falta me hacía.

Decido pasar el día en el comedor social y me planteo, como otras tantas veces, si seré yo el único que va a trabajar en sus días libres. Pero es que eso para mí no es trabajar, así que no sé si cuenta. Cuando llego, las comidas ya están servidas, así que ayudo a limpiar la cocina. Me afano en ello a conciencia, como si a base de frotar azulejos fuesen a saltar también los manchurroneos que salpican mi interior. Eso no ocurre, obviamente, pero cuando termino me siento mucho más despejado. Juego al dominó con Jesús, una de las primeras personas que conocí en el centro, y que sufre afasia. Después de quedar en tablas, recojo las hojas de la entrada. Me relaja el ruido de las hojas secas y disfruto pisando sobre ellas hasta que dejo caer la última en el cubo de basura. He buscado más tareas para hacer, pero Fuensanta, la directora, me ha echado; tal cual suena. Si he retrasado la llegada a mi piso es porque me muero de ganas de escribirle, pero no sé si debería. No han pasado ni veinticuatro horas desde anoche y me parece que Ada es de las que necesita tiempo y espacio. A mí, por el contrario, eso es algo que me abruma. Yo necesito hablar las cosas ya, encontrar soluciones, calmar la incertidumbre. Esas dudas son las que no puedo dejar sin resolver. Decido dejar el móvil y ponerme a bailar, solo, encerrado en mi habitación. Pongo la música tan alta que retumba y, aunque mis compañeros llaman a la puerta, no les abro. Es la hora de la cena, así que puedo poner la música a todo volumen sin que ningún vecino me denuncie; o eso espero.

Bailo una canción detrás de otra, sin pausa, dejándome el alma en cada movimiento, tratando de expulsar la desazón. Cuando suena *Mi condena*, de Ezvit 810 y Luani ya no sigo ningún paso de baile, solo salto y doy vueltas. La descubrí una vez había cortado del todo con J, y desde entonces me gusta escucharla cuando estoy jodido, aunque produce en mí una mezcla de tortura y esperanza difícil de digerir.

«Y podemos ser polos opuestos. Ten en cuenta que la lágrima apagará el fuego. Y no te vayas, te lo ruego. Que tú eres la calma en medio del ruido»

Cuando termino estoy tan sudado que me tengo que meter de cabeza en la ducha. Me digo a mí mismo que cuando salga no voy a tocar el móvil, que no voy a escribirle, que no voy a enviarle esa canción. Me lo digo y me lo repito hasta que deja de tener sentido. Me meto en la cama y releo sus poemas. Me la imagino escribiéndolos para mí, sosteniendo el bolígrafo con delicadeza con sus finas manos llenas de dedos perfectos. Me la imagino bailando, con tutú, siendo primera bailarina, como si nunca se hubiera roto los huesos del pie. Busco en Google «astrálogo y cancéneo», tal y como me dijo anoche. Resulta que esos huesos se llaman astrálogo

y calcáneo. De ahí me voy a un vídeo sobre los pasos básicos de la danza clásica. Me dejo llevar por los recuerdos, me pongo de pie y trato de imitar al chico de Youtube. Sigo teniendo elasticidad, aunque no tanta, pero ya no soy capaz de hacer un *plié* en condiciones. Me tumbo de nuevo y escucho la Pequeña Serenata Nocturna de Mozart. Me teletransporto a aquella tarde de parque en la que me dejó uno de sus AirPods para que escuchara su música, en la que hicimos el trato de intercambiar letras por bailes y en la que me pegué una buena hostia tratando de hacer el mortal. «Flipado» resuena en mi cabeza con su voz. Flipado, cobarde, medio roto e incapaz de cumplir mis propias promesas.

Lunes 00:23h

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). Serenade No. 13 in G Major, K. 525. Wolfgang Amadeus Mozart

Lunes 02:40h

Te has dado un golpe en la cabeza y estás desvariando

Podría ser. Llevo horas bailando

¿Con música clásica?

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). Mi Condena. Ezvit 810, Luani

Esto ya me cuadra más

Puedo escuchar hip hop y música clásica sin problemas. En la mezcla está el éxito

Te felicito. Ni una sola referencia obscena, vejatoria o malsonante

Sabía que te iba a gustar

Que no sea horripilante no significa que me guste

No sabía si escribirte. Pensaba que no me ibas a contestar...

He estado tentada

Esta estrofa expresa muy bien lo que siento

Soy lo que soy, pero por to' lo que he pasado

Si soy lo que soy es por to' lo que he vivido

Un alma vacía y sentimientos encontrados

Intentando averiguar en qué coño me he convertido

¿Estás queriendo explicarme algo?

Sí, pero todavía no estoy preparado para hablar de ello

No creo que tengas un alma vacía

Gracias. Se está llenando de nuevo

¿Por eso paraste el beso?

Sí. Lo siento. Supongo que todavía estoy bien jodido si fui capaz de parar un beso tan alucinante

¿Alucinante?

¿Quién busca ahora que le hinchen el ego?

No vas a ser siempre tú

Me gustaría repetir lo de anoche

¿La cena? ¿El baile? ¿El alucinante beso?

Todo

Acabas de decir que no estás preparado y que sigues jodido

Me gustaría repetir a pesar de eso. No quiero perderme algo tan alucinante solo por miedo, pero también sé que no es justo mezclarte en mis paranoias

Eso deberías haberlo pensado antes de quedar conmigo y de besarme, ¿no te parece?

Créeme. Lo pensé. Pero me resultas irresistible

Alucinante, irresistible... Para, Biel

Consigues que mi nombre suene jodidamente increíble

No me estás oyendo, solo lo lees

Lo estoy leyendo con tu voz. Dudo que ya pueda olvidarme de cómo suena en tu boca. O de tu boca

Me gustó bailar contigo

Me flipó bailar contigo. Te has ruborizado, ¿a qué sí?

Nunca lo sabrás

Son las 3 de la mañana. ¿Qué hacías despierta?

Estaba escribiendo

¿Me lo enseñas?

No. Yo tampoco estoy preparada para hablar de ciertas cosas

Ouch. Me lo merezco. ¿Estás preparada para que sigamos viéndonos sabiendo que necesito un poco de tiempo?

Soy una chica paciente

En eso no nos parecemos

Ni en eso ni en mil cosas más

¿Y no te parece enriquecedor?

Bueno... A ratos, tal vez

Me vale. ¿Nos vemos el martes?

¿Por qué piensas que debería decir que sí?

Porque fue alucinante, Ada

Mi nombre no suena especial en tu boca

Ada, nariz de Pinocho

Déjame dormir o mañana tendrás que llevar tú a Paolita al cole

Le encantaría ir de la mano de Spiderman

Buenas noches, Biel

Arrggg. Seguro que lo serán. Buenas noches, Ada. Hasta el martes

ADA

Tú
y yo.
Y lo que fuiste.
Lo que somos.
¿Lo que seremos?
Amantes del sí y del no,
calmantes en pleno fulgor.
La tempestad de las olas.
Tacto
que asola
¿Lo sientes?
Son las posibilidades
flotando por doquier.
Las ganas
escapando de mi ser.

Biel no me dejó dormir. Sus canciones, sus palabras, su confesión. He releído tantas veces la conversación que me la sé de memoria. ¿Qué fue eso que le pasó y por lo que sigue estando tan jodido? Quiero saberlo, pero sé que todos necesitamos nuestro tiempo para contar según qué cosas. Puedo respetarlo, solo espero, tal y como él me dijo, que no me repercuta. No me gustó que parara el beso de esa manera, ni lo que ocurrió después, pero si tiene sus motivos es lo más sensato que pudo hacer. Ha sido sincero conmigo; hasta donde puede. Y yo también quiero repetir. Sin embargo, también sé que ya no voy a estar tan suelta, ni mucho menos seré yo quien vuelva a besarlo. No soy demasiado orgullosa, pero a nadie le gusta sentir ese rechazo, ¿verdad?

Mi hermana se pone echa una furia cuando le digo que he quedado con él esta tarde para tomar unas cañas y cenar por ahí. El día empieza fuerte.

—¿Un martes?

—Sí...

—¿Y Paola?

—Tendrás que salir a una hora decente de tu absorbente curro *hipermegaimportante*. —Me pongo yo también en plan tocapelotas.

—Pues justo hoy será imposible. Dile que no puedes —me ordena.

—Ya hemos quedado. Va a venir a recogerme.

—¿Es que sabe dónde vivimos? —se escandaliza llevándose las manos a la cabeza.

—¡Tranquila! Ni que vaya a hacer un grafiti en la fachada del edificio. —Me río.

—Vaya tela, Ada, me parece tan patético que estés quedando con un tipo así —escupe con desprecio.

—A mí lo que me parece patético es que tú seas tan cerrada de miras para unas cosas y tan abierta para otras.

—¿Qué estás insinuando?

Berta se posa en jarras frente a mí, encarándome, y sé que tengo esta pelea ganada de lejos. Ha llegado el momento de levantar el otro as que tengo escondido en la manga.

—Nada... Solo digo que me sorprendió verte aparecer por casa el otro día en ese estado, con las bragas en el bolso, pero más me sorprende saber que te gusta recibir *fotopollas*.

¿Acabo de soltar el mayor *zasca* de la historia? Aplausos, por favor.

Mi querida hermana abre la boca, pero no emite sonido. Se le ha desencajado la cara y con razón. Berta con *fotopollas*, ver para creer.

—¿Se puede saber en qué puto momento has mirado mi móvil? —grita histérica.

—Baja la voz, son las ocho de la mañana —la regaño—. Saltó la notificación cuando estaba metiéndote en la cama, estabas casi inconsciente. Pensaba que te había ocurrido algo malo y tenía que asegurarme. ¿Quién es «Nadie»?

—Joder... —se ríe a lo Maléfica y juro que da repelús—. Te has pasado tres pueblos, tía.

—Debe de ser «Alguien» si lo llamas «Nadie». Solo digo que puedes hablar conmigo de lo que quieras.

Se lo suelto con recochineo, pero es la verdad. Quiero que se sienta libre de contarme cualquier cosa, aunque la conozco y sé que no lo hará. Mucho menos si se trata de algo o alguien que quiere esconder.

—Sí, claro. Anda y que te den, me has tocado mucho los ovarios de buena mañana —gruñe colgándose el bolso de camino a la puerta.

—Ocho y media, recuérdalo. Si no estás tendré que llevarme a Paolita o invitarlo a subir.

—¡Joder, con la niñata! No te arrastro de los pelos porque llego tarde.

—Berta, siempre llegas la primera y sales la última. Ahora me pregunto por qué. Tal vez no sea solo por trabajo...

—¡Qué te follen!

—¡Lo intentaré! ¡Yo no te deseo lo mismo porque está claro que ya lo hacen!

Su portazo da por terminada la conversación, la cual ya estaba sobrepasando los decibelios permitidos. No me gusta ponerme en plan chungo, pero mucho menos me gusta que me digan lo

que tengo que hacer o a quién puedo ver.

—¿Por qué eztáiz gritando?

Mi sobrina aparece en la cocina; cuando quiere es de lo más sigilosa. Se frota los ojos y me mira sin entender lo que está pasando.

—No es nada, cariño. Venga, vamos a peinarte esos pelos y a desayunar.

—¿Puedo comer loz cerealez de chocolate del fin de zemana?

No creo que mi hermana pueda enfadarse más conmigo, así que... decidido, cereales de chocolate para las dos.

*

Me paso la mañana intentando estudiar, ya que los exámenes están a la vuelta de la esquina. Solo consigo pasar páginas sin retener nada, tengo la concentración de un mosquito. ¿El culpable? Ya lo sabes de sobra. Ese con un cuestionable gusto para la música. Sí, las canciones que me envía me parecen lo peor, pero los ritmos son pegadizos y confieso que acabo escuchándolas en bucle, incluso me sorprende tarareándolas cuando estoy abstraída. La última que me envió, Mi Condena, es de las mejores.

«La próxima vez que te vea y te mire, te voy a preguntar si fue real lo que tú sentiste. Jugaste sin esfuerzo y me perdiste. Lo que pa' mí era un cuento, pa' ti era un libro de mil chistes»

Esta canción habla de un antiguo amor fallido. ¿Tendrá algo que ver con eso que Biel todavía no está listo para contarme?

—¿Qué estabas escuchando? —pregunta Marcos nada más poner un pie dentro de casa.

—Nada, música de fondo —le contesto y me apresuro a apagarla.

—He traído un par de cafés del Starbucks.

—Eres mi héroe.

Le doy un beso en la mejilla, agarro el café y me dejo caer en el sofá. Le he dicho si quería pasarse un rato sabiendo que nunca perdona una tarde de estudio, pero últimamente parece estar siendo más flexible con su plan de oposiciones. Será cosa de su nueva chica y me alegro por ello. Yo también debería estar estudiando, pero con mi sobrina se me hace muy difícil concentrarme, y de pronto estoy demasiado nerviosa por la cita de esta noche, así que toda distracción es poca. De buena gana habría salido al parque con Paolita, pero lleva todo el día lloviendo de forma irregular, así que nos toca quedarnos en casa y hacer una sesión de cine.

—Cuéntame qué tal con María y esa quinta cita.

—Buff. No sabría por dónde empezar.

—¿En plan bien?

—Bueno... Sí, supongo que sí, solo que...

Marcos se rasca la cabeza y mira al suelo. A veces me gustaría darle un buen sopapo para que espabile con el tema de las chicas.

—Ay, de verdad, parece que te encante encontrar pegas a todas. A ver, ¿qué es lo que no te convence de esta?

—Son tantas cosas que no te lo creerías. —Se carcajea de forma irónica.

—Te hago la pregunta de otra forma. ¿Qué es lo que te gusta de ella?

—No, lo siento, pero no puedo contestar a eso todavía.

Lo miro indignada, entre risas. Se merece ese sopapo.

—¿Sabes?, eres desesperante. ¿Me la presentarás?

—¡Ni de puta coña! —Se ríe todavía más.

—¡Ezo no ze dice!

Paolita lo señala con el dedo y deja claro que está en la peli y en la conversación.

—¿Por qué? No voy a criticarla. Se piensa el ladrón que todos son de su condición... Si a ti te gusta, a mí también —le digo con evidente superioridad moral.

—Eso queda muy utópico, pero lo cierto es que me gustaría que me dijeras si hay algo que no te gusta de ella o de cualquier otra.

—¿Como has hecho tú con Biel?

—Zpiderman, Zpiderman, Zpiderman —canturrea mi sobrina. Yo ahogo una carcajada.

—Yo confío en tu criterio.

—Y yo en el tuyo, el problema está en que no lo conoces, así que tu criterio, de momento, solo se basa en suposiciones.

—¿Tan bien lo conoces tú? Tampoco habéis quedado tantas veces —comenta como de pasada, pero sé que está tanteando el terreno para volver a la carga en su cruzada contra él. Decido atacar antes de ser atacada y jugar al despiste.

—¡Oye! Acabo de tener una idea genial. ¡Cita de parejas!

—Oh no, ni hablar.

—Ya lo creo que sí. No de forma inmediata, pero si de aquí a un mes los dos seguimos con ellos, tenemos que organizar una, ¿qué te parece?

—¿Un mes?

—Después de Navidad, ¿de acuerdo?

—Bueno... Si no queda más remedio —dice sin mostrar ninguna emoción.

—Eres muy tonto. No me extraña que necesites estudiar tanto para esa oposición.

Le digo esto último para zanjar el tema. Marcos es la persona más inteligente que conozco, fue eso lo que más me llamó la atención en su momento, pero en los demás aspectos de la vida le falta un poco de soltura y él también es consciente. Ojalá esta chica sea La chica.

*

Pantalones vaqueros anchos con demasiados bolsillos. Zapatillas de colorines. Sudadera negra sin capucha. Cadenita de plata asomando, más fina que la de la otra vez. Y su olor a la mascarilla de papaya. ¿Qué calcetines habrá escogido esta vez?

—¿Ha llegado tu hermana a tiempo para quedarse con Paola? —me pregunta a modo de saludo. Ha conseguido que me guste esa manía suya de no saludar con el típico «hola».

—A tiempo y cabreada como una mona —le confieso con una enorme sonrisa en la cara.

—¿Vamos dando un paseo hasta el bar Los Zagales? Por fin ha parado de llover y tengo un hambre que muerdo. Tu hermana no es nada justa contigo.

—Lo sé, pero siento que en cierta forma se lo debo. Ya te conté lo mucho que tuvo que sacrificar para conseguir estar donde está mientras cuidaba de su hija, y sé que yo no la ayudé lo suficiente.

—No es responsabilidad tuya, eso lo sabes —dice mirándome a los ojos. Acto seguido me agarra el hombro en un gesto reconfortante.

—¿Sabes que tiene un lío secreto con alguien? Me da a mí que los días que llega a casa tan tarde, no solo es por trabajo. Está insoportable, no hacemos otra cosa que discutir últimamente, pero esta mañana le he dado un *zasca* de los grandes.

—Necesito saber de qué se trata. —Me sonrío.

—El otro día le pillé en el móvil unas *fotopollas*.

—¿Qué? Noooo.

—No me hagas repetirlo, por favor. —Me tapo la cara muerta de vergüenza—. El caso es que no se lo dije en su momento, pensé que esa valiosa información me vendría bien para otra ocasión, y cuando se lo he soltado esta mañana casi cambia de color.

—No me extraña. Supongo que se merecía ese ataque premeditado y vengativo...

—Se lo merecía, créeme. Y no soy vengativa, pero es que mi hermana con esas fotos es demasiado. Por favor, nunca envíes fotos de esas a ninguna chica. Es lo peor de lo peor —le digo entre risas todavía con la cara ardiendo.

—¿Por quién me tomas? ¡Tengo mis principios!

Llegamos al bar con el nombre más murciano posible y Biel comienza a pedir comida como un loco. La carta es muy extensa y variada, llena de tapas de lo más apetecibles, así que dejo que pida él sin problema. Se asegura de que le sirvan una buena ración de zarangollo porque, según él, es la mejor comida del mundo.

—¿Te has quedado sin comida en casa o...?

—Más o menos. Nos hemos quedado sin butano y no me apetecía salir a comprar pan para hacerme un bocata con la que estaba cayendo. Tampoco quería pedir comida, porque me daba pena que el pobre chico tuviera que venir en moto o bici mojándose, así que solo llevo en el cuerpo un plátano y unas galletas que le he cogido a Gon.

—Vaya... ¿Todavía sigue existiendo el butano?

—Te dije que era un piso muy antiguo. ¿No te comes la tosta de sobrasada con el huevo de

codorniz? —pregunta señalándola con el dedo y mirándola con deseo.

—Te la cedo. Tengo el estómago cerrado y todavía estoy hinchada de la merienda.

—¿Qué sueles merendar?

—Ese es el problema, que yo no suelo merendar, pero hoy Marcos me ha traído un café del Starbucks y son puras bombas de azúcar.

—Pero están muy ricos.

—Los auténticos cafeteros opinan que decimos eso porque, en realidad, no nos gusta el café.

—¿Qué sabrán ellos. ¿Quién es Marcos?

—Mi amigo, ¿no te hablo de él?

—Tengo memoria de elefante, me acordaría.

Biel me señala el camembert frito con mermelada de tomate, le hago un gesto para que lo coja y se mete la enorme bola entera a la boca. Me gusta esta forma de comunicarnos sin hablar.

—Pues es mi amigo y mi ex.

—¡Joder! ¡Joder!

—Ya, sé que resulta raro...

—No mires. Voy a escupir esta mierda —dice con la boca llena.

—¿Qué?

Se agacha para que no le vea escupir la bola de queso en la servilleta y yo me muero de la risa. Después se bebe lo que le queda de Fanta de un trago y hace una mueca de asco muy graciosa.

—¿Para qué lo has pedido si no te gusta?

—Pensaba que era una croqueta, yo qué sé, le he señalado cosas al azar al camarero. Qué asco, siento que hayas tenido que ver eso.

Me sigo riendo, mucho más cuando él se lleva los dedos a los ojos, de repente demasiado tímido.

—Ha sido un poco asqueroso, pero la risa lo compensa.

—Me gusta verte reír, así que supongo que sí que compensa —me dice mirándome de una forma que me eriza la piel—. Entonces, tu amigo y tu ex. Admiro a las personas que son capaces de mantener una amistad después del amor.

—A decir verdad, antes de ser novios ya éramos amigos, así que imagino que lo hemos tenido más fácil que otros en ese aspecto. Y para seguir siendo sincera, lo nuestro no fue amor.

—¿Entonces?

—Lo pasábamos muy bien juntos, nos entendíamos, no sé... ¿Nunca has empezado algo con alguien porque era lo más natural y lógico?

—Ni por asomo. Yo soy un poco rarito en ese aspecto, pero no sé si confesártelo ya. —Me mira como sopesando lo que hacer.

—Ahora necesito saberlo o me imaginaré lo peor.

—Verás, es que yo necesito sentir algún tipo de conexión importante con la otra persona para

poder tener algo con ella. No me gusta cualquiera que se cruza en mi camino, tengo que encontrar ese algo que nos une para que me interese conocerla e ir más allá. No sé si puedes entenderme, mis amigos dicen que soy un caso aparte.

Biel se pone a jugar con los cubiertos y a mí me parece entrañable esa faceta suya de chico abierto pero tímido, con aspecto de grafitero —como dicen mi hermana y Marcos— pero dulce a más no poder.

—Es bonito lo que dices, Biel. Y sabes que ahora tengo que preguntarte si has encontrado esa conexión conmigo.

—Estaba más que claro. —Da unos cuantos toques sobre la mesa con los dedos, a modo de tambor—. Lo primero que me llamó la atención de ti fueron tus zapatillas blancas impolutas.

—¿Me lo dices en serio?

—Me flipó que consiguieras mantenerlas tan blancas. —Se ríe negando con la cabeza.

—Polvos blanqueadores, ese es mi secreto. ¿Hay algo más o solo fueron mis zapatillas? —le pregunto interesada, pero con miedo de saber su respuesta.

—Fue la segunda vez que nos vimos en el parque. Dijiste textualmente: en eso consiste la vida, las dudas son parte de nosotros.

—Creo que no lo recuerdo.

—Siempre he defendido que hay cierta belleza en las dudas, en no saberlo todo, en poder convivir con la incertidumbre. Me parece algo muy humano aceptar que está bien no tener ni idea de nada. Y cuando tú dijiste eso...

Biel se queda callado y a mí se me olvida hasta respirar con su confesión. Quizá sea yo la que se cree que tiene alma de poeta, pero Biel lleva la poesía en las venas, no hay más que oírle hablar.

—Vale, mejor cierro el pico. Demasiada intensidad para un martes.

Se lleva los dedos a los ojos y yo le sonrío. Me alegra que no me haya visto morderme el labio.

—Me gusta ese gesto que haces.

—Bah, es un puto tic nervioso, no puedo controlarlo. ¿Pago y nos vamos?

—De eso nada. Me toca pagar a mí y lo sabes.

—¡Pero si apenas has comido!

—Me da igual. Así estamos empatados y la próxima ya a medias.

—¿La próxima?

Me acerco a la barra para pagar y también para no seguir con la conversación. No debería hablar de próximas veces cuando está claro que es él quien va a decidir si habrá una siguiente vez o no. No me gusta ser consciente de ello, pero sé que yo quiero ir más allá y que él me pidió tiempo.

Salimos a la calle y, de nuevo, ha comenzado a llover.

—Mierda. No llevamos paraguas —se lamenta resguardándose de nuevo en el bar.

—No sirven para nada, nunca los uso.

—¿Pillamos un taxi?

—Tengo un plan mejor. ¿Te gusta caminar bajo la lluvia?

—Eh... ¿qué?

—Venga, vamos, casi nunca llueve en Murcia. Acompáñame caminando —le digo saliendo a la calle y sonriendo al sentir las primeras gotas de lluvia sobre mí.

—Veo que no era coña. ¡Estás piradísima! —. Se ríe escandalizado.

—Vamos, Biel, solo es agua. ¡Ni que estuviera cayendo nieve de color verde!

Le suelto esto con toda la intención y echo a correr. Sonrío como una idiota al ver que me alcanza. Me ha agarrado del jersey y me ha girado hacia él.

—Nos estamos empapando —me dice sorprendido, entre risas, como si no fuera algo obvio.

—Y es maravilloso. ¿Ves?, ya has conocido mi secreto. Adoro pasear bajo la lluvia.

Biel me mira y noto que estamos a punto de besarnos. Me ha costado no hacerlo.

—¿Por qué has dicho lo de la nieve de color verde?

Le sonrío y comienzo a caminar.

BIEL

Una llamada perdida

Está preciosa, impresionante, increíblemente bonita bajo la lluvia. Camina lento, disfrutando el paseo, mirando hacia el cielo con una enorme sonrisa y levantando las manos, como si fuera incapaz de esperar a que las gotas de lluvia lleguen hasta ellas, como si quisiera atraparlas y guardárselas en los bolsillos. Yo me siento fuera de lugar caminando junto a ella, empapándome con esta tranquilidad, como si no fuese yo el típico que con la primera gota ya echa a correr para resguardarse debajo de cualquier cosa.

—Nunca había hecho nada así —le confieso.

—Yo lo hago menos de lo que me gustaría, aquí no llueve casi nunca.

—Viendo lo feliz que te hace, tendría más sentido que te mudaras al norte.

—Le quitaría toda la gracia, Biel. Estas cosas es mejor disfrutarlas a sorbos pequeños.

La miro y le sonrío, embelesado, perdido en su belleza.

—Espera, espera. Todavía no has visto mis calcetines, son perfectos para la ocasión.

—Sorpréndeme.

Me subo los pantalones y le enseño mis calcetines de nubes con gotas de lluvia y rayos. Ella sonríe y yo le dedico un pequeño baile bajo la lluvia.

—No tiene ningún mérito, no puedes atribuir esto a la casualidad. Lleva lloviendo todo el día.

—Eso no los hace menos perfectos.

—Tienes razón... ¿Te cuento lo de la nieve de color verde?

—Por favor.

Ada se toma unos segundos, inspira profundamente y comienza a hablar con calma.

—Como puedes comprobar, me encanta la lluvia. Me gusta caminar por la calle y sentir que me empapa, que me cala hasta los huesos. La gente se asusta cuando llueve, echan a correr, se esconden en casa y graban con el móvil a través de la ventana. Siempre que alguien me enseña un vídeo de la lluvia o me hacen algún comentario al respecto, yo siempre pienso: solo es lluvia, ni que estuviera cayendo nieve de color verde. —Me mira curiosa y yo aguardo a que siga—. Es como una especie de chiste que me cuento a mí misma, nunca lo había pronunciado en voz alta, ni se lo había contado a nadie. Por lo tanto, te puedes imaginar que cuando te oí pronunciar esas palabras en el parque, me quedara de piedra. ¿Sabes lo sorprendente que fue escuchar de tu boca unas palabras que hasta ese momento solo existían en mi mente?

—Wow...

Ahora el que está sorprendido soy yo.

—¿Por qué usaste exactamente esas palabras y no otras? —Se detiene junto a la puerta de su

edificio.

—No sé, la verdad. Quería llamar tu atención, volver a verte. Me salieron solas.

—Pues según tu teoría, esa es mi conexión contigo, ¿no?

—Eso es...

La miro y no me puedo creer que sea tan bonita. Está reluciente, feliz, calmada, con las pestañas llenas de pequeñas gotas. No dudo en acercarme a ella para limpiárselas con mi pulgar y eso la hace sonreír. Es un gesto extraño, lo sé. Parece ser que mi tic nervioso con los ojos también funciona con los de otras personas.

—Me lo he pasado genial esta noche. Por nada del mundo habría pensado que yo sería capaz de caminar bajo la lluvia como si nada. Te confieso que soy un poco gato para eso.

—Gracias por acompañarme en este paseo —susurra cerca de mi boca.

Yo me pierdo en ella y recorro sus labios con mis dedos. Están suaves, húmedos, y sé que quiero más. Joder, ya lo creo que quiero, mi cuerpo entero lo grita. Ocupo el escaso espacio que nos separa y la beso con fuerza, con ganas, estampando mi boca contra la suya como si fuera una urgencia. A ella se le escapa un jadeo. Me gusta ese sonido. Ada me agarra del culo y se pega más a mí, tan fuerte que ahora el que gime soy yo. Nos besamos como dos locos, bajo la lluvia, bebiendo el uno del otro, con sed, con pasión. Entierra sus manos en mi pelo, yo la agarro de la nuca, me deleito en el sabor de su lengua.

—Ada... —soy capaz de susurrar a duras penas—. Estamos en plena Gran Vía.

Ella no contesta, pero deja de besarme y me agarra de la sudadera para arrastrarme al interior del edificio. Me lleva a un estrecho pasillo que hay a mano derecha, donde están los buzones de todos los vecinos. Nos miramos mientras la luz automática sigue encendida, con la respiración a mil por hora, con la boca abierta.

—Eres preciosa —le digo—. Y toda una caja de sorpresas.

La bombilla se apaga y me pierdo su expresión. La luz de los faros de los coches se refleja en el espejo de la entrada, lo suficiente para no estar del todo a oscuras.

—Biel, necesito que estés seguro de esto. No quiero que vuelvas a rayarte en medio de un beso.

—¿Acaso crees que no quiero hacerlo? —Recorro sus labios con mi lengua.

—Me dijiste que necesitabas tiempo y yo te dije que soy una chica paciente, pero cuando te tengo cerca siento que quiero correr, y si tú no puedes acompañarme...

—Joder, Ada, no puedo saber algo así. Ahora mismo lo que sé es que me vuelves loco, que haces que yo también tenga ganas de correr, a pesar del miedo que eso me da. No sé si debería seguir, si sería mejor frenar...

—Deberías quitarme la ropa, Biel. Eso es lo que deberías hacer.

Dice esto último en un susurro tan ardiente que es imposible que no haga lo que me dice. Quiero más, necesito más y no quiero pensar en otra cosa que no sea en esto. Cuelo mis manos bajo su jersey y le acaricio la cintura, suave, ascendiendo. Agarro el sujetador empapado y lo aparto de un tirón. Meto la cabeza bajo su ropa y ataco sin piedad. Sus pechos, sus pezones duros, mi lengua, mis dientes, sus gemidos, su forma de agarrarme del pelo, el arco de su

espalda. Vuelvo a su boca, volvemos a devorarnos, a tocarnos con tantas ganas que nos sobra hasta la piel. La llevo contra la pared y suelto el botón de sus vaqueros. Ella hace lo mismo con el mío. Introduzco mi mano en sus bragas y la agarro fuerte, con la palma bien abierta. Después deslizo mis dedos por cada rincón y me recreo en su humedad. Me encanta comprobar que está tan mojada por dentro como por fuera. Joder... No duda en agarrar mi polla, tan dura como la pared. Nos tocamos, nos besamos, jadeamos, y a mí me parece imposible que no hayamos hecho esto antes, porque se siente demasiado bien. Demasiado, a secas. Ada abre las piernas pidiendo más y yo pienso dárselo. De repente, nos sorprende la luz del rellano haciéndonos entrecerrar los ojos; ni siquiera hemos escuchado la puerta. Nos convertimos en estatuas mientras vemos a una chica joven pararse frente al ascensor, de espaldas a nosotros. Miro a Ada y veo en sus ojos que está tan a punto que decido seguir. Muevo mis dedos más rápido, presionando más. Su respiración es incontrolable, así que sello su boca con mi mano libre, ya que no pienso parar. La chica está absorta en su móvil y, cansada de esperar al ascensor que parece no llegar, decide subir por las escaleras sin despegar la vista de la pantalla. Mueve la cabeza como si estuviera escuchando música, y de verdad espero que lo haga, porque el eco del rellano no ayuda, al contrario, hace que los gemidos se propaguen. La chica desaparece escaleras arriba, la luz vuelve a apagarse y Ada tiembla, se encoge. Se corre en mi mano. Ada se corre en mi mano a lo grande, desinhibida, se deshaciéndose por completo. Me besa de nuevo, más lento, más intenso, si es que eso es posible.

—No me puedo creer que me hayas hecho hacer algo así —susurra apoyando su frente contra la mía.

—¿Yo a ti o tú a mí?

—No lo sé, pero me caes fatal ahora mismo, Biel.

—No puedes decirme eso cuando todavía tengo mi mano en tus bragas.

—Cierto. —Se ríe—. Deberías sacarla ya.

Hago lo que me dice, me llevo los dedos directos a la boca y me bebo hasta la última gota mientras ella me mira escandalizada. Joder, me moría por conocer su sabor. Tal y como me temía, Ada sabe a querer repetir. Mucho, sin descanso.

—No has debido de hacer eso.

—Ya lo creo que sí. —Pongo mi mano sobre la suya, que sigue en mis calzoncillos, y la muevo sin reparo. Gimo de forma incontrolable.

—Tranquilo, Biel, no pienso dejarte así.

—Me tienes a punto de explotar. Y mi puto nombre en tu boca, joder.

—Biel, Biel, Biel... —susurra en mis labios acelerando el ritmo de su mano.

Me sumerjo en su boca y le meto la lengua hasta el esófago, queriendo meterme en ella de una. Estoy tan a punto que en cuestión de segundos me pierdo por completo, dejo que me vacíe hasta el final empapándome entero, como cuando era un adolescente salido.

—Te has pasado —digo a duras penas. Me zumban hasta los oídos—. Y ahora pretenderás que me vaya a mi casa así, con los calzoncillos acartonados.

—Podrás superarlo.

Nos besamos durante un buen rato más, dando a entender que lo que acaba de pasar nos ha

sabido a poco, dejando claro que los dos queremos deshacernos de una vez de esta ropa mojada y volver a la carga, sin barreras, hasta el fin.

—Tenemos que parar, Biel. A sorbos pequeños, ¿recuerdas?

Me hace gracia que sea ella quien tenga que recordármelo, como si supiera que es lo mejor para mí después de haberle contado la situación en la que estoy. Nos despedimos sin decir mucho más, creo que ya lo hemos dicho todo con la boca y las manos. Vuelvo hasta mi casa, calado hasta los huesos, pegajoso, sintiéndome de nuevo un adolescente por lo que acabamos de hacer escondidos en el rellano de su edificio. Ada, Ada, Ada... Su inmensidad en mi mano ha sido demasiado. A sorbos pequeños, me ha repetido. Lo que no sabe es que yo soy de los que se beben los vasos de agua de una, casi atragantándose. Que me encanta cuando el líquido resbala por mis comisuras, que encuentro cierto placer en esas gotas que manchan la camiseta y que disfruto limpiándome la boca con el antebrazo. ¿A sorbos pequeños? Imposible después de conocer su sabor. Del todo inadmisible seguir con los pies en la tierra.

ADA

Ecos de deseo
retumban en mi oído.

Somos fuego.

Somos nido.

Jadeos.

Tu saliva

ardiente,

presente,

adictiva.

Solo hoy

yo te pido:

tócame,

di que sí,

date por vencido.

Me arrastro hasta mi piso y me encierro en el baño. Me cuesta reconocermé en el espejo, acalorada, con las pupilas dilatadas, con ganas de más pero satisfecha. Dejo caer la ropa al suelo y dudo si abrir el grifo de agua caliente o fría. Biel, ¿qué me has hecho? Me veo a mí misma y me cuesta creer lo que ha pasado. Si Marcos o mi ex me hubiesen visto, no habrían creído que la que jadeaba en el pasillo de los buzones era yo. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que no soy una chica atrevida; más bien soy modosita, pero él me hace querer siempre más. Más dentro, más fuerte, más de todo. Más Biel. Después de la ducha tengo que coger mi libreta y escribir para poder conciliar el sueño.

*

Me despierto con una sonrisa boba en la cara, pero encontrarme a Berta enfurruñada en la cocina me la borra de un plumazo.

—Te parecerá bonito llegar a las tantas de la mañana un martes.

—Al menos llegué con las bragas en su sitio —le suelto de lo más arisca.

—Mierda, Ada. ¿Me lo vas a estar recordando siempre?

—Pararé cuando tú dejes de meterte con Biel.

—Eso no va a ocurrir.

—Pues entonces tampoco esperes que yo me olvide de las *fotopollas*.

—¡Está bien! Te lo voy a contar, pero solo para que dejes de montarte películas en la cabeza.

Asiento en silencio, cambio el gesto por uno más amable y le pongo un poco de leche a mi café.

—Me estoy viendo con alguien. Ale, ya lo he dicho. Pero es que no es nadie, ni siquiera me gusta, solo es un error.

—¿Solo es eso? —la animo a seguir.

—Solo es sexo, joder. Es que con él puedo relajarme, puedo dejar de ser una cabrona que se pasa el día dando órdenes. —Berta se deja caer en la silla junto a mí, derrotada—. ¿Tienes idea de lo mucho que cansa vivir dando una imagen de mujer invencible? Me tuve que convertir en invencible cuando decidí terminar la carrera estando embarazada, jugué ese mismo papel para conseguir las prácticas y luego el empleo. Y desde entonces, cada día en el despacho o por los pasillos, soy la zorra sin corazón, la estirada, la amargada, la que puede con todo y está por encima de todos. Tuve que pasar hasta por encima de mi propia hija, Ada, volviéndome invencible cada vez que la dejaba con la *nanny*. Te aseguro que eso no lo aguantas si no te pones un disfraz.

—Lo siento —le digo una vez más, aunque sé que no debería decirlo. Ella niega con la cabeza.

—Es agotador y creo que ese disfraz ya se ha mimetizado conmigo. Pero cuando estoy con él solo soy Berta, una mujer cualquiera, sin cargos, sin disfraces. Solo quiero relajarme, disfrutar, beber y olvidarme de todo. ¿Tan horrible es? Porque yo me siento fatal y, sin embargo, no puedo dejarlo.

Me sorprende verla con la guardia baja, que se muestre tan real y vulnerable. Ojalá esta Berta saliera más a menudo.

—No tienes que avergonzarte de nada. Es muy lícito que te sientas así y no hay nada de malo en ello. Sabes que puedes contarme cualquier cosa, que yo nunca te voy a juzgar, ¿verdad?

—Te aseguro que sí me juzgarías y con más mano dura que al resto —me contesta con una sonrisa que es de todo menos alegre.

—¿Y por qué piensas eso?

—Joder, porque si supieras quién es...

Berta se cubre la boca con las dos manos, sorprendida por lo que acaba de decir. Abre tanto

sus ojazos verdes que parece que se le vayan a salir.

—¿Lo conozco?

—No. Ni de coña. Esta conversación se acaba aquí. ¿Has visto por qué no puedo bajar la guardia ni un puto segundo? Porque la cago, joder, la cago igual que la estoy cagando con él. Y cada vez más y más.

Se ha puesto a despotricar como una histérica por toda la casa, mientras se ha colocado el abrigo, el bolso y se ha preparado otro café para llevar.

—Berta, conmigo no tienes que fingir. Y qué si es un error. Disfrútalo mientras dure, tienes derecho a ser feliz.

—Oh, por favor, ahórrate los consejitos felices de buena mañana, ¿quieres? Bastante tengo con lo mío.

—¡Solo trato de ayudarte! —exclamo indignada.

—¿Quieres ayudarme? Aléjate de una vez del pandillero y quítame ese dolor de cabeza de las sienes.

—¿Otra vez? ¿Es que no os vais a cansar nunca? Cuanto más me lo decís, más ganas tengo de estar con él.

—No sabes lo que estás haciendo —suelta en tono amenazante.

—Pues ya somos dos. Tampoco es que tú tengas las cosas muy claras, que digamos.

Si quedaba algún vecino durmiendo, puedo confirmar que ya se ha despertado. Berta ha hecho temblar hasta los cimientos del edificio con el golpe que ha dado al cerrar la puerta. ¿Quién será ese chico misterioso? No se me ocurre nadie, tampoco es que tengamos a mucha gente en común. ¿Por qué lo considera un error? Marcos... ¿Podría estar liada con Marcos? Rechazo la idea de inmediato. No, no puede ser. Marcos y ella no... Sería muy fácil salir de dudas mirándole el móvil de nuevo, pero tengo claro que no pienso volver a hacer algo así. Tal vez esta sea una de esas dudas que están mejor cayendo en el olvido.

*

Biel me ha invitado a cenar en su piso. Dice que sus compañeros van a salir, que volverán tarde y que tiene antojo de pollo al limón, cerdo agri dulce y gambas en salsa teriyaki. A Berta apenas he tenido que darle ninguna explicación. Casi no me habla desde el miércoles, creo que está más enfadada con ella misma que conmigo, y me ha respondido con un escueto «vale» cuando le he dicho que iba a salir. Voy dando un paseo hasta San Antolín y toco al timbre cuando llego a la ubicación que me ha pasado. La puerta se abre sin que nadie conteste, así que subo las escaleras hasta el primer piso.

—Bienvenida a mi humilde morada —me saluda Biel desde la puerta para después darme un pico.

Al cruzar el umbral me teletransporto al pasado, al piso de Santo Domingo en el que viví durante la universidad. El piso de Biel es más antiguo, pero tiene la misma esencia. Cristales amarillentos con flores grabadas en la puerta de la cocina, muebles de madera veteada color caramelo con pomos redondos, suelo granate repleto de motas blancas y negras...

—Te dije que era un piso antiguo —dice al ver mi cara inspeccionándolo todo.

—Me recuerda a donde vivía antes. ¿Crees en los fantasmas?

—Ey, espera. ¿Vamos a hablar de fantasmas? Déjame al menos que te sirva la bebida.

Biel saca del frigorífico una botella de vino blanco, la misma que tomé en nuestra primera cita. Es un albariño afrutado que quita el sentido.

—¿Te quedaste con el nombre?

—Parecía gustarte mucho, así que lo apunté. El problema es que nunca he abierto una, pero he buscado un tutorial de Youtube y no parece muy difícil. Solo hay que poner esta cosa aquí, enroscar hacia abajo, hacer palanca...

Biel se pelea con la botella de vino mientras yo me río por lo bajo y pienso que no se puede ser más mono.

—Anda, déjame a mí.

Lo aparto con un golpe de cadera y me concentro hasta oír el característico sonido del tapón de corcho saliendo de la botella. Me tiende una copa negra de lo más extravagante y nos vamos al salón.

—Yo no tengo copas. Esta es de Gon, pero la he fregado, por si te quedas más tranquila. ¿Qué quieres de cenar? ¿Pido doble ración de todo?

—Vives con hambre, Biel. —Me carcajeo—. Yo con un rollito y un poco de arroz tengo suficiente.

—Chica clásica hasta para la comida. Voy a llamar.

Biel desaparece para hacer esa llamada. Me gusta descubrir que es de los que tiene que estar caminando de un lado para otro mientras habla por teléfono, y también de los que chilla demasiado, como si quisiera asegurarse de que le puedan escuchar bien al otro lado. Yo saboreo la primera copa de vino y me sirvo una segunda.

—Fantasmas —dice sentándose junto a mí—. Soy todo oídos.

—Sé que te vas a reír, pero me encanta contar esta historia.

—A mí me encanta escucharte.

Le sonrío halagada, agarro la copa y comienzo a hablar de forma muy pausada, entre susurros, para crear ambiente. Le cuento lo de las viejas que habitaban mi piso de estudiantes, que cambiaban las cosas de sitio, que ninguna compañera duró demasiado allí. Como ya esperaba, él me muestra una sonrisa incrédula.

—Me estás diciendo que de verdad piensas que el espíritu de tres mujeres mayores se había quedado atrapado en ese piso y que se dedicaban a hacer la limpieza semanal. ¿Lo estoy entendiendo bien?

—Tú ríete, pero no era yo sola la que lo veía.

—Seguro que era una broma recurrente de tus compañeras en la que tú siempre caías.

—Ocurría cuando estábamos fuera de casa o mientras dormíamos. Los enredos volvían a su lugar, los platos del fregadero estaban colocados en su sitio, limpios, y el polvo desaparecía de los muebles.

—Vaaalee... ¿Y cómo sabes que eran tres?

—Usaban diferente perfume, se distinguía a la perfección. Llegó un punto en que ya reconocía quién hacía cada cosa. Cada una de ellas se ocupaba de una tarea, como si tuvieran una rutina instaurada entre sí.

—Ya basta, me estás dando mal rollo —canturrea.

—Lo sé, mis compañeras no podían soportarlo, pero a mí me gustaba sentir las.

—¿Puedo preguntar por qué?

Su mirada es de verdadera curiosidad, así que decido ser franca aunque siga riéndose.

—Me parece reconfortante saber que hay algo más cuando esta vida acaba. Ya te dije que soy una chica de fe, pero una cosa es creer a ciegas y otra es saber que existe un después.

—Pues yo duermo más tranquilo pensando que cuando el corazón decide parar, ahí termina todo.

—No me lo puedo creer. ¡Eso es muy triste! Además, tú me dijiste que te había criado una monja. ¿No se te pegó nada?

Biel se ríe y yo le sigo. Aprovecho para ponerme otra copa mientras él abre al repartidor y sirve la cena en la mesa.

—Sor Carmela no era una monja para mí. Yo la veía como una madre, o lo que a mí me parecía que podía ser una madre. Ya sabes, sin comparación es difícil —dice con la mirada perdida, dejándose embaucar por los recuerdos—. Me encantaba hacerla rabiarse. Al principio, yo era un niño muy pacífico, pero mi adolescencia no fue fácil. Quería que ella se revelara conmigo ante el mundo, ante el sistema y la iglesia. Le decía que colgara el hábito y que se fuera a recorrer continentes, a ayudar a otras personas, que conociera a hombres, que disfrutara de la vida.

—¡No me puedo creer que le dijeras eso a una monja! —exclamo sin poder dar crédito.

—Ella jamás me lo tuvo en cuenta, lo solucionaba todo santiguándose tres veces seguidas y rezando un Padre Nuestro. Era la mejor. Empecé diciéndole esas cosas para chincharla, pero al final acabé diciéndoselo de verdad. No me entraba en la cabeza que su Dios quisiera que gente

como ella tuviera que llevar esa vida de privación y sacrificio. Era demasiado buena para vivir encerrada entre cuatro paredes.

Sonrío llena de ternura y él me devuelve el gesto.

—Tú también estuviste encerrado mucho tiempo. ¿Nunca llegaste a salir de allí?

—El proceso de adopción es complicado. El tiempo se esfuma entre papeleos y demás protocolos y, cuando te vienes a dar cuenta, te has convertido en un adolescente hormonado al que nadie quiere.

—Vaya. Eso es muy duro.

—Lo es. Por eso mi fe brilla por su ausencia. Como ves, tengo mis motivos.

Asiento en silencio y lo comprendo. Pensaba que nunca llegaría a entender algo así, pero desde su punto de vista me parece lo más lógico.

—Me debes un baile —le digo para destensar un poco el ambiente.

—Buena memoria. ¿Después me darás mi poema?

—Solo si lo haces bien.

—Te vas a enterar.

Biel retira la mesita pequeña en la que hemos cenado y busca una canción en su móvil. Me recuesto un poco en el sofá con la copa de vino en la mano y me preparo para el espectáculo. Él encantado, por supuesto, no hay más que ver cómo se quita la camiseta, me la lanza echa una bola y se pavonea. A mí me sale la risa floja, ya sabes, me gusta que sea así de flipado, aunque nunca se lo voy a reconocer. Acto seguido, se quita las zapatillas y me muestra orgulloso sus calcetines. Son de rayas de colorines, con la letra A en el derecho y la B en el izquierdo. Será listillo... La música comienza a sonar con un ritmo lento al principio y Biel empieza a moverse, solo pies y hombros. Me saca la lengua, canalla, repitiendo el gesto que me hizo sobre el tejado de la caseta infantil la primera vez que nos vimos. En cuanto comienza la letra, ya se pone a bailar en serio, con todos sus movimientos de pies, malabarismos, volteretas, giros y acrobacias. Yo disfruto, le admiro, me pregunto cómo puede tener ese rollazo bailando y hacer todos esos pasos, a cada cual más diferente. Eso sí, la letra de la canción deja muchísimo que desear.

«Te necesito pa' dormir como a la hierba. Quítame las penas, ponme entre tus piernas. Mi flor, mi tesoro, contigo hago el amor, con esa, oh, solo jodo. Me sentí solo y ahora saltan en mi polla»

La música termina y Biel saluda como si estuviera encima de un escenario. Le aplaudo y me sirvo otra copa de vino. Juro que es la última.

—¿Y bien? —Se deja caer junto a mí en el sofá.

—Bailas muy bien, eso lo sabes, pero la canción es horrible.

—¿Qué? ¿Vamos a empezar otra vez con el tema?

—Biel, por favor, reconócelo. Drogas, sexo, que si ponme entre tus piernas, saltan en mi polla... Es vomitivo.

—¿Por qué solo resaltas esas estrofas? La voy a poner de nuevo y me vas a dar la razón.

—¿Qué? Ni loca. Por favor, no me tortures de nuevo con eso —le suplico entre carcajadas.

Él pone de nuevo la canción, esta vez con menos volumen, y me va mirando mientras suena.

Cuando llegan las estrofas en las que quiere que me fije es cuando lo escucho cantar por primera vez. El hip hop, el rap, o lo que sea esto, no es nada melódico, más bien es como si hablaras con algo de ritmo, pero lo cierto es que, cuando lo oigo de su voz, me encanta.

—Porque te quiero, esto es amor verdadero. No duermo tranquilo si no escucho tu voz. Sé que estamos hechos para acabar juntos. Tú y yo, tú y yo, tú y yo.

—Oh, ¡por favor!

—No imagino un mundo lejos de tus labios rojos. Tú eres el aire para esta cometa, la muleta pa' este cojo. El trozo que completa el hueco de mi corazón roto por lo que peca. Tú, la chica más bonita de todo el planeta.

Me sonrío al decir esto último y me da un beso. Mi cara de pava inunda toda la habitación.

—Y ahora, atenta a la última frase porque es una de mis favoritas... ¿De qué sirven los sueños si no los cumplimos?

Biel espera mi comentario como si mi cara no lo dijera ya todo. Me falta tirarle el sujetador y pintarme su nombre en la frente. «Por favor, Ada, deja el vino y céntrate».

—Sigo pensando exactamente lo mismo —le digo lo más seria que puedo.

—¡Venga ya! No te lo crees ni tú, pero te lo paso por alto porque estoy deseando ver ese nuevo poema tuyo.

—Como quieras, pero no esperes gran cosa. Lo escribí después de nuestro momento en el rellano.

—Umm... Eso suena bien.

BIEL

Una solicitud anónima en Instagram

Ada me da la libreta abierta por la página correspondiente, pero se la devuelvo de inmediato.

—Quiero que me lo leas tú.

—Ni lo sueñes.

—Acabo de bailarte una canción entera, es lo mínimo. Me gustaría muchísimo oírlo de tu voz —le digo pasando mis dedos por su mejilla. Ella me mira indecisa, con los ojos brillantes y los mofletes rosados por el vino.

—No sé cómo lo consigues, Biel —refunfuña sin poder ocultar la sonrisa—. Pero no me mires o seré incapaz.

Me parece entrañable que esconda la cara detrás de la libreta, así que me quedo en silencio y espero. Ella se toma unos segundos y comienza a leer.

—Inundas con tus manos zonas prohibidas. Dedos llenos de saliva. Somos el silencio que grita. Mirada cautiva. Los gritos callados que se hicieron eco y el eco que se convirtió en vida. Somos, cuando nos tocamos, más que fuego, onda expansiva.

Ada resopla y se tumba en el sofá con la libreta sobre la cara. Yo me quedo clavado en el sitio, procesando todavía sus palabras.

—Di algo, lo que sea, incluso puedes poner esa horrible música tuya —lloriquea.

Me subo sobre ella sin pensármelo. Necesito besarla ya o me moriré. Tal cual.

—¿De verdad escribiste eso después de lo que hicimos? ¿Cómo consigues que un magreo en un pasillo lleno de buzones suene tan bonito? —le pregunto interesado mientras le quito con cuidado la libreta.

Tiene los ojos cerrados, está incluso más roja que antes y su cara de vergüenza me parece de lo más graciosa. Coloco mis manos al lado de su cabeza, sobre el sofá, y me acerco hasta ella. Reparto besos por todo su rostro y compruebo que sus mofletes no solo están sonrojados, sino que también están calientes. Yo también lo estoy, jamás imaginé que un poema me iba a poner tan bruto.

—Ada, mírame.

Su mirada se encuentra con la mía y le sonrío satisfecho. Recorro sus labios con mi lengua, ella también saca la suya, y a ambos se nos escapa un gemido. Nos entra la risa tonta, pero lejos de romper el momento, lo mejora.

—Me alegra saber que te gusta tanto como a mí. Me pareces tan inmensa ahora mismo que juro que podría pasarme toda la noche lamiendo cada rincón de tu cuerpo.

—Toda la noche es mucho tiempo, Biel —me sonrío, lasciva.

Soy consciente, con esa frase que me ha salido sin pensar, que con una noche entera con ella no tengo ni para empezar. También me doy cuenta de que ya quiero echar a correr, y eso me recuerda que esa impulsividad no me trajo nada bueno en el pasado. Me estampé tan fuerte que todavía escucho el sonido de mi cuerpo partiéndose contra el muro. Pum. Crash. Adiós. De nuevo, los miedos, las dudas, justo en el mejor momento, cuando estoy a punto de dejarme llevar. Puta losa que siempre va a pesar sobre mi cabeza; eso es algo que tengo más que claro. Solo que esta noche no quiero lamentos ni penas, ni losas ni piedras. Esta noche la quiero a ella, sin más y sin menos. «Qué te den, J. No vas a arrebatarme esto». Me lanzo a la boca de Ada, que me recibe ansiosa, como si llevara tiempo esperando. Yo también siento que llevamos demasiado sin besarnos. ¿Cómo puede ser tan alucinante? Recorro su boca por entero, me recreo en su lengua, en sus labios, en su magnífico sabor. Le levanto la camiseta y agarro sus tetas, fuerte al principio, suave después. Las beso, las lamo, las chupo y las muerdo. Ella gime y arquea la espalda. Quiere más; yo también lo quiero. Me desabrocha el botón del pantalón y hago lo mismo con el suyo. Joder, lleva tanga. Un latigazo de placer me recorre entero cuando tiro de los minúsculos hilos hacia arriba, incrustándoselo justo en la zona que pienso comerme como postre, todo entero para mí. Comienzo a bajarle el pantalón, ella eleva las caderas para facilitarme el acceso...

—¡Biel! ¿Estás en casa?

La voz de Gon me hace regresar como un resorte al sofá, a mi piso, a la jodida realidad. ¡Mierda!

—Menudo fracaso de noche. ¡Si lo sé no voy!

—No ha estado tan mal —le contesta Omar.

Me quito de encima de Ada y me abrocho los pantalones. Ella hace lo mismo con los suyos y se sienta a toda prisa junto a mí mientras trata de arreglarse el pelo. Da igual que disimulemos, cualquiera con ojos en la cara sabría lo que estábamos haciendo o a punto de hacer.

—Acho, en el sofá nooo. ¿Para qué tienes tu habitación?

Gon tiene toda la razón. Ni siquiera he caído en que estábamos liándonos en el salón, pero se suponía que ellos iban a estar fuera toda la noche.

—¿Qué ha pasado con la competición? —les pregunto para desviar el tema.

—No era una competición, solo un puñado de críos pasando el rato.

—Estaba bien, pero está picado porque le ha dicho a Blanca que no podía cenar con ella y ahora se ha quedado sin competir y sin mojar. —Se ríe Omar.

—Claro, estaba bien para ti que te han dado plantón en el último momento. No tenías otra cosa mejor que hacer, *bye bye* a tu plan de follar en el hotelazo. Ahora se pasará la noche enviándole *fotopollas*, verás tú.

Ada se sorprende y me veo en la obligación de pedirle perdón por eso aunque no tenga yo nada que ver.

—Lo siento, es más común de lo que me gustaría admitir.

Omar hace un gesto con la mano, como si le diera igual el comentario, pero está claro que no. Se acerca hacia nosotros y se presenta a Ada con dos besos. Gon lo imita, pero acompañado de una sonrisa socarrona.

—Encantada —contesta de lo más avergonzada, y sé que tengo que sacarla de aquí. Seguro que está pensado eso de «tierra, trágame y escúpeme muy lejos».

—¿Nos vamos?

Ada asiente de inmediato y vamos a por los abrigo mientras mis dos compañeros de piso se dan codazos y hacen comentarios por lo bajo. A veces, es como si estuvieran todavía en la edad del pavo.

—Perdona —le digo nada más poner un pie fuera.

—Joder, Biel, me quiero morir. —Se tapa la cara con las manos—. ¿Por qué no me has dicho de ir a tu habitación?

—¿Te crees que podía pensar con claridad? Ellos no tendrían que haber venido, menudo bajón. ¿Quieres que vayamos a mi cuarto ahora?

—Me parece que no. No sería capaz de volver a mirarlos a la cara.

—Tampoco es para tanto, mañana ni se acordarán.

—Te aseguro que yo sí. —Se ríe con cara de circunstancia—. ¿Me acompañas hasta mi piso?

Caminamos despacio, sin querer dar por terminada la noche. Nos acariciamos a cada momento, sin necesitar ninguna excusa para hacerlo. Ada me coge de la mano y juega con mis dedos, yo le rodeo la cintura, ella me acaricia la nuca y se recrea en mi pelo. Nos robamos besos en cada esquina, aunque, en realidad, de robo no tienen nada; más bien, nos los regalamos. Y así, sin poder dejar de meternos mano y de mirarnos como idiotas, llegamos hasta su edificio.

—Te invitaría a subir, pero mi hermana tiene oído de lince.

—Gracias, aunque yo ni de coña pienso hacerlo a una pared de distancia de Paolita.

Ada se ríe y me rodea con sus brazos por el cuello.

—¿Por qué te pusiste el pendiente en la nariz? —me pregunta dando un ligero toque con su nariz en la mía.

—¿Te gusta cómo me queda?

—No me contestes con otra pregunta.

—Es lo que haces tú cuando no te interesa contestar.

—Pero ¿qué dices? Ahora necesito saber por qué no quieres contestar.

—Es una tontería —le digo volviendo a besarla.

—Una tontería es que me esté planteando repetir lo del pasillo de los buzones —susurra pegándose tanto a mí que vuelve a dispararme las pulsaciones.

—Lo sé. Yo tampoco estoy contento con lo que ha pasado.

—¿Qué haces mañana?

—Tengo lo de los abuelos, ya te lo he dicho. Cambié el día para tener libre hoy.

—Pero no estarás con ellos las veinticuatro horas, ¿no?

—Mañana, mediodía y toda la tarde.

—Genial. Pues te pido para la noche. —Me sonrío mordiéndose el labio.

—¿Me pides? ¿Cómo si fuera un artículo del súper?

—Más o menos... ¿Vas a contarme lo del pendiente o qué?

—Me lo puse porque no me gusta demasiado mi nariz. —Ada me mira con una ceja levantada, como si no me creyera—. Tiene aquí arriba este hueso que sobresale, como si fuera una joroba. ¿No te habías fijado?

—Fue casi lo primero en que me fijé.

—Nooo —gimoteo—. Te parece horrible, ¿verdad?

—¿Por qué ponerte un llamativo pendiente en una zona de tu cuerpo que no te gusta? ¿No se supone que es al revés?

—Lo hice precisamente por eso. Para lucirla con orgullo y aprender a quererla.

Ada se ríe colgada de mi cuello, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. El semáforo, que acaba de cambiar a ámbar, se refleja en su cara y no puedo evitar pensar que así es como me siento yo con ella, con una sensación de precaución constante. En esa encrucijada de saber que tienes que frenar, pero querer pisar el acelerador, en ese instante en el que te da tiempo y ganas de cruzar, pero prefieres activar el freno, por seguridad, porque en realidad no tienes tanta prisa o porque te da miedo tenerla.

—Pues a mí me gusta tu nariz, con su joroba y todo. Y el arete me pone tontorrón —gruñe contra mi boca.

—Joder, Ada, tenemos que dejar de magrearnos en medio de la calle, o en rellanos, o en sofás compartidos.

Le digo esto mientras aprieto mi erección contra ella.

—Ya cuento con eso. Te paso mañana la ubicación del sitio, ¿de acuerdo?

—Me gusta la Ada misteriosa —ronroneo.

—Anda, vete o terminaré por arrastrarte dentro.

—Será lo mejor.

Nos despedidos con sonrisas bobaliconas en la cara, calientes a más no poder, con ese nudo que se forma en el pecho cuando te han interrumpido algo que se sentía demasiado bueno. Camino hasta mi casa en un estado de ensoñación importante, dándome cuenta de pronto de que ni siquiera me he puesto la camiseta debajo de la cazadora. Suspiro un tanto frustrado, pero también sintiéndome en una nube, como si mis pies no fueran capaces de tocar el suelo. Me acuerdo de la canción que le he bailado y digo en voz baja una frase de lo más acertada.

—Cuando está cerca me despegas la suela del suelo.

Pues así voy. Flotando.

02:37 am

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). True love. Saske y Carrion

Genial. Así ya podré escucharla cuando quiera vomitar

Cuando quieras recordarme bailando para ti

No tiene ningún mérito. Te encanta exhibirte

También te canté. Y sé que te gustó

Fue la sorpresa del momento. No deberías darte tanta importancia, Biel

Pues tú deberías darte más, porque que me leyeras ese poema fue una pasada

No lo habría hecho sin la ayuda del vino

Estoy pidiendo una caja de seis botellas por la web

Jajaja

Por cierto, he arrancado la página con el poema para mi colección

Mierda!!! Mi libreta. ¿Dónde me la he dejado?

A los pies del sofá. Tranquila, la protegeré con mi vida

¿Has leído todo lo que hay escrito?

Todavía no. No me ha dado tiempo

No lo leas, por favor

Me gustaría prometértelo, pero es demasiado tentador

Biel... Nada, da igual, haz lo que quieras. Si he sido capaz de leerte a la cara, puedo superar que leas todo lo que hay escrito

¿Estás usando la psicología inversa?

Estoy asumiendo que lo vas a leer

¿Puedo quedarme con el que me guste para mi colección?

NO. ¿Qué colección?

¿Para qué te crees que me quedo con las páginas? Voy a forrar las paredes de mi cuarto con tus poemas

No es necesario que me adules. No tengo tanto ego como tú

Son mis regalos, puedo hacer lo que quiera con ellos

Forrar paredes tipo fan es tan de los 90...

Es muy de admirar a alguien. El talento es atemporal, Ada Fernández, próxima autora revelación

Está bien. Fin de la conversación. Y mi nombre artístico es Ada Fer

Ada Fer: ¿por qué no eres capaz de aceptar un cumplido?

Buenas noches, Biel

No creo que duerma. Tengo mucho que leer

Mañana te vas a pasar la noche bailando. Un baile por cada poema, ¿recuerdas?

No veo el problema. Me sigue pareciendo muy buen trato

No sé en qué momento acepté algo así

Seguro que fue a raíz de mi mortal. Quedaste impresionada

¿El que te salió bien o en el que acabaste planchando el suelo?

Ambos, obviamente. ¿Me caí o solo quería que te acercaras a mí?

Te caíste a lo grande, Biel. Todavía no sé cómo no te rompiste algo

Mi ego se fracturó un poco, no te voy a mentir

Te pasa por flipado

Solo quería impresionar a una chica guapa de zapatillas relucientes

Lo conseguiste, créeme

¡Bien! Al menos, no me fisuré dos costillas para nada

¿Qué? Me dijiste que estabas bien, que no había sido nada

Era broma. Me alegra saber que te preocupas por mí

Muy gracioso. Ja. Ja. Voy a dormir, Biel

Voy a leer, Ada

Que lo disfrutes

Mañana nos vemos. No sé dónde ni cuándo, pero me encantan los misterios sin resolver

Me estoy pensando si seguir adelante con eso o no

Iré a buscarte a tu casa si es necesario

Buenas noches, Biel

Buenísimas para ti también

BIEL

Un mensaje anónimo en Facebook

No he sido capaz. Pensaba leer todo cuanto había escrito, pero solo he conseguido arrancar la página donde estaba el poema que me leyó. Sentía que estaba violando su intimidad, que no tenía permiso para inmiscuirme, que nadie me había invitado a conocer el contenido de la misteriosa libreta. Pero he tenido una idea y esta mañana a primera hora he ido a buscar una librería en la que pudieran fotocopiarne todo. Ahora esos poemas desconocidos descansan en el cajón de mi mesita de noche y algún día los convertiré en un libro para ella. Ada Fer. Uno no piensa en un posible nombre artístico si no tiene un poco de ego y un mucho de sueños por cumplir. ¿O sí? Al igual que nadie piensa en hacer algo así por otro alguien si no siente nada hacia esa persona, si no es capaz de visualizar un futuro compartido. ¿Por qué tengo que ser así? ¿Por qué no puedo ir a una velocidad normal? ¿Por qué tampoco puedo frenarme? ¿Por qué tengo que darle tantas vueltas a todo?

*

Pedro levanta el garrote en cuanto me ve aparecer. Me acerco para saludarlo y, ni corto ni perezoso, me da con él en el culo. El resto de abuelos lo vitorean, y Pedro comienza a perseguirme con el garrote en alto mientras yo me escabullo aquí y allá, jugando, manteniendo la tensión de este extraño combate. La fiesta termina en cuanto consigo aparecer por detrás de él y abrazarlo. Se resiste un poco, pero acaba devolviéndome el gesto para fastidio de nuestros espectadores. Una vez nos sentamos y comenzamos a hablar, pierden el interés.

—¿Dónde te metiste ayer? Más te vale tener una buena excusa para abandonar a este viejo —bromea.

—La tengo. Mi piso se quedaba vacío y tenía que aprovechar.

—¿Otra vez la misma chica?

—Sí.

—Cuéntame todo —me susurra dándome con el codo.

—No hay nada que contar. Mis compañeros de piso llegaron y nos interrumpieron.

—Me *cagoen*... ¿Pudiste, por lo menos, meterle mano?

Me río a todo volumen sin pretenderlo. Pedro me está hablando por lo bajini, mirando a todas partes mientras lo hace, como si estuviera confesando un crimen. Le encantan las anécdotas picantes.

—Algo pudimos hacer, pero no pienso darte detalles.

—No los necesito, te recuerdo que yo ya había hecho de todo cuando tú no habías ni nacido.

—De todo no sé yo. Me consta que en tus tiempos no erais muy innovadores.

—¡Qué sabrás tú! —Se enfurruña—. Los jóvenes de ahora os pensáis mejores que el resto y no tenéis ni idea de nada. Lo que-réis todo y lo queréis ya. Rápido, cómodo, fácil.

—A vosotros os tocó una vida demasiado dura —le digo sabiendo de sobra que le encanta hablar de su pasado.

—Y tanto, pero no la cambiaría por la que tenéis ahora.

—Me cuesta mucho creer eso.

—Pues crételo. Es importante saber que las cosas no caen del cielo, que hay que ganarse el pan. El esfuerzo de salir a la calle cada día a trabajar duro y conseguir ahorrar una peseta para poder llevar a tu mujer a la playa a comer una paella en el chiringuito. Solo podíamos ir de año en año, pero lo disfrutábamos que daba gusto —exclama con orgullo.

—Las generaciones de ahora no estamos hechas para sufrir tanto.

—Desde luego. Los jóvenes de ahora no estáis preparados para pasar penurias.

—¿Y eso es malo? —le pregunto un tanto desconcertado.

—Ya lo creo. En la vida se sufre, muchacho. Si tienes suerte, sufrirás menos que otros, pero es parte del camino. Vuestro problema es que intentáis evitar ese sufrimiento a toda costa, enseguida queréis pasar página, olvidar el tema, volver a ser felices, iros de fiesta y saltar a otra cosa mariposa.

—¿Y cuál es el problema?

No puedo borrar la sonrisa de mi cara, porque ver a Pedro refunfuñar e indignarse por todo es de lo más gracioso, pero el tema que ha surgido es serio y me interesa mucho su punto de vista.

—El problema es que no hay que saltarse páginas, por muy duras que sean. Cuando se está pasando por un mal momento y toca sufrir, se sufre. Si hay que llorar, se llora. Si tienes que quedarte encerrado en casa deprimido tres semanas, pues te aguantas y lo pasas con amargura y desconsuelo, que es lo que toca —gruñe con ganas—. No todo pueden ser fiestas. Cuando toca penar, se pena.

—Vaya, qué esperanzador —ironizo.

—¡La pura verdad! Que parece que solo queréis escuchar que el mundo es de color de rosa y ni mucho menos. Tratáis de saltar capítulos y cuando os toca pasar por ellos no tenéis ni idea de cómo hacerlo. Os pasáis la vida queriendo correr y no sabéis ni andar.

Puede que sea demasiado radical, cosa que comprendo, pero tiene toda la razón. De algún modo, me veo reflejado en lo que me está diciendo y, ya que estoy, aprovecho para desahogarme.

—Algo parecido me pasa con Ada. Me gusta mucho, quiero seguir adelante, disfrutar de lo bien que lo pasamos estando juntos, pero no puedo olvidarme de lo que me pasó con J. ¿Te acuerdas que te conté lo de su trastorno?

—Paparruchas. ¿Vas a renunciar a vivir una posible historia de amor por algo feo que te pasó una vez? Suena estúpido, yo te tenía por un chico listo, pero os falta un hervor a todos hoy en día.

—¡Oye! Me sincero contigo y tú me insultas. —Me llevo la mano al corazón en plan teatrero, aunque sí me ha dolido un poco su respuesta.

—Las cosas por su nombre y al César lo que es del César.

—Antes has dicho que no deberíamos ir tan deprisa, ¿en qué quedamos?

—No estoy hablando de correr, chaval. Estoy hablando de vivir. No por llegar antes se llega mejor. ¿Sabes cuánto tiempo tardé en tocarle una teta a mi mujer?

—¡Pedro!

—Ni Pedro ni Pedra. ¡Cinco meses! Y mira que lo intentaba, pero no había manera. —Se ríe negando con la cabeza.

—Antes os casabais vírgenes, eso sí que no tiene ni pies ni cabeza.

—¡En eso te voy a dar la razón! Nos perdíamos muchas cosas, pero sabíamos disfrutar de lo que teníamos.

Le sonrío conmovido y me siento muy afortunado de poder compartir momentos así con él. No me imagino mejor oficio que el que yo elegí, aunque para mí jamás ha sido un trabajo.

—¿Sabes qué, Pedro? Habrías sido un buen padre. —Le echo la mano por el hombro.

Él se emociona de inmediato. Los abuelillos tienen algo que me encanta y es que hablan como si estuvieran enfadados con el mundo, pero luego lloran a la más mínima. Tienen los sentimientos a flor de piel, por mucho que traten de hacerse los duros. Son adorables.

—Mi Julia sí que habría sido una gran madre —solloza entre lágrimas.

—¿Has dicho Julia?

Pedro y yo nos miramos sorprendidos sabiendo lo que acaba de pasar. No hace falta que digamos nada, ambos sabemos que ya le hemos puesto nombre a mi pasado. J. Julia. Como su mujer. Hemos encontrado la conexión.

—Señor Pedro, me parece que se ha ganado usted un pincho de tortilla en el bar de la esquina.

—¡Por fin! Pensaba que te ibas a pasar todo el día hablando.

—Solo me quieres para que te saque de aquí, ¿no es verdad?

Me vuelve a dar con el garrote en el culo y yo me río a más no poder mientras lo ayudo a levantarse. Tres abuelos más se apuntan al plan, así que la comida está de lo más entretenida, sobre todo cuando a escondidas —o lo que ellos creen que es a escondidas— piden al camarero que les ponga otro chato de vino. Decido hacerme el loco, un día es un día. Cuando volvemos, algunos ya duermen su imperdonable siesta, pero los más duros se pelean por elegir la película de la tarde. Vaya par de gemelos, de Paco Martínez Soria, es la ganadora. Han conseguido que hasta me gusten estas pelis antiguas. Como casi siempre, hasta los más guerreros caen rendidos a mitad de película, y somos Pedro y yo, junto a algunos trabajadores, los únicos que aguantamos hasta el final. Hoy ha sido un gran día. Y todavía queda lo mejor.

*

Me encuentro frente al hotel Nelva y me pregunto si el GPS se habrá equivocado; es muy dado a dejarte tirado en el momento menos oportuno o a mandarte para Lugo cuando tú quieres ir a Badajoz. Subo hasta la habitación ciento quince, tal y como indica el mensaje. Ada me recibe sonriente, en vaqueros, descalza, con una camiseta naranja con el logo de Fanta.

—¿Y esa camiseta?

—¿Te gusta?

Me he quedado tan pasmado que me tiene que coger del brazo y arrastrarme dentro. Sin decir nada más, me planta un efusivo beso que no dudo en seguir.

—Toma, esto es para ti —dice dándome una bolsa—. Perdona que no esté envuelto, me acaba de llegar.

Ada se sienta en la cama y me sonríe expectante.

—¡Camisetas a juego!

—No solo eso... Hay algo más, busca bien.

—Me encantan las sorpresas.

Mi cara de emoción es más que evidente cuando saco de la bolsa unos calcetines iguales a las camisetas.

—Es, oficialmente, el mejor regalo que me han hecho jamás.

—No seas exagerado.

Me quito a toda prisa la cazadora, la camisa con estampado de hojas, y me pongo la camiseta. Hago lo mismo con los calcetines después de quitarme los míos. Aprovecho para enseñárselos, orgulloso de mi elección de hoy.

—¿Unos calcetines llenos de dibujitos de calcetines? Te has pasado, Biel. Son lo peor de lo peor. —Se muere de risa mientras me los quita de la mano y los lanza por los aires.

Me subo sobre ella de un salto y la beso.

—Me resulta raro verte con esa camiseta.

—No me pude resistir. No saldría con ella a la calle, pero parece cómoda para estar por casa.

—Pues yo no pienso quitármela nunca. ¿Y estos calcetines? Joder, esto es muy fuerte. Espera.

Me río como un idiota mientras saco de mi mochila su regalo, que sí está envuelto. Me parece increíble que estemos tan sincronizados. Se lo doy y ella lo abre con recelo. Se imaginará que es alguna chorrada y tiene razón.

—No me lo puedo creer. ¡Son unos calcetines llenos de rollitos de primavera y cuencos de arroz!

—Yo tampoco me he podido resistir. Son perfectos para ti.

—No pienso ponerme algo tan hortera.

—¡Pero si te queda genial la camiseta! Déjame que te los ponga, tenemos que hacernos una foto.

Ada se queja sin ninguna convicción. Le encantan estas tonte-rías, por mucho que ella diga. Mientras le pongo los calcetines me fijo en que lleva las uñas sin pintar, como las de las manos, cosa que me gusta. Natural como es ella. También aprovecho para comprobar si tiene cosquillas en la planta de los pies. ¿Tú qué dirías? Es obvio que las tiene. Nos sacamos algunas fotos haciendo el tonto, dándonos un pico, luciendo orgullosos las camisetas y los calcetines. Pienso forrar también mi pared con ellas.

—¿Por qué estamos en un hotel?

—Tu amigo Omar me dio la idea. Dijo que quedaba con una chica en hoteles y me pareció lo mejor después de la pillada que nos hicieron anoche.

Asiento sabiendo que es así, aunque también me invaden un poco los nervios, no voy a negarlo.

—¿Quieres que vayamos a cenar fuera o pedimos que nos traigan algo a la habitación?

—¿Vas a salir con esa camiseta?

—Ni por todo el oro del mundo —afirma con rotundidad.

—Entonces nos quedamos.

—Por mí bien. ¿Qué te apetece cenar?

—Cualquier cosa. Estoy famélico.

—Vives con hambre, Biel.

—Solo he comido un pincho de tortilla con los abuelos, me los he llevado al bar. Estaba medio hecha, jugosa... —Saco la lengua haciendo como que babeo.

—La tortilla cruda me da mucho asco. Ni siquiera debería llamarse tortilla, más bien puré crudo de huevo con patatas.

—Ada, para de blasfemar. ¿Es que nunca vamos a coincidir en nada?

—Parece ser que no. —Se carcajea.

—Vamos a pedir o me desmayaré. ¿Te apetece un bocata de jamón? —le pregunto ya con el móvil en la mano—. Conozco un sitio que hace los mejores bocadillos de jamón del mundo.

—Sin tomate para mí y un par de cervezas Estrella Levante. ¡Y algo de chocolate!

—Menos mal que soy yo el que tiene hambre.

Mientras traen la cena le cuento a Ada mi día en la residencia. Le hablo de Pedro, de la interesante conversación que hemos tenido sobre las diferencias generacionales, de que el vino se les ha subido a la cabeza y que luego han roncado lo más grande mientras me he vuelto a tragar de principio a fin la película de El tío de los pollos, como lo llaman ellos. Me guardo para mí lo de J. Aún no estoy listo para hablarle de ella, pero lo haré.

—Cómo arruinar un bocadillo en un solo paso —dice al ver mi bocata de jamón con rodajas de tomate. El sitio no queda muy cerca, pero solo han tardado media hora en traerlos.

—El tomate claramente lo mejora.

—El jamón no necesita mejoría, Biel. Tienes el paladar atrofiado.

—Podría decir lo mismo de ti.

—Ay, madre mía, este bocata está increíble —exclama con los ojos cerrados.

—Es un sitio ridículamente pequeño abarrotado de jamones desde las paredes hasta el techo. Soy adicto desde que lo descubrí.

—No me extraña. Tienes que decirme dónde está.

Ada se relame y se chupa los dedos con las gotas de aceite de oliva que resbalan por el pan.

—¿Sabes que hay gente que se pone cachonda viendo a otras persona comer?

—¡¿Qué?!

—No es mi caso, tranquila. —Me da por reír y casi me atraganto—. Pero me gusta verte disfrutar así. La verdad es que me gusta verte haciendo muchas cosas.

—¿Y comer es una de ellas?

—Me temo que sí.

Saco de mi mochila su libreta y se la doy.

—¡La has traído! —Se sorprende y la coge enseguida, tras limpiarse los dedos con la servilleta.

—Pensaba que la echarías de menos.

—Claro, solo que daba por hecho que no te habrías acordado.

—Pues ya ves que sí. —Le sonrío orgulloso.

—Venga, di lo que tengas que decir, cuanto antes mejor.

—No sé a qué te refieres —le miento. Ella pone los ojos en blanco sabiendo que estoy mintiendo.

—Biel, sé que la has leído. Di lo que quieras y pasemos a otro tema, por favor.

—Me tienes en muy baja estima, Ada. ¿No me vas a dar el beneficio de la duda?

Niega con la cabeza y yo suelto una carcajada. Si sigo riéndome no se va a creer lo que voy a decirle.

—No la he leído.

—Sí, claro.

—Te estoy diciendo la verdad. Estaba dispuesto a hacerlo, porque me intriga muchísimo lo que guardas ahí dentro, pero sentía que estaba invadiendo tu intimidad, como un ladrón a punto de cometer un robo. No pude.

—¿Se supone que tengo que creerte? —Eleva las cejas sin confiar ni un poco en mis palabras.

—Deberías darme ese voto de confianza. Solo arranqué la página con el poema que me leíste anoche y la guardé en mi mochila para que hoy no se me olvidara.

Le acaricio la mejilla, ella me mira fijamente y suspira después de unos segundos.

—Está bien. Si tú dices que no la has leído, voy a creer que es así. Es más fácil para mí pensar que solo yo conozco lo que hay escrito aquí.

Ada se termina el bocadillo, se acaba la segunda cerveza, se vuelve a limpiar las manos y desliza los dedos por la cubierta de la libreta, pensativa. Aprovecho para pedirle lo que tengo en

mente desde anoche.

—Quiero pedirte algo. —Ella me mira con recelo sin decir nada, por lo que sigo hablando—. Me gustaría muchísimo, un mil en una escala del uno al diez, que escribieras algo ahora.

—¿Y eso para qué?

—Me encantaría ver cómo lo haces, no sé, tengo curiosidad. Sé que la inspiración no se puede forzar, pero seguro que puedes sacar algo. Prometo estar muy quieto y callado.

Me rasco la nuca, de repente un poco cortado, pues le estoy pidiendo que haga algo que sé que es demasiado especial y no quiero que me diga que no. A ella se le escapa una leve sonrisa al verme así, dubitativo y sonrojado.

—Está bien... Voy a hacerlo —contesta con determinación.

—¿De verdad?

—Pero no esperes demasiado, no estoy nada inspirada ahora mismo y con las dos cervezas puede salir cualquier cosa.

—Tranquila, solo quiero ver cómo lo haces, el resultado es lo de menos.

—Y no me interrumpas tarde lo que tarde.

Ada me dedica una sonrisa ladeada y se sienta en el centro de la cama al estilo indio. Se recoge la melena en un moño que sujeta con el bolígrafo. Simple, elegante. Después busca en su móvil una canción en concreto, lo sé porque me he sentado a su lado, a cierta distancia para no agobiarla, y puedo ver la pantalla. Nocturne Op. 9 No.2, de Chopin. Pasa con delicadeza las páginas de su libreta hasta llegar a la primera que hay en blanco, justo después de la que yo arranqué, y acaricia la página, como si estuviera esperando a que el papel le hablara. Me mira un segundo antes de cerrar los ojos y desaparecer. Puede que su cuerpo este aquí, a mi lado, pero ella ya no está. Lo sé por la expresión de su cara, que se ha vuelto relajada, liviana, como si estuviera muy lejos de esta habitación. Aprovecho para observar sus orejas redondeadas llenas de pendientes minúsculos, sus sensuales labios sin apenas arco de Cupido, el lunar de su cuello y la forma tan sexy de su clavícula, un lugar en el que me podría quedar a vivir. Me gusta demasiado, todo de ella me parece perfecto, pero lo que más me gusta es su nariz. Es como un diminuto tobogán de vanguardia diseñado por un arquitecto de renombre. Este recuerdo me lleva a otra clase de tobogán, al del parque infantil donde la vi por primera vez. Sonríe sin remedio y me alegro de que tenga los ojos cerrados para que no pueda ver mi cara de bobo. Entonces, ella levanta el brazo, se quita el bolígrafo del pelo, haciendo que este caiga en cascada, y abre los ojos. Se queda mirando la libreta como si quisiera ver a través de ella y se pone a escribir. Yo contengo la respiración, no vaya a ser que la desconcentre. ¿Cómo me puede parecer tan bonita? Me doy cuenta de que, ahora que sé cómo escribe, me gusta todavía un poco más. Tiene una forma muy peculiar de agarrar el boli, con el puño cerrado y un poco torcido, como si fuera zurda. Me fijo en cómo hace los trazos alargando algunas letras, en cómo pone las comas, los puntos, como si los utilizara para respirar y pensar, y cómo se esmera con las mayúsculas. Antes de lo que esperaba, Ada me da la libreta. Le sonrío expectante y comienzo a leer en silencio.

Tus sutilezas,
de tres en tres,
con los ojos cerrados,
puedo verlas.
Azul,
mirada que confiesa.
Tus manos,
caricias que atraviesan.
Tu boca,
delicia de fresa.
Dime que haremos
entre mis ganas y tus miedos
la ecuación imperfecta.
Que tan solo somos
o seremos
nuestra propia respuesta.

Trago saliva y miro a Ada emocionado. Ni tan siquiera me preocupa que vea que mis ojos brillan, que una lágrima está a punto de caer. Sé que he hecho bien en leerlo en silencio, ya que habría sido incapaz de llegar hasta el final sin que me tiemble la voz. Lo que Ada acaba de hacer es un regalo de los que no se olvidan, de esos que no se pueden devolver. Acaba de abrirme su corazón, de desnudarse para mí, aun con toda la ropa puesta. ¿Puede haber algo más valiente que eso? Sé que no hay nada que yo pueda decir ahora mismo, ni siquiera me vale un simple «gracias» después de lo que ella acaba de compartir conmigo, así que hago lo que me pide el cuerpo sin pensar en nada más.

ADA

Profundidad del mar que nada en tus ojos,
de las gotas de lluvia que están por caer.
De un cielo añil causando destrozos,
jirones de besos surcando mi piel.
Los versos que te pienso
y que, de mis huesos, te daré.
Océanos de tinta
temblaron de sed.

Biel me mira con admiración mientras se limpia una lágrima con el dorso de su mano. Me entenece que sea capaz de mostrar sus sentimientos sin tapujos y eso es algo que yo también admiro. Ahora mismo me siento entre muerta de vergüenza y muy orgullosa de haber sido capaz de desnudarme así ante él. Sé que eso significa que Biel me gusta. Mucho. Y también sé que estoy completamente a su merced.

—Ven, vamos a bailar —me dice poniéndose de pie, tendiéndome su mano.

—¿A bailar? Está sonando Mariage d’amour, de Chopin—le contesto como si se hubiera vuelto loco.

Tira de mi mano y estrecha mi cuerpo contra el suyo. Pasa sus brazos por mi cintura y sube las manos hasta mi espalda, como si quisiera asegurarse de que no me vaya a escapar. Yo le abrazo por el cuello y él aprovecha para acurrucarse junto a mi clavícula, besándola de una manera muy sutil y tierna. Comienza a mecerse suavemente y yo le sigo sin poder borrar la sonrisa. Me parece surrealista este intento de bailar música clásica, pero eso es lo de menos ahora mismo.

—Sé qué canción es esta, porque no he podido dejar de escucharla desde que vi que la tenías en favoritos de tu móvil la segunda vez que hablamos —susurra contra mi cuello haciendo que tenga que tragar saliva.

—Chico observador. Es una de mis favoritas —le susurro yo también, no solo porque estamos tan cerca que es lo más lógico, sino porque el ambiente que se ha creado así lo pide.

—Lo que has hecho ha sido de lo más especial, Ada. Gracias por dejarme formar parte de ese momento tan íntimo y tan tuyo, por dedicarme esas palabras. No voy a olvidarlo en la vida.

—Ahora también es un poco tuyo.

—No dejes que vuelva a decir nunca más que esa música que escucho es comparable a la poesía. No tengo ni idea.

—Por fin lo has comprendido. —Me río por lo bajo—. ¿Sabes?, me sigue resultando raro lo mucho que me muestran cuando estoy contigo.

Biel levanta la cabeza y me sonríe. Yo me pierdo en sus ojos de mar, siento que me engullen como las olas en un día de viento. Vuelve a acurrucarse en mi cuello.

—Me gusta eso que dices. Y quiero que sepas que yo también tengo ganas, no solo miedos. De hecho, tengo muchísimas ganas, pero hoy he estado hablando con Pedro y no sé si tiene razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre la recompensa inmediata y lo bonito de la espera... Si lo piensas, hay cierta belleza en alargar un momento que sabes que va a acabar como quieres. Tratar de recoger los instantes que giran en torno a algo que está a punto de suceder y guardarlos en un tarro para poder volver a ellos cuando quieras. A veces, la anticipación es mejor que el momento en sí, ¿no te parece?

Mastico sus palabras e incluso las saboreo. Puro Biel en todo su esplendor.

—Me parece que tú eres poesía concentrada, por mucho que sea yo la que escribe. Y me parece también que Pedro tiene razón —le digo una verdad a medias, porque lo cierto es que ahora mismo el cuerpo me pide inmediatez. Él me mira, sorprendido por mi respuesta, y roza mis labios muy sutilmente.

—¿Ah, sí? ¿Podrías alargar este momento mucho más? Porque yo estoy a punto de empujarte sobre la cama, pero me pregunto cuándo pasar de este baile romántico a la parte ardiente sin estropearlo.

Biel dice esto con una voz ronca mientras me aprieta contra él haciéndome saber que está igual de excitado que yo. Apenas nos hemos tocado, tan solo hemos bailado agarrados, pero a veces, las palabras, el momento, la persona indicada junto a ti, sin más, son más excitantes que cualquier otra cosa.

—Ya está, lo acabas de estropear. Adiós al romanticismo —le miento ahogando el gemido que su dureza ha provocado en mi vientre.

—Me parece que ya hemos tenido suficiente espera. Coincide conmigo en esto.

Sus manos en mis caderas me empujan con suavidad hasta los pies de la cama. Caigo de espaldas al llegar al tope y él se sube a horcadas sobre mí. Se quita la camiseta, la tira al suelo y se sacude como un perro bajo la lluvia. Me gusta el sonido de su cadena al hacerlo. Me regala una espléndida sonrisa antes de zambullirse en mi boca. Yo lo recibo anhelante, deseosa de su lengua, ansiando que su saliva me recorra entera. Sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta y me la quita junto al sujetador, todo de una. Mira mis tetas con hambre y las agarra con las manos para después llevárselas a la boca durante un buen rato. Las sensaciones que descubro son tan nuevas para mí que hace que me pregunte por qué no las había sentido antes. ¿No sabían hacerlo? ¿Esa persona no me gustaba lo suficiente? Nos deshacemos de los pantalones casi a la vez, con premura y algo de dificultad. Se resbala al pisarlos, mi vaquero pitillo se queda atascado en uno de mis tobillos y Biel tiene que tirar de él. Nos entra un pequeño ataque de risa antes de volver a la carga, pero él no deja que respire demasiado. Sus dedos recorren mi entrepierna, juguetones, y yo gimo de pura necesidad. Me muerde por encima del tanga para pasar a quitármelo con la boca, entre gruñidos, como si fuera un animal reclamando su comida. Joder, me pone tantísimo verle así que siento los primeros latigazos del orgasmo en cuanto introduce

sus dos dedos en mí.

—Las ganas que tenía de tenerte así, desnuda, expuesta para mí —susurra junto a mi boca.

Voy a contestarle algo, no sé el qué, pero se me corta la respiración al verlo bajar de nuevo, al sentir su lengua lamiendo cada terminación nerviosa, al ver cómo me folla con la boca y con los dedos. Joder, ¡joder! Gimo de forma escandalosa, incontrolable, en uno de los mejores orgasmos de mi vida. Biel no deja de acariciarme, ahora de forma mucho más suave, hasta que me he relajado por completo, alargando el placer hasta límites que no cono-cía. Vale, me queda claro que los que antes de él me han hecho esto, no tenían ni idea, eran unos negados, o lo hacían como un mero protocolo más, sin disfrutar lo más mínimo. Biel me ha devorado, lo ha disfrutado, y eso no se puede fingir.

—¿Todo bien por aquí arriba? —me pregunta volviendo a mi boca, compartiendo conmigo mi propio sabor.

Gimo en respuesta, lo agarro del culo y lo aprieto contra mí lo más fuerte que puedo.

—Te necesito dentro, Biel.

—Hostia puta, Ada, si dices eso otra vez me corro como un crío.

Me río mientras él arruga el entrecejo y me muerde el labio inferior con rabia. Me encanta la mirada cómplice y lasciva que me dedica antes de separarse de mí para buscar en su mochila un preservativo.

—¿Vas con ellos a todas partes o es que eres demasiado optimista?

Él sonríe por mi pregunta, se coloca el condón si dejar de mirarme, y a mí me parece de las mejores cosas que he visto jamás. Puro Biel. Desnudo para mí, con su cuerpo esculpido a base de *parkour* y baile, con sus ondas rubias, su cadena de plata, el anillo en el dedo corazón, su pendiente en la nariz y su imponente erección más que lista para volver al ataque. Vuelve a subirse sobre mí, volvemos a besarnos como si nunca lo hubiéramos hecho, entre jadeos, con unas ganas que ya no pueden más. Elevo mis caderas pidiéndole que entre de una vez. Él coloca la punta, juega unos segundos y, finalmente, entra de una, hasta el fondo, arrancándome un alarido de placer. Gime con la cabeza hacia atrás, parece estar pensando «por fin». Eso digo yo, joder, por fin. Comenzamos a movernos por inercia, por las ganas acumuladas. Mis manos en su culo, nuestras lenguas que no paran de enredarse, el mundo que desaparece a nuestro alrededor, y tan solo quedamos él y yo. Nuestros cuerpos sudorosos, el suyo dentro del mío, las embestidas, una detrás de otra. Rítmicas, fuertes, sin pausa. Me estremezco de nuevo de pies a cabeza y lo miro una última vez antes de dejarme ir. Quiero comprobar que esto es real y no solo algo que llevo imaginando ya demasiado tiempo. Sus ojos, de pronto más oscuros que nunca, me traspasan entera adivinando partes de mí que siempre están escondidas, pero que con él salen a flote con una facilidad pasmosa.

—Ada, me corro, no quiero parar.

—No pares, Biel. No pares...

Cierro los ojos, me arqueo y exploto a lo bestia, mi cuerpo entero tiembla junto al suyo. Biel esconde su cabeza en el hueco de mi cuello y gruñe y gime y me sigue besando mientras se corre dentro de mí, mientras yo lo hago junto a él. No paramos hasta que ya no queda ni una descarga eléctrica más por exprimir, hasta que nuestros cuerpos ya no pueden más. Biel se desploma a mi lado mirando al techo, con la cara roja, sudado, guapo y sexy a rabiar.

—Voy a tener que dejar el baile, el *skate* y el *parkour* —dice con una voz apenas reconocible.

—¿Y eso por qué?

—Porque sé que de aquí en adelante esto es lo único que voy a querer hacer.

Le sonrío al techo, se pasa los dedos por el pelo apartando los mechones húmedos de su frente y vuelve a mirarme.

—Ha sido alucinante. Tú lo eres.

Le tapo los ojos con mi mano, de pronto demasiado tímida, como si no acabáramos de hacer lo que acabamos de hacer.

—¿Has pillado la habitación hasta mañana?

—Sí.

—Bien.

Hacemos un necesario parón para ir al baño, compartir un bote de Fanta del minibar y un Kit Kat que han traído junto al bocadillo de jamón. Biel están en calzoncillos, son de esos anchos tipo bañador playero y, no sé por qué, no me sorprende lo más mínimo. Yo he recuperado el tanga y me he vuelto a poner la camiseta con el logo de Fanta. Qué prenda tan hortera y tan bonita a la vez.

—Cuando te he dicho que quería algo de chocolate no esperaba un Kit Kat, pero la verdad que ahora mismo me parece lo mejor del mundo. —Me relamo y acepto la barrita extra que me ofrece de su mitad.

—Te he dicho que en ese sitio solo hay jamones. Lo ha sacado de la máquina expendedora que tienen en la entrada.

—Buena idea. ¿Siempre usas ese tipo de calzoncillos?

—Eres más de bóxer o slips, ¿a qué sí?

—Sí —reconozco—, pero te pegan. Son de tu estilo.

—Demasiado serios para mí estos de rayas. Son los más elegantes que tengo, no quería cortarte el rollo.

Lo sé. No hace falta que siga hablando para saber a ciencia cierta que no solo elige monigotes para los calcetines y las camisas.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes! ¿Te gustan de dibujitos?

—La duda ofende —me contesta orgulloso.

—Joder, Biel, no tienes remedio.

Ambos nos reímos y volvemos a enredarnos entre las sábanas. Me parece que ninguno de los dos quiere hacer otra cosa que no sea besarnos, acariciarnos, mirarnos como idiotas y vuelta a empezar.

—Yo no habría adivinado en la vida que tú usas tanga.

—¿Ah, no?

—Te veía mucho más con las típicas braguitas de algodón, pero me gustó la sorpresa—dice jugando con la tira de mi tanga, la que pasa por mi cadera. Golpea con ella mi piel, se la enrolla

en los dedos...

—No soy tan clásica como crees.

—Ni yo tan horterera.

—Bueno...

—¡Oye!

Biel hace el amago de levantarse, pero yo soy más rápida y me subo sobre él.

—Eres horterera, reconócelo, pero a tu favor voy a decir que te queda bien ser así. Que me parece incluso... sexy —le digo de forma sugerente.

—Sexy —repite él agarrándome las caderas con las manos abiertas.

Deslizo mi dedo índice por el pendiente de aro de su nariz, bajo hasta sus labios, el cuello, y enrolló mis dedos en su cadena. Me inclino hacia él y lo beso muy lento, muy profundo, muy sensual. Juega con mi culo mientras nos besamos. Juega tantísimo que si me dice de hacerlo por ahí sé que le diré que sí. Mierda, ¿qué es lo que me está pasando para pensar así?

—Me encantas, Ada —dice cuando meto las manos en sus calzoncillos y me recreo un buen rato en darle placer.

—Te encanta lo que te estoy haciendo. No es lo mismo, Biel.

—Por supuesto que es lo puto mismo. Y cuando terminemos me vas a mandar un audio repitiendo mi nombre. Necesito tenerlo grabado.

—Te aseguro que eso no va a ocurrir.

—Ya lo creo que sí.

Biel me levanta en peso, me tumba a su lado, me quita a camiseta y me ladea el tanga. Todo en dos segundos, sin darme tiempo a reaccionar.

—Voy a follarte con el tanga puesto —me dice con voz ronca, subiéndose sobre mí, comiéndome con la mirada y con la boca.

—Vale.

Es lo único que acierto a decir, no puedo pensar palabras de más sílabas, mucho menos formar una frase. Biel entra en mí decidido, despacio, disfrutando del recorrido hasta que llega al tope. Suspira cuando lo alcanza; yo también lo hago.

—Mierda, el condón —dice como para sí mismo, sorprendido con lo que acaba de pasar—. Lo siento. Joder, esto es demasiado bueno, obligame a ponérmelo.

—No quiero que lo hagas.

—¿Qué?

Eso mismo digo yo. «¿Qué?» Ni siquiera Marcos tuvo ese privilegio, a pesar de que llevo tomando la píldora desde la adolescencia, prácticamente, gracias a mis insufribles ovarios poliquísticos. Lo miro a los ojos, todavía dentro de mí, piel con piel, y me asusto. Me asusto porque sé que esto que apenas acaba de empezar no es un rollo sin más, que él no es un chico cualquiera, que lo que yo estoy comenzando a sentir es más y mejor que lo que he sentido anteriormente. Y no lo entiendo. Mi mente analítica no comprende que algo así pueda ocurrir, pero, lejos de querer frenar, piso el acelerador porque, sea lo que sea, es demasiado bueno para

pararlo, para no querer disfrutarlo hasta morir. No pienso emplear las pocas fuerzas que me quedan en analizar nada, solo quiero sentir, tenerlo dentro y por todas partes, sin barreras de ningún tipo.

—Que no te lo pongas. Quiero sentirte al completo, Biel.

—Pero...

—Puedes estar tranquilo, ¿vale?

—Tú también.

Es lo único que necesita para hundirse de nuevo en mí, lo único que necesitamos para volver a besarnos como posesos, para rodar por la cama sintiendo que se nos queda pequeña, para tocarnos hasta desgastarnos, para volver a explotar. Y explotamos tan fuerte que caemos rendidos un par de minutos después, sin habernos dado siquiera tiempo a desearnos buenas noches.

*

No hemos dormido más de tres horas seguidas. Nos hemos pasado la noche restregándonos, comiéndonos, haciéndolo una vez tras otra, como monos salidorros y enfermos. Solo que esto de enfermo no tiene nada, esto es todo lo bueno que existe en el mundo, lo único que debería existir. La química, el cosquilleo, la electricidad, las ganas infinitas que no se acaban por mucho que toques el cielo una vez tras otra. Las risas que surgen entre medias, tan naturales, tan increíbles. Sus ojos, sus manos, su boca de fresa. Todo él.

Le he suplicado que me deje ducharme a solas y se ha reído a lo grande cuando le he dicho que si lo hacemos otra vez, tendremos que ir a urgencias. No ha insistido demasiado, él debe de estar igual que yo o peor. ¿Cuántas veces seguidas puede eyacular un tío?

—Me acaba de escribir mi amigo Gon —comenta cuando salgo de la ducha—. Dice que va a ir a una competición de *parkour* que han organizado en el Jardín de la Pólvora. ¿Te apetece?

—¿Una competición de *parkour* con tus amigos?

—Solo irá Gon, dice que no localiza a Omar. En realidad, es un grupo de aficionados probando saltos y pavoneándose. Si tienes otros planes o prefieres que nos quedemos aquí...

Me gusta ver lo tímido que se pone en según qué ocasiones y sé que no me quiero separar de él. Todavía no.

—Puede estar entretenido y nos vendría bien tomar un poco el aire.

—Y desayunar.

—¿Es que solo piensas en comer? —Me río.

—Llevo desde anoche con un triste bocata y medio Kit Kat. No, peor aún, te di una de mis barritas, así que casi ni lo probé. Y he hecho más ejercicio en estas horas que en toda mi vida. Déjame tener hambre —contesta haciendo unos aspavientos con las manos de lo más graciosos.

Biel me abraza mientras yo me río a carcajadas. Aprovecha para hacerme cosquillas y besar mi nariz hasta que me da por estornudar.

—¿Te he dicho ya que tienes la nariz más perfecta del mundo? Lo llevo pensando desde la primera vez que te vi.

—Vale, hora de comer algo. El hambre está causando estragos en tu cerebro. ¿Me dejas que me vista?

Se separa con las manos en alto y se sienta en la cama a mirar cómo me pongo la ropa. Le digo que deje de hacerlo, que hay que recoger la habitación para salir antes de las doce, que tenemos todo tirado por el suelo... El muy tonto espera a que termine de vestirme para tirar de mí y volver a magrearnos de lo lindo, por encima de la ropa, en versión *light* pero no por eso menos intensa. Nos cuesta parar, juro que de buena gana volvía a las andadas, pero mejor no abusar.

—En sorbos pequeños, Biel. ¿Recuerdas?

Él resopla, me muerde el labio inferior y se obliga a levantarse para vestirse también. Recogemos la habitación entre risas, tonte-rías y peleas de niños en las que él me tira un calcetín a la cara, yo le doy con la almohada y comenzamos por enésima vez con los besos interminables y adictivos. Cuando por fin conseguimos salir de la habitación, nos montamos en el ascensor y

suspiramos.

—Ha estado bien —me dice con una sonrisa que le llega a las orejas.

—Lo ha estado.

Creo que estamos a punto de volver besarnos cuando el ascensor se detiene en la primera planta, antes de llegar a recepción.

—¿Omar? ¿Qué haces tú aquí? —pregunta Biel, extrañado.

A Omar se le desencaja la cara, mira a Biel, me mira a mí y algo en mi cerebro se activa. Mi hermana, su rollete del que se avergüenza y que, por lo visto, conozco. Su obsesión para que deje de ver a Biel, sus quedadas en un hotel, las *fotopollas*...

—¡No me lo puedo creer!

Miro a Biel alucinada y compruebo que todavía no lo ha pillado. Observo el momento exacto en el que las piezas encajan en su cabeza, cómo su cara pasa de una interrogación a una exclamación gigante.

—¡¿Estás con su hermana?!

BIEL

Una cuenta anónima en Instagram

Omar ha huido de nosotros. Tal cual. No ha contestado a las preguntas de Ada ni a las mías, tan solo se ha limitado a decir que no piensa hablar o le cortarán los huevos. Ada está flipando, en muchos colores y con estrellitas brillantes. No puede cerrar la boca, no deja de repetir lo fuerte que es, de hacerse preguntas. ¿Desde cuándo? ¿Cómo se conocieron? ¿Con quién se ha quedado Paolita esta noche o el resto de veces? Me confiesa que su hermana intentó por todos los medios que no volviera a quedar conmigo, que me acusó de ser un pandillero grafitero.

—Me encanta ese mote. Que sepas que pienso presentarme a ella así, como Biel, el pandillero grafitero.

—No voy a presentarte a mi hermana. Podría arrancarte la cabeza cual mantis religiosa.

—¡Qué va! Ahora ya sabemos por qué me tenía tanta tirria. No quería que tuvieras nada que ver con Omar para que no descubrieras lo suyo con él, y estaba claro que si nosotros seguíamos quedando, eso iba a ocurrir antes o después.

—Madre mía, Berta con Omar...

—Quizá lo estamos imaginando todo, sacando conclusiones precipitadas.

—No, Biel, sé que es eso lo que ocurre, por fin lo he entendido.

Su expresión de pura incredulidad se va transformando en risa. Las carcajadas comienzan como si nada, como si necesitara soltar el nudo que se le ha formado en el estómago. Expulsa los nervios en un descomunal ataque de risa que le impide incluso andar. Yo también me río, porque es imposible no hacerlo, incluso la gente que pasa por nuestro lado sonríe; también nos miran como si hubiésemos perdido la cabeza.

—¿Estás ya mejor? —le pregunto adivinando la respuesta.

—Mucho mejor.

—Sé que te va a ser difícil desconectar, y que hasta que no hables con tu hermana no te vas a quedar tranquila, pero de verdad espero que te guste lo de esta tarde, que pases un buen rato.

—Seguro que sí.

Hemos venido dando un agradable paseo desde el hotel hasta el parque. Se tarda unos veinticinco minutos, no más, pero entre las risas, el desayuno y el ritmo lento que llevamos, han sido casi dos horas que se me han pasado en un suspiro. He descubierto que Ada prefiere lo salado para desayunar, que su tostada favorita es la de aguacate con aceite de oliva, que apenas pone café en la leche de soja, porque la de vaca le sienta regular aunque le encanta el sabor, y que odia la pulpa del zumo de naranja casi tanto como odia el tomate. Yo me he tirado de cabeza a por una napolitana de chocolate que me estaba saludando desde la vitrina y a por un zumo de naranja con pulpa, porque la pulpa es lo mejor del zumo y punto.

—Estoy empezando a pensar que lo haces adrede, solo por llevarme la contraria.

—No te llevo la contraria, eres tú la que está equivocada con el tomate, la tortilla muy hecha, el zumo sin pulpa, y deduzco que con varias cosas más. Pero no me las digas, me gustaría ir descubriéndolas una a una.

Ada me ha sonreído cuando le he dicho esto último y yo, aunque le he devuelto el gesto, me he vuelto a acojonar. Porque de mi boca salen palabras y frases que no estoy preparado para decir. Todavía no. Porque, como me dijo Pedro, quiero correr cuando no sé si andar. ¿Qué me impide ir más despacio? ¿Por qué le pedí tiempo si después lo acelero todo? ¿Tendrá razón mi abuelo postizo y debería dejarme de tonterías y disfrutar de lo que sea que esté surgiendo entre nosotros? ¿Y si vuelve a salir mal? Oigo su voz áspera en mi cabeza: «si hay que penar, se pena». No sé si soy tan valiente como para correr el riesgo, pero me gustaría averiguarlo, ya que la otra opción ni siquiera la contemplo. Puedo hacer esto. Quiero hacerlo. Seguir quedando con ella, reírnos hasta que nos duela la barriga, discutir sobre nuestros puntos de vista diametralmente opuestos para casi todo y besarnos sin descanso, hasta desgastarnos. Quiero que siga escribiéndome poemas para yo pagarle con uno de mis bailes. Hablar de música. La suya, la mía, la nuestra propia que está llena de jadeos. Ver cómo se sonroja y ser consciente de que yo también lo hago. Sentirla, por dentro y por fuera, zambullirme en ella, pensar que es posible. Sobre todo, quiero eso. Quiero pensar que es posible que algo así me esté ocurriendo y que no vaya a tener el mismo final.

—Biel, te estás congelando solo por lucir la camiseta. No es necesario, de verdad. Ponte la sudadera.

—Por supuesto que lo es, me sobra con la cazadora vaquera y el gorro. Es el mejor regalo que me han hecho nunca y quiero que todo el mundo lo vea.

—Exagerado... Vale, acepto lo de la camiseta, pero ¿tenías que ponerte los calcetines a juego por encima de los pantalones?

Me río porque me parece increíble que no haya hecho referencia al detalle hasta ahora. Lo de su hermana con Omar debe haberla despistado.

—Es lo mejor del conjunto. —Le sonrío.

—Eres un hortera de mucho cuidado.

—Anoche me dijiste que eso te parecía sexy. —Cuelo mis manos por debajo de su jersey y ella me las aparta con delicadeza.

—Iría piripi. Lo retiro.

—¡No puedes retirarlo! Es más, te prohíbo retirar nada de lo que dijimos o hicimos anoche. O de madrugada, o esta mañana. Te prohíbo retirar nada de lo que ha ocurrido entre nosotros desde que nos conocemos. ¿Te queda claro?

—Como el agua —me susurra con una sonrisa de lo más dulce.

Me acerco y la beso, olvidándome del sitio y de la gente. Pero alguien carraspea de forma exagerada junto a nosotros y Ada me obliga a parar. Junto a nuestra mesa hay un matrimonio que nos mira con gesto reprobatorio. Me encojo de hombros y ellos señalan con la mirada a sus hijos, un par de niños de entre seis y ocho años que no nos están prestando ni un poco de atención.

—¿Ocurre algo? —me atrevo a preguntar.

—Esto es un restaurante, mejor os vais a un hotel, ¿no te parece?

El padre ha pronunciado esta frase de carrerilla en cuando la mujer le ha dado con el codo en el costado. Parecía que lo tuvieran ensayado.

—Lo primero, es que dudo mucho que a un *burger* se le pueda llamar restaurante. Y lo segundo, es que acabamos de salir de un hotel. Si tiene usted algún problema por un par de besos, hágaselo mirar.

No sé quién está más escandalizado, si el marido, su mujer, o Ada, aquí a mi vera.

—¡Biel! —exclama entre dientes sin saber dónde esconderse.

—Ni Biel ni nada. El pandillero grafitero ha hablado.

Dicho esto le meto tal bocado a la hamburguesa que la dejo en la mitad. La pareja refunfuña algo que no entiendo, ni quiero, y se cambian de mesa de lo más indignados mientras sus hijos se quejan sin comprender nada.

—¿Qué mierda le está pasando al mundo?

Lanzo esta pregunta al aire, a mí mismo, sabiendo que nadie la va a responder por más que me gustaría. Ada vuelve a relajarse en cuanto la familia desaparece de nuestra vista, y atacamos con ganas el menú. Nos hemos dado cuenta de que teníamos más hambre de lo que pensábamos, así que hemos acabado parando para comer algo antes de ver la competición, que comienza a las cuatro. Yo me he pedido una *steakhouse*, mi favorita, y ella una *whopper* sin cebolla, porque odia la cebolla cruda. Su clásica elección me ha gustado, aunque ya sé que no es igual de clásica para todo. Su tanga negro se cruza en mi mente y tengo que acomodarme el paquete con disimulo. Si no estuviéramos en un lugar público, volveríamos a las andadas. Pura adicción.

*

Lo primero que llega a nuestros oídos es la música. Reconozco la canción al instante, Sudores fríos, de Natos y Waor. Muevo lo pies de manera inmediata, me resulta muy difícil tenerlos quietos cuando hay música alrededor. Me marco un *moonwalk* a lo Michel Jackson y Ada se planta en medio de la acera que hay junto al parque con los brazos cruzados por el pecho. Me encanta que finja que esto no le gusta. Me acerco un poco a ella y me pongo a bailar y a cantar; me apetece hacer un poco el payaso.

—No freno, loco, no tengo frenos. Dime cómo coño quieres que paremos. Salgo como el sol y nos ponemos. Amén, en el nombre del Padre y oremos.

—Acabas de romper el segundo mandamiento de la iglesia —dice con aparente indiferencia.

Tiene razón, los repetí tantas veces con Sor Carmela que todavía los recuerdo a la perfección. A continuación, hago unos *kick side* laterales y hacia atrás. Son unos de los movimientos básicos de los *top rocks*, los que nos dan pie para introducir los movimientos de suelo.

—Toma la llave de mi corazón muerto. Tírala al fondo del Mar Negro. Que pa' abrirte las puertas del cielo si hace falta soborno a San Pedro.

—¿Puedes parar de nombrar Santos?

—Vale, vale, ya paro —le digo entre risas—, pero escucha esto.

La abrazo por la cintura y cuelo mi pierna derecha entre las suyas, a lo reguetonero. Ella me mira con escepticismo, con las cejas elevadas. Las sube mucho más cuando le aplasto mi paquete con todas las intenciones posibles.

—Sudores fríos. Por el pecho y por la espalda me recorren al follar contigo. Son cuchillos y puñales tus colmillos junto con los míos. En los bloques de ladrillo, el hormigón donde los dos crecimos, yeh. Dame un respiro, ah.

La miro esperando su réplica, pero esta no llega, cosa que me sorprende. No es tan divertido si no se queja.

—¿Y bien?

—Blasfemo, básico y obsceno.

Exploto en una carcajada antes de besarla. Lo hago cogiéndola del culo con una mano y con la otra en su cuello. Recuerdo nuestro primer beso en la discoteca y hago lo mismo, moverme suavemente a un lado y a otro, como bailando bachata bien agarrados. Ella se deja llevar entre risas, quiere escaparse, mira a todas partes, cohibida, pero lo disfruta y con eso me vale.

—Nunca me acostumbraré a que des el espectáculo —me dice una vez la canción ha terminado.

Yo me encojo de hombros y mastico su frase, la cantidad de posibilidades que entraña ese *nunca*. Ese *nunca* implica un futuro. Una infinidad de veces en las que yo haré lo mismo y ella se avergonzará solo por fuera. Una infinidad de veces bailando juntos, en la calle o en cualquier otro sitio. Juntos. Pateo el pensamiento y lo lanzo lejos, porque me produce tanta emoción como incertidumbre, y me centro en lo que tenemos delante. Un grupo de chicos y alguna chica, aunque en clara minoría, se han reunido en torno a una zona en la que hay una especie de círculo de piedra con dos estatuas. Son más de las cuatro, así que ya están probando saltos, volteretas y demás piruetas. Me encanta este ambiente. La música, el buen rollo, el compañerismo y

compadreo, el deporte sano, fijarse en el otro para tratar de superarte a ti mismo sin pisar a nadie, aprender técnicas y, también, enseñar de forma desinteresada. Compartir el aprendizaje, el esfuerzo y los resultados. Me da rabia que se nos vea como a pandilleros gratíferos, tal como dice la hermana de Ada, pero entiendo que la gente como ella no ve más allá y que tampoco quieren hacerlo. Si te fijas, es bonito ver la gente tan diferente que se junta gracias al baile y a la música, cómo este arte une a personas de todos los ámbitos y gremios y las hace hermandad. La música no entiende de fronteras ni prejuicios, simplemente, te hace sentir.

Nos sentamos en una zona de césped frente al *show* y disfrutamos de la buena tarde que hace. Ada me cose a preguntas sobre la disciplina y la técnica, las cuales yo contesto encantado, aunque sigue renegando de la música, cosa que me hace reír. Un par de chavales que conozco de otras veces se acercan a saludarme y después lo hace Gon, al que no había visto hasta ahora.

—¡Qué pasa, chicos! Pensaba que no vendríais.

—Nos hemos entretenido comiendo.

—Ya... —dice con su típica risa de perro pulgoso—. ¿Hoy no saltas?

—Me parece que no, estoy demasiado lleno de comida basura.

—¿Cuándo te ha importado eso?

—Yo quiero verte —suelta de repente Ada.

—¿De verdad?

—¡Claro! Con lo que te encanta fliparte me cuesta creer que solo quieras mirar.

—Muy bonito. ¿Vas a hacer que salte para luego echarme en cara que me gusta pavonearme?

—Ni lo dudes —reconoce con una enorme sonrisa retadora.

Gon se ríe sin cortarse un pelo y regresa junto a los demás. Sé que cuando volvamos a casa se va a burlar de mí un poco demasiado.

—Anda, ve. Lo estás deseando, Biel, tus ojos hacen chiribitas.

Le doy un beso antes de levantarme, trotar hasta mi amigo y darle un capón.

—Gilipollas.

—Lerdo.

—Voy a probar a saltar por encima de las estatuas, como han hecho esos dos. —Señalo hacia los que parecen tener más experiencia.

—¿Estás seguro? Yo con eso no me atrevo, Omar sí que lo haría.

—Ostras, Omar. Vas a flipar cuando te cuente quién es la tía con la que está quedando.

—¿La conocemos?

—Te lo cuento en el piso, que eres un *bocachancla*.

No protesta, sabe que tengo razón, él mismo dice serlo sin tapujos. Lo último que quiero es que lo grite a los cuatro vientos en medio del parque y que Ada me mande a la mierda con razón. Me acerco a los chicos y les pregunto sobre el salto que han hecho. Se trata de saltar sobre el murete de piedra, que tiene una ligera inclinación. De ahí subir a la primera estatua, colocar las manos en la cabeza e impulsarse hacia la segunda con las piernas abiertas. La dificultad está a la

hora de caer, porque hay otro muro de piedra y, depende del impulso del salto, puedes caer sobre él o quedarte a medias y darte un buen golpe. Me acerco a estudiar la zona, repaso la técnica, pruebo a subir hasta la primera estatua para ver qué tal la inclinación, las distancias... Creo que lo tengo.

—Voy a hacerlo —le digo a Gon.

—Vale, voy marcando el número de emergencias.

—Mira que eres cenizo.

Le hago a Ada una señal para que esté atenta. Ella abre mucho los ojos y me dice que no con la cabeza. Yo le sonrío y le contesto de igual forma con un sí. Entonces Gon va hacia ella, que se levanta para situarse mucho más cerca. Joder, no sé si ha sido buena idea esto, no puede pasarme lo del mortal fallido. No es solo por lucirme delante de Ada, es que si no caigo bien me parto la crisma. La peña empieza a aplaudir para animarme y me coloco en posición. «Subir, saltar, cabeza, piernas abiertas y caer, Biel, puedes hacerlo». Vamos allá. Me sitúo a unos seis metros de distancia y me tomo mi tiempo. Comienza a sonar Ahora y siempre, de Quevedo. Respiro, miro al suelo, vuelvo a respirar y empiezo a correr. Trepo por la rampa y me impulso lo más alto que puedo. Al apoyar las manos en la cabeza de la primera estatua, vuelvo a impulsarme, aunque al hacerlo solo con los brazos tengo que esforzarme el doble. Salto por encima de la segunda estatua con toda la fuerza posible y caigo rozando el filo del murete, lo que hace que tenga que agacharme para rodar por el suelo. Tenía tanto miedo de quedarme corto que me he pasado.

Suenan más aplausos cuando me pongo de pie.

—¿Estás bien?

Ada me mira preocupada. Gon sabe que esta es la forma adecuada de caer, es de lo primero que se practica en el *parkour*, cómo caer sin matarte usando tu cuerpo a modo de pelota. Pues así es, rodando y dejando que sea la parte alta de la espalda la que reciba el impacto.

—Se me ha ido un poco el salto, pero estoy bien. Lleno de césped, pero bien.

Le doy un beso en la mejilla. Me gusta que se preocupe por mí.

—No sé yo, Biel, parecía que te ibas a levantar en varios trozos, ¿no te has roto nada ni tienes sangre? —pregunta tocándome la espalda, como si necesitara comprobarlo. También me quita alguna que otra brizna de césped de la ropa.

—Estoy bien, Ada, es así como se cae al suelo. Como mucho tendré unos rasguños, pero son gajes del oficio.

—Pues este oficio tiene un montón de gajes. He pasado miedo, que lo sepas.

—Pero ha sido un salto brutal, reconócelo.

—Parecía que volabas, pero no sé, ¿es necesario tanto riesgo?

—No es para nada necesario, pero ¿no crees que las mejores cosas de la vida no se hacen por necesidad, sino por placer?

Ada pone los ojos en blanco, me despido de Gon desde la distancia y la cojo de la mano para que comience a caminar.

—¿Sabes una cosa? Ahora que lo dices, creo que sí me he roto algo. Deberíamos volver al hotel para que puedas examinarme —le digo con tono de guasa y le saco la lengua.

—No pienso volver a encerrarme contigo en una habitación hasta que me recupere del todo.

—Eso nos deja pocas opciones. Nuestros pisos, que siempre tienen compañía, lugares públicos, el rellano de tu edificio...

El recuerdo de la noche pasada vuelve a mí, el del rellano, el imaginarme con ella en algún lugar prohibido. La abrazo para que sienta lo que despierta en mi cuerpo. Ella ronronea como una gata y me besa de forma intensa enredando sus manos en mi pelo.

—Dime una cosa, ¿eres rubio natural? —pregunta mirándome a los ojos, sin dejar de cepillarme con los dedos, gesto que hace que me erice entero.

—Me has visto desnudo, ¿tú qué crees?

Ada sonríe, socarrona.

—Mínimo llevas mechas.

—Me las hago de vez en cuando, aunque si me lo dejo crecer tampoco se oscurece demasiado. Me gusta así, con más luz. Este verano pienso decolorármelo entero, lo quiero blanco reluciente como tus zapas.

—No serás capaz.

—Ya lo creo que sí. En cuanto llegue junio y obtenga el título, tú misma lo comprobarás.

Ahora soy yo el que deja esa promesa muda en el aire, exponiendo ante nosotros un posible futuro. ¿Realmente llegaremos a algo más o cuando nos cansemos del sexo la cosa se enfriará? O, la pregunta que me carcome, ¿me rajaré antes de que la cosa vaya a más? Entre besos, caricias y toqueteos incontenibles, llegamos hasta su rellano. Hacemos bromas con volver a escondernos en el pasillo de los buzones, pero sabemos que no son horas y los dos coincidimos en que estamos agotados.

—Por muy cansado que esté, te aseguro que si estuviéramos bajo techo te haría de todo.

—Y yo querría que me lo hicieras.

Nos despedimos con una sonrisa tatuada en la cara. No sé a ella, pero a mí me dura hasta incluso cuando, al llegar a casa, veo que mis compañeros han vuelto a usar mis tazas y no las han fregado. Qué le den a todo. Pese a las dudas y los miedos, no puedo hacer otra cosa que sonreír hasta que me duelen los mofletes. Coloco el poema que me escribió en el hotel junto a los otros, los releo todos de nuevo y cojo el móvil una vez estoy en la cama. Miro las fotos en las que salimos con las camisetas a juego, ella con los calcetines de comida china, riéndonos como posesos, dándonos un pico, mirando a cámara abrazados... Puta inmensidad.

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). Sudores fríos. Natos y Waor

Otra para la colección de “canciones que jamás escucharé”

Es para que me recuerdes bailando en medio de la calle. Sé que te ha gustado

Ya te gustas a ti mismo bastante

No siempre...

Eso sí que es una novedad

Y ya te he confesado que no me gusta mi nariz

Pero a pesar de eso te pusiste un pendiente

¿Hay algo que no te guste de tu cuerpo? A mí no se me ocurre nada

Muchas cosas

Imposible

¿Por qué los chicos no tenéis tantos complejos?

Los tenemos, pero los pasamos por alto porque no hay nadie detrás que nos los recuerde a cada segundo

Deberías hablar de esto con Pedro. Su opinión puede ser interesante

Me gustaría que lo conocieras. Seguramente, intentaría meterte mano, pero no se lo tengas en cuenta

Jajaja. ¿Ya me vas a presentar a tu abuelo postizo?

Tienes razón, mejor no

Me gustaría conocerlo. También me gustaría conocer el sitio en el que trabajas

¿De verdad?

Solo si tú quieres. No quiero agobiarte

No me agobias

Ya, bueno... Es que tengo la sensación de que todo va muy rápido

Yo también

Y no sé si eso es bueno o malo. Me dijiste que tuviera paciencia contigo, que necesitabas tiempo.

¿Sigue todo igual?

Me temo que sí. Lo siento

Ya...

Solo que yo tampoco puedo ir más despacio. Me aceleras entero

¿Yo te acelero? No me reconozco cuando estoy contigo, Biel

¿Y eso es bueno o malo?

Muy bueno

Me alegro

Foto

Foto

Foto

Foto

Foto

Foto

Foto

¡Ay! Estoy ridícula con la camiseta de Fanta, pero salimos bien

Salimos mejor que bien. ¿Llevas puestos los calcetines?

Evidentemente no

¿Cómo puede ser que mientas así de mal incluso por WhatsApp?

Foto

¡Lo sabía! Al final tú también caerás en la adicción de los calcetines chorra

Prefiero verlos en ti

Sigues sin saber cuántos pares tengo

He pensado que ya no quiero saberlo

¿Ah, no?

Me gusta que sea una incógnita. Pensar si me vas a sorprender con alguna novedad o vas a repetir modelito

Una duda sin resolver... Mi conexión

Pero que sepas que llevo la cuenta de tus calcetines

¿De verdad?

Nunca lo sabrás

Yo llevo la cuenta de tus poemas

Lo sé

Algún día haré un libro con ellos

No flipes, Biel

Tú sí que fliparás

Lo he pasado muy bien

Yo más

Eso tampoco lo sabremos nunca

Habrás que volver a comprobarlo

Que no sea dentro de mucho

¿Es tu forma de decirme que tienes ganas de volver a verme?

No soy una distribuidora de cumplidos para tu ego, Biel

Yo tengo ganas de volver a verte

Nos hemos separado hace apenas unas horas

Pues por eso

Tengo que dejarte. Mañana me toca madrugar de nuevo para llevar a mi sobrina al cole

Eso me recuerda que tengo que comprar piruletas de fresa. ¿Has hablado con tu hermana?

Todavía no

¿Vas a ir el martes al parque con Paolita?

Puede. Aunque creo que da algo de lluvia

Yo estaré allí. Aunque caiga nieve de color verde

Sabía que no tendría que haberte contado eso

Me pareció precioso que lo hicieras. Y sé que estás sonriendo

Buenas noches, Biel

Buenas noches. Que sueñes conmigo

Buenas noches también a tu ego

Jajaja. Es que me gusta picarte y ver cómo finges que no te gusta

Lo siento, no he leído nada. Ya estoy durmiendo

Te aseguro que yo sí que voy a soñar contigo

Zzzz... zzz... zzz...

ù

BERTA

Me despido de mi hija y de Clara, la madre de Irene, a la que le debo ya demasiados favores. Fue ella la que tuvo la idea de que Paola se fuese a su casa a pasar la tarde. Las niñas son amigas, sabe que siempre estoy ocupada, y a mí últimamente me falla la canguro. Así que esa tarde se convirtió en varias más y luego llegaron las noches. Me consuela saber que mi hija se lo pasa pipa haciendo fiestas de pijamas y campamentos nocturnos con su mejor amiga, pero eso no me hace sentir menos culpable. Cenas de negocios. Un viernes, un sábado... ¿De verdad se lo creerá? Habría sido más sencillo decirle que me estoy viendo con alguien. Sabe que soy madre soltera y sería lo más lógico, pero me da tanto terror que puedan descubrirme que me inventé esa excusa que no engaña a nadie. Clara es muy discreta, por eso me gusta. Es una mujer sencilla, costurera, por lo que pasa mucho tiempo en casa, tiene un matrimonio normal, supongo que feliz y, si yo no fuese una mentirosa empedernida, podríamos ser amigas. Paola ha tenido buen ojo para elegir a su mejor amiga. No sé si sabrá que le miento de forma descarada, pero si es así lo respeta y no hace preguntas.

Esta semana pasada solo quedé con él una tarde, en una de mis sesiones de *crossfit* que no siempre son *crossfit*. Quería comenzar a espaciar nuestras quedadas, ver si podía desengancharme, pero eso solo hizo que el viernes tuviera la necesidad de buscarlo. Mi hermana me dijo que había quedado con el pandillero grafitero, así que no tuve margen para usar el comodín de Clara. Le di plantón a última hora y me quedé en casa con un mosqueo de tres pares de narices. Él nunca me tiene en cuenta mis idas y venidas, siempre está disponible para cuando quiero o puedo quedar y no protesta si cancelo los planes. Sabe lo que hay. Por eso también me gusta, porque es fácil, a mi medida y mi forma, bajo mis condiciones.

Es sábado y he reservado una habitación en el Nelva aprovechando que Clara había aceptado quedarse con mi hija. Le he dicho que me había surgido una cena de trabajo de improviso, un comercial muy potente que se había dejado caer por la ciudad un par de días. Ya le expliqué que es la mejor forma de entablar relaciones y hacer contactos, y ella incluso se alegró. Soy lo peor y la mentira es mi don. Así que la noche del sábado la paso desquitándome con él todo el estrés de la semana, a base de polvos, whisky del caro y tabaco. Me encanta fumar y solo puedo hacerlo fuera de casa y a escondidas. Nadie sabe que fumo. En casa no lo hago porque no quiero que mi hija vea ese mal ejemplo en mí. En el trabajo no quiero dar la imagen de estar enganchada a nada, me hace parecer débil. Y por la calle no podría, me sentiría demasiado expuesta mostrando al mundo mi verdadera cara. Es mi secreto, otro más, uno que solo dejo salir en mis noches de hotel llenas de vicio y evasión.

—¿De dónde has sacado estas esposas?

—Tengo un amigo poli.

—Muy conveniente —me mofo.

—Ya sabes, hay que tener amigos hasta en el infierno.

—Y si te arrestan por romper mobiliario urbano, él podrá echarte un cable.

—No es eso lo que hago. Ya te dije que estoy estudiando y que me saco un dinero limpiando coches. Lo otro solo es una afición.

—Ajá.

¿Cómo es posible que imaginármelo lleno de grasa, sucio, con un mono de trabajo, me ponga tantísimo?

—Aunque si quieres que juguemos a que soy un delincuente callejero, puedo ser uno muy chungo —murmura acercándose a mí.

Me sirvo otro vaso de whisky y le doy un trago.

—Me parece que no.

—Sé exactamente lo que quieres, por eso las he traído. Ya llevamos tiempo quedando.

—¿Y?

—Pues que sé que debajo de ese traje gris y aburrido llevas lencería de lo más sexy y atrevida.

Cabrón. Comienza a ser peligroso que nos conozcamos tanto. Le ofrezco un cigarro y sirvo otro vaso de whisky para él. No le gusta demasiado, pero se lo bebe si se lo pongo.

—Al igual que yo sé que debajo de esos pantalones de chándal poligoneros no llevas nada.

—¿Lo quieres comprobar?

Nos acabamos el cigarro y la copa mientras nos desnudamos, entreteniéndonos en nuestros fetiches. Aplaudo internamente cuando me lleva hasta la cama, me empuja sobre ella de una forma ruda y me esposa al cabecero.

—¿Te piensas que eres Christian Grey? —le pregunto en tono burlón, callándome que ya me duelen los brazos y esto ni ha empezado.

—¿Quién?

—Nada, déjalo.

No me extraña que no sepa quién es, aunque por todo lo que ocurre a continuación, cualquiera diría que sabe de lo que va el tema. Omar me folla duro, fuerte, desde la boca hasta los pies, y no es un decir. Le encantan mis pies y yo, hasta que lo conocí, no sabía que también me gusta ese fetiche. Mi culo, otra de sus obsesiones. Le dejo hacer con él lo que le dé la gana, porque hostia puta. Solo eso. Hostia puta. Tiene energía para mantenerse toda la noche en pie, echando uno detrás de otro. Llega un punto en que yo no doy más de mí, en el que solo sirvo para hacer un clásico misionero, pero hasta eso me pone, el sentirme a punto de desfallecer mientras él me usa. Sexo guarro, sucio, quizá cuestionable visto desde fuera, lleno de clichés sacados del porno, fetichista y con un punto de sado. Estoy fatal. ¿O no? ¿Por qué debería sentirme culpable de que me gusten todas estas prácticas? ¿A quién hago daño con ello? Me parece que llevo tanto tiempo sintiéndome culpable por todo que ya no sé sentirme de otro modo.

Después de una noche que me ha quitado años de encima, todo el estrés acumulado, y en la que consigo olvidarme hasta de dónde trabajo, lo echo de la habitación. Ahora es mi momento. Darme una larga ducha llena de aceites y sales de baño y pedir que me traigan el desayuno sin escatimar en nada. Apuro hasta la hora de la comida, me sabría mal dejar a Paola tanto tiempo en casa de su amiga, así que me pongo lo ropa de deporte para no levantar sospechas y voy a por ella.

—Muchas gracias, de verdad. No sé qué haría sin ti.

—Mujer, no hay de qué. ¡Para eso estamos! Que sepas que para mi aniversario pienso dejarte a Irene toda la noche, así ya no te sentirás tan culpable. Necesito salir con mi marido a solas — dice por lo bajo.

—Cuando quieras. Bastante abuso yo de ti.

—Calla, anda, si las niñas se lo pasan genial. Cuando traes a Paolita es como si Irene desapareciera. Se encierran en su cuarto y no me entero de que hay niñas en la casa.

—Pues me alegro, porque si una sola ya da trabajo...

—¿Ha ido bien la cena de negocios?

—¿Eh? Sí, sí, bueno, un poco aburrida, ya sabes. —Le dedico mi mejor sonrisa falsa.

—Bueno, es lo que tiene.

Paolita no calla un segundo durante el trayecto de vuelta a casa. Dice que lo ha pasado en grande, que han hecho un bizcocho de colores, visto la película de Frozen y que han dormido juntas con unos pijamas a juego que les ha comprado Clara. Sé que no estaré a la altura cuando su hija se quede, nunca he sido ese tipo de madre y nunca lo seré. Culpa, culpa, culpa. ¿Tendrá algo que ver la educación católica que nos dio mi madre con este sentimiento constante? Para redimirme de mis pecados, paso con mi hija lo que queda del domingo tratando de ser una madre guay, divertida, de las que disfrutan haciendo manualidades, en lugar de mostrarle mi auténtica cara, la que quiere tumbarse en la cama, dormir y de-saparecer hasta el lunes, porque está con resaca de demasiadas cosas.

*

El lunes a primera hora estoy en la oficina y no vuelvo a casa hasta pasadas las ocho de la tarde, como si echar horas a cascoporro me hiciera sentir mejor persona. Paolita está terminando de comerse un yogur. Me abraza saltando a mi cuello y yo la beso hasta que mi hermana se la lleva al sofá.

—¿Qué pasa?

—Voy a ponerle una peli de dibujos con los cascos. Tenemos que hablar.

Me quedo tan sorprendida que ni respondo, tan solo me quito los tacones, la chaqueta, me desabrocho el pantalón y saco un par de cervezas. Sea lo que sea, irá mejor con alcohol. Ada se sienta enfrente de mí y me mira como si estuviera contando el número de pestañas que tengo en cada ojo.

—¿De qué va todo esto? —le pregunto en un intento de sonrisa.

—Sé que estás con Omar.

Boom. La frase maldita, esa que jamás querría escuchar. Ya está. A la mierda todo. Se me acabó el cuento.

—Berta, ¿me estás oyendo?

Hacerme la sorda no cuela.

—He visto a Omar en el hotel.

—¿Qué hacías en un hotel?

—Sí, claro, juega al despiste. ¿Desde cuándo? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Ada, de verdad, ¿esto es necesario?

—Lo es si me pones verde por quedar con Biel cuando estás haciendo lo mismo o peor con Omar —dice malhumorada, esperando a que yo diga algo, pero eso no ocurre, así que continúa—. Ha sido como encajar las piezas de un puzzle. Omar, el hotel, una tía a la que se está tirando, el plantón del viernes, las *fotopollas*, tu obsesión por alejarme de ellos... Todo hizo clic, y esas piezas sueltas que no comprendía, de pronto tuvieron sentido.

—Bravo. ¿Suelto la cerveza para aplaudirte? —escupo con sarcasmo.

—Era por eso por lo que no querías que quedara con Biel, ¿verdad? Tu acoso y derribo era para protegerte, tu bienestar por encima del mío...

Me encojo de hombros. Joder, dicho así suena fatal, pero antes que ponerme a la defensiva atacando, que es uno de mis mayores defectos, prefiero guardar silencio.

—¿Y Marcos? ¿Lo pusiste de tu parte?

—Marcos no sabe nada y espero que así siga siendo —le advierto mirándola a los ojos por primera vez.

—No estás en posición de pedir. Lo que has hecho es una guarrada, Berta. ¿Por qué no me lo has contado?

No, no puedo quedarme callada. Tengo que darle explicaciones o no me lo perdonará.

—Ya te lo dije, no es algo de lo que me sienta orgullosa.

—¡Pero soy tu hermana! Yo jamás te haría algo parecido. ¿Y Paolita? ¿Con quién la dejas cuando quedas con él?

—Con Clara, la madre de Irene —confieso avergonzada.

—Tantas horas de trabajo, el *crossfit*... ¿Todo era una excusa?

—Tampoco te montes películas. Eso es verdad, solo que no siempre. Alguna vez lo he usado de excusa, ¿qué quieres que te diga?

—¡La verdad, para variar! —me exige. Yo sigo callada, hay cosas a las que no sé contestar—. Por eso me dijiste que sí que te juzgaría, porque él es todo lo que a ti no te gusta. Berta, la alta ejecutiva *superwoman*, liándose con un pandillero lavacoches cuatro años menor que le envía *fotopollas* y que encima...

—No lo digas —le suplico.

—Ya lo creo que lo voy a decir, porque llevas toda la vida hablando mal de los inmigrantes y ahora vas y te lías con un marroquí.

Me llevo las manos a la cabeza. Oírlo en voz alta de otra persona me ha dolido. No he podido caer más bajo.

—¿Piensas decir algo?

Niego en silencio.

—¿Vas a pedirme perdón, por lo menos?

Afirmo repetidamente con la cabeza.

—Te estás comportando como una niña pequeña y lo sabes. No voy a echarte ningún sermón, bastante tienes con los «nunca» que tienes atascados en la garganta ahora mismo, pero no vuelvas a mentirme.

—Vale —le digo con la boca pequeña y ojos de corderito.

—Y no intentes darme pena porque es penoso, nunca mejor dicho.

—Yo soy penosa por liarme con alguien así.

—No. No has entendido nada, entonces. Puedes liarte con quien quieras, por mí como si te haces bollera de la noche a la mañana, pero lo que no puedes hacer es mentirme, manipularme, coaccionarme y chantajearme para salirte con la tuya, o para que yo haga algo que tú no estás dispuesta a hacer.

—Tienes toda la razón. Y lo siento.

No me quedaba otra. Había llegado el momento de decirlo, por mucho que sean unas palabras que siempre se me hacen bola.

—Me alegra oír eso. ¿Vas a dejarme en paz con Biel?

—Prometido.

—¿Se acabaron las mentiras?

—Directas al fondo del Río Segura.

—¿Palabrita de hermanas?

Ada pone su dedo meñique delante de mi cara para que yo lo enganche con el mío. Recuerdo cuando le expliqué el significado de ese gesto. Éramos pequeñas, comenzábamos a ser cómplices y quería que me viera como su gran hermana mayor, un ejemplo a seguir. Cómo han cambiado las tornas. ¿En qué clase de persona me he convertido? Sello el trato con mi meñique y, por fin, la veo sonreír.

—Bien. Ahora, cuéntame, ¿por qué Omar? ¿Cómo lo conociste?

Me veo obligada de nuevo a ser un poco borde, porque ni de puta coña estoy lista para cotilleos de ese tipo respecto a él; todavía no. ¿Qué le digo? ¿Que soy una perversa que usa al chico para desquitarse o que dejo que él me use a mí porque eso también me desquita? Bastante he dañado mi imagen ya por hoy, así que en silencio voy a por mi hija, que se queja porque le apago la tele sin avisar, y me meto con ella en la cama. «Usando a la niña de escudo, Berta. Con esto ya te has coronado».

MARCOS

—Por encima de mi cadáver.

—Ay, vamos, ¡será divertido!

—¡Que no, Ada! ¡Que no pienso tener una cita los cuatro!

—No es una cita, solo vamos a cenar. La gente cena todos los días.

—Pues yo no. Me niego.

Me cruzo de brazos y no respiro. ¿Por qué parece que vuelvo a tener ocho años?

—Marcos, *porfiiii*. Me hace mucha ilusión, nunca hemos hecho nada del estilo. ¿Cuántas citas llevas ya con María?

—Siete.

No he tenido que mentirle. Ella pensará que son dos citas más de las cinco que me inventé en su momento, rompiendo así mi barrera de las cuatro citas. No sabe que esas siete veces han ocurrido después de todo aquello, ni falta que hace. Tampoco es que hayan sido citas como tal, más bien quedamos en su casa para atiborrarnos de tortitas con sirope de fresa, y después... Después el sirope acaba hasta por las paredes, por no hablar de la cama. Mari Carmen necesita sábanas nuevas. No sé cómo ha ocurrido, pero hemos quedado en seis ocasiones más tras aquella noche surrealista en la que la conocí. Puede que sea porque es una auténtica troglodita en la cama y a mí eso me pone troglodita también. Estoy descubriendo un mundo nuevo con ella, uno al estilo Tim Burton, raro de cojones, psicodélico y fantasioso, pero está resultando ser motivador. Últimamente, no hacía otra cosa que estudiar, lamentarme por ver a Ada ilusionada con el pandillero, soportar a Berta en su versión más obsesiva contra él y ver la vida pasar desde mi escritorio mientras el mundo al otro lado de mi ventana giraba y giraba. La gente hace cosas, conoce a otra gente, viven... Mari Carmen me está proporcionando eso, la parte de locura que yo nunca tengo, salvo si se puede considerar locura a echar dieciséis horas de estudio diarias por voluntad propia.

—¡Siete! Nunca habías llegado tan lejos con ninguna. Quiero y necesito conocerla.

—¿No te vale una foto?

—No. Quiero llevarme la sorpresa en persona.

Cuidado con lo que desees, Ada. Otra cosa no sé, pero te aseguro que te va a sorprender.

—A ver, te digo un sí, pero más adelante.

—Más adelante podemos estar muertos

—¡Hala! ¿Cuántas citas llevas tú con Biel?

Odio pronunciar su nombre en voz alta. Puagg.

—Contando desde el parque... Hemos quedado a cenar varias veces, el hotel... No lo sé. Si

quedas un sábado por la noche en una habitación de hotel y no te despidas hasta el domingo por la tarde, porque habéis pasado el día juntos, ¿eso cuenta como dos citas o como una?

Cuenta como un puñetazo en la boca del estómago.

—No lo sé, da igual. He dicho que no y punto.

—Marcos, tienes que hacer esto por mí. Soy tu mejor amiga.

—Y mi ex —le recuerdo, ya que parece que siempre lo olvida.

—Y por eso soy la persona indicada para darte el visto bueno con María. Tú puedes hacer lo mismo con Biel, aunque ya sé lo que opinas de él. —Tuerce el morro—. La verdad es que me encantaría que le dieras una oportunidad, me gusta mucho.

—Zpiderman ez el novio de la tata.

Se ha empeñado en que pote los gofres con sirope de fresa y nata, verás que acaban desperdigados por su salón. Faltaba la niña, a la que no se le escapa nada, con una sobredosis de azúcar. ¿En qué momento se me ha ocurrido traer gofres para merendar si ni siquiera me gusta el dulce? «La fresa te recuerda a mí» susurra una voz aguda e infantil que reconozco al instante. «¡Cállate, Mari Carmen!». Joder, me estoy quedando majara como ella.

—¿No vas a negar que no sois novios?

—Bueno... No lo hemos hablado, no sé lo que somos, pero tampoco me sale decir que no lo somos.

—Ah.

Soy incapaz de decir nada más. Hasta ahora siempre había corregido a su sobrina, decía que eran tan solo amigos. La palabra novios me suena muy fuerte y no me gusta nada. Quizá sí que debería conocer al pandillero y así poder decirle a Ada cargado de razones el por qué no me gusta para ella. Pero eso implica que ella conozca a Mari Carmen.

—Ada, es malísima idea —me quejo. Cómo me gustaría ahora mismo tener la edad de Paolita para poder patalear sin que nadie me mire raro.

—Laz malaz ideaz zon divertidaz.

La niña nos mira con cara de demonia, pringada de nata y sirope hasta las cejas, pupilas dilatadas y manos pegajosas a más no poder. Ada me mira ilusionada, ya está a punto de cantar victoria y a mí me gusta verla contenta...

—Está bien. Veamos qué nos depara la noche.

—¡¡¡Sí!!!

Con la misma frase que dije antes de dar luz verde a Mari Carmen, me sumerjo en una cita a cuatro que no tiene ni pies ni cabeza.

*

Nos ha costado encontrar una mesa libre. La gente comienza las comidas y cenas de Navidad cada vez antes, a este paso celebraremos Halloween en agosto, Navidad en octubre y Reyes en noviembre.

—¿Las Jarras? —pregunto con gesto de fastidio.

—¿Qué pasa?

—Que es un sitio cutre para estudiantes.

—Usted perdone, don exquisito. A la próxima nos llevas al Salzillo y pagas tú.

—Yo soy estudiante, aunque se me da fatal memorizar. Es que se me van las cosas de la cabeza —suelta Mari Carmen, que ya está en su salsa, sin haber empezado a cenar ni nada. A pelo.

Las presentaciones han ido bien. Cordiales. Solo que he tenido que estrecharle la mano al rubito de bote.

—Todos los somos, incluso él. Estudiar unas *opos* es ser más estudiante que nadie, pero ya te habrás dado cuenta de que es un poco estirado.

—Remilgado, como a mí me gustan.

Escondo la cara detrás de la carta de tapas mientras el rubio suelta una carcajada. ¿Ada y Mari Carmen se están convirtiendo en confidentes? Biel pregunta si queremos algo en especial o lo dejamos pedir a él. Dice que tiene una técnica infalible que nunca falla, valga la redundancia. Menuda estupidez, pero ya puestos... Le señala al camarero un montón de cosas al azar dejándonos a todos a cuadros. A todos menos a mi cita, que aplaude emocionada.

—¡Déjame probar! ¡Déjame probar!

Cierra los ojos y pasea su dedo índice con cuestionable manicura fucsia por la carta. Ale, alegría que son dos días.

—Cuéntame, Mari Carmen, ¿cómo conociste a Marcos? Por cierto, ¿prefieres María o Mari Carmen? —le pregunta Ada.

—Mari Carmen, tiene más personalidad. ¿Quieres saber cómo lo conocí? Me encanta contar esa historia.

Me tenso de inmediato y las manos comienzan a sudarme.

—Fue en el llao llao de Santo domingo. Me acuerdo del día exacto en que lo vi por primera vez.

—Ya te he dicho que nunca he trabajado ahí —gruño entre dientes.

—¿Por qué sigues negándolo? ¿Te piensas que me voy a avergonzar?

—Imposible, tú no sabes lo que es la vergüenza.

—Me encanta que me vayas conociendo.

Mari Carmen me agarra la mejilla y me da un beso con lengua del que es imposible escapar. Así, a lo bruto. Las caras de Ada y del rubito son dignas de grabar. Cena con espectáculo, sí señor. Socorro.

—Y una noche, salido de la nada, lo oigo gritar mi nombre en medio de la calle, como si estuviera llamándome desesperadamente.

—¡No! ¡Para! —exclamo sin saber dónde esconderme.

—¿Por qué? ¡Fue de lo más romántico!

—Mari Carmen, bonita, tienes que dejar hablar también a Biel —murmuro, maldiciendo tener que recurrir a él para salir de esta.

—Ay, perdona, ¿querías decir algo?

—No te preocupes, me gusta la gente que habla mucho. Y tienes un gusto extraordinario para la ropa.

—¡Gracias! ¿A qué sí? Me gusta hacerme mis propias diademas.

El pandillero dice eso porque los dos son igual de ridículos vistiendo. ¿En qué mundo el color verde y el morado son combinables? En el mundo de ella, solo el suyo, propio y diferente a todos los demás. Falda larga morada, top verde oscuro de lana peluda, zapatos de tacón y diadema de lunares en ambos tonos. Se ha cortado un poco el pelo para la cita, le llega a mitad del cuello, y lleva varios trasquilones en el flequillo. Para qué va a ir a una peluquería si ella tiene destreza para todo lo manual, dicho por ella misma antes de demostrármelo con creces de una forma un tanto pornográfica cuando estábamos a punto de venir. Para la peluquería no, pero para el sexo y el maquillaje, tiene un don, las cosas como son. Yo le he dicho que debería dedicarse a maquillar a la gente y ella me ha contestado que le encantaría, pero solo con muertos, que esos no se quejan. Muerto es como me he quedado yo. Después hemos cenado los cuatro entre caras de póker y ahora... Ahora Mari Carmen nos está mostrando su talento para el karaoke y para el baile. Ha sido imposible convencerla de ir a un bar de copas normal, y los cabrones de Ada y Biel, que parecen sus fans números uno, no solo la han apoyado, sino que les ha parecido una grandísima idea.

—Nada voy a hacer rebuscando en las heridas del pasadooo. No voy a perder, yo no quiero ser un tipo de otro ladooo.

Ha empezado a cantar La Bicicleta, de Shakira y Carlos Vives. Su movimiento de caderas solo los sorprende a ellos, yo ya sé lo que es capaz de hacer con ellas. Ada y su pandillero la vitorean como *groupies*. Por cierto, me repatea reconocerlo, pero el rubito es simpático y ahora mismo no se me ocurre nada malo que decir de él. ¿Estoy perdiendo de vista mi propósito? Por supuesto que sí, Mari Carmen lo eclipsa todo a su paso. Yo mismo estoy tan eclipsado que no me doy cuenta de que me he quedado de *sujetavelas*. Se me revuelve la cena cuando veo que se besan. Mierda, mierda, mierda. Tengo que hacer algo, lo que sea.

—A tu manera, descomplicado, en una bici que te lleve a todos lados...

Mari Carmen me está haciendo señales para que suba al escenario con ella. No, eso no. Demasiado para mí. ¿Probamos con otra cosa?

—Ve, tío, no la dejes sola. Sube a cantar con ella.

El pandillero me anima a subir mientras le aplaude dándole todo. Al menos, ya no besa a mi ex. ¿Por qué no puedo besarla yo?

—Marcos es demasiado estirado para subir a cantar a un karaoke —me chinchada.

—Y no lo vas a conseguir por mucho que trates de picarme.

—Pero mírala, está haciendo *twerking* sola, no puedes consentir algo así. El perreo es para hacerlo en pareja —dice el macarra.

—Te aseguro que sí. Nadie le ha dicho que haga eso ahí arriba.

—Pues voy a subir yo, ¿te importa?

—¿Es que no puedes desaprovechar una oportunidad para lucirte? —le pregunta Ada entre risas.

—Ya sabes que no.

El mamarracho le da un beso antes de subir al escenario con Mari Carmen, que lo recibe gustosa.

—Lleva, llévame en tu bicicleta, óyeme, Carlos, llévame en tu bicicleta. Quiero que recorramos juntos esa zona desde Santa Marta hasta La Arenosa.

Anda, mira, si sabe cantar y todo, no solo pintar grafitis. Y bailar. Como esos negracos chungos del Bronx que se tiran al suelo y hacen piruetas imposibles. ¿Está restregando cebolleta con mi chica?

«¡Ey, ey, alto ahí! ¿Tu qué?»

«Mi nada. Nada de nada». ¿Me está dando un brote psicótico?

—¿Has dicho algo? —le pregunto a Ada solo para obligarme a cambiar de tema conmigo mismo.

—He dicho que Mari Carmen es genial.

—¿No te molesta que se haya tirado al suelo con el culo en pompa para que Biel la azote?

—¡Solo están bailando! —Se ríe—. Mira que siempre has sido celoso, Marcos.

—¡Para nada estoy celoso!

—Yo creo que sí, está claro que te gusta.

—Tampoco te pases, solo nos estamos conociendo.

¿Cómo tratar de darle celos sin que parezca que quiero algo serio con la que está ahí arriba intentando hacer *breakdance* con el rubito?

—He visto como la miras, te quedas embobado con ella.

—¡Porque está loca! —exclamo desesperado.

—No digas eso, está muy feo. Mari Carmen es peculiar, sí, pero es muy divertida, maja, simpática y quiere caernos bien. A ella le importas.

—Ella solo quiere ordeñarme, te lo aseguro. Me está dejando en los huesos.

Ada explota en una carcajada. Mi intención era decirle que nos estamos hinchando a follar, para ver su reacción, pero me ha salido algo muy distinto. Debería marcharme, meterme en la cama y no volver a salir. Los protagonistas de uno de los momentos más bochornosos de mi vida vuelven a la mesa entre risas.

—¿Qué tal hemos estado? —pregunta el rapero.

—Hacéis una pareja de baile estupenda —le contesta Ada.

—Marcos es más de bailar conmigo en la cama, ¿verdad, chiqui?

¿Chiqui? Ni quiero ni puedo contestar. Mari Carmen me engulle de nuevo sin importarle que estemos en un lugar público con gente en las sillas de enfrente. Gente que nos mira como si fuésemos la pareja del año desfilando por la alfombra roja de Hollywood.

—Ada, Biel, ha sido un placer, pero nosotros damos la noche por terminada. Ahora lo que me apetece es tener a este señorito entero para mí y, si no nos vamos, tendré que arrastrarlo hasta los baños, que son de lo más incómodos para un culazo como el mío.

Ojos abiertos, mandíbulas descolgadas. Lo que no imaginan es que no es una forma de hablar. O nos vamos o me dará lo mío en el baño más cercano. No sería la primera vez...

—Sí, nos vamos de aquí pero ya. Biel, ha estado bien conocerte y eso —le suelto por lo bajo sin ser capaz de asumir que me ha caído bien. Ada me mira extrañada, pero no dice nada—. ¡Hablamos!

Digo esto último dirigiéndome a mi amiga y salgo escopetado del bar.

—¡Mira quién tiene también prisa por volver a casa!

—No es «casa», es tu casa.

—Y ahora también la tuya. —Me agarra del paquete en medio de la calle.

—No.

—¡Pero si has comprado un cepillo de dientes!

—Porque no me gusta que me apeste el aliento por las mañanas, eso no quiere decir nada. Apenas nos conocemos, ya te dije que con las oposiciones no puedo pensar en tener nada serio con nadie.

—Yo tampoco quiero tener nada serio con nadie. Lo serio es muy aburrido.

—No hace falta que lo jures.

—Me lo he pasado muy bien —suspira visiblemente contenta con todo lo sucedido esta noche.

—Yo no tanto. Ha sido raro ver a Ada con Biel.

Le conté a Mari Carmen mi pasado con ella. Lo bueno de que esté medio loca —o loca entera— es que no se toma demasiado a pecho nada de lo que digo y eso me hace poder abrirme. Dentro de su locura, me transmite confianza. ¿Es muy disparatado?

—Acabarán casándose, teniendo hijos e incluso gato, que lo sepas. Cuando hay luna llena soy capaz de adivinar cosas.

La miro con evidente gesto de rechazo, como si hubiese chupado un limón.

—Y tú y yo también acabaremos juntos, aunque nunca me han gustado demasiado los perros ni los gatos. Soy más de periquitos. Con el que tengo ahora ya van dieciocho.

Madre del Señor, Mari Carmen, no hay por dónde cogerte. Pero lo intenta, está decidida a hacerme olvidar a Ada y eso dice mucho de ella. Tampoco es que yo tenga algo mejor que hacer, así que...

—¿Cómo se llama tu periquito número dieciocho? —le pregunto dándome por vencido. Ella me coge de la mano y comenzamos a caminar de nuevo.

—Anacleto. Soy fan de los nombres antiguos. A mi hijo lo voy a llamar Cipriano.

—Te aseguro que eso no va a ocurrir.

«¿Qué? ¿Por qué he dicho eso? ¿A mí qué más me da cómo llame a su hijo que, obviamente, no va a ser también el mío?»

Me lo está pegando, joder, ¡me está pegando su puta locura!

—Ya verás cómo sí. Nuestro pequeño Cipri.

Y dicho esto, yo sin palabras, ella con una sonrisa desmedida, caminamos hacia su casa a terminar de echar la noche. No sé cómo, acabo haciendo el pino mientras ella me... Mientras ella me. Fin del asunto.

ADA

Acaricias con palabras,
susurros de terciopelo.
Consigues que me eleve
hasta el cielo.
Consigues que yo sea.
Que seamos.
Vuelo.
Dime que eres,
dime que seremos.
De la nada,
poderes.
Del todo,
deseo.

—Estoy flipando, en serio. ¿Ha sido real?

—Como la vida misma —le contesto a Biel que se ha tirado en la cama nada más llegar al hotel. Yo hago lo mismo a su lado.

—En ocasiones como esta es cuando más me alegro de no beber, ya que así no puedo echar la culpa al alcohol de nada.

—Y yo ahora entiendo que Marcos no quisiera presentármela. Lo conozco y sé que no es su tipo.

—Mari Carmen es la caña.

—Lo es, pero le da cien vueltas a él. Marcos no soporta los colores chillones, mucho menos los accesorios rimbombantes como la diadema que ella llevaba. Las uñas largas, las salidas de tono, las muestras de cariño en público, todo lo que sea demasiado moderno y mil cosas más. Es como si hubieran cogido todo eso de lo que tanto reniega y lo hubiesen metido dentro de una persona. Esa es Mari Carmen.

—¿Estás celosa? —me pregunta con una sonrisa canalla.

—Sabes que no, es solo que hay algo que no me cuadra.

—Será eso que dicen de que los polos opuestos se atraen. Como nosotros.

Biel me acaricia la mejilla y baja con su mano por todo mi costado. Le devuelvo la sonrisa, me gusta cuando se pone tierno. Desde el fin de semana pasado, en el que hicimos de todo y más en el hotel, no ha habido una sola noche en que nos hayamos ido a la cama sin mensajearnos. Me encanta esa rutina que se ha instaurado entre nosotros. Silenciosa, cálida. El martes por la tarde estuve un rato en el parque con mi sobrina, desobedeciendo las órdenes de mi hermana de no llevar a la niña conmigo si voy a ver al pandillero grafitero. Después de que se haya derribado su pantomima, me parece que ya no tiene motivos ni razones para exigirme algo así. Biel solo pudo pasar un momento, me dijo que tenía que ir a ayudar al comedor social, algo de una rotura en una tubería que estaba mojando toda la comida almacenada. Le dio tiempo a darme unos cuantos besos, a regalar a Paolita y a su amiga Irene un par de piruletas de fresa, a compartir una conmigo, luego más besos y se volvió a ir. El jueves íbamos a quedar, pero, al parecer, a mi hermana le surgió algo importante en la oficina que la tuvo entretenida hasta última hora de la noche. Quise creerla, pero me costó un mundo hacerlo después de saber lo mentirosa que se ha vuelto. Le escribí a Biel para cancelar la cita comentándole el motivo y mis sospechas. Él me dijo que no me preocupara, que Omar estaba trabajando. El muy chismoso había pasado apostando por la puerta del lavadero de coches para comprobarlo, y luego apareció por mi piso.

—Tenía que verte —dijo nada más poner un pie dentro de casa, yendo a mi boca de una forma tan repentina que no me dio tiempo ni a ser consciente de que habían unos ojos pequeños y curiosos observando todo.

—¡Zpiderman! ¡Aparta tu zucia boca de mi tata!

Mi sobrina se lanzó a sus brazos y él la hizo volar dando vueltas y más vueltas, hasta que los dos se marearon. Paolita disfrutó de lo lindo obligándonos a jugar a los restaurantes, mientras nosotros intentábamos mantener una conversación decente llena de palabras clave y metáforas para que ella no se enterara de nada. Aprovechábamos cuando iba a su habitación a sacar cuentos y juguetes para besarnos, como dos adolescentes que se meten mano a escondidas. Fue muy divertido. Y ahora, sábado noche, estamos de nuevo en una habitación del Nelva, porque necesitábamos estar a solas. Sé que Biel solo ha aceptado cenar con ellos por mí, y es un gesto que lo engrandece. Su plan era volver a encerrarnos aquí y no salir hasta el lunes por la mañana, pero le he dicho que tendríamos tiempo para todo. Quería conocer a Mari Carmen, ver qué tal Marcos con ella y, también, quería que él conociera a Biel para que se le quiten de una vez esas ideas estúpidas de la cabeza. Ahora que sé que todo fue cosa de Berta y que lo suyo con Mari Carmen parece ir bien, estoy mucho más relajada. Con Marcos he hablado un par de veces esta semana, pero no nos hemos visto. Dice que ha perdido mucho tiempo de estudio por culpa de ella, que le roba horas de sueño y energía y que tiene que ponerse las pilas. Todo sea por una buena causa. De paso, la verdad sea dicha, estos contratiempos con Biel también me vienen bien a mí para estudiar. No puedo permitirme otro año más con esas dos asignaturas colgando.

—¿Me acompañas a la ducha?

—¿Ahora? Son las cinco de la mañana.

—Siempre es buena hora para compartir un baño. Y Mari Carmen me ha hecho sudar de lo lindo en el karaoke. Además, sé que si te dejo aquí sola te dormirás y quiero hacerte algunas cosas que creo que son ilegales si no estás consciente. ¿Lo pillas o tengo que darte más datos?

—Más datos, por favor —le susurro subiéndome encima de él.

—Pues verás, estaba pensando en enjabonarte entera. Con mis manos, nada de esponjas, que son un foco de bacterias. Solo mis manos y tu cuerpo.

—¿Solo eso?

—Y mi boca, mi lengua y mis dientes. Vuelvo a tener hambre.

Emito un gemido que creo que responde mejor que cualquier palabra. Noto que Biel está excitado, un par de frases han sido más que suficientes para mí también, así que no lo alargo más y soy yo quién lo arrastra al cuarto de baño. Él me mira expectante, divertido, esperando a ver cuál será mi siguiente paso. Me desnudo lentamente mirándolo a los ojos y me meto en la ducha. Es un amplio rectángulo de paredes y suelo negros, acristalado por completo, con un grifo de esos en los que el agua en cascada, digno de cualquier película americana. Él no tarda en seguirme, en abrazarme por detrás y pegarse a mí haciéndome soltar un grito de sorpresa, pese a que ya me lo esperaba. Adoro que tenga ese efecto en mí. Biel cumple su promesa de enjabonarme con las manos, no hay un solo rincón de mi cuerpo que se deje por acariciar. Grito mucho, quizá sea el eco del baño, no lo sé. Grito porque, tras dos orgasmos conseguidos fácilmente solo con sus dedos y su boca, necesito más; mucho más. Biel es adictivo, ardiente, el perfecto pianista de mis teclas. Nos dejamos caer en la cama empapados, devorándonos, besándonos de una forma posesiva y medio enfermiza. Por fin entra en mí, una vez tras otra, furioso, desatado, haciéndome ver las putas estrellas a pesar de que ni nos ha dado tiempo a descorrer las cortinas.

—Biel...

Grito su nombre cuando estoy a punto, sabiendo que eso va a hacer que él me acompañe.

—Joder, Ada. Dilo otra vez, dímelo siempre.

—Biel...

Nos vamos. Lejos. Dentro. No sé qué significa ese *siempre* ni quiero saberlo. Lo único que me importa es el aquí y el ahora, esto que nos estamos dando, lo que somos juntos. Esta alucinante mezcla de mil cosas, todas a la vez, tantas aún por explorar y otras tantas recién conocidas, haciéndolas nuestras.

—¿Hueles eso? —le pregunto mientras descanso en su regazo.

—¿Mi mascarilla de papaya?

—No, idiota, la lluvia.

—¿Está lloviendo? ¿Cómo puedes saberlo?

—Tengo olfato de sabueso para el olor a lluvia. Soy capaz de localizarla a distancia, incluso detrás de esas cortinas espesas y los cristales insonorizados.

Me levanto de la cama, me echo una manta por encima y salgo a la minúscula terracita que da a una de las avenidas que conectan con el centro de la ciudad. Biel viene detrás y me acaricia el cuello. Me siento sobre el césped artificial y le abro la manta para que se una.

—Chica lista. Sabía que tu nariz era perfecta.

—Calla, anda, deja de adularme.

—No te adulo, me gusta compartir contigo sentimientos, es diferente.

Lo miro y no sé si es el momento adecuado o no, pero tengo que decírselo.

—Hay cosas que todavía no has compartido conmigo. No quiero que lo hagas porque yo te lo diga, pero necesito que sepas que pienso en ello. Que a veces tengo dudas y no son por mí. Te veo luchando internamente, veo cómo te debates entre lo que quieres y lo que crees que puedes darme. Yo... Me gustas mucho, Biel. Y no me gustaría sufrir.

Se lo digo tal cual me ha salido, con toda la honestidad que soy capaz de reunir. Jamás antes de este momento conseguí ser tan sincera con ningún chico, ni siquiera con Marcos, con el que estuve más tiempo del debido esperando algo que sabía que nunca iba a llegar. Biel se gira hacia mí, me coge de las manos, las entrelaza con las suyas y me mira fijamente.

—Tuve una relación complicada con una chica. Fue...

—¿Complicado? —Le lanzo mi sonrisa más dulce, para que sepa que puede abrirse conmigo. Él se lleva los dedos a los ojos, en ese gesto que hace que me guste un poco más cada vez que lo veo.

—Muy complicado. Yo estaba perdidamente enamorado de ella, o eso creía hasta que mi terapeuta me dijo que aquello no era amor, que era una obsesión enfermiza y tóxica a la que yo era adicto. Ella me daba y me quitaba mi ansiada dosis hecha a medida. Me destrozó.

—Vaya...

—Sí, sé como suena. Y no es fácil dejarlo atrás. He trabajado mucho en ello, sigo haciéndolo cada día, pero el miedo... El miedo es una puta aguja candente atravesándome hasta las entrañas.

Lo miro sobrepasada por su sinceridad, por su intensidad.

—Lo siento mucho.

—No tienes nada que sentir, son cosas que pasan.

—Y que dejan huella.

Biel asiente y lleva la mirada hacia el cielo. Sigue lloviendo, pero está empezando a aflojar. Le sostengo la barbilla y giro su cara hacia mí.

—Yo no te haré daño. Quiero que tengas eso bien claro.

—Y quiero creerte. —Me sonrío a duras penas—. Te juro que sí, pero me cuesta muchísimo confiar, volver a abrirme del todo, entregarme sin límites a otra persona. Es un proceso que tengo que superar yo solo, no es que desconfíe de ti, ¿entiendes eso?

—Lo entiendo. Y si quieres, me gustaría acompañarte mientras lo logras.

—¿Cómo sabes que lo lograré?

—Porque nada dura eternamente, Biel. Ni lo bueno ni lo malo.

—Eso es tan esperanzador como desolador.

—Eso es la vida, en su pura esencia. ¿Ves? Ya comienza a escampar. —Le señalo el cielo—. Ninguna tormenta dura para siempre, las estrellas siempre vuelven a brillar y, por mucho que me disguste, el olor a lluvia termina por evaporarse.

Biel acerca sus labios a los míos y me besa con ternura, muy despacio, con sus manos en mi cara y el ceño fruncido.

—Eres genial, Ada. Te cuento algo así y, no solo me escuchas, sino que me comprendes y me

dices que vas a estar conmigo. Eres inmensidad, ¿lo sabías?

«Inmensidad son tus ojos», me guardo para mí.

—¿Ya estamos otra vez? No me gustan los piropos, Biel. Para de decirlos. —Lo golpeo con delicadeza en el hombro.

—Tarde e imposible; vas a tener que aguantarte. Eres inmensa, como el cielo que observa sobre nosotros.

—¿Pretendes que use esa frase en uno de mis poemas, poeta frustrado?

—¿Podrías?

Me encojo de hombros y me acurruco junto a él. Las vistas al tráfico de las afuera de la ciudad no son nada románticas, pero a mí esto me parece insuperable. Nosotros, las nubes dejando paso a las estrellas, compitiendo entre ellas por ver cuál brilla más.

—¿Sabes lo que sería inmensamente increíble? Que cayera nieve de color verde, ahora mismo, cubriendo todo Murcia de un bonito color esperanza.

Biel se sorprende y se echa a reír.

—Sería de lo más raro, como el fin del mundo anunciando su llegada o algo así.

Me río yo también y nos sumimos en un bonito silencio hasta que el frío empieza a tomar poder sobre nuestros cuerpos todavía sudorosos y nos obliga a volver dentro.

—¿Sabes lo que sería genial? Pedir dos litros de café al servicio de habitaciones y pasarnos la noche hablando. O bailando. O...

—No, no lo digas. Rompes toda la magia con esa palabra.

—Vaaaale, no diré la palabra «follar».

—¡Biel! —le regaño entre risas. Él tira de la manta y caemos sobre la cama con la tela cubriéndonos, creando un microuniverso solo nuestro.

—La verdad es que no me hace falta el café, podría pasarme la noche entera despierto si estoy contigo.

—¿Quieres hacer una apuesta para ver quién tarda más en dormirse?

—Hecho. Tal vez debería haberte dicho antes que soy de esa clase de personas que solo duermen unas cinco o seis horas diarias.

—Mierda. Yo soy de las que nunca tienen suficiente.

Nos pasamos la noche en vela, hablando de chorradas, enumerando alimentos que adoramos o que aborrecemos para comprobar que seguimos siendo opuestos en esos temas. Pongo a todo volumen la lista de reproducción que he hecho a raíz de las canciones que Biel me ha ido enviando, porque sé que sería incapaz de dormirme con ese ruido tan espantoso. Él me deleita con uno de sus bailecitos y me dice que le debo un poema con esa frase que ha dicho antes. Lo acuso de flipado, él me dice que soy capaz de hacer eso y mucho más. Nos contamos nuestra infancia y adolescencia, profundizando en detalles que con anterioridad se nos habían pasado por alto por falta de tiempo o por querer abarcar demasiado, con el arrebató incontenible de las primeras veces. Biel me confiesa que le lleva flores a Sor Carmela en el día de su cumpleaños en lugar de hacerlo en el aniversario de su muerte. Yo le digo que voy a veces a visitar a mi madre,

pero que Berta es la encargada de las flores, ya que a mí me dan alergia y a ella le encanta escogerlas con minuciosidad. Él me dice que no es justo que no pueda regalarme flores algún día; yo le contesto que, si quiere regalarme algo que de verdad me vaya a gustar, pruebe con unas entradas para algún espectáculo. Cuando el sol inunda todo el dormitorio con sus deslumbrantes rayos, le digo que me rindo, que necesito dormir; nunca he sido muy competitiva. Me besa una última vez antes de arrojarnos, abrazándose como si no quisiera que me escapara. «No me voy a ningún sitio, Biel. Podría quedarme para siempre aquí, ahora». Y sé que ese *siempre* que me ha venido a la mente, significa exactamente lo que tiene que significar.

BIEL

Un mensaje de texto vacío

Me despierto a mediodía con la habitación pintada de amarillo por los rayos de sol. Ada y yo estamos hechos un ovillo, ella con el pelo en la cara, escondida en mi regazo, respirando con la boca abierta contra mi cuello. Mis brazos rodeándola, mi pierna por encima de su cuerpo. Mía. Me levanto con cuidado y salgo al balcón. Las calles todavía están húmedas, es como si la lluvia hubiese sido una goma de borrar sobre el mundo y el sol a su paso lo hubiese colocado todo de nuevo en su lugar, recién estrenado, recién pintado. Reluciente. Ada tiene razón, el sol siempre vuelve a brillar y nada dura eternamente, ni lo bueno ni lo malo, por eso debería aprovechar esto que tenemos y disfrutarlo al máximo, sin preocupaciones, sin penas. Pedro estaría orgulloso de mi decisión.

Me froto los brazos. A pesar de que el sol luce espléndido, estamos en diciembre y yo solo llevo unos calzoncillos, pero hay algo reconfortante en sentir el frío sobre la piel. Tal vez sea que, de una forma extraña, me hace sentir vivo. Su cuerpo cálido me abraza por detrás y me cubre con la manta.

—¿Te has propuesto pillar un resfriado? —susurra repartiendo besos por toda mi espalda.

—Esperaba que tú me calentaras, pero no quería despertarte.

Me giro para mirarla y me quedo obnubilado con la visión de esta nueva Ada. Despeinada, con los ojos hinchados, las mejillas sonrojadas, relajada y sonriente mientras el sol la hace brillar más de lo que ya brilla ella por sí sola. Su pelo se vuelve casi rubio, sus ojos castaños se tornan color miel, su piel pálida se baña de oro, destellos de luz por todas partes. Está de pie frente a mí, mirándome, sonriéndome. Tendría que ser muy imbécil para no vivir esto, para no disfrutar de ella. Sin decir nada más la levanto en peso y paso sus piernas por mi cintura. La abrazo fuerte y la miro antes de comenzar a besarla, como si quisiera asegurarme de que es real. La llevo a la cama, me subo sobre ella y la venero como la diosa que es. La beso lento, con los ojos apretados, mi lengua bailando un lento vals con la suya. Cálida, húmeda, juguetona. Recorro todo su cuerpo, juego con sus tetas, acaricio su culo, hundo mis dedos en ella, que se retuerce y gime regalándome una estampa digna de recordar. Para siempre, en bucle. Ada pide y yo quiero dárselo. Todo. Acaricio sus labios y le digo lo preciosa que es. Tiene que saberlo. Necesito que sepa cómo la ven mis ojos. Ada sostiene mi mano y me mira con preocupación.

—Es... es sangre, Biel.

—¿Sangre?

—Joder, no me lo puedo creer.

Me lleva un rato darme cuenta de lo que está pasando. Sangre. Ada diciéndome que me quite de encima, que tiene que ir al baño. Estaba tan abstraído que es como si me hubiesen escupido de golpe en el mundo real.

—¿Qué pasa?

—Mi regla, que es lo de más oportuna —refunfuña levantándose de la cama dispuesta a encerrarse en el baño.

Voy tras ella, la agarro del brazo y la giro hacia mí.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Tengo que limpiarme y...

—Y nada. A mí no me importa —le digo recorriendo su cintura con mis dedos, rodeando sus pechos, llegando hasta su boca.

—Pero...

—¿Te importa a ti?

—No lo sé. Yo nunca... Yo antes de esto no...

Veo la inseguridad en su mirada, sé cómo termina esa frase sin necesidad de que siga hablando. Ella nunca antes lo ha hecho teniendo la regla y eso me motiva todavía más. La empujo con suavidad sobre la cama. Ella me mira expectante, con dudas, y yo le regalo una sonrisa de suficiencia antes de entrar en ella de una. Dios, puta delicia. Ada se arquea, abre la boca, grita sorprendida. Mi lengua con la suya, mi mano acariciándola como ya sé que le gusta, yo dentro de ella atravesándola hasta el tope y un poco más. La agarro fuerte y me giro para que sea ella la que quede arriba. Me sonrío levemente y me besa, profundo, sin moverse, unidos de la forma más increíble que jamás haya imaginado. Comienza a mecarse a su ritmo, con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, con sus manos apoyadas en mi pecho. Aumenta el ritmo y vuelve a mi boca, ida, follándome a lo bestia como si solo importara ella y su placer. Yo juego con su culo y dejo que haga conmigo lo que quiera, ahora es ella la diosa y reina. Y lo hace. Me lleva hasta el cielo y volamos juntos un rato, a través de las estrellas, propulsados sin remedio. Cuando me mira soy consciente de que da igual lo que haga, piense o diga. Que da igual el miedo, las dudas o los fantasmas del pasado. Sé que ella ya es parte de mí y que yo ya le he dado más de lo que creía capaz. Hay viajes que solo tienen una dirección, que no tienen camino de vuelta. Y sé, ahora más que nunca, que Ada es uno de esos; un viaje sin retorno del que no saldré igual a como he entrado.

*

—¿Tiene que ser mañana?

—Sí.

—Pero ya había quedado con Marcos, lleva de lo más raro desde la cena a cuatro y le había prometido que nos veríamos el viernes sin falta.

—Pues cancelalo, si es tu amigo lo entenderá. Yo mismo le pediré disculpas por eso.

—No se deja tirados a los amigos, Biel.

—Lo sé, pero esta sorpresa que quiero darte solo es posible mañana. Sé que te va a encantar, por favor, no me hagas vender las entradas.

—¿Qué entradas?

—¿Ahora te interesa? —le pregunto al ver su cara de emoción.

He tenido que venir al parque para poder ver a Ada. Su hermana está hasta arriba de trabajo ahora que la Navidad está casi al caer, Paolita no tiene colegio hasta después de Reyes y nosotros tenemos que estudiar si no queremos alargar la carrera un año más. Mi trabajo en el comedor social también es desbordante en estas fechas, siempre complicadas y tristes, por mucho que nos esforcemos en sacar sonrisas de la nada. A veces, lo conseguimos. Un segundo, una mueca. ¿Suficiente? Nunca me ha gustado la Navidad, pero reconozco que este año tengo una sensación diferente y sé que ella tiene mucho o todo que ver.

—Marcos me va a matar —lloriquea.

—Seguro que Mari Carmen ya tiene pensado algún plan divertido que hacer. No puedes rechazarlo, es mi regalo.

—No, ni hablar. No vamos a hacernos regalos navideños.

—Habla por ti.

—¡Biel! —Se pone en jarras con el ceño fruncido.

—Ponte como quieras, pero eso es innegociable. Te recojo mañana.

Le doy un beso antes de salir corriendo. Fuensanta, la directora del centro, me va a matar.

—¡Se me olvidaba! ¡Hay que ir elegante!

—¿Y tú cómo piensas hacer eso?

Me marchó a toda prisa riendo como un bobo y no se me borra la sonrisa hasta que la tengo de nuevo frente a mí, enfundada en un vestido largo de raso en color verde oliva que se adapta a su cuerpo como un guante. No puedo hablar, solo admirar la fina tela sobre su cuerpo, como una obra de arte. Se ha ondulado el pelo, lleva tacones, un abrigo negro por debajo de la rodilla y un diminuto colgante con un brillante en el centro.

—¿Te parece lo suficientemente elegante?

Boqueo como un pez fuera del agua. Ahora mismo no me llega el oxígeno al cerebro y el poco que me queda está concentrado en un sitio muy concreto de mi anatomía.

—Biel, me estás asustando. ¿Me he pasado?

Niego en silencio, me acerco hasta ella y la beso. Mi mano izquierda en su culo, la derecha en

su espalda.

—Estás perfecta. Arrebatadora. Sublime.

—Vaya, me alegra que hayas recuperado el habla. Tú tampoco estás mal.

—Sé que eso en ti es un piropo.

—Lo es.

Ada sonríe al mirarme de arriba abajo. Me he puesto unos pantalones negros de pinza. Me están grandes, así que me he colocado un cinturón de tachuelas para contrarrestar la sobriedad. Lo he conjuntado con una camisa holgada de color granate con rombos dorados, abierta hasta mitad del pecho y metida por dentro de los pantalones. Soy una mezcla extraña entre un *chuloputas*, un moderno elegante y un hortera sofisticado. Ada se ríe cuando le explico esto mismo, pero reconoce que me queda bien. Ya te habrás dado cuenta de que la ropa convencional no es lo mío.

—¿Llevas calcetines debajo de esos botines puntiagudos?

—Los he tenido que doblar al máximo, pero sí. Espera.

Me apoyo en una pared y me quito el botín derecho para que pueda verlos.

—¿Violines?

—Muy apropiados para lo que vamos a ver.

—¿Y qué vamos a ver?

El teatro Romea está a rebosar y tardamos un buen rato en dar con nuestros asientos. Para cuando lo hacemos, Ada todavía sigue boquiabierta.

—No puedo creer que me hayas traído al ballet.

—Me dijiste que te gustaban los espectáculos, y dado tu pasado... Quizá El lago de los cisnes esté ya un poco trillado, pero no tengo paciencia para este tipo de cosas. Quería hacer esto ya.

—Es perfecto, Biel.

Ada me da un beso, me coge de la mano y comienza la función. Casi dos horas después soy consciente del gran espectáculo al que he asistido, y no me refiero al ballet, los bailarines, la puesta en escena o la música. El verdadero espectáculo ha sido ver a Ada emocionada, sin poder quitar la vista del escenario, con la piel erizada y las lágrimas resbalando por su rostro sin pudor. Lloro todavía más con los aplausos finales y me abraza desconsolada cuando la gente comienza a levantarse de sus asientos.

—Gracias por esto. Ha sido el mejor regalo que me han hecho jamás.

—¡Oye! ¡Te olvidas de los calcetines de comida china! —exclamo tratando de hacerla reír.

Lo consigo. Ada ríe, vuelve a llorar, a reír, así hasta que la convengo para ir a mi piso. Entramos a toda prisa hasta mi habitación, enciendo la luz y nos quitamos los abrigos.

—Por fin te tengo aquí. He tenido que llevarte al ballet, pero ha merecido la pena.

—Idiota. —Me golpea con suavidad en el brazo a la vez que inspecciona el dormitorio—. ¿Quiénes son?

Ha ido directa a la única foto que conservo. Le puse un discreto marco de color blanco y la

coloqué sobre mi escritorio.

—Algunos de mis antiguos compañeros y amigos. Con ellos crecí. Mira, esta es Sor Carmela.

Le señalo la fotografía y ella me sonríe. Después la vuelve a dejar donde estaba y me abraza. Con tacones es casi igual de alta que yo. Saco mi móvil del bolsillo para poner música, me apetece una canción en concreto. Me encanta tu encanto de Ezvit 810 nos envuelve con su pegadizo ritmo. La rodeo con mis brazos yo también y bailamos, lento, al ritmo de nuestros propios latidos.

—Eres muy especial, Biel —susurra descansando su cabeza en mi hombro, con sus labios rozando mi cuello.

—Umm... ¿No vas a renegar de la música?

—No... Esta tiene pase.

La miro gratamente sorprendido y comienzo a cantar muy bajito. Me refugio en las letras de otros para decir algo que yo ya estoy sintiendo, pero que no me atrevo a verbalizar.

—No creía en el amor, pero tú apareciste. Entre las curvas de mis ojos te perdiste. Y no tengo palabras para poder describirte. Pero tengo tantas cosas que decirte. Que cuando me miras me pongo tan tierno. Que cuando te miro pierdo todos mis complejos. Curarte el alma dándote un millón de besos. Que te quede claro que eso es todo lo que yo ahora quiero.

—Me encantaría saber bailar como tú.

—¿*Breakdance*?

—¿Por qué no?

—Tú eres de clásico, Ada. Dime la verdad, ¿te has imaginado esta noche sobre el escenario?

Su respiración me dice que necesita coger aire para responder esta pregunta.

—Siempre lo hago. De alguna forma extraña y masoquista, yo nunca dejaré de imaginarme con las puntas y el maillot.

—¿Por qué nunca te has calzado unas y has vuelto a bailar?

—¿Para qué? ¿Qué sentido tendría?

—Es algo que te gusta, con lo que sueñas cada día. Tiene todo el sentido del mundo, incluso si lo haces en la soledad de tu habitación. No todo tiene que ser blanco o negro. No pudiste seguir bailando de forma profesional, pero hay otros muchos caminos que sí puedes explorar.

—¿Es tu forma de decirme que te gustaría verme bailar? —me pregunta un tanto confundida.

—Es mi forma de decirte que deberías concederte eso. Da igual lo que yo quiera o no. Yo ya elegí mi camino, mi posición respecto al baile. Sé mejor que nadie que es algo que se lleva en la sangre y que no podrás deshacerte de él por muchos años que pasen.

Ada me traspasa con la mirada, sé que estoy nadando en terreno pantanoso.

—No quiero deshacerme de él. Es solo que... estamos peleados. Pero a veces, y esto no se lo he contado nunca a nadie, bailo yo sola en mi habitación.

Le sonrío privándome de decir el típico «lo sabía».

—¿Y qué tal se siente?

—Como el viento abrasando mi piel. Libertad que quema, aire que asfixia.

—Ese podría ser un buen comienzo para alguno de tus poemas.

—Supongo que sí...

Sus labios apresan los míos y ya no queda espacio para las palabras. Si se ha quedado algo por decir, de ahora en adelante lo decimos con besos, con caricias, con jadeos. Con miradas y respiraciones entrecortadas, arrítmicas, que no son más que los sentimientos emanando de nuestra piel, compartidos en la intimidad de dos personas que se funden en una hasta desaparecer para luego volver a encontrarse. Ella y yo.

*

No salimos de la habitación hasta el sábado por la tarde. Los abuelos me están esperando, Ada tiene que quedarse con su sobrina, el mundo real nos reclama.

—Te veo muy contento, señorito. ¿Va la cosa bien con tu moza?

—Mejor que bien, Pedro —le contesto con una sonrisa a medio gas—, pero asusta.

—Y qué, no sé dónde está la novedad. Las cosas buenas siempre asustan un poco.

—Puede... Creo que la estoy empezando querer —le digo con el pánico supurando por cada poro de mi piel. Es algo que ya no puedo negarme más.

—Cuando piensas eso, es que ya la quieres desde mucho antes. Como mejor se ve el amor es en retrospectiva, haz caso a este viejo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que deberías estar con ella y dejar de venir tanto por aquí.

—Pero es que a ti también te quiero, Don Pedro.

—Leñe, ¡a mí no me digas esas cosas, truhán!

Me río, lo abrazo y le doy lo que le he comprado, a pesar de que se queja porque todavía no es Navidad. «Siempre con prisas» refunfuña. Es una bola de nieve con el nombre de Julia en su interior. El esfuerzo que he tenido que hacer para comprarla ha sido importante, pero siento que con este pequeño gesto ya estoy un poco más lejos de mi fantasma. Quizá sea el espíritu navideño que se respira por todas partes, pero, por una vez, siento que es posible avanzar, que la tortura ha terminado, que los miedos son cosa del antiguo Biel.

—¿Te gusta? —le pregunto al ver que no dice nada.

Pedro asiente y se enjuga las lágrimas en silencio.

—¿Esta cosa concede deseos? Porque el mío es volver a tener veinte años para conocer de nuevo a mi Julia.

—Eso es muy bonito, Pedro.

—Y muy triste.

—Supongo que puede ser ambas cosas.

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). Me basta con mirarte. Ezvit
180

Esa letra ganaría mucho más con una melodía normal

¿Estás insinuando que el hip hop es anormal?

Estoy diciendo exactamente eso

Debería pensarme si darte tu regalo de Navidad. Retira lo que has dicho

Jamás. ¿No me habías dado ya tu regalo?

Lo del ballet fue un regalo para mí también, te lo aseguro. Fue alucinante verte disfrutar de él,
cómo te emocionabas con cada nota

Fue alucinante que hicieras algo así por mí. Pero basta de regalos, Biel

Llegas tarde y pidiendo imposibles

Te advierto que yo solo te he comprado una tontería

¿Son unos calcetines?

¿Tan predecible crees que soy?

Son unos calcetines navideños, ¿a qué sí?

Tendrás que vivir unos días más con la intriga

En cambio, tú sabrás lo que es mañana mismo

¿Otra vez alimentando tu impaciencia?

El sitio cierra por vacaciones, así que mañana es el día

No sé si quiero saber lo que es

Diez de la noche, te pasaré la ubicación una hora antes

Te encantan los misterios, ¿verdad?

Fue una de las primeras cosas que me atrajeron de ti. La misteriosa chica de zapatillas blancas
con su misteriosa libreta

Debería haber mantenido más tiempo el secreto, ahora soy como un libro abierto para ti

¿Y eso es malo?

Tiene sus riesgos

Pero puedo pintar en tus páginas

También arañar y recortar

Yo jamás haría eso. Eres demasiado bonita

Yo tampoco. Eres demasiado especial

¿Hemos llegado a un acuerdo de no agresión?

Jajaja. Algo así, eso parece

Es muy útil

Una declaración de intenciones

Dirás una declaración de no intenciones

Lo que sea. Creo que nada de lo que estamos hablando tiene sentido

Son las cinco de la mañana, no me pidas que razone con normalidad

¿Por qué hablamos tanto?

Incluso sin palabras

Y sin ropa

No. Me niego a tener otra conversación guarra por teléfono

¿Cuándo hemos tenido una?

Perdona, igual fue con otra

Uy, qué gracioso. ¿Me ves reírme, Biel?

No puedo verte, pero seguro que te estás riendo

No sé, a lo mejor yo también me estoy riendo con otro

Me lo merezco

¿Me despido con las buenas noches o los buenos días?

¿Ya me dejas? ¿Qué tienes que hacer más importante que hablar conmigo?

Le he prometido a Paolita churros con chocolate para desayunar y eso será dentro de un par de horas

¿Dónde los compras?

En el puesto que hay debajo de casa, junto al Banco de España

Bien, ahí nos vemos

¿Estás loco?

¿No me estabas invitando a desayunar?

Nooo

Tarde e imposible. Me muero de hambre

Pero desayunamos en mi piso que hace un frío que pela

Por fin me invitas

Te has invitado tú solo

Me sirve igual

Mi hermana va a flipar

Le llevaré un regalo

Ni se te ocurra

Va a ser divertido

¡Biel!

Nos vemos en poco más de una hora. Voy a ducharme

Yo pensaba salir con el pijama puesto por debajo del abrigo

Me encanta la idea. Te copio

Creo que estamos desvariando

De la mejor manera posible

ADA

La inmensidad de un cielo que observa sobre nosotros,
el dulce viento abrasando mi ser.
Estos que somos que antes fueron otros,
la libertad de un mundo quemando la hiel.
Las notas que suenan sin descanso
en la infinita partitura que viste su piel.
Palabras y sonrisas que son remanso.
Y yo danzo, siempre danzo con él.

Saboreamos un enorme café entre susurros, besos y tocamientos antes de que Berta nos pille en la cocina peleándonos por el churro más largo. Su cara no tiene desperdicio.

—¿De qué va esto?

—Buenos días, Berta. He invitado a Biel a desayunar. —Le sonrío de forma exagerada.

—Ya lo veo... Podrías haber avisado.

—¿A las seis de la mañana? Venga, siéntate con nosotros.

Mientras mi hermana se lo piensa, Biel se pone de pie y le tiende la mano.

—Encantado de conocerte, Berta. Soy Biel, el pandillero gratifero. Creo que ya has oído hablar de mí.

Me atraganto con el churro al escucharlo presentarse así. Dijo que lo haría, pero nunca pensé que estuviera hablando en serio. Mi hermana abre tanto sus ojazos verdes que parece que se le vayan a salir. Después de dedicarme una mirada asesina, le estrecha la mano y se sirve una taza de café.

—No me arrepiento de lo que dije y no pienso edulcorar mi opinión sobre ti —le dice con altivez.

—Me parece bien. Me gusta la gente sincera.

Biel se levanta, le pone un poco de chocolate en una taza y se la deja al lado. Mi hermana lo mira como diciendo «¿y este qué hace en mi cocina?». Yo me encojo de hombros y me aguanto la risa. Algo me dice que acabarán siendo muy buenos amigos, Biel es un encantador de serpientes en toda regla.

—¡Zpiderman! ¡Haz traído churros con chocolate! —Paolita se lanza a sus brazos como ya va siendo costumbre.

—Sé que te encantan. Oye, tu tata me ha dicho que has sacado muy buenas notas en el cole.

—Porque zoy zuperlista.

—Por supuesto que lo eres.

Mi sobrina se sienta junto a él y empieza a contarle todo lo que ha pedido de regalo para Papá Noel y Reyes. Yo me callo que, en realidad, lo de los churros ha sido cosa mía. Parece que le ha hecho ilusión, así que todos felices. Bueno, todos no. Berta está flipando un poco.

—¿Desde cuándo sois como una especie de familia feliz y repelente?

—Venga, Berta, quita esa cara de asco. Es Navidad, te puedes poner hasta arriba de churros con chocolate sin sentirte culpable.

—Argg, trae uno, anda. Necesito esta puta mierda.

—¡Mami! ¿No ze dicen palabrotaz!

—Perdón —dice mi hermana con la boca llena.

Las dos siguen comiendo. Es curioso ver cómo tienen la misma forma de masticar, con el lado derecho y la boca un pelín abierta.

—¿Sabes qué? Papá Noel ya ha pasado por mi casa y ha dejado un regalo para ti —le dice Biel a Paolita en el oído.

—¿De verdad?!

No sé si se sorprende más la niña o nosotras, pero que las tres estamos impacientes por ver lo que será, es un hecho. Biel saca de su mochila un regalo que Paolita no tarda en desenvolver llenando la cocina de papeles.

—¿Qué ez?

—Son pinturas en espray, para que hagas muchos dibujos con tu madre estas vacaciones. Tienes que apretar este botón y disparar en el folio.

—Parecen botes de grafiti en miniatura —comento.

—Son exactamente eso, ¿no es genial?

Biel mira a Berta y le sonríe. Esta es una provocación de las buenas, un insulto hecho chiste convertido en regalo. ¿No es el mejor?

—¿Se supone que me tengo que reír? —pregunta mi hermana que sigue con su cara de oler a basura.

—Se supone que tienes que pintar con ellos, lo de reír lo dejo a tu elección.

—Antes muerta que tocar un bote de grafiti.

—¿No vaz a pintar conmigo, mami?

—Tienes que pintar con tu hija —le digo con recochineo—. Y ya deberías haber aprendido la lección de nunca digas nunca.

—Qué te den, voy a ducharme. Y me encantaría no tener que veros las caras cuando salga. Sobre todo la tuya, pandillero.

—Tranquila, ya me iba. Tengo que pasar por el comedor social para ayudar a decorarlo. Se les

ha echado el tiempo encima como todos los años.

Berta se gira con aire teatral y desaparece por el pasillo.

—Ni caso. Si no te ha echado a la calle es que no es tan grave. ¿Dónde vas a cenar mañana?

—En el centro. Todos los años organizamos una cena especial, somos como una gran familia.

—Ahm... ¿Y tus compañeros de piso?

—Gon se ha ido a su pueblo y Omar aprovecha las vacaciones para visitar a su familia en Casablanca.

—Vaya, ya sabemos el motivo por el que Berta está tan irritable. —Me río por lo bajo—. La has dejado de piedra con tu forma de presentarte y con el regalo. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Es mi propósito de año nuevo, conseguir ganármela.

—¿De verdad?

—No, pero estaría bien. ¿Vosotras tres cenáis aquí? —Me rodea por la cintura.

De pronto, siento la nostalgia y la melancolía que acompaña siempre a estas fechas, no puedo evitarlo.

—Sí. Pediremos comida basura y nos pondremos hasta arriba de vino. Es una gran tradición. Ya sabes que si quieres venir...

—Yo también tengo mis tradiciones —me contesta sonriente—, pero gracias por la invitación.

—Lo sé. Es solo que esta época es rara.

—Yo estoy más que acostumbrado, llevo toda la vida así.

—Pues yo no, parece que fue ayer cuando mi madre nos dejó.

Biel me acaricia la mejilla y acuna mi cara con su mano.

—¿Sabes lo que te haría sentir mucho mejor? Ven a pasar el día de Navidad conmigo. Estaremos con los abuelos, les daremos regalos y luego veremos alguna película navideña. Será genial ver sus caras de ilusión.

—¿Lo dices en serio? ¿Podría ir?

—¡Claro! Allí todo el mundo es bienvenido. Los abuelos agradecen ver caras nuevas.

—¿Por allí también paza Papá Noel? ¡Yo quiero ir!

Mi sobrina, la que sigue comiendo churros y que nunca apaga la antena.

—Tendremos que preguntarle a tu madre, Pao.

—La convenceré. Puedo llegar a zer muy perzuaciva.

—¡Pero bueno! ¿Tú de dónde has sacado esa palabra?

—Me guzta ezcuchar y ezcuchando ze aprende.

—Y que lo digas.

Biel y yo nos despedimos hasta la noche con una sonrisa enorme en la cara y una retahíla de besos que parece no tener fin. Ojalá sea así.

*

—¿Por qué estamos en una escuela de baile?

—Es tu regalo.

—No lo entiendo.

—He sobornado un poco a la dueña para que me deje las llaves hasta mañana. Hoy han tenido la última clase del año y me ha hecho el favor.

—¿Conoces a la dueña?

—Ahora sí. No ha sido fácil camelármela, pero...

Biel me enseña orgulloso las llaves y me da paso al interior. Lo sigo con recelo; esto no me gusta. Él se ve de lo más emocionado, pero yo, por muy mal que me sepa, no puedo acompañarlo en su emoción.

—Este es mi regalo para ti.

Miro el maillot, el tutú, las puntas y entro en pánico.

—No voy a ponerme eso —gruño cruzándome de brazos.

—Cierra los ojos.

—No.

—Ada...

Está bien, los cierro, pero solo porque así conseguiré retener las lágrimas que están a punto de salir. Respiro profundo. Vuelvo a respirar.

—Ya puedes abrirlos.

—¿Qué llevas puesto?

—¡El tutú verde que nunca quisieron comprarme para mis clases de danza! —exclama luciéndose de lo más orgulloso.

—Has perdido la cabeza. —Me río de puros nervios—. Por lo menos, podrías haberte quitado esos calcetines de estrellas.

—Me parece que no. Y mi cabeza está más en su sitio que nunca. ¿Lo hacemos juntos?

—Biel, hace años que no me subo a unas puntas, no sabría, no...

—No te las pongas si no quieres, las puntas son lo de menos. Se trata de volver a nuestra infancia, a un pasado que nunca fue ni será. Esto no es por nosotros, sino por nuestro niño interior. Se lo merece, sobre todo la tuya.

Mierda. Tiene razón. La niña que hay dentro de mí, esa que todavía recuerda cómo subir a unas puntas, está dando saltos de alegría y yo... Quiero hacerlo, por mucho miedo que me dé. Ahora soy adulta, quiero ver a esa niña sonreír de nuevo y voy a encargarme de que lo haga.

—Eres muy rarito haciendo regalos, Biel.

Me trago una sonrisa, le quito las puntas de las manos y comienzo a vestirme. ¿De verdad voy a hacerlo? Miles de recuerdos se amontonan en mi mente. El tratar de ablandar las puntas, la forma de atar las cintas, el tacto suave de la licra sobre mi piel y la aspereza del tutú en las yemas

mis dedos. Doy unos cuantos pasos, trato de elevarme, pero me resulta imposible. ¿Qué esperaba? ¿Bailar después dieciséis años como Anna Pavlova?

—Me las voy a quitar.

Biel asiente y espera hasta que me pongo de nuevo de pie y le doy la mano.

—¿Estás lista?

—No sé si voy a poder concentrarme viéndote con ese tutú verde.

—Ahora mismo tú eres un delicioso algodón de azúcar y yo alguna especie de rana venenosa. Nada puede salir mal.

Me río a carcajadas mientras elijo la canción. Me hace ilusión bailar la de El lago de los cisnes de Chaikovsky, por esa maravillosa cita que tuvimos y porque es la canción por excelencia del ballet clásico. La música comienza a sonar y entre risas nos acercamos al centro de la pista. Biel empieza a hacer el idiota sin ningún reparo, dando saltos aquí y allá en una curiosa y extraña mezcla de ballet y *breakdance*. Cuando ve que yo no puedo hacer otra cosa que reírme, viene hacia mí y me coge por la cintura como haría una pareja de baile para que la bailarina se eleve. Hago un relevé bastante precario, luego un *battement fondu* que deja mucho que desear y ya, puestos a destrozarse la clásica danza, me atrevo con unos giros que zigzaguean de lo lindo. Biel no deja de mirarme, me siento un poco estúpida, pero entonces él dice algo que hace que me suelte.

—Ada, olvídate de la técnica y de mí. Solo muévete como el cuerpo te pida, déjate llevar, siente la música. Tienes esta sala a tu entera disposición. Si es necesario me marcharé, pero me encantaría quedarme.

—Quiero que te quedes —afirmo sin dudar.

Me coloco de espaldas a él, cierro los ojos, me meto en la conocida y potente melodía de Chaikovsky y, ahora sí, me muevo sin pensar en nada más. La música, mi cuerpo, la barbilla siempre alta, las puntas de los dedos apuntando hacia el cielo, la espalda recta, las piernas estirándose hasta el infinito. Sé que cualquier niña pequeña lo podría hacer mil veces mejor, que desde fuera se estará viendo horrible, pero yo solo puedo ver a la niña que fui sonriendo y dándome las gracias por haberle concedido esto. Por haberme puesto un tutú después de tantos años, por haber viajado atrás en el tiempo y haber sanado a esa niña que lloraba por el pronóstico médico que le acababan de dar. Bailo y bailo hasta que las lágrimas caen como puños, hasta que me falta el oxígeno por la falta de práctica, hasta que la canción termina y mi cuerpo cae desplomado contra el suelo junto a la nota final. Durante unos segundos solo se oye mi respiración. Me da vergüenza girarme y que él me vea, me da rabia saber que tendría que haber hecho esto mucho antes. Entonces una melodía muy diferente suena a todo volumen y mi pena se convierte en sonrisa. Biel se sitúa frente a mí, me coge de las manos y me ayuda a ponerme de pie.

—A to' los sitios del mundo quiero llevarte, bebé. Lo que siento es tan profundo, súbete a mi barco de papel. A to' los sitios del mundo quiero llevarte, bebé. Lo que siento es tan profundo que tan solo tú...

Me muerdo el labio y las ganas de besarlo. No quiero interrumpir esa forma de cantar que tiene, medio hablada, medio susurrada. Esa sonrisa, esa mirada que me cautiva por completo. Nos abrazamos, yo a él por la cintura, él a mí por el cuello. Y bailamos. Aunque tal vez sería más

exacto decir que nos movemos sutilmente, como un alga mecida por la marea.

—Y te juro por mi vida; si te pierdo, pierdo todo. Mi vida es una peli desde que estás a mi lado. Pase lo que pase, te querré de todos modos. Y mi sabor favorito siempre será el de tus labios.

—Biel...

—¿Sí?

Seguimos abrazados, ahora mirándonos a los ojos. Él ya no canta, pero tengo la sensación de que grita cada una de las palabras que están sonando. La canción habla de amor, de promesas de futuro, de querer recorrer el mundo entero juntos. Sé que yo querría recorrerlo junto a él y, también, que podría quedarme a vivir para siempre en este momento. Sé que quiero que siga enseñándome canciones chorra, descubrir cuántos pares de calcetines tiene, compartir piruletas de fresa, que me robe horas de sueño y que me siga erizando la piel. Sé que quiero todo. Puro Biel. Puta locura.

—Gracias por esto —le digo con dificultad, pues sé lo que va a salir de mi boca a continuación—. Te quiero.

Siento como si una bandada enorme de pájaros hubiese salido por mi garganta, volando libres, dejándome más ligera. La expresión de Biel se vuelve rígida, profunda, seria. Ya no tiene esa sonrisilla de canalla, todo él parece haberse convertido en un bloque de piedra. No espero que me conteste, no lo pretendo. Sé que es probable que se asuste y que mi confesión le haga recular, pero yo necesitaba decírselo y lo he hecho.

—No quiero que contestes, no te lo digo para que me respondas. Yo solo... quería que lo supieras.

Su mirada baja de mis ojos a mi boca y nos perdemos en un mar de besos revueltos, de caricias atropelladas, de jadeos que envuelven toda la sala. Biel abre el armario de las toallas y las tira todas al suelo. Nos tumbamos sobre la montaña y nos olvidamos de todo lo que no sea la piel. Y así, entre toallas, entre sus brazos, amanece un nuevo día.

*

Nochebuena transcurre como siempre, entre hamburguesas de McDonald's, vino espumoso y McFlurry hasta aburrir. Paolita cae rendida después de la una de la mañana por culpa del subidón de azúcar y la dejamos dormir con la boca manchada de chocolate.

—Que las sábanas se encarguen —suelta mi hermana, que se pone irreconocible cuando dice cosas así.

Decido abrir el melón de su ligue prohibido. El tema se quedó en un silencioso limbo después de nuestra conversación y, si no consigo sacar algo de información ahora que va medio piripi, sé que ya no lo conseguiré.

—Biel dice que Omar ha ido a visitar a su familia a Casablanca.

—¿Y a mí qué?

—No sé... Que igual lo echas un poco de menos.

—¡Pues no! Ya te dije que solo era un rollo sin importancia —dice sacudiendo la mano de forma exagerada.

—Ya, pero aun así. No pasa nada si lo extrañas un poquitín.

—Que no. Fin del tema.

Me quedo mirándola esperando a ver si dice algo más. Berta ya me ha demostrado que es una gran mentirosa, pero ahora mismo, puesta hasta la coronilla de vino, no está desplegando sus dotes.

—Además, ya le dije que no quería seguir viéndolo.

—¿Y eso cuándo fue?

—Después de que lo pillarais en el hotel. Le eché la bronca por no haber sabido disimular o inventarse alguna excusa y, por supuesto, por no haberme avisado de que lo sabías.

—Ay, Berta, ¿de verdad?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Dejarte de tonterías y disfrutar de eso que él parece darte y que tú pareces necesitar.

—Solo es sexo, puedo buscarme a otro cualquiera.

—Si tú lo dices...

—Yo lo digo. Y no quiero que vuelvas a sacar el tema. Omar ya es historia; historia antigua —remata con rotundidad.

Después de decir todas esas estupideces de las que no me creo ni la mitad, se bebe lo que queda de la botella de vino a morro y se va dando trompicones hasta su habitación. Me parece que yo también voy a dar el día por terminado.

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). Barco de papel. EZVIT 180

Feliz Navidad, Ada. Anoche me diste el mejor regalo posible.

El tuyo tampoco estuvo mal. Feliz Navidad, Biel

BIEL

Una llamada perdida

Ada me cuenta que su hermana ha estado encantada de que Paolita pase la tarde con nosotros. Se ha levantado con resaca, tiene un humor de perros y quiere inculcarle a la niña el espíritu navideño. A mí me parece bien, sobre todo porque la pobre está loca de contenta de saber que se van a repartir regalos. Yo también estoy contento, pero no tanto como me gustaría. Antes de ayer Ada y yo vivimos un momento muy bonito en la academia de baile. Me encantó ponerme por fin el tutú verde y derribar algunos monstruos de la infancia junto a ella. Fue genial verla bailar y reconciliarse con su pasado, fue increíble bailar agarrados esa canción con tanto significado, una puta pasada despertar juntos y desnudos sobre un montón de toallas y debajo de otro. Fue la hostia escucharla decir que me quiere. De verdad, me explotaron todos los sentidos, como en un castillo de fuegos artificiales. No supe qué contestar. No quería decirle algo, a pesar de que ella me aseguró que no necesitaba contestación, pero un «te quiero» jamás debería quedarse sin respuesta. Por eso la besé. Porque no tenía palabras ante tanta inmensidad, porque Ada inundaba la sala, mi cuerpo, mi torrente sanguíneo que iba a mil por hora.

Me gusta disfrutar de los silencios que se crean antes de un gran momento y, también, regodearme en esa sensación de saber que lo que acaba de ocurrir ha sido tan grande que nada de lo que hagas o digas podrá superarlo. Por eso callé, ya que era imposible decir algo que estuviese a la altura. Ni siquiera mi «te quiero» habría bastado. Porque sí, joder, claro que la quiero, me estoy volviendo puto loco por ella, por todo lo que me hace sentir, por todo lo que somos juntos. Pero no me salió. Cuando fui a contestarle, el fantasma de mis navidades pasadas –nunca mejor dicho– se plantó frente a mí y me soltó: «a mí también me lo dijiste y luego todo se jodió». Así que intenté demostrárselo con hechos en lugar de con palabras y espero, confío, en que haya sido suficiente.

*

—¡Feliz Navidad!

Pulso el botón que activa las luces de mi gorro de Papá Noel, pongo el famosísimo villancico de la Carey a todo volumen y les regalo un bailecito al más puro estilo elfo a tope de turrón. Los abuelos aplauden cuando termino, Paolita me pide que le enseñe algunos movimientos, el personal comienza a repartir regalos, que no son más que unas sencillas tazas con el nombre de cada uno, y yo le doy a la niña, que no para de preguntar dónde está el suyo, un bote repleto de piruletas de fresa. Los ojos le brillan cuando ve el botín. Sin más, se sienta en el suelo y abre la primera. Ada me regaña lo justo aunque sonrío.

—Esta labor que hacéis es muy bonita.

—Sí, es reconfortante verlos así de contentos. Por eso vengo tanto por aquí, aunque técnicamente el voluntariado no incluye muchas cosas de las que hago. Me gusta compartir tiempo con ellos, sobre todo con ese que viene por ahí con el garrote en alto.

—Menuda sorpresa, truhán. ¿Tengo que venir yo hasta aquí para que me presentes a tu novia?

—Esa palabra ya no se lleva, Pedro, es muy antigua. —Me río.

—¡Pues lo que soy yo! Anda, quítate de en medio, que no le voy a morder. Quiero verla bien.

Pedro me da un garrotazo y se detiene en frente de Ada. Ella le muestra su mejor sonrisa y yo ya no tengo ojos para nada más.

—Soy Ada. Tenía muchas ganas de conocerte, Pedro.

—Para servirle, señorita.

El muy canalla le hace una reverencia para risas de todos.

—No me habías dicho que era tan guapa. ¿Qué has visto tú en un *peloslocos* como él?

—Ay, Pedro, ni yo lo sé. Dime, tú que lo conoces bien, ¿merece la pena? ¿Es de fiar?

Ada me saca la lengua mientras mi abuelo postizo se la lleva del brazo al sillón que hay en el rincón. Sé que va a contarle todo de mí y que le va a sacar a ella hasta su número de cuenta bancaria, pero no me sorprende en absoluto; sabía que iba a ser así. Paolita se convierte en el centro de atención de todos, bailando lo que le enseñé, jugando con ellos, hasta repartiendo algunas de sus piruletas. Qué bien unen y qué bonitos se ven ancianos y niños. Es como observar el proceso de nuestra existencia en su plenitud, el ciclo de la vida, como cantan en el Rey León. Cuando ya todos hemos tomado la sidra y los turrónes, elegimos por votación ver Solo en casa. Me siento entre Pedro y Ada, con Paolita en mis rodillas, porque la muy terca no se ha dejado convencer por su tía de que elija cualquier otro asiento que no sean mis piernas. «Quiero zentarme con Zpiderman y punto», ha dicho alto y claro. Yo encantado, por supuesto, así aprovecho para espachurrarla todo lo que me deja y un poco más. Miro de reojo a Ada, visiblemente contenta por estar aquí, comento las anécdotas de la peli con Pedro, nos reímos hasta que nos duele la barriga y, entre todo eso, con Paolita dormida en mi regazo, imagino que algo así habría sido criarme con una familia. Lejos de entristecerme, me siento muy afortunado y sé que ese será mi deseo de año nuevo esta vez. Formar algún día mi propia familia, una en la que el amor sea un miembro más. Una en la que, por muy grande que sea el sofá, siempre queramos estar apretujados.

—¿De qué has hablado con Pedro? —le pregunto de camino a su piso.

—La pregunta es de qué no hemos hablado. ¿Cómo puede ser que tenga tanta vitalidad?

—Impresiona, ¿eh? ¿Te ha dicho algo de mí?

—Todo lo que quería saber y más.

—¿Qué significa eso? —exclamo algo inquieto.

—Tranquilo, Biel, tan solo me ha contado aventuras y chascarrillos; así los ha llamado. Y me ha dicho que sea paciente contigo.

—Ahm.

—¿Es lo que necesitas?

La miro a los ojos y cojo aire. Quiero ser lo más sincero posible con ella.

—Sí. Lo siento —le contesto un tanto avergonzado.

—No quiero que me pidas perdón por nada. Te dije lo que te dije porque así lo sentía y así lo siento. Te lo dije porque nunca antes lo había dicho tan de verdad, tan desde dentro, tan puro y arrollador. También me merecía eso, ¿sabes? Y quise dármelo. Yo sé que tú vas a otro ritmo, que quizá fui egoísta por decirlo en voz alta sabiendo tu situación, pero me estaba quemando en la punta de la lengua desde hacía días y...

—Ada, ¿cómo decirle a alguien que lo quieres te puede parecer egoísta?

Sé la respuesta a esa pregunta desde antes de terminar de formularla. De la misma forma que Julia me lo decía a mí, para conseguir el mío de vuelta, como confirmación de que ya era suyo, de que me tenía a sus pies, de que podía hacer conmigo lo que quisiera. Y vaya sí lo hizo.

—No lo sé, Biel, pero no quiero que las cosas se pongan raras entre nosotros.

—Eso no va a pasar.

—¿Podrías prometérmelo?

—Te lo prometo.

Me marchó a mi casa sintiéndome mal conmigo mismo. Por no ser capaz de decirle lo que me pasa por la cabeza, de corresponder sus palabras, de hacerle saber que yo también siento lo mismo por ella. Me siento mal por prometerle algo que no sé si voy a poder cumplir porque, justo cuando mejor iba todo, yo he vuelto a retroceder, a sentirme perseguido por mi pasado, a caer preso de los miedos, al bloqueo de volver a sentir, de volver a pasar por lo mismo, de salir de nuevo destrozado. ¿Cuántas veces podemos recomponer nuestros propios pedazos?

*

Un par de días antes de Nochevieja, Ada me dice que le gusta-ría conocer el comedor social en el que trabajo. Le pido permiso a Fuensanta y le hago una ruta por las instalaciones explicándole la dinámica y la logística de un lugar como este. Se la ve de lo más interesada y me gusta que sea así. Cuando salimos nos vamos derechos al Starbucks a pedirnos unos chocolates calientes hasta arriba de nata y caramelo.

—Toma, tu regalo de Navidad —me dice.

Me apresuro a abrirlo sabiendo exactamente lo que es y me doy cuenta de cuánto me gusta sentir que ya conozco mucho de ella.

—¡Son unos calcetines navideños! ¡Menuda sorpresa! —exclamo sobreactuado.

—¿Cómo podías saberlo? ¡Ni siquiera los tenía comprados cuando te lo dije! —se queja indignada.

—Es el regalo típico de Navidad, yo soy un friki de los calcetines... Me habrías decepcionado un poco si no hubieras caído.

—Te he comprado otra cosa, para compensar lo predecible que soy.

Este regalo me intriga más, pero lo abro más despacio, disfrutando el momento. Cuando la cadena cae a mis manos sé que es perfecto y que lo ha comprado pensando en mí y solo en mí. Es plateada, del estilo de las que suelo llevar, con un monopatín diminuto colgando en el centro.

—Yo te regalé una funda para tus AirPods llena de monopatines. ¿Me estás devolviendo la jugada?

—Más o menos. Pasé por un escaparate, la vi y no me pude resistir.

—Me encanta, muchísimas gracias. ¿Me la quieres poner?

Ada se pone de pie, me rodea el cuello con la cadena y consigue cerrarla con cierta dificultad. Antes de que se siente de nuevo, inclino la cabeza hacia arriba, la agarro del jersey y tiro de él hacia mí. Le doy un beso de los que dejan sin aliento, o así lo he sentido yo.

—Ahora el de mi hermana.

—¿Cómo? ¿Tu hermana me ha comprado un regalo?

Lo abro con recelo e impaciencia.

—Me ha dicho que te diga que es un gorro de pandillero, para que no pases frío cuando pintes tus grafitis —comenta sin poder dejar de reír.

—¿Me ha comprado un gorro de Calvin Klein?

—Berta se ha empeñado, dice que ninguno de tus amigos garrulos te tomará en serio con ese gorro de pijo.

—¡Será cabrona!

—Creo que le caes bien, aunque nunca lo va a reconocer.

—Me la he camelado. —Presumo lo más chulo que puedo.

—No flipes. Eso tienes que agradecérselo a Paolita que no deja de hablar de ti a todas horas y, si te ganas a la niña, te ganas a la madre.

—Ahora me alegro de ser adicto a las piruletas de fresa. Conquistaban corazones por donde pasan.

—Volvió el Biel presumido que tanto odio.

—Volvió el Biel presumido que tanto te pone. ¿Quieres que vayamos a mi piso?

Nos encerramos en mi cuarto y desaparecemos bajo las sábanas. Decidimos celebrar Nochebuena, Navidad, Nochevieja, Año Nuevo y Reyes, todo de una, de la mejor forma que sabemos. Con saliva, lengua, manos, piel, miradas, susurros y gemidos, de los que se escapan sin permiso. Tal vez no esté preparado para decirle que yo también la quiero, pero puedo demostrárselo, eso se me da de lujo, y sé que ella es consciente de que es recíproco. Hay cosas que no necesitan ser dichas, cosas que gritan mucho más cuando callan. Pero también sé que no podemos hacer de ese silencio un problema, que ella querrá oírlo en algún momento y, por supuesto, yo quiero darle eso. Todo a su debido tiempo.

*

Nochevieja la celebramos de una forma insuperable. Ada me ha invitado a tomar las uvas en su piso y después salir de fiesta los dos. Me he vestido entero de negro, con su cadena y unos calcetines llenos de racimos de uvas. He puesto todo mi esmero en conseguir en tan poco tiempo un regalo que esté a la altura y que haga que Berta termine de adorarme. He enviado una fotografía de Paolita a una página web que convierte fotos en dibujos a lápiz, óleo, arte abstracto, ilustraciones tipo Lego, Simpson y muchas cosas más. Claro está, he elegido el diseño con grafiti, por lo que ahora Paolita luce espectacular a todo color con una piruleta de fresa en la mano y los toboganes del parque donde conocí a Ada de fondo. ¿Soy el mejor haciendo regalos o no? A Paola le chifla su dibujo. Lo ha colocado delante de la tele y le ha dicho a su madre que tienen que ir a Ikea a comprar un marco para colgarlo en la pared. Berta me dice entre gruñidos que soy un listillo tocapelotas, pero Ada y yo la pillamos riéndose a escondidas con media cabeza metida en el frigorífico con la excusa de estar buscando la sidra. Nos preparamos cuando faltan cinco minutos para las doce y comentamos el vestido de la Pedroche. Berta la critica sin cortarse un pelo, a lo que Ada le contesta que tiene mucha personalidad y que a ella le cae bien. Yo aporto un escueto «a mí también» y me gano que Berta me diga que eso es porque ella es otra garrula como yo. Por tratar de buscar una respuesta ingeniosa me equivoco en los cuartos. Todos los años, por una cosa o por otra, me pasa igual. Nos tomamos las uvas como manda la tradición, nos abrazamos, nos deseamos un feliz año –incluso con Berta, a la que ya estoy empezando a coger cariño–, y nos echamos a la calle presos de la euforia de estar juntos en un día tan señalado como este.

—¿Qué deseo has pedido? —le pregunto de camino hacia Las Tascas, la zona de fiesta de Murcia que siempre, y hoy más que nunca, está a rebosar.

—No te lo puedo decir o no se cumplirá.

—Eso es una chorrada. ¿Quieres que te diga el mío?

—¡No! ¿Es que no quieres que se cumpla?

—He pedido poder formar algún día mi propia familia.

Ada se para en seco y abre la boca. Se ha sorprendido.

—¿Sabes qué? Que da igual que me lo hayas dicho, sé que se va a cumplir y que serás un padre maravilloso.

—¿De verdad lo crees?

Ella asiente y yo la beso. Me gustaría decirle que en esa futura e hipotética familia, ella tendría un papel protagonista, pero me lo guardo para mí.

—Está bien, de perdidos al río. ¿Te digo el mío?

—Por favor.

—He pedido seguir siendo tan feliz como lo soy ahora mismo.

—¡Wow! ¿Eres feliz? ¿Yo te hago feliz? —Cuelo mis manos por debajo de su camisa acercando su cuerpo al mío.

—Mucho, Biel. Y tú tienes gran parte de culpa en eso.

—Me parece un alucine ser el culpable de tu felicidad. Tú también lo eres de la mía.

—¿Y eso no te da un poco de miedo?

Ada me traspasa con la mirada, abriéndose de nuevo ante mí, pidiéndome sin palabras que yo me abra también para ella. Ojalá pudiera, todo sería mucho más fácil.

—Me aterra, si te digo la verdad. Pero me parece que ya no tengo nada que hacer.

Nos besamos en medio de la calle hasta que un grupo de chavales nos silba. Nos colamos en el primer sitio que vemos con buen ambiente, un pub pequeño llamado Troya, y lo damos todo bailando, riendo, hablando por encima de la música, como si lleváramos semanas incomunicados, como si acabáramos de reencontrarnos después de habernos echado mucho de menos. Con ella siempre es así, siempre hay temas de conversación, siempre hay risas, besos y caricias por compartir. Con ella todo es inmenso. Con Ada todo es.

*

Ada pasa el día de Reyes con su hermana y su sobrina. Yo me vuelvo a vestir de Rey Gaspar, como cada año, y reparto algo de alegría en forma de regalos por el pabellón infantil del Hospital Virgen de la Arrixaca. Mis compañeros de piso regresan. Omar dice que lo suyo con Berta se encuentra en pausa y Gon nos confiesa que ha conocido a alguien en el pueblo. Ada y yo nos marcamos como fecha límite el día que Paolita retoma las clases para no hacer otra cosa que estar juntos, vestidos o desnudos, y nos prometemos dejar de vernos durante los próximos quince días para centrarnos cien por cien en los exámenes de enero. Hemos estado bastante aplicados, pero necesitamos ese empujón final, ya que no hay opción a suspender. Yo no puedo permitirme pagar de nuevo matrícula el año que viene y ella necesita aprobar las dos asignaturas pendientes y el TFG para terminar de una vez por todas y ponerse a currar. Todavía no sabe en qué, pero pienso estar ahí para ayudarla a averiguarlo.

Concentrarme me resulta de lo más complicado. Es tanto lo que la echo de menos que siento que estoy a punto de enloquecer, por eso, en cuanto llega el sábado, nos atrincheramos en una habitación de hotel y no salimos hasta el domingo después de comer. Como era de esperar, no aguantamos dos semanas sin vernos y tenemos que hacer un intenso alto en el camino. Una semana después, por fin hemos terminado los exámenes. Lo celebramos yéndonos a cenar al Madre de Dios, donde tuvimos nuestra primera cita, y nos reencontramos con muchas ganas, sabiendo que ya podremos estar más relajados, al menos hasta que nos toque ponernos a estudiar de nuevo como locos para los finales de junio. Ada no ha vuelto a decirme que me quiere, aunque lo veo en sus ojos a cada instante. Me pregunto si ella también lo verá en los míos, si todavía le quedará un poco más de paciencia para mí. Estoy muy cerca de poder decírselo, ya siento las dos palabras en la punta de mi lengua, ya se va tornando una necesidad. Cuando nos comunican que los dos hemos aprobado todos los exámenes, sentimos que estamos surcando los cielos. Estamos tan felices que no podemos hacer otra cosa que disfrutar de esta burbuja, de este sueño hecho realidad, de esta maravillosa oportunidad que nos ha brindado la vida. Quién me iba a decir a mí a principios del año pasado que tan solo doce meses después mi vida iba a ser tan diferente. El año anterior lo comencé enterrado en el fango más absoluto y ahora no hago otra cosa que saltar de nube en nube con una sonrisa permanente en la cara, como Paolita hasta las cejas de azúcar. Puta felicidad.

Y entonces llaman al timbre. Abro sin preguntar porque doy por hecho que es Omar que había bajado un momento a la tienda de la esquina a comprar unas pizzas congeladas para la cena; teníamos pendiente ponernos al día. Me siento en el sofá tan tranquilo, con el móvil en la mano, mandándole mensajes tontos a Ada, sin ninguna preocupación en el mundo, tan solo conseguir más tiempo libre para estar junto a ella. Sin saber que ese mundo idílico está a punto de hacerse trizas como ya sucedió una vez. Levanto la vista al escuchar la puerta de la entrada cerrarse y, junto a su visión, oigo el golpe, el crujido, el estallido, la tierra abriéndose bajo mis pies. Mi cuerpo hundiéndose. Mi corazón arrancado de cuajo cuando todavía estaba echando raíces. J. Julia. Ha vuelto. Y por mucho que yo sabía que los TLP nunca dejan a su presa volar del todo, mi principal pensamiento es que no puede ser, que lo que estoy viendo no es real, que esa no es ella. Gon sale de su habitación y la besa.

—¿Por qué no me has avisado de que ya habías llegado? Podría haber ido a recogerte —le dice de lo más cariñoso.

—Quería darte una sorpresa.

—Ven, quiero presentarte a mi compañero de piso. Este de aquí es Biel, ya te hablé de él.

Julia me sonríe, con esa maldita sonrisa suya que me provoca escalofríos. La veo acercarse como si nada, con la intención de presentarse, de volver a hacer el papelón de su vida. Me pongo de pie y salto hacia atrás, un paso ella, dos pasos yo. Cuando estoy a punto de quedarme acorralado entre ella y la pared del fondo, la esquivo como puedo y, chocándome contra su hombro, salgo del piso a todo lo que dan mis pies. Oigo a Gon gritar por el pasillo, oigo mi corazón bombear al borde del colapso, un zumbido agudo retumbando en mi cabeza. Me agacho en medio de la acera, me aprieto las sienes como si así pudiera calmar el dolor. Empieza a fallarme la vista, todo se vuelve blanco. Y el mundo entero dice adiós.

ADA

Objetos punzantes,
candentes,
que cortan y abren.
Heridas que sangran
abiertas en canal.
Preguntas sin respuesta.
Sumida en un mundo que no me contesta.
Gritos de auxilio,
llantos ,
señal de protesta.
Pérdida en la pérdida,
buscando un adiós,
persiguiendo un reencuentro.
Añorando aquello que solo fue nuestro.

Le había enviado un enlace a una canción de un artista que acababa de descubrir. Bizarrap, un rollo parecido al suyo en cuanto a música se refiere, por mucho que él dijera que no tenía nada que ver. Esperé un minuto, dos, tres, como siempre hacíamos después de mandarnos canciones. «Estará escuchándola. A ver con qué comentario ingenioso me sorprende». Cinco minutos. ¿Cuánto tiempo duraba esa canción? Esperé. Un poco más. Le pregunté que si se había quedado sin palabras por mi descubrimiento. Luego añadí que el tipo está forradísimo y que tan solo tiene veinticuatro años. Empecé a preocuparme. Una hora después lo llamé. Lo volví a llamar, me pasé la noche entera llamando hasta que ya no daba tono. Apagado o fuera de cobertura. Al día siguiente fui a su casa, pero no había nadie. Volví al día siguiente obteniendo el mismo resultado y un par de días después decidí ir al comedor social. Allí conseguí por fin una respuesta. Fuensanta, la directora, me dijo que Biel ya no estaba yendo a trabajar.

—¿Qué le ha pasado?

—No puedo decirte nada, lo siento. Es confidencial.

—Pero... ¿está bien? ¿Le ha ocurrido algo malo?

—Lo siento, de verdad, me sabe fatal, pero no puedo contar nada.

—¡Dime por lo menos que está vivo! —grité a pleno pulmón.

Me volví loca, no entendía nada, de pronto todo parecía una pesadilla. Han pasado dos días en los que no he dejado de llorar, cuarenta y ocho horas desde que Fuensanta me aseguró que Biel seguía con vida. ¿Había tenido un accidente? ¿Se encontraba en coma? ¿Qué podría haber ocurrido para que pasara de estar gastándome bromas a desaparecer por completo? No se me ocurría ninguna razón lógica o justificable, así que me puse en lo peor. Y lo peor duele. Duele muchísimo.

—¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

Berta me encuentra tendida en la cama llorando desconsolada.

—Ay, Dios mío, ¡Paola! ¿Le ha pasado algo a mi hija?

Niego con la cabeza, ya que no puedo hablar. El nudo que me oprime la garganta y el pecho ha acabado por acapararlo todo de mí. Después de un rato, una infusión y una pastilla que me da mi hermana y que me trago sin preguntar, ya me encuentro más tranquila.

—He llevado a Paolita con Irene. Sé que me pediste que me encargara de ella estos días, que estás hasta arriba de trabajo, pero es que no tengo fuerzas ni para salir de la cama —lloriqueo.

Le cuento a Berta todo cuanto ha ocurrido desde que Biel estuvo aquí mismo tomando las uvas y brindando con sidra. Me esmero en los detalles de los últimos días, por si acaso ella es capaz de detectar algo que a mí se me ha pasado. Alguna pista, una señal de alarma, cualquier cosa.

—Ada... No sé cómo decirte esto sin que te duela todavía más, pero me parece que tendrías ir a haciéndote a la idea de que lo tuyo con él ha terminado. Mira que sabía que el pandillero no era de fiar. Y me jode, porque hasta me estaba cayendo bien.

—¿Qué? No. No, no no... Yo... no puedo hacer eso, Berta. Tiene que haber una explicación —digo a trompicones.

—¿Qué explicación va a ver? Estabais hablando, él dejó de contestarte, ha apagado el móvil, ha dejado el trabajo y le ha pedido a su jefa que no te diga nada. Si ha hecho eso es porque se imaginó que irías a buscarlo y no quiere que sepas dónde está.

—Pero... ¡estábamos mejor que nunca!

—No. Lo siento, pero no. Si de verdad hubierais estado bien, no habría desaparecido de esa forma. Puede que tú estuvieras bien, pero está claro que no era lo mismo para él —asegura.

Niego con la cabeza de forma repetida, mi hermana no puede tener razón. Estábamos bien, ¡mejor que bien! Algo así no se puede fingir. Su forma de mirarme, de tocarme, sus palabras, sus regalos... A Biel le importo, no puede haber desaparecido así como así.

—¿Quieres decir que todo este tiempo ha estado fingiendo? Eso no es posible, Berta. ¡Yo sé lo que hemos vivido! —grito sin poder dejar de llorar.

—¿Sabes lo que es el *ghosting*?

—¿El qué?

—Cuando tu pareja desaparece de forma repentina sin dar explicaciones y sin decirte adiós. Dicen que es una de las formas más dolorosas de terminar una relación, puesto que la otra persona se queda muy confusa sin entender nada.

—Él no me ha hecho eso. Jamás me haría algo así —balbuceo de lo más confusa.

—Me parece que sí, ahora se ha puesto muy de moda...

—¡Berta! ¡Te estoy diciendo que no! Lo conozco, nos prometimos no hacernos daño, algo malo le ha tenido que pasar.

Mi hermana nunca ha sido muy buena dando consejos, pero ahora ya se está coronando. O tal vez tenga razón y yo no quiera verlo. ¿Sería capaz Biel de desaparecer de ese modo?

—A ver, dime qué podría haber pasado tan grave como para que desaparezca de esta forma —me exige.

—No sé, un accidente, algún problema...

—Ada, mira que has sido inocentona toda tu vida. Esto no es una película americana, no lo ha atropellado de golpe un autobús y se ha ido al otro barrio sin más. No va a mandarte cartas desde el más allá.

—Joder, Berta, ¡no me estás ayudando nada!

Me enfado mucho con ella, con su forma de decirme sus verdades a la cara, con su poco tacto, su falta de empatía y, sobre todo, por esas cosas horribles que está diciendo de él y que me niego a creer.

—¡Pues lo siento! Esto es la vida real, la gente hace *ghosting* continuamente, los finales felices son solo privilegio de unos pocos. No puedo endulzarte la realidad o decirte cosas que no pienso, ya sabes que soy muy sincera, y en las peores situaciones es cuando hay que serlo más que nunca.

—Bueno, serás muy sincera con lo que decides contar, pero tienes más secretos que El Triángulo de las Bermudas.

—No tengo por qué compartirlo todo —contesta con altivez.

—Pues entonces no vayas ondeando la bandera de la sinceridad. Te has vuelto una mentirosa profesional y lo sabes —le suelto con toda la mala leche que puedo. Sacar su mierda a relucir no me hará sentir mejor, pero me entretendrá un rato. Y visto que ella no piensa soltar prenda por voluntad propia, no me deja otra opción.

—¡Serás capulla!

—¿Pensabas contarme algún día lo de Omar? ¿Pensabas seguir fingiendo toda tu vida que muchos de tus ratos libres se los llevaban las horas extras de trabajo y el *crossfit*?

—Nunca ha habido un «toda la vida» en esta historia, Ada. Pon los pies en el suelo por una vez.

Su frase me hace llorar de nuevo, porque hasta hace nada yo estaba volando junto a él y ahora estoy tocando tierra de la forma más dolorosa posible.

—Tú sigue haciéndote la dura que ya lloro yo por las dos. No puedes negarme que lo has echado de menos. No te creo.

—Eso da igual, todo da igual porque lo mío con él tenía unas bases muy sólidas. Sexo. Simple y llanamente. No tendría que ser tan complicado, ¡es el acuerdo perfecto!

—¿Y por qué se ha complicado? —Veo a mi hermana dudar, mira que es dura la tía—.

Venga, cuéntamelo aunque sea para hacerme olvidar un rato. Te sentará bien desahogarte.

Le regalo un intento de sonrisa y llevo mis manos a su cintura. No sé si algún día aceptaré que Berta nunca ha tenido ni tendrá cosquillas o si seguiré intentándolo por ver si alguna vez suena la flauta.

—Antes de irse a su ciudad estas vacaciones, ya estaba la cosa rara; él estaba raro. Ahora ha vuelto y está más extraño todavía, dice que me ha echado de menos, que quiere verme más... Mira, no sé qué mierda le habrán puesto allí al cuscús, pero esto no es lo que habíamos acordado.

Mi hermana se yergue, levanta la barbilla y lleva su mirada de enormes ojos verdes al techo. Es su gesto estrella, dejar bien claro que ella se basta y se sobra, que está por encima de todo y de todos. Pero se olvida de que está hablando conmigo, de que yo siempre voy a ver un poco más allá de esa faceta suya de *superwoman*. Yo conozco a la mujer, hermana y madre que hay detrás del antifaz, por mucho que ella se empeñe en no quitárselo nunca.

—Berta, Omar se ha pillado por ti.

—Ese es su problema.

—Y a ti él también te gusta, por mucho que tú digas que no.

Si pudiera lanzar fuego por los ojos, yo ya sería ceniza.

—Mira lo que te voy a decir: si vas a seguir diciendo gilipolleces, me largo y te dejo aquí sola con tus mocos.

—Y si tú vas a seguir sin aceptarlo, mejor no sigas hablando.

—En eso vas a tener razón, será mejor que me calle porque no te enteras de nada. El pandillero te ha dejado el cerebro frito —me acusa para pinchar donde duele.

—Pienso averiguar lo que ha pasado y tendrás que pedirnos perdón. A los dos —sollozo.

—Eso no va a ocurrir. Y como me entere de que te pones a mendigar una respuesta, te quito el móvil. Como se te ocurra volver a su casa, te encierro en este piso y no vuelves a ver la luz del sol, ¿me estás escuchando? Un poquito de dignidad, Ada, que si el garrulo ha querido salir por patas, no vas a ser tú la que vaya detrás.

—¿Y por qué no? ¿Qué hay de malo?

Me doy cuenta de que hace tiempo que no me hago esa pregunta a mí misma. «¿Qué hay de malo, Ada?». Dejé de hacérmela cuando todo empezó a fluir con él. Ahora sé que hay muchas respuestas posibles y que ninguna me gusta.

—¿Qué hay de malo? ¿De verdad tengo que decírtelo? ¡Que el amor no se mendiga! Que si no te quiere, pues adiós, muy buenas. Tú con tu cabeza bien alta siempre, no puedes consentir que nadie te pisotee —exclama como si por decirlo más alto yo lo fuese a entender mejor.

—Me parece que yo no soy tan orgullosa como tú y que a mí sí me merece la pena luchar por algo en lo que creo. Lo mío con Biel fue real. Es real. Y no pienso quedarme de brazos cruzados.

—Pues prepárate para sufrir todavía más.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo. —La desafío con las pocas fuerzas que me quedan.

—Luego no vengas llorándome si no quieres escuchar que ya te lo advertí.

—Genial, eres de gran ayuda, como siempre —bufo entre lágrimas.

—Te estoy ayudando aunque no lo creas, a mí también me sabe mal decirte las verdades a la cara, pero es lo que hay. Alguien tiene que hacer de poli malo —escupe.

—Y está claro que esa siempre vas a ser tú.

*

Durante los días posteriores sigo insistiendo con el móvil, me paso un par de veces por el comedor social, incluso voy a la residencia a preguntarle a Pedro, pero nadie sabe nada y, si lo saben, no quieren decírmelo. Pedro me ha dicho que tengo que tener paciencia, que él volverá a mí cuando esté listo, pero a mí lo que menos me apetece es tener más paciencia de la que ya he tenido. ¿Volverá a mí? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Tanto trabajo cuesta mandar aunque sea un mísero mensaje? Salgo de la residencia con un enfado de narices y me presento de nuevo en su piso. Es la quinta vez que vengo en menos de un mes y por fin me abren la puerta. Los compañeros de Biel están el sofá con una cara que les llega hasta el suelo.

—¿Dónde está Biel? —pregunto a bocajarro.

—No podemos decírtelo.

—¿Pero es que os habéis vuelto todos locos?

—Ada...

Mis oídos se van directos a la melodía que suena por toda la casa y que no había escuchado hasta ahora. Mal agüero, de Delaossa. Cómo odio reconocer este tipo de canciones. Cómo odio reconocerle a él en cada una de ellas.

«Yo ya no me junto con nadie, ando con los que quiero. Ahí fuera hay pájaros que traen mal agüero»

—¡No! ¡No me vengáis vosotros también con el mismo cuento! ¿Os ha pedido él que no me digáis nada? ¿Le ha pasado algo grave? Como le haya pasado algo y no me lo digáis, yo...

—Tienes que dejarlo, ¿vale? Lo que él necesita ahora es tiempo y espacio. Hablará contigo cuando pueda, pero si lo presionas vas a conseguir el efecto contrario —me dice Gon con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Cómo voy a presionarlo si no tengo forma de contactar con él? ¿No os dais cuenta de lo que me está haciendo?

Lanzo este grito de auxilio en medio del salón en el que una vez estuve con él cenando, en el que le leí uno de mis poemas, en el que nos pillaron a medio camino de tener nuestra primera vez.

Gon y Omar se miran confusos, no tiene pinta de que vayan a decirme nada más, pero por lo menos me han abierto la puerta, así que hago lo que cualquiera haría en mi situación. Sí, sé que tú también lo harías. Entro en su cuarto y revuelvo todo esperando dar con alguna pista, cualquier cosa que me explique un poco el por qué de esta locura. Eso no ocurre. Sí que miro todo cuanto hay, incluso esa pequeña rendija que queda entre el colchón y el somier donde guardan las cosas importantes en las películas, pero no hay nada fuera de lo normal. Cuando abro su cajón de calcetines... Mierda, me vuelvo a venir abajo. Los tiene todos ordenados por parejas, veo algunos conocidos, como los de pompas de jabón que llevaba la primera vez, los de nubes que llevó durante aquella noche de lluvia en la que nos empapamos enteros, los que yo le regalé con el logo de Fanta y otros que todavía no le he visto puestos. Tengo la tentación de mirarlos todos, de contar los pares para así saber de una vez cuántos tiene, pero me resisto. No es así como quiero averiguarlo; no, si él no está conmigo. Cuando abro el armario lo primero que miro es la caja de cartón negra con pegatinas. Si no supiera que mi sobrina nunca ha estado aquí, diría que la ha decorado ella. Dentro se encuentran mis poemas, todas las hojas que ha ido arrancando

de mi libreta y que, tal y como me dijo, estaba coleccionando. Las lágrimas me invaden de nuevo, no entiendo cómo hemos podido pasar de todo a nada, pero esto me demuestra que lo que tuvimos fue real, que no estoy loca, que entre nosotros hubo algo importante. Todavía lo hay; tiene que haberlo.

Cuando salgo dispuesta a marcharme sin despedirme, Omar me intercepta junto a la puerta.

—¿Puedes decirle algo a tu hermana de mi parte?

—Tú no me ayudas con Biel, ¿por qué iba a ayudarte yo con Berta? —le grito presa de la desesperación.

—Dile que me de otra oportunidad.

—Dile que aparezca.

*

—¡Por fin! Mira que es difícil vernos últimamente.

—Lo sé. Entre mis exámenes, tus oposiciones, mi hermana que me ha tenido echando horas de más con Paolita y tu nueva novia, no ha habido manera.

Exagero un poco y trato de quitarle hierro al asunto. La verdad es que le he estado dando largas a Marcos porque no me sentía preparada para quedar con él. No quería que me viera hecha mierda por culpa del chico que él tanto ha criticado. Mi hermana me daba igual, pero él es mi ex, aparte de mi amigo, y ahí sí que saqué un poquito el orgullo. Así que me fui inventado excusas, él tampoco tenía demasiado tiempo entre estudiar y Mari Carmen, y ya ha llegado un punto que me da hasta vergüenza. Por eso le he dicho de salir a tomarnos unas cañas aunque sea con mi sobrina, a la que últimamente siempre llevo a cuestras, ya que mi hermana tiene que recuperar la figura después de la Navidad y está dándole duro al boxeo, su nuevo deporte predilecto. Voy a hacer como que me lo creo. Le he dejado a Paolita mi móvil con la película de animación Hotel Transylvania, puesto que esta niña solo se entretiene con vampiros, zombies y momias, y espero que no se entere demasiado de lo que hablamos.

—Cuéntame, ¿qué es lo que te ha tenido tan ocupadísima?

—Ya te lo he dicho, Marcos. Tampoco es que tú tengas tanto tiempo libre.

—Lo sé, pero tú conoces mis motivos y algo me dice que los tuyos no son sinceros del todo. Nunca has sido de las que dejan de lado a los amigos cuando se echan novio.

Ya está. Dos frases me han bastado para echarme a llorar. Y yo que pretendía hacerme la fuerte.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—La tata eztá trizte porque Zpiderman ze ha ido.

Mierda.

—¿Cómo que se ha ido?

Marcos me conoce y sabe que cuando empiezo a llorar necesito unos minutos de desahogo antes de poder hablar. Me los concede mientras me abraza de una forma reconfortante.

—Lo siento. Pensé en decírtelo, pero la verdad es que no que-ría. Berta ya se ha encargado por activa y por pasiva de decirme que ya me avisó y no quería escuchar lo mismo de ti.

—Si ese garrulo te ha hecho algo, te juro que...

—*Ghosting*.

—¿Go... qué?

—Se llama *ghosting*. Desaparecer sin previo aviso, sin explicaciones ni motivos. Esfumarse de la faz de la tierra, como el humo. Puf.

—¿Puf?

—Tal cual.

No hay un sonido que lo defina mejor.

—¿Y eso cuándo ha ocurrido?

—Hace más o menos un mes.

—¿Un mes?! Berta me va a oír. Entiendo que tú no quisieras decírmelo, pero ella no tiene excusa. Me buscó para alejarte de él y ahora se calla que ha desaparecido de esa manera tan ruin sabiendo que yo...

—Le hice prometerme que no te lo diría —lo interrumpo—. Me debía unas cuantas.

—Joder, macho. Mira que lo sabía.

—Eso es un «ya te lo dije» —le digo disgustada.

—Lo siento, es que me puede la rabia ahora mismo.

Marcos se detiene mirándome y su rabia se va convirtiendo en pena. Es lo que provoco últimamente en todo el mundo y es algo que me repatea.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad? Tendrías que habérmelo dicho, Ada, te habría ayudado de alguna forma.

—¿Cómo? No hay nada que puedas hacer.

—Podría haberle dicho a su jefa que es un ladrón, que escupe en la comida, que le gusta sacar fotos de la gente sin consentimiento para venderlas por la red, yo que sé, pero podría lograr que lo despidan —dice para hacerme reír. Lo consigue a duras penas.

—Eso no será necesario, no quiero hacerle ningún mal.

—Él te lo está haciendo a ti.

—Lo sé.

—Joder, Ada, yo... tengo que decirte algo.

—¿Qué pasa?

—Es que... ¿Me prometes que no te vas a enfadar?

—Te aseguro que no me quedan fuerzas para eso.

Aunque le aseguro que por mi parte habrá paz, parece pensárselo. A mí me da igual lo que me diga, nada podrá ser peor que esto.

—No había ninguna Mari Carmen. No estaba con nadie. Me lo inventé porque me puse celoso al ver lo bien que te iba con él.

—¿Cómo? Creo que no lo entiendo. Estuvimos cenando con ella.

—La conocí después, tenía que hacer real mi mentira —me confiesa avergonzado.

No lo comprendo. Lo intento, pero mi cerebro no capta la información.

—Pero... ¿Por qué...? ¿Por qué estabas celoso?

—Porque te quiero, Ada. Siempre te he querido y creo que este es el momento perfecto para que lo sepas de una vez por todas.

BERTA

Soy lo que se conoce vulgarmente como una zorra. Una zorra de cuidado. En el trabajo, en mis relaciones, con mi hermana. Creo que la única que no opina así de mí es mi hija y eso es porque aún no me conoce bien. Todavía tiene en los ojos ese velo invisible con el que nacen los niños que hace que todo lo vean con ilusión, inocencia, bondad y optimismo. Con el tiempo se le caerá como se nos cae a todos y también pensará que su madre es una zorra.

En el trabajo es el papel que yo misma me creé, lo tengo asumido y me gusta. Con los hombres es el que uso por elección propia. Si soy una zorra contigo, tú no podrás ser un capullo conmigo, pura ley de supervivencia. Pero con mi hermana la cosa cambia. Junto con mi hija, es la persona más importante de mi vida y no quiero putearla más de lo que ya está. Pero sé por experiencia que llenarla de ilusiones, darle esperanzas, quitarle hierro a la actitud cobarde del pandillero, no la ayudarán en nada. En estos casos, actúo como me gustaría que actuaran conmigo, vomitando las verdades a la cara, poniendo los puntos sobre las íes, haciendo de abogado del diablo. Sé que ella no piensa como yo, siempre ha sido mucho más sensible y empática en cualquier ámbito de la vida, pero de verdad pienso que siendo dura con ella saldrá antes de ese bache en el que se encuentra por culpa del bonito de cara. Muy rubio, muy guapete, muy gracioso e ingenioso para hacer regalos, pero es un cabrón, como todos. Por eso aquí, la zorra, jamás va a bajar tanto la guardia como para que alguno pueda joderla tanto.

Lo sé, de esta forma jamás podré encontrar el amor verdadero y blablablá, pero es que creo que eso del príncipe azul no va conmigo. Mi amor verdadero es mi hija y mi trabajo. Para mí, los hombres son un medio para tener sexo y una mínima ración de caricias y cariño, esas que preceden al coito o las que surgen justo después. Con esos encuentros ocasionales yo ya voy servida en lo que a relaciones afectivas se refiere y no necesito más. Nunca me imaginé enamorándome como loca de alguien, ni viviendo mi vida al lado de otra persona. Después de tener a Paola, supe que ya sería mucho más difícil llegar a eso y que no lo necesitaba. Al contrario, decidí que este iba a ser mi modo de vida y que, si algún día encontraba una pareja que me gustara tanto como para compartir mi tiempo con ella, sería alguien que logísticamente y a efectos prácticos encajara conmigo. Alguien con mis mismos gustos e intereses, que me aporte cultura, bienestar y comodidad. Y, por supuesto, sé que tendríamos una relación abierta, ya que la monogamia no va conmigo.

Así que, con toda esta mezcla que hay en mi cabeza, que Omar me esté pidiendo algo más de lo que ya tenemos, me parece un imposible. Lleva dándome señales ya algún tiempo, pero no me lo dijo claramente hasta después de volver de vacaciones. Que si me ha echado de menos, que si siente algo por mí, que quiere más. Le dije que si había llegado a ese punto, es que ya no nos enten-díamos y que lo mejor era que dejáramos de vernos. Me ha estado enviando mensajes pidiéndome una segunda oportunidad desde entonces. Ha sido tanta la insistencia que he tenido que bloquearlo. Luego Ada fue a su casa en busca del desaparecido y me dijo que se lo había encontrado y que le había dicho lo mismo. Tuve que soportar la bronca de mi hermana, que siempre aboga por los sentimientos, la confianza en las personas y el intentarlo todo antes de desistir. Cómo no, en el tema amoroso también somos contrarias.

Al final cedí. Me pilló en un día blando –que los tengo– y yo qué sé... La verdad es que yo

también echo de menos nuestros encuentros, y si él, sabiendo lo que hay, quiere retomarlo, por mí no hay problema. Pero tendrá que prometerme que no volverá a pedirme más de lo que tenemos, por eso lo he citado en el hotel de siempre, para tratar de llegar al mismo acuerdo que ya teníamos.

—Berta, gracias por venir.

—Te has puesto un pelín pesadito, Omar.

—Lo sé, es que quería verte; necesitaba verte.

—Pues así mal vas. —Lo freno antes de que se embale mientras observo cómo me sirve un whisky—. ¿Es que no te queda claro en qué consiste esto que tenemos?

Ay, por favor, no soporto que me mire con esos ojos de cordero degollado.

—Claro como el agua. Sexo. Solo sexo. Cuando tú quieras, donde tú quieras, como la reina y señora guste.

—¿Entonces?

—Resulta que la reina y señora me gusta mucho —dice entre dientes acercándose a mí. Yo me aparto como un resorte.

—Ni se te ocurra volver a llamarme señora —le digo medio en serio medio en broma.

—¿Qué pasa? ¿Tan horrible soy? ¿Puedes follar conmigo a lo bestia, pero no podemos salir a comer?

—Si tienes hambre puedo llamar al servicio de habitaciones.

Dios mío, soy la zorra mayor. No entiendo por qué no me manda a la mierda.

—Sabes que no me refiero a eso. Y no es la primera vez que te digo que conmigo no tienes que hacerte la dura, que follando también se conoce a las personas y yo te conozco a ti. Sé que, como todos, tienes tu corazón. Sé que te duelen las cosas, que te cansa fingir. Por eso empezó lo nuestro, ¿no? Porque conmigo podías ser tú.

—No veo a dónde quieres llegar...

—Lo sabes perfectamente, pero no quieres verlo.

—Omar, yo no puedo ofrecerte más de esto. Nos entendemos en la cama, nos lo pasamos bien juntos, me gusta que sea así y no quiero que cambie nada.

—Te gusta que sea tu secreto.

Veo dolor en sus ojos. Joder, no se me da bien lidiar con este tipo de sentimientos y menos cuando se trata de alguien que no es mi hija o mi hermana.

—Sí. No voy a engañarte. Quiero que sigas siendo mi secreto, entre estas cuatro paredes. Bastante grave me parece que lo sepan mi hermana y tus amigos, seguramente.

—Te avergüenzas de mí. ¿Es por mi edad? ¿Mi profesión? ¿Mi origen?

—¿Qué? Omar, yo...

No puedo decirle que sí, que por todo eso y más. Me parece demasiado, incluso para mí.

—¿Tú, qué? Habla claro, Berta. Hemos venido aquí para eso.

—Podríamos hacer otras cosas que no son hablar y que se nos dan muy bien —le digo tirando de su camiseta hacia arriba y pasando mis manos por sus abdominales.

—Claro, cómo no, para ti soy un trozo de carne.

—Eso no tiene por qué ser malo.

Desabrocho su pantalón y se lo bajo hasta los tobillos. Me gusta ver que está excitado, eso quiere decir que podríamos seguir con nuestro acuerdo.

—Lo es si no ves en mí nada más que eso —murmura con voz ronca cuando deslizo mi mano por su erección.

—Ahora mismo veo muchas cosas en ti y todavía me gustaría ver más. ¿Quieres verlas tú en mí?

Comienzo a desabrocharme la camisa, me quito el pantalón de traje y me quedo en ropa interior. He venido preparada para el asalto.

—Lo que intentas hacer no es justo.

Omar me agarra del culo, me coge en peso y me tira sobre la cama.

—¿Quién ha dicho que la vida sea justa?

Gruñe antes de enterrar su cabeza entre mis piernas y de hacerme ver las estrellas varias veces seguidas. Omar tiene el don de ponerme burrísima, consigue orgasmos que son una puta bomba atómica, y da igual que lo haga con las manos, la boca o la polla. Joder, una vez lo hizo con los pies, y yo, después de eso, caí rendida a los suyos. Un par de horas después, saltándome por completo mi norma de comer en la cafetería del trabajo en treinta minutos, comenzamos a vestirnos en silencio.

—Te lo voy a decir una última vez antes de irme, Berta. Escúchalo bien porque no pienso volver a repetirlo, yo también tengo mi orgullo.

—Tú dirás —le contesto manteniendo una actitud frívola.

—Me gustas y ya no me parece suficiente esto que tenemos. Quiero y necesito más. Quiero poder salir de esta burbuja y que seamos una pareja normal, con todo lo que eso conlleva —confiesa mirándome a los ojos, con mis manos entre las suyas.

—Lo siento, pero yo no puedo darte eso.

—¿No puedes o no quieres?

—Es lo mismo.

—No lo es.

—Para mí sí.

Él asiente en silencio y yo aguanto la respiración. Esto no es plato de buen gusto para nadie, ni siquiera para mí.

—Piénsatelo, ¿vale? Esperaré por ti, de verdad creo que mereces la pena. Si quieres, ya sabes cómo encontrarme, y si no... me temo que lo que ha pasado hoy aquí habrá sido nuestra última vez.

«¡¿Última vez?!» grito para mis adentros. Me quedo paralizada, tanto que no logro contestar, así que observo cómo se marcha mientras yo me quedo un poco más vacía y triste de lo que

esperaba. Es normal, supongo. Acaba de llevarme al mismísimo cielo, es algo que no todos consiguen y voy a echar de menos eso de él. «¿Solo eso, Berta? ¿Estás segura?»

*

Estos días el trabajo ha sido, más que nunca, mi pulmón. Trabajar y trabajar hasta la extenuación y, cuando no he estado trabajando, me he desfogado dándole duro al saco de boxeo. La frustración se acumula en mí de una forma preocupante y siento que en algún momento voy a petar.

—¡Joder! ¡Es que nada me sale bien! ¡¡¡Nada!!!

—¿Se puede saber qué te pasa? Vas a despertar a tu hija, no son ni las ocho de la mañana.

—¡La taza! ¡Mi taza favorita! Se me ha caído y se ha roto con todo el café dentro.

Voy a por la fregona para limpiar el estropicio. Menuda mierda.

—Anda, te compraré otra, no es para tanto. Voy a servirte otro café.

Me pongo a recoger los trozos de taza del suelo y me corto con uno de ellos. Vuelvo a gritar y a patallar y me enfado tantísimo que solo deseo que todo explote por los aires. A la mierda el mundo de mierda.

—Me parece que mejor que café debería prepararte una tila. Tú no estás así por una taza, Berta. ¿Qué es lo que te pasa?

Y, como preveía, la que explota soy yo. Porque hasta yo tengo un límite, y estas semanas sin Omar se me han hecho cuesta arriba; mucho más de lo que pensé en un principio.

—Es que... estoy un poco irritable porque ya no me estoy viendo con Omar y, no voy a engañarte, el boxeo no es lo mismo, por mucho que también me sirva para desahogarme —digo entre lágrimas que me avergüenzan pero que no consigo frenar.

—Ay, Berta, mira que eres cabezota. ¿No habíais arreglado las cosas cuando quedaste con él para esa supuesta segunda oportunidad?

—No arreglamos nada. Él se reafirmó en que quería más, yo le dije que no podía dárselo, él me contestó que me dejaría un tiempo para que lo pensara, ya que cree que merezco la pena y...

—Qué mono.

—No. Ni se te ocurra. No tiene nada de mono —niego de forma tajante.

—Lo que tú digas, pero sabes que sí. ¿Te lo has pensado?

—Ese es el problema, Ada, que yo no tengo nada que pensar, que jamás podría estar con alguien como él, por mucho que me...

Mierda. Otra vez. El cerebro me falla últimamente.

—¿Por mucho que te guste? Puedes decirlo, Berta, el mundo no va a romperse bajo tus pies porque reconozcas algo que es más que evidente.

La odio cuando se pone en plan sabionda y me odio cuando yo estoy así de vulnerable. Esta mezcla nunca me ha traído nada bueno.

—¿Y qué si me gusta? ¿Qué más da? Teníamos un acuerdo, no tendría que haberlo roto.

—Está siendo sincero con él mismo y contigo. Está siendo consecuente con sus sentimientos. Es lógico que te pida más, ¿qué tiene de malo?

—Que yo no puedo dar ese paso. Pero tampoco quiero dejar de verlo, quiero seguir con lo que

teníamos, ¿tan difícil es de entender?

—Deberías darle una oportunidad. Quizá te sorprenda. —Me sonrío haciendo gala de su buena fe en el mundo y en mí. Todavía no entiendo como no ha tirado la toalla conmigo.

—Ni loca. Yo no soy una soñadora como tú.

—Eres tan cerrada de mente que prefieres perderte una posible bonita historia antes de derribar tus propios prejuicios.

Ha dado justo en el clavo.

—Sí. Sé cómo suena, pero no puedo seguir engañándome. Omar me gusta, y no hablo solo del terreno sexual. Me gustan muchas cosas de él y ojalá pudiera decirle que sí, averiguar cómo seríamos fuera de una habitación de hotel, pero eso no va a ocurrir. Prefiero seguir sola a estar con alguien como él.

—Alguien como él. ¿Pero tú te estás oyendo? —exclama impotente. Sabe que no puede hacerme cambiar de opinión.

—Sí, soy lo peor, la bruja piruja, la zorra sin corazón. No es nada nuevo, puedo lidiar con eso, estoy más que acostumbrada. Lo que mi mente no contempla es el tener algún tipo de relación fuera de la cama con un chico más joven que yo, lavacoches, aficionado al *skate* y al *parkour*. Y árabe, ¡por el amor de Dios! Que me quemén en la hoguera, pero es lo que hay.

Ada se lleva las manos a la cabeza y me mira como si yo fuera un error de la naturaleza. A veces me siento así, también estoy acostumbrada a convivir con eso.

—Así que eliges estar triste y amargada. Porque no negarás que llevas días siendo una sombra de ti misma.

—Se me pasará. Ya sabes que yo siempre tiro para adelante —afirmo retomando la compostura.

—A veces me das miedo, Berta.

—Lo sé, pero es lo que suelo provocar en la gente y me siento cómoda así.

—Yo no me pienso rendir contigo, quiero que lo tengas muy presente. Que por mucho que trates de alejarme, yo jamás lo haré. Siempre veré más allá de tu máscara y siempre te querré. Incluso cuando crea que has perdido el norte y que estás cometiendo el mayor error de tu vida.

Mira que es cabrona, cómo sabe tocarme la fibra. Y por eso yo también voy a estar siempre para ella, pase lo que pase, aunque seamos el día y la noche, aunque discutamos lo más grande.

—Eres una cursi de mucho cuidado. Anda, ven aquí.

Abro los brazos y dejo que me abrace aunque soy yo la que necesita tenerla cerca ahora mismo. Nos tomamos un segundo café en silencio mirando el móvil. Sé que sigue empeñada en encontrar a Biel, pero no le digo nada; por hoy ya está bien. Yo aprovecho para bloquear el número de Omar, para borrarlo de mi lista de contactos, para eliminar todos los mensajes y fotos que tengo suyos. Eso incluye las *fotopollas*. Joder, cómo voy a echar de menos esos momentos y qué diferente podría haber sido. Pero es algo que jamás comprobaré.

—Oye, Ada, antes de irme al trabajo, ¿cómo es eso que dices a veces de las dudas sin resolver?

—¿Vas a volver a llamarme cursi?

—Noooo. —Me río sin esperarlo.

—Que las dudas forman parte de la vida, de nosotros. Que hay algunas dudas que es mejor que se queden sin resolver y que tenemos que aprender a vivir con ellas.

Asiento convencida de mi decisión y sé que Omar será mi duda irresuelta.

—Deberías escribir un poema sobre eso.

—Lo haré.

MARCOS

—Estás de broma, ¿es eso? Tiene que ser eso. ¿Verdad? Marcos, por favor, dime que estás bromeando.

La miro y dudo si seguir siendo sincero o recular. Le digo que estoy bromeando, volvemos a lo de siempre y aquí paz y después gloria. O... ¿Por qué de pronto siento esta necesidad de decirle la verdad cuando nunca me había pasado? ¿Qué ha cambiado en mí? ¿Qué hay de diferente? ¿Qué espero que me responda?

—Sería más fácil para los dos si te digo que es una broma, pero no lo es. Lo siento. —Noto la pesada carga desaparecer de mi espalda.

—Pero... ¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Fuiste tú la que quisiste cortar, ¿te acuerdas? Me dijiste que no estabas enamorada de mí, que nunca lo estarías.

—Y tú me dijiste lo mismo.

—No. Si recuerdas bien, yo me limité a quedarme en silencio. Fueron muchas las veces en las que quise decirte que te quería, pero tenía miedo de no ser correspondido. En el fondo... supongo que siempre lo he sabido.

—Esto no puede estar pasando —solloza llevándose las manos a la cabeza—. ¿Me estás diciéndome que todo este tiempo has sentido algo por mí?

—¿Nunca te has preguntado por qué ninguna chica me parecía suficiente?

—¿Por eso intentaste meterme en la cabeza que me alejara de Biel?

—Berta me convenció para eso, pero sí. Yo también te quería lejos del pandillero y a la vista está el por qué.

Ada aprieta los labios y sé que eso le ha dolido. No era mi intención.

—Nunca dijiste nada cuando estuve con mi ex...

—Creo que porque no veía peligro —le contesto lo más sincero que puedo.

—¿Y por qué mierda me lo dices ahora? ¿Es que quieres terminar de hundirme?

—Para nada, Ada. Lo que intento conseguir es lo contrario, que veas que conmigo sí podrías tener una relación, que yo jamás te haría lo que él te ha hecho. Que yo sí te quiero como hay que querer a una persona.

Se calla la respuesta que tenía a punto de salir disparada en forma de bala y se lleva las manos a los ojos intentando mantener las lágrimas dentro. Yo espero, sintiéndome expuesto, vulnerable y también un poco ruin.

—¿Sabes qué? No puedo hacer esto ahora. No pienso hacerlo. Llevas años mintiéndome, no te mereces ni que te considere mi amigo.

—Pero...

—Pero nada, Marcos. Ya te vale aprovechar mi momento más bajo para contarme algo así.

—Tenía que intentarlo, he creído que hacía bien, que era lo que necesitabas —balbuceo avergonzado y muy arrepentido. Ten-dría que haber seguido con la boca cerrada, no soporto cómo me está mirando.

—Pues has creído mal. ¿Qué esperabas? ¿Que me lanzara a tus brazos y nos diéramos otra oportunidad?

—¿Tan malo sería?

—Sería una mentira. Si de verdad me quisieras, nunca me habrías hecho algo así.

—¿Qué te estoy haciendo?! ¡Quererte! ¿Quién tiene la culpa de eso? ¿Qué hago si no he podido olvidarme de ti?

Estoy gritando. Yo, Marcos Gómez, estoy gritando en medio de la Plaza de las Flores, con la gente mirándome, con Paolita alucinando tanto que ni habla. He perdido los papeles del todo y tomado la peor decisión posible.

—Inventarte una novia falsa, por lo que parece. Fingir ser mi mejor amigo, actuar como si todo estuviera olvidado entre nosotros. ¡Mentir como un bellaco!

—No he sabido hacerlo mejor —le digo a modo de disculpa.

—Vosotros no sabéis hacerlo mejor y soy yo la que paga las consecuencias. Me tenéis harta —susurra levantándose de la silla y cogiendo a su sobrina de la mano.

Sé que no se refiere solo a mí, sé que está hablando también por Berta y por Biel. Ada no se merece esto y odio ser yo el que ha desbordado el vaso. Si en algún momento he pretendido recuperarla confesando la verdad, está claro que he conseguido el efecto contrario. ¿Está la verdad sobrevalorada? ¿Podría haber fingido eternamente? Sé que la respuesta a esta última pregunta es que no. Lo sé porque ya no siento el peso de la mentira sobre mis hombros y eso me gusta. Ahora ese peso sigue existiendo, pero ha sido sustituido por la culpa. Espero que algún día pueda perdonarme. Espero, de corazón, algún día poder dejar de pensar en ella de este modo. Lo nuestro nunca será. Me ha costado más de dos años, pero ya tengo mi duda resuelta.

*

—¡Mi amor! ¿Estás llorando?

Me dejo caer en el sofá verde flúor de Mari Carmen –no verde chillón, como ella misma se ha encargado de puntualizarme en varias ocasiones– que no duda en venir a mis brazos.

—¿Qué ha pasado? ¿Tengo que pegarle a alguien? Le daré con mi taconazo más gordo en la cabeza, tenlo por seguro.

Me saca una carcajada a pesar de estar derrotado. Sé que lo haría.

—La he cagado con Ada. Le he dicho lo que llevo años callando y se ha enfadado.

—¿Le has dicho que nunca llegaste a pasar página? Normal que se haya enfadado, le has estado mintiendo de forma descarada desde que lo dejasteis.

—Desde que ella me dejó. Era mejor eso que alejarme de ella.

—¿Para quién?

Le cuento mi conversación con Ada a Mari Carmen, que es implacable, como en todos los demás aspectos de la vida. Como ella suele decir: me conoce como si me hubiera parido. Resulta que va a tener razón también en eso. Le conté mis sentimientos por Ada al principio de conocernos, cuando lo nuestro solo era sexo loco, cuando yo no tenía con ella ninguna intención más allá de echar un polvo. La usé como una vía de escape, me proporcionó la confianza necesaria para abrirme y yo me la tomé porque realmente lo necesitaba. Me abrí con ella desde el minuto uno, siempre me he sentido escuchado y comprendido, incluso cuando le confesé que grité su nombre al azar en medio de la calle porque estaba desesperado. ¿Su respuesta? Que de azar nada, que estábamos predestinados. No habíamos vuelto a sacar el tema de Ada hasta ahora, ella sabía de sobra cuál era la situación, las cartas estaban sobre la mesa y tiramos para adelante con ellas.

El caso es que entre conversaciones y confesiones, entre citas de amigos, risas locas y sexo de monos, Mari Carmen se ha ido colando en mi vida de una forma totalmente inesperada. De pronto, me vi casi viviendo en su casa, me había comprado un cepillo de dientes eléctrico, calzoncillos, champú anticaspa y galletas María, que son la única cosa dulce que como. «¿Ves? Soy el destino llamando a tu puerta, pero estoy mucho más rica que una galleta». ¿Qué se contesta a algo así? También habilitó su habitación despacho, que todavía no usa porque no es el momento, para que yo pudiera estudiar. Ella cose sus diademas en la cocina porque dice que entre fogones le viene la inspiración. Su parte de fotógrafa la saca en lo que era el cuarto de baño de invitados. Tiró todas las piezas y montó una especie de mesa de revelado, con gavetas de esas con líquido en las que mete las fotos y las saca con unas pinzas. Así, tipo peli. No tiene ni idea de lo que está haciendo, ella lo reconoce, pero le encanta hacerlo y dice que eso es lo más importante. No le puedo rebatir que disfrute con algo, a pesar de que no tenga los conocimientos necesarios. ¿Y si mientras revela fotos de dudosa calidad canta a voz en grito todo el repertorio de canciones antiguas del panorama español? La Jurado, Joselito, Marisol y, su favorito, el grandísimo Nino Bravo. Ya se me hace raro si no la escucho de fondo, pero eso solo ocurre cuando me pongo los tapones que ella me regaló para estudiar. No sé qué decir, me ganó por todos los lados. Dejé pasar un día, otro, otro más... Y ahora no sé pasar más de tres horas sin hablar con ella.

—¿Sabes por qué sigo contigo?

—¿Porque sirvo el mejor yogur helado del mundo?

Sigue pensando que soy el chico que le servía el yogur helado, y yo ya he desistido con eso, qué más da. No me reconozco, me resulta imposible que yo llegue a hacer bromas de este tipo, pero, al parecer, Mari Carmen tiene ese superpoder.

—No, tontorrón. Sigo contigo porque nunca me he creído eso de que sigues enamorado de ella. Tú sigues enamorado del recuerdo, de lo que tuvisteis, de esa posibilidad que nunca llegaste a vivir.

—¿De verdad lo crees?

—¡Claro! Te dije que soy bruja y que en las noches de luna llena, la luna me dice cosas al oído.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes? Igual me habría ahorrado algunos dolores de cabeza.

—Tenías que darte cuenta por ti mismo, solo así se rompe el hechizo.

Me seco las lágrimas y apoyo la cabeza en su hombro. No alcanzo a comprender cómo al principio me parecía una locura todo lo que salía por su boca y ahora le encuentro hasta la lógica.

—Siento si alguna vez te has sentido usada —le digo de corazón.

—Con intención o sin ella, todos usamos a los demás para algo. Me alegra ser tu clavo que saca a otro clavo. Es todo un piropo, si lo piensas bien.

—Sí, pero yo no tengo tan claro como tú que vaya a poder pasar página con ella así de fácil. Y te he cogido cariño, la verdad, no quiero engañarte a ti también. Bastante mal me siento ya.

—Ay, Marcos, no me seas agorero. Tú solo sigue estudiando, sigue viviendo conmigo, deja que yo me encargue de todo.

—No vivimos juntos —le contesto con la duda asomando en mis ojos.

—Lo que tú digas...

—Que me hayas comprado un cepillo de dientes como el tuyo y lo hayas puesto en tu vaso, o que yo esté mucho por aquí, no significa nada.

—No. Nada de nada. Todo sigue igual —dice con voz tenebrosa, como si estuviera lanzando un conjuro.

—¿Qué haces?

—Llevo tiempo haciéndote brujería.

—¿Perdona?

—Mientras duermes, no te preocupes, es magia blanca. —Me sonrío.

—Tía, estás fatal. —Trato de no darle importancia, pero hay una parte de mí que cree a pies juntillas todo lo que dice. Quizá sea la parte que ya ha sucumbido a su hechizo.

—Pero está haciendo efecto, ¿es que no lo ves?

—¿Sabes qué? Que yo ya no sé ni lo que veo, que lo mismo tienes hasta razón. —Suelto una carcajada por lo absurdo que me parece todo.

—Verás que sí. ¿Y sabes cuál va a ser mi próximo encantamiento?

—¿Conseguir que los periquitos no se te mueran? Porque ese estaría bien...

—Sí, ese sería interesante, pero tengo algo más serio entre manos. Voy a traer a Biel de vuelta.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Ada y Biel son como los periquitos, especies monógamas que forman parejas estables durante toda su vida. ¿Acaso no te diste cuenta? Son como nosotros —dice lo de más segura de sí misma con una enorme sonrisa en la cara. Después me da un beso de tornillo que me deja patidifuso.

—No te ofendas, pero dudo mucho que puedas cambiar las cosas.

—Me subestimas, periquito mío. Tú espera a la próxima luna llena y verás.

ADA

Rendición.

Que por mucho que corras no llegas.
Que por mucho que busques no encuentras.
Que el tiempo te vence y se lleva la esperanza.
Que el dolor te envuelve quitándote las ganas.
Que, entre mares y puñales,
entre fuerzas que se agotan,
tus sueños que son males,
y tú, todo quieres, todo explota.

¿Durante cuánto tiempo podemos perseguir a un fantasma? Nunca he sido demasiado orgullosa, soy de las que piensa que hay situaciones o personas por las que merece la pena luchar, renunciar, hacer el esfuerzo y el sacrificio, incluso si tienes que traspasar tus propios límites. No me parece de débiles, de tener poca autoestima o de ser unos arrastrados, como dice Berta. Hay que ser fuertes para perseguir algo en lo que se cree, para pelear por ello. Yo creía en Biel. Creía en lo nuestro. Por eso lo intenté con todas mis fuerzas, ganas y esperanzas. A pesar de las advertencias y regañinas de mi hermana, a pesar de que quise hundirme en el pozo más hondo tras la confesión de Marcos, a pesar de que solo que-ría llorar y llorar. Voy a decirte algo: cuando estés dudando si despedirte de alguien o no, hazlo. Despídete siempre. Aunque sea con una mala excusa, una mentira. Tal vez la persona a la que dejas necesite esa mentira y se agarrará a ella como a una tabla salvavidas, porque es lo único que le dejarás. El por qué. En su fuero interno sabrá que está creyendo algo que no es real, pero necesitará creerlo; al menos, mientras esté curando. Ahora mismo, no se me ocurre nada peor que hacerle a alguien que desaparecer de forma repentina negándole la posibilidad de hablar, de decir adiós. No es justo. Es doloroso. Dañino. Muy cruel. Por eso, tras días y semanas de sacar fuerzas de debajo de las piedras, de mantener viva la esperanza, de confiar en que lo que viví junto a él fue real, no me quedó más remedio que darle la razón a Berta. Y ahí, sí que me picó el orgullo, porque jamás habría imaginado que yo le reconociera que a veces, en lo que al amor se refiere, no merece la pena luchar. No se puede perseguir a un fantasma que no quiere ser encontrado. Lo único que conseguirás será convertirte tú en otro fantasma. Yo me dejé la poca energía que me quedaba en esa búsqueda y, ahora, ¿qué soy? Una sombra de mí misma. ¿Qué tengo? Un dolor que desgarrar con uñas de acero. Biel... ¿Dónde estás? ¿Me engañaste? ¿Jugaste conmigo? ¿Me enseñaste todo tu mundo para después hacerlo desaparecer? ¿Por qué no quieres que ninguno de tus allegados me diga nada de ti? ¿Qué hice mal?

Esta última pregunta danza en mi mente a todas horas. ¿Qué pasó? ¿En qué me equivoqué?

¿Qué hizo que pasáramos de estar hablando por mensajes a la nada más absoluta? Le he dado muchas vueltas, tantas que he llegado a marearme. También he bailado, mucho. Pero después de haber compartido ese momento tan especial con él en la escuela de danza en Navidad, bailar ya no es lo mismo. Ahora me recuerda a él. Hasta en los recuerdos de mi infancia se ha colado, sin saber cómo puede ser eso posible. He escrito hasta dolerme la mano. Algunas cosas han quedado rescatables, pero la mayoría son gritos de auxilio, preguntas lanzadas al viento, sollozos hechos tinta y tachones furiosos. Me pregunto qué habrá sido de las páginas que arrancó de mi libreta, de su promesa de coleccionar mis poemas. ¿Para qué, Biel? ¿Para qué tanta parafernalia si pensabas desaparecer? He buscado en internet acerca del dolor y he encontrado algo curioso. El corazón también nos duele como nos puede doler la cabeza o el estómago. Es un dolor físico, no solo del alma, y saber eso me calmó un poco. O quizá fue el paracetamol que aconsejaban tomar en ese foro de víctimas del *ghosting*, ya no sé qué pensar. Poesía, eso siempre me hace bien. Lorca, Machado, Espronceda, Bécquer. Ay, Bécquer, cómo me gustas. Y la música, la música siempre es bálsamo. La mía, mi querido Chopin, aunque últimamente estoy más en sintonía con Beethoven, seguramente porque compartimos el alma torturada. Su música. La lista de reproducción que creé con sus canciones y que me remueve a más no poder. La que me pongo en plan masoquista una y otra vez, sin descanso, hasta enloquecer. Descubrir cosas del mundo de otra persona es alucinante, pero, sin darte cuenta, ese mundo también pasa a ser un poquito tuyo. Si tienes la suerte de poder compartirlo para siempre, aprovéchalo. Yo ahora siento que todo eso que me enseñó se ha ido con él. Sus calcetines de monigotes, sus camisas horteras, los monopatines, sus bailes, sus ondas rubias, su pendiente de aro. También se ha llevado con él a la parte de mí que amaba todo eso. Y cuando me dejó yo ya lo amaba muchísimo, así que siento que se ha llevado todo de mí. Puto Biel.

Hoy me he levantado con más energía, con ganas de volver a salir al mundo. Es once de abril, mi cumpleaños. Veinticinco años, un cuarto de siglo. Tengo que convertir este día en un antes y un después, decir adiós a la Ada deprimida y dar la bienvenida a una nueva Ada, una que querrá comerse de nuevo el mundo, una que volverá a tener ganas de pasear bajo la lluvia, y abril, aguas mil, es el mes idóneo para hacerlo. Lo primero que hago nada más levantarme es ir a visitar a Pedro. He estado haciéndolo de manera asidua desde la primera vez que aparecí por la residencia llorando a moco tendido, desesperada como nunca antes lo había estado. En esas cuatro paredes de color verde musgo y muebles de madera oscura, rodeada de ancianos, me sentía menos mal. Me recuerda un poco al ambiente que hay dentro de una iglesia, solo que no he sido capaz de pisar una desde que mi madre nos dejó. Pedro se ha convertido en una especie de sacerdote para mí, y saber que los abuelos se alegran con mi visita me hace sentirme bien y evadirme durante un rato de mis propias penas. También, aquí me siento más cerca de él.

—¡Has venido!

—Claro, Pedro, te lo prometí.

Biel también me prometió que nunca me haría daño.

—Ay, mi niña, tan pronto y ya llorando. Bueno, siéntate, no pasa nada. Tú llora tranquila, yo voy a buscar tu regalo.

Llorar tranquila, rodeada de ancianas que me cogen la mano en señal de afecto. Es surrealista, aunque reconfortante de una forma que no sé explicar. Supongo que la gente mayor comprende mucho más las lágrimas. Las respetan, les dan su tiempo, el valor que tienen. Por eso las dejo salir hasta que ellas solas deciden parar.

—Te dije que no quería regalos.

—Y yo te dije que te lo iba a hacer dijeras tú lo que dijeras. ¿Sois tan modernos que los regalos de cumpleaños están pasados de moda? Que sepas que he tenido que sobornar a ese de ahí —me susurra señalando a uno de los enfermeros—, así que espero que te guste.

Biel tenía razón, este señor es entrañable. Al menos, eso no fue una mentira... Quito con cuidado el papel que envuelve una pequeña caja rectangular y la abro. Suspiro emocionada al ver la estilográfica que hay dentro. Es negra y dorada con un grabado floral de lo más elegante. Es una pasada.

—¿De verdad has comprado esto para mí? ¡No tendrías que haberte molestado!

—Quería hacerlo. Una poetisa como tú tiene que tener una pluma elegante con la que dar forma a eso que llevas dentro.

—No soy ninguna poetisa, Pedro, pero muchas gracias por el regalo. Es muy especial.

—¿No eres poetisa? ¿Entonces que hay en esta libreta? —pregunta sacudiéndola en el aire—. La modestia está sobrevalorada. Y ya sé que el regalo es demasiado clásico para una joven como tú, pero hay cosas que no tienen por qué modernizarse y esta es una de ellas.

Le sonrío sabiendo que tiene razón. Adoro la sencillez, yo misma soy de lo más clásica, tal y como me decía Biel. Joder, es imposible no acordarme de él a cada mínimo detalle.

—¿Sigues sin saber nada de él?

No hace falta que diga su nombre, sabe perfectamente a quien me refiero.

—No. Lo siento. Pero ten por seguro que cuando ese truhán aparezca, porque lo hará, le pienso dar un buen tirón de orejas y unos garrotazos de los míos.

—Dáselos lo más fuerte que puedas, también de mi parte —le digo a duras penas—, pero no le digas que he estado viniendo por aquí.

—¿Y eso por qué?

—Prefiero que sea nuestro secreto.

—Entiendo. Puedes contar con ello.

Lo miro agradecida y me preparo para decirle lo que llevo tiempo pensando.

—Pedro, en realidad, yo... Esta va a ser la última vez que venga por aquí —murmuro con miedo a que me regañe, aunque estoy convencida de mi decisión—. Necesito desvincularme del todo de él y eres el último eslabón que me queda por romper.

—Vaya, eso es todo un halago. Me alegra que no te deshicieras de mí el primero.

—¿Lo entiendes?

—A la perfección. No tienes que decir nada más.

Me pongo de pie dispuesta a marcharme. Sé que es lo mejor para mí, pero voy a echar mucho de menos estos ratos.

—Cuando todo esto pase, tal vez...

—Niña, no le hagas promesas de futuro a un viejo como yo. Démonos la mano, alegrémonos de habernos conocido y déjame marchar. Así es como tiene que ser.

No digo nada más, no tiene sentido. Le estrecho la mano, pero no me resisto a abrazarlo antes de irme sin mirar atrás. Salgo de la residencia sintiendo que he cerrado la puerta del pasado y entro en casa sabiendo que estoy abriendo la del futuro.

Berta y Paolita me esperan junto a la puerta con unos ridículos gorritos de purpurina y la canción de Cumpleaños Feliz, de Parchís, la favorita de mi sobrina, sonando a todo volumen.

—¡Felicidades! —gritan al unísono.

—Gracias, pero ya te advertí que no tengo el cuerpo para fiestas —le digo a mi hermana.

—Tata, ¿te guztan loz gorroz? Loz he elegido yo porque tienen un montón de *pulpulina*. Mira, todo el zuelo eztá lleno, la cara, laz manoz, ¿ez la fiezta de la *pulpulina*!

—Es genial, cariño, me encantan. ¿Cómo te has dejado convencer? —le pregunto a mi hermana, la reina del orden y la limpieza.

—Me ha prometido que pasaría ella la aspiradora y he decidido creerla. Ya llevábamos media hora en la tienda recorriendo pasillos y necesitaba salir de allí.

—Toma, tata, el tuyo ez verde, tu color favorito.

Me agacho para que me lo ponga, gesto que ella aprovecha para decirme algo al oído.

—Te hemoz comprado una tarta de vainilla y caramelo. Y de regalo un montón de ropa, pero ez un zecreto.

Me río mientras mi hermana le regaña. No sé el resto de niños, pero esta no sabe lo que significa guardar un secreto, ella todo lo tiene que decir. Pero resulta que esta vez no lo dice todo, porque cuando entro al salón me encuentro con una sorpresa que no esperaba.

—¿Qué haces aquí? —grito al borde del colapso.

—No quería perderme este día.

—¡Pues haberlo pensado antes! ¡Te prohibí la entrada a esta casa! ¡Te prohibí que te acercaras a ellas!

—Ada, por favor, ¿cuánto tiempo más vamos a estar sin hablar?

—El que sea necesario hasta que se me olvide, o hasta me des igual y logre perdonarte. Berta, esto es una marranada.

—Lo sé, pero quería hacerlo —se encoje hombros indiferente.

—¿Fastidiarme el cumple?

—Ayudarte a arreglar las cosas con él.

—Pues no quiero. O se va él o me voy yo —digo lo más digna que soy capaz.

—Nadie se va a ir. Vamos a comer todos juntos en paz y armonía un trozo de tarta, en mi caso, uno diminuto, y vamos a volver a ser los que éramos. Ya es hora de dejar las tonterías a un lado.

—¿Te parece una tontería lo que me hizo?

—Me parece que, como mínimo, tenéis una conversación pendiente.

Gruño sabiendo que estoy sola en esto, que quizá tenga razón y, puestos a empezar de nuevo, mejor hacerlo con todo. Me acerco hasta Marcos y le quito la tarta de las manos.

—No toques mi tarta. Y tienes pinta de idiota con ese gorro.

—Es lo que soy, un idiota de campeonato.

—Al que no pienso darle ni un trozo de mi pastel de cumpleaños —refunfuño.

—No he venido por eso, sabes que no me gustan los dulces.

—No deberías haber venido.

—Ada, llevas semanas pasando de mí, ¿cuánto tiempo más vas a castigarme?

Me giro para volver a echarle la bronca a Berta, pero ha desaparecido junto a mi sobrina. Genial.

—Marcos, no quiero volver a hablar de eso. Lo hiciste fatal, no puedo seguir siendo tu amiga si tú esperas más de mí. No es justo para ti y tampoco para mí.

—¿Y si te digo que todo eso que te dije forma parte del pasado?

—Sí, claro, cualquiera te cree ahora —bufo.

—Me he ido a vivir con Mari Carmen.

—¿Cómo?

—Es lo que intentaba decirte, que he dado el paso, pero no me cogías el teléfono. Después de hablar contigo y contarte todo, tuve una conversación muy seria con ella y saqué muchas cosas en claro.

—¿Qué cosas?

De pronto ya no siento tanta rabia. Es como si al tenerle delante, parte de mi enfado se hubiera esfumado, como si volviera a ser mi amigo, el que siempre ha estado ahí, y no el ex traidor y mentiroso. Eso, y que en estas semanas, aunque he estado muy enfadada con él, también lo he echado mucho de menos.

—Que siempre te querré, pero que yo me estaba equivocando en la forma. Me había empeñado en hacer realidad una idea que solo estaba en mi mente, no veía más allá de ti, pero ha llegado ella y... Mari Carmen, contra todo pronóstico, me gusta. Mucho, además.

—¿Lo dices en serio?

—No me lo puedo creer ni yo, lo sé. No tiene sentido, Mari Carmen es... Mari Carmen. No hay palabras para definirla. Me entiende, me hace reír y hasta se ríe conmigo.

—Pero si tienes el sentido del humor de un palo de madera.

—Lo sé. Pero con ella soy gracioso o, al menos, a ella le hago gracia. Y me ha cuidado mucho, me apoya, me compra galletas y puedo ser yo. Abierto, relajado, transparente.

—Joder...

Estoy boquiabierta, jamás pensé que le oiría decir algo así, y menos refiriéndose a alguien como ella, pero me parece muy bonito.

—Lo sé. —Se ríe. Él está más sorprendido que yo.

—Ya me cayó bien cuando la conocí, pero es que ahora se ha convertido en mi ídolo. ¡Ha conseguido transformarte en alguien decente!

—Imbécil.

—Y tú tonto del culo.

—Pues este tonto del culo te desea muchas felicidades. ¿Un abrazo de cumpleaños?

Me hago la remolona, pero al final cedo. Si es que no sé enfadarme con nadie ni cuando se lo merecen. Un poquito más de mano dura al estilo Berta no me vendría mal para estos casos, al igual que ella necesita un poco más de mi mano blanda, pero qué le vamos a hacer. Somos como somos. Marcos se marcha después de compartir un trozo de tarta que le obligo a comer en señal de perdón. Berta ha querido darnos algo de intimidad para terminar de arreglar las cosas y se ha recluido en su habitación con Paolita. Grito que ya pueden salir y lo hacen a toda prisa. No me imagino lo que ha tenido que hacer para mantener a mi sobrina encerrada en una habitación sabiendo que había tarta de cumpleaños aquí fuera.

—¡Por fin! Tata, quiero el trozo más grande del mundo.

—Y yo necesito champán. Le he contado como ochocientos cuentos ahí dentro.

Mi hermana y yo brindamos, rellenamos copas y volvemos a brindar. Cuando sirve el último trago, se pasa al whisky.

—¿Me sirves un poco?

—¿Tú bebiendo whisky?

—Problemas de corazón roto —gimoteo.

—Pues ya somos dos. Está siendo más difícil de lo que pensaba.

Que mi hermana reconozca algo así en voz alta me resulta increíble y lo valoro mucho.

—Berta, ¿por qué no...?

—Porque no —me interrumpe sabiendo lo que voy a decir—. Te dije que se había acabado y ya sabes que yo jamás doy un paso atrás.

—¿Aunque te desangres en el proceso?

—De los mayores charcos de sangre surgieron los mejores héroes —dice de una forma muy teatral, con el brazo en alto.

—Menuda estupidez. Quítate ya ese disfraz de *superwoman* y acepta que Omar te gusta más de lo que pensabas

—Acepta tú que Biel no va a volver y deja de llorar por las esquinas.

Nos batimos en un duelo de miradas asesinas que termino perdiendo, como siempre.

—Ya lo he aceptado. Me he propuesto que hoy sea el primer día de mi nueva vida —le confieso con un nudo en la garganta.

—¡Por fin! Brindemos por eso.

Mi hermana se acuesta con la excusa de ir pedo y me deja a mí con Paolita dinamita, que sigue comiendo tarta, pero ahora lo hace a bocado limpio. Se ha pringado hasta el pelo.

—Señorita, andando a la ducha y directa a la cama que es tardísimo.

—Noooooooo. ¡No me quiero bañar!

—Ya lo creo que sí. Y rapidito que estoy cansada.

—Tata, a mí no tienez que engañarme. No eztáz canzada. Eztáz trizte.

Sus palabras me dejan perpleja en medio del pasillo que conduce hasta el baño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo también echo de menos a Zpiderman. Llevaz trizte dezde que ze fue.

—Me parece que sí. A ti no puedo engañarte.

Me limpio con disimulo una lágrima mientras le quito la ropa y la meto bajo el chorro de agua templada.

—¿Zabez lo que he pedido de dezero de cumpleaños?

—¡Oye! Tú no puedes pedir ningún deseo, eso es privilegio de la cumpleañera al soplar la vela.

—Bueno, tata, por zi acazo. A vecez laz trampaz funcionan. —Se ríe en plan malvado.

—Eres una listilla... ¿Qué has pedido?

—No te lo puedo decir o no ze cumpliré. ¿Te lo digo al oído?

Me acerco hasta ella y la abrazo a pesar de que está empapada.

—He pedido que Zpiderman regreze para que tú vuelvaz a zontreír.

La miro sobrecogida y me echo a llorar. Ya qué más da, hasta mi sobrina se compadece de mí.

—Lo haré, cariño. Te prometo que volveré a sonreír aunque no volvamos a verle.

—Te quiero, tata.

—Y yo a ti.

Termino metiéndome en la ducha con ella y de ahí pasamos a mi cama. Ha sido un día extraño, reconfortante y triste a la vez. El primer día de mi nueva vida, le he dicho a Berta. El primer día de mi vida sabiendo que tengo que continuar sin él. Lo haré, mañana me enfrentaré a eso. Pero ahora solo quiero dormir para olvidar.

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). Cada motivo. EZVIT 810

BIEL

Sesenta y tres días. Ni uno más ni uno menos. Esos han sido los días que he necesitado para entender lo que estaba pasando, para volver a hundirme y resurgir, para echarle valor. Para ponerme en contacto con ella de nuevo. ¿Cómo resumir lo que ha pasado desde entonces? Lo sé, empezando por el principio y eso fue... Ah, sí, con el ataque de ansiedad que me llevó directo al hospital. Estaba hablando con Ada por WhatsApp, como siempre, cuando mi peor pesadilla se plantó frente a mí. Julia estaba en mi piso, en mi salón, sonriendo tan tranquila, pretendiendo presentarse ante mí como Rocío, la nueva novia de Gon. Huí escaleras abajo como alma que lleva al diablo. Al llegar a la calle comencé a ver borroso, a escuchar un zumbido agudo dentro mi cabeza. Me agache tratando de tomar asiento sin caerme, pues ya sabía lo que iba a pasar; no era la primera vez. Y pasó. Me desperté en el hospital en el que un mes atrás había estado repartiendo regalos como rey mago. El médico me dijo que había llegado con un importante cuadro de estrés, ansiedad y ataque de pánico que había disparado los niveles de cortisol, con el peligro que eso conlleva. Él y mi antigua psicóloga, con la que había contactado gracias a mi historial clínico, me dijeron que nada de móvil hasta nuevo aviso. Me permitieron hacer una única llamada, como en la cárcel, y supe que tenía que llamarle a él. Lo más importante en ese momento era ponerle sobre aviso.

Gon fue rápido en llegar y lo hizo sin ella, tal y como me había prometido. Me contó que la había conocido durante las fiestas de Navidad, que era de un pueblo vecino, que se llamaba Rocío y que estaban muy enamorados. Un amor de esos que surgen en unas horas y que arrasa con todo. Yo le conté que esa no era Ro-cío, que era Julia, la ex de la que tanto le había hablado, la chica con Trastorno Límite de la Personalidad que me destrozó la vida. Le dije que ella nunca había desaparecido del todo de mi vida, que durante el año que estuvimos separados ella seguía mandándome señales. Como un cazador que quiere asegurarse de que su presa sepa que en cualquier momento se la puede comer, que él tiene el poder, que solo está donde está porque él lo permite. Nunca tuve la seguridad de que esos mensajes anónimos y esas llamadas perdidas fueran de ella, pero sin saberlo, lo sabía. Mi psicóloga me había dicho que tenía que aprender a lidiar con eso, que en algún momento ella se cansaría, que yo tenía que seguir con mi vida y que, para superar el trauma, tenía que enfrentarme a él. Por eso, también me aconsejó que no me cambiara de piso, porque yo estuve a punto de mudarme no solo de vivienda, sino de ciudad. Por suerte, ella es de un pueblo, no de Murcia capital, pero no habría estado tranquilo ni si fuese de Kuala Lumpur. He estado viviendo en un sinvivir desde que decidí ponerle fin a lo nuestro por segunda vez, sabiendo que sería la definitiva. Al principio fue angustioso, me parecía verla en todas partes, incluso oía su voz. Con el paso del tiempo, al ver que no se había presentado en mi casa, como yo temía, me relajé. Ahí fue cuando conocí a Ada. Siguieron las llamadas furtivas y mensajes anónimos, pero ya no me afectaban tanto. O eso creía. Y entonces, cuando mejor estaba con Ada, ella apareció. Como una puta pesadilla. Gon me dijo que le había hablado de Omar y de mí, me explicó cómo la había conocido, y ahí supe que aquello de casualidad no tenía nada. Ella se había agarrado a él para volver a mí. Por supuesto, Gon se enfadó mucho conmigo, discutimos a lo grande, me dijo que había perdido la cabeza y consiguió que lo echaran del hospital por la fuerza.

Mi psicóloga me confirmó que la única manera en la que ella podía volver era haciendo ver

que ya me había superado, que ha-bía encontrado a otro. Pero nunca llegó a olvidarme del todo, quería hacerme daño, esa era su venganza contra mí por haber cortado la relación. Quería volver a mi vida para torturarme y qué mejor forma que como novia de mi mejor amigo. Es sádico, pero algunos limítrofes o *borderlines* son así. Dañinos, empatía cero, baja o nula autoestima, persuasivos, imprevisibles, manipuladores y vampiros emocionales entre otras cosas. Son tantos los matices y posibilidades que albergan, que hasta los psicólogos y psiquiatras cogen con pinzas todo lo relacionado en torno a ellos. Ahí, todos mis miedos volvieron de golpe, volví a sufrir esos terribles ataques de pánico y le pedí a mi psicóloga que me encerrara en una habitación aislada e incomunicada. No quería salir al mundo exterior, estaba paralizado, aterrorizado. Había vuelto a mis peores momentos. Quise escribirle a Ada, llamarla, explicarle lo que estaba pasando, pero en esos instantes me sentía como un loco con camisa de fuerza, no podía pensar en darle las explicaciones que merecía. No quería que me viera así y no quería hacerle más daño del que ya le había hecho desapareciendo de esa forma, por lo que no hice nada. Contacto cero con el mundo exterior. Terapia intensiva de nuevo. Volvía al punto de partida y no me quedaban fuerzas para ocuparme de otra cosa que no fuera yo. No podía encargarme de Ada. Todavía no.

Retomé con mi psicóloga las sesiones que ya me salvaron una vez, creyendo imposible que tuviera que volver a pasar por lo mismo, a pesar de saber que los TLP siempre regresan a su víctima cuando necesitan un chute de energía. Ya le había dado una segunda oportunidad como pareja y creía tener las herramientas necesarias para enfrentarme a su posible regreso, pero la realidad fue que el miedo de volver a caer en su trampa pudo conmigo. Cuando estás en medio de un ataque de ansiedad o de pánico, sientes como si una fuerza inmensa te hubiese catapultado a otra dimensión aislada del mundo real en la que solo estás tú con tu locura. Nadie te entiende, nadie te acompaña. Estás solo, asustado, incomprendido y muy angustiado. Mi psicóloga volvió a rescatarme del pozo en el que ya había habitado una temporada y me llevó de nuevo hacia la luz. Poco a poco fui sintiendo que algo iba tirando de mí de nuevo hacia La Tierra, a mi vida, al Biel que ha-bía sido hasta el fatídico momento.

Cuando ya me encontraba mejor pedí hablar de nuevo con Gon, aunque mi psicóloga tenía sus reticencias. Claro está, yo tampoco sabía si él iba a querer hablar conmigo. ¿Y si pese a todo seguía con ella? ¿Y si no me creía y dejábamos de ser amigos? ¿Y si ella hacía con él lo mismo que me hizo a mí?

—Acho, menuda mierda —me dijo nada más cruzar la puerta de la habitación del centro de salud mental en el que seguía ingresado.

—Lo siento, Gon. Siento haberte dicho todo aquello, pero yo solo quería avisarte, no quería que también se aprovechara de ti.

—Lo sé. Al principio pensé en coserte a puñetazos, pero te vi tan mal que no me cabía en la cabeza que todo fuese mentira, así que después de días observándola y pensar lo que hacer, hablé con ella.

—¿Qué le dijiste?

—Soy un cabrón. —Se rio con un deje de dolor—. Le pedí que me pasara un botellín de cerveza, pero lo hice llamándola por el nombre de Julia. Quería probar, ver su reacción.

—¿Y?

—Me quedé helado al ver que me contestó como si nada y que no se dio cuenta del detalle hasta pasados unos segundos. Me gritó: ¿cómo me has llamado? Tenía una mirada que no había

visto jamás. Me dio miedo, tío. Mucho. Le dije que me lo habías contado todo, que sabía lo que pretendía, quién era en realidad. Tu versión era imposible de creer, una ida de olla, pero al ver cómo ella había reaccionado al oír su verdadero nombre, supe que tenías razón.

—Ojalá no la hubiera tenido.

—Pues sí, porque ahora nos toca pagar el arreglo de la cocina.

—¿Y eso?

—Se volvió puto loca, tío. Empezó a romper cosas, a tirar todo lo que pillaba. Contra el suelo, contra las paredes, hacia mí. Arrancó las puertas de los armarios de cuajo, como Sanson, macho, una cosa increíble. No sabía quién era esa que tenía delante ni por qué parecía tener la fuerza de David El Gnomo.

Me reí hasta llorar con aquella comparación tan precisa y parecida a la realidad. Se le había caído la careta. Cuando yo la descubrí se limitó a desaparecer. Casi. Por un tiempo. Pero cuando Gon vio lo que había debajo de esa fachada de novia enamorada, se la llevaron los demonios. Algunos limítrofes son de lo más violentos y se vuelven extrañamente fuertes en ese tipo de situaciones.

—¿Qué pasó después?

—Me mandó a la mierda, me insultó, me lanzó una especie de maldición y, antes de irse, estrelló la maceta de la entrada contra la puerta de la cocina y se cargó el cristal, lo único que había dejado intacto.

—Joder.

—¿De quién me había enamorado yo, tío? ¿Cómo pude estar tan ciego?

—Te habías enamorado de lo que ella quiso mostrarte, una versión hecha a medida para ti. Es manipuladora, embaucadora y cualquiera habría caído en su red. No tiene sentido que te echas piedras encima.

Gon me confesó que le estaba resultando muy difícil aceptar lo que había pasado, que no sabía cómo desenamorarse de alguien que nunca había existido en realidad. Lo puse en contacto con mi psicóloga y comenzaron su propia terapia. Por suerte, Julia no tuvo el tiempo suficiente para destripar a mi amigo, pero le bastó dejarse ver una sola vez frente a mí para que yo volviera a retroceder un año en el tiempo, con el agravante del poso que dejan las cicatrices múltiples.

Pasaron semanas hasta que me encontré con fuerzas suficientes para salir a la calle, para volver a casa. Eso sí, manteniendo las sesiones con mi psicóloga, que para mí eran como el flotador en medio de un naufragio. Mi primera terapia en el mundo real fue ayudar a montar la nueva cocina que, la verdad, buena falta tenía. Entre los tres compramos una básica de Ikea y sudamos la gota gorda intentando comprender las instrucciones. Nos llevó tiempo y sobraron tornillos, pero conseguimos un resultado decente del que estamos muy orgullosos. Con cada trozo de madera vieja que tiraba y cada mueble nuevo que atornillaba, sentía como si estuviera enterrando por fin mi pasado, dando paso a una versión más nueva y bonita de la realidad. Gon ya se había encargado de cambiar la cerradura de casa y ya sabíamos que Julia no volvería a aparecer por allí. Le habíamos desmontado la farsa, el teatro, por lo tanto no volveríamos a saber de ella, ya que no tenía con qué jugar. Mi psicóloga nos lo aseguró y yo necesitaba creerlo.

Lo siguiente que hice fue ir a ver a Pedro. A él lo necesitaba como el respirar. Se le escapó un grito de emoción al verme, pero le duró un décimo de segundo. Estuvo ávido para coger el

bastón y darme garrotazos desde los tobillos hasta la cabeza. También me llevé un buen tirón de orejas. Me merecía eso y más.

—¿Qué ha pasado, muchacho? ¿Dónde te habías metido?

—¿Te acuerdas de la bola de nieve que te regalé con el nombre de Julia en su interior? Yo también tuve a mi propia Julia, pero la historia es muy diferente. Ya te había hablado de ella, pero nunca había llegado a ponerle nombre. ¿Tienes un rato y te lo cuento todo?

Pedro me dijo que no tenía otra cosa que hacer en lo que le quedaba de vida, así que me exployé de lo lindo, le relaté hasta los detalles más íntimos y contesté con paciencia todas sus preguntas. La extensa charla me sirvió también de terapia, y Pedro me regaló algunas joyitas de esas que él suele soltar de vez en cuando. Verdades como puños, según él. Me gustó que escuchara sin juzgar, sin quitarle importancia, sin decirme que lo tenía que superar. Según él, no tenía que superar a Julia, sino que tenía seguir con mi vida a pesar de Julia. No me juzgó por la segunda oportunidad que le di, ni por mi decisión de desaparecer esta vez, pero tampoco me endulzó la realidad.

—Ada se ha dejado caer por aquí. La chiquilla ha estado buscándote desesperada, se negaba a creer que habías desaparecido de esa forma. Ha peleado por ti, creía en lo vuestro, pero esta mañana ha venido para despedirse. Me ha dicho que tiene que cortar con cualquier lazo que la una a ti y yo soy uno de esos lazos. Ha decidido avanzar. Le he prometido que no te diría nada, pero a veces hay que saltarse algunas reglas.

Se me cayó el alma a los pies. Me encontraba con fuerzas de superar cualquier cosa, pero jamás iba a poder perdonarme el daño que le había causado. Desaparecí de su vida, tal y como Julia había hecho conmigo. Me fui sabiendo lo muchísimo que duele que te hagan algo así.

—¿Ha venido esta mañana?

—Sí. Ha estado viniendo por aquí, supongo que porque es lo único que le quedaba de ti, este viejo insufrible. Le has hecho mucho daño.

—Lo sé. He hecho justo lo que le prometí que nunca haría; lo mismo que hicieron conmigo.

—Te va a costar mucho recuperarla.

Mastiqué sus palabras. ¿Estaba listo para intentar recuperarla, con todo lo que eso implicaba? ¿Podría perdonarme a mí mismo lo suficiente como para suplicarle a ella su perdón?

—¿Crees que hay alguna posibilidad?

—Quiero pensar que sí. Te sigue queriendo a pesar de todo, no hay más que leer sus poemas. Menuda suerte has tenido, chaval.

—¿Qué? Espera, ¿te ha dejado leer su libreta?

—No solo eso, la hemos leído juntos y hemos hablado largo y tendido de poesía. Es una gran chica.

Otro latigazo de pena y culpabilidad me recorrió entero. Volví a moquear sintiéndome un niño indefenso falto de amor.

—Lo he hecho fatal, Pedro. Ella es muy especial y yo...

—Tú también lo eres y has hecho lo que has podido con lo que tenías. No es tiempo de fustigarte, es tiempo de pelear. Si de verdad la quieres, házselo saber.

—¿Y cómo lo hago? Seguro que no quiere volver a verme la cara.

—Encuentra la manera. Eres un muchacho listo, siempre lo has sido.

Suspiré derrotado sabiendo que el reto que tenía por delante era el mayor y más difícil de todos. Conseguir que Ada vuelva a creer en mí.

—Gracias, abu. Me tengo que marchar ya.

—¿Sabes que hoy es su cumpleaños?

Se me había olvidado, pero sí lo sabía. Once de abril, habíamos hecho planes para celebrar el primer cuarto de siglo. Íbamos a hacernos un pendiente juntos. Ella quería sumar otro más a su colección, añadir el séptimo en sus redondeadas y pequeñas orejas. A mí me hacía ilusión hacerme un aro en el trago, el pequeño triángulo de cartílago que tenemos justo a la entrada del oído.

—Anda, toma. He decidido echarte una mano.

—¿Cómo tienes tú esto?

—Se la he cogido del bolso. Siempre lo lleva abierto. —Se carcajeó—. Así tendrás una excusa para verla.

—Gracias, pero ¿cómo sabías que yo iba a volver por aquí?

—No lo sabía, aunque siempre he sido un soñador nato. Tenía que intentarlo.

Me despedí de Pedro con la libreta de Ada en mi poder. Tenía que recuperarla como fuera, volver a ganármela, así tuviera que traer nieve de color verde a la mismísima Murcia en plena primavera. Ni de puta coña iba a permitir que esa duda se quedara sin resolver.

ADA

Flotan, bailan, saltan y vuelan.
Revolotean como mariposas,
también, como moscas traicioneras.

Su zumbido te atraviesa.

Vibrante.

Constante.

Las posibilidades flotando en cualquier parte.

¿Cuántas hay?

¿Más de cien?

Infinitas, me dijiste.

No quiero tantas, te contesté.

Escoge una, prueba suerte.

¿Y si la suerte está del revés?

Le damos la vuelta.

¿Cómo?

Dando la duda por resuelta.

Abro los ojos dispuesta a empezar mi nueva vida. Anoche ya lloré suficiente, es tiempo de resurgir. Me quedo en la cama mirando al techo, llenándome de fuerzas los bolsillos. El despertador que me dice que tengo que levantarme para llevar a mi sobrina al cole suena a pesar de ser sábado. Se me olvidó pausar la alarma. Y entonces, lo veo. Un mensaje. Un enlace que conozco bien. Solo eso. Tan impersonal y frío como nuestro. El corazón se me sube a la garganta y, junto a él, el atracón de tarta y whisky. Vomito en el suelo, sobre mis zapatillas blancas. No me ha dado tiempo ni a ponerme en pie.

—¿Qué paza, tata? ¿Eztáz malita?

Asiento en silencio y me encierro en el baño. Vuelvo a mirar el mensaje. Esto no puede ser verdad, debo de estar soñando, no se puede haber atrevido a enviarme una puta canción después de todo este tiempo sin dar señales de vida. Echo hasta la primera papilla de buena mañana y lloro como una histérica bajo la ducha. Es una pesadilla, es la única posibilidad. Justo cuando

decido pasar página él aparece y lo hace de esa forma tan suya. Berta aporrea la puerta hasta que se carga el endeble cerrojo y logra pasar. Me saca de la ducha cargando conmigo, asustada, gritándome todo tipo de cosas que no llegan a mis oídos. Solo le oigo a él. Solo lo veo a él. Con la toalla envolviendo mi cuerpo me apoyo en el quicio de la puerta con la mirada perdida en la vomitera que Berta está limpiando mientras maldice alto y claro. Por fin vuelvo a oír. Paolita está sentada en la cama tapándose los oídos con los dedos y llorando. La hemos asustado; las tres lo estamos. Me lavo los dientes y me subo a la cama para abrazarla.

—Si ya estás mejor termina tú de limpiar tu pota —escupe mi hermana. Acto seguido, desaparece sin dejar de despotricar. La oigo vomitar a ella también. Qué bonito despertar.

—¿Estás bien?

—Me habéis azuzado. Mamá ha roto la puerta, tú llorabaz muy fuerte —balbucea.

—Lo sé, lo siento mucho. ¿Quieres que te prepare unas tortitas?

Su mirada se ilumina y por fin vuelvo a ver esa maravillosa sonrisa que cura todos los males. Casi todos. Desayunamos en silencio con la musiquita de los dibujos de fondo, como castigo para nuestra resaca, y rechazo la invitación de mi hermana para irme con ellas a pasar el día al Centro Comercial Nueva Condomina. Las Fiestas de Primavera están al caer, ya han montado las barracas del malecón y, al parecer, Paolita necesita ropa nueva para estos días porque ha dado otro estirón. Mi único pensamiento ahora es quedarme a solas y enfrentarme a ese enlace de Spotify. Tengo que escucharlo. Quiero hacerlo. ¿Qué querrá decirme con esa canción? Me lleva más de medio día, pero después de comer unos macarrones con tomate frito que se llevan parte de la resaca, por fin me atrevo a pulsar el *play*.

«Y era adictivo. Y dolió tanto que perdió el sentido. Y no era el destino. De verdad, te juro, no puedo volver. Lo sabes muy bien. El principio engancha y nos mata después. La reina a veces mata a su rey. Si el juego consiste en ganar o perder»

Tengo que detener la melodía. No puedo seguir. No puedo respirar. Me tomo unos minutos para reunir fuerzas de nuevo y continuar. No soy una enclenque como dice Berta; ya no. Tengo que poder con esto.

«Mi deseo es que me susurres al oído. Dime flojito que quieres ser mi pareja. Que me desvistas y no me dejes en visto. Y sé que todavía soy un crío. Pero mi vida sin ti no tiene sentido»

Desde luego que es un crío.

«Lo siento, me fui así sin más. No quiero recordarlo pa' no ponerme a llorar»

No me hables de llorar a mí...

«Es que noto que este cuento todavía no ha acabado. Toda historia bonita tiene final. Que las segundas partes suelen salir mal. Yo te demostraré que todo eso no es verdad. Y que solamente hace falta un poquito de voluntad»

¿Voluntad? He echado el resto con eso.

«Piénsalo, solo te pido que lo pienses. Inténtalo, solo te pido que lo intentes. Siéntelo, y no me digas que lo sientes»

Cuando la canción termina he pasado por todos los estados de ánimo posibles, pero hay uno que predomina. El enfado. Estoy enfadada. Él nunca me ha enviado una canción al azar, elige

con exactitud las letras de cada una, por eso sé que esta canción, como todas las que me ha enviado, tiene un mensaje. Vuelvo a escucharla dos, cuatro, seis, quince veces. Y vuelvo a llorar un poco más, como si no hubiera llorado ya ríos enteros. «¿Todavía te quedan lágrimas, Ada? ¿Todavía vas a llorarle más?» Enrabietada borro su mensaje, me limpio las lágrimas y voy a mi habitación para coger de la mochila mi libreta y la pluma que me ha regalado Pedro. Solo encuentro lo segundo. ¿Dónde está mi libreta? Hago memoria y recuerdo que la última vez que la tuve en la mano fue en la residencia. ¿Me la habré dejado allí? Si es así, ya iré a por ella, seguro que Pedro la tiene a buen recaudo, pero ir ahora mismo no es una opción. Había decidido empezar de nuevo y así va a ser. Me da igual ese mensaje, esa canción. Me importa un pimiento que el desaparecido haya decidido aparecer de la misma forma repentina y miserable. Su tiempo ya pasó, el daño ya está hecho, la vida sigue avanzando. Mentira. No puedo engañarme a mí misma por mucho que quiera, por mucho que desee que todo eso sea verdad. Sería señal de que lo he superado, o de que estoy en ello, pero lo cierto es que mi corazón ha aleteado con ese mensaje. Una luz que hasta ese momento estaba apagada, ha vuelto a brillar. Y me gustaría darle una pedrada a esa bombilla, fundirla para siempre y enviarla a la otra punta del mundo, pero lo que es, es. Y Biel es. Sigue siendo. Pese a todo y por encima de todo. Maldito Biel.

Me pongo una de mis películas favoritas, Cisne Negro, con la grandísima Natalie Portman. Lo mejor para distraerme es adentrarme en un mundo ficticio en el que la danza sea la motivación principal, y lo consigo a expensas de esa canción de Chaikosky que ya nunca volveré a escuchar de la misma manera gracias a ese regalo de Navidad en el que me reconcilié con mi niña interior. Gracias a él. Me meto en la cama pronto para que Berta no vea en mis ojos que me he pasado el día llorando. Sé que llegarán después de cenar, ya que es imposible pasar con Paolita dinamita cerca de un Mc Donald's y que no quiera comerse una hamburguesa con patatas fritas y tres litros de ketchup. Estoy a punto de ponerme los AirPods con una lista de reproducción aleatoria de música clásica cuando me llega un mensaje.

Tengo tu libreta. Me gustaría devolvértela junto a una explicación

Se me congela la sangre. O me arde el cuerpo. No lo sé. Ambas cosas. ¿Una explicación? ¿Y por qué tiene mi libreta? Pedro. Ha tenido que ser cosa suya. Me la habrá quitado para dársela a él, por lo que me ha estado mintiendo sobre su paradero, al igual que todos los demás. Vuelvo a borrar el mensaje. Nada de esto me concierne ya. Por mí, puede meterle fuego a la libreta o usarla como papel higiénico. Que le den a todo.

*

—¿Qué tal has dormido?

—Bien —le miento a mi hermana que me mira recelosa.

—Estabas hablando en sueños. Gritabas, sollozabas... ¿Hay algo que no me has contado?

—Zpiderman le ha ezcrito.

—¡¿Qué?! —gritamos al unísono.

—Lo he vizto en tu móvil.

—¿Puedes decirle a tu hija que no se mira el móvil de la gente?

—Vaya, me parece que esto es el karma actuando para compensar cuando tú miraste el mío.

—Sonríe satisfecha.

—¿De verdad vas a usar este momento para volver a restregarme eso?

—Tienes razón, lo primero es lo primero. Cariño —se dirige a mi sobrina—, no puedes mirar el móvil de la gente, es privado y... ¿Has sabido leer algo de lo que ponía?

—¡Berta! —exclamo indignada.

—Está bien, lo siento. ¿Qué quiere el garrulo? ¿Por fin se digna a aparecer?

—Quiere darme una explicación —digo con la boca pequeña.

—Sí, claro, como si fuera tan fácil después de lo que te ha hecho —bufa con aspavientos.

Ojalá yo pudiera estar tan segura como ella de que eso no es buena idea.

—Fácil no, pero igual...

—Ay, Dios. Estás pensando en quedar con él, ¿cierto?

—¿Qué tiene de malo?

De nuevo la preguntita que siempre ronda en mi cabeza. Todo. Nada. Nunca lo sé.

—Si tengo que explicártelo es que no has aprendido nada de nada. De acuerdo, quedas con él y luego qué.

—No sé...

—¡Vuelves a sufrir! Menudo zoquete estás hecha, de verdad que no lo comprendo. Da igual lo que quiera explicarte, Ada, con esto solo vas a conseguir volver a salir herida. Estabas lográndolo, ya empezabas a recuperarte... No hay derecho.

Berta da un puñetazo sobre la mesa haciendo tintinear las tazas de café. Lo sé. El caso es que lo sé, pero algo muy fuerte dentro de mí tira hacia la otra opción y sé que no voy a poder sacármelo de la cabeza hasta que vuelva a verlo. Necesito esa explicación para poder pasar página de una vez, para que me confirme que no fue culpa mía, que yo no hice nada mal.

—No puedo ignorarle.

—Él lo hizo contigo.

Las palabras de mi hermana son como puñales puntiagudos y certeros.

—Por favor, deja de llorar. ¡No vas a solucionar nada llorando!

—¡No puedo evitarlo! Ojalá dependiera de mí el poder decidir sobre mis sentimientos, como haces tú, pero yo nunca he sido así.

—Ahora te gustaría tener un poco de mi corazón de acero, ¿verdad? —dice algo más relajada estrechándose entre sus brazos.

—Ahora y siempre. Sufriría menos.

Berta suspira y, a su modo, me dice que ella también está lidiando con lo suyo.

—No estoy muy segura de eso. Todos sufrimos, solo que algunos disimulamos mejor que otros —me contesta en voz baja.

—¿Seguimos andando en direcciones opuestas?

—Como dos yeguas tozudas tirando de ambos extremos de la misma cuerda.

Me saca una amarga carcajada en medio de las lamentaciones. Ella sigue empeñada en olvidarse de Omar aunque le cueste la vida y no hay nada que hacer respecto a eso. Jamás he visto tanta determinación encerrada dentro de una misma persona.

—Tú eres una yegua tozuda. Yo soy un lindo y adorable poni de cabello largo y sedoso.

—¿Un poni? Ya ze lo que quiero para mi cumple. Quiero un poni de color roza y lo voy a llamar... ¡Piruleta! ¿Le diráz a Zpiderman que me regale una? Laz zuyaz eztán máz ricaz que laz de la tienda.

Mi hermana se lleva las manos a la cabeza. Paolita sonrío ilusionada. Yo asumo que voy a quedar con él. Tengo que saber cómo acaba esta historia.

*

Le he pasado un enlace con la ubicación de una cafetería que se encuentra en la Plaza del Cardenal Belluga, junto a la catedral. A continuación, un mensaje claro y conciso: «viernes, siete de la tarde». Me he sentido como si estuviera mandando un mensaje en clave a algún contrabandista, pero es que no me salía decirle nada más. He tenido varios días para sopesar bien esta decisión, para pensar qué decirle, pero lo cierto es que no lo sabré hasta que lo tenga delante. Por un lado, necesito quitarme esto de encima cuanto antes, pero por otro, no quiero que llegue el momento. Por supuesto, el momento llega, y lo hace de una forma que no esperaba. Aunque lo he citado a las siete, me he venido un rato antes para tranquilizarme y admirar la maravillosa fachada de la catedral de estilo barroco, una obra de arte, sin duda alguna. Mi sorpresa es que cuando llego al sitio, él ya está ahí. De pronto, me vienen a la mente imágenes de meses atrás, de aquella primera cita en la que nos retamos para ver quién llegaría primero. Sin saberlo, después de todo lo que ha pasado, lo hemos vuelto a hacer y eso me crea otro nudo más en el estómago. Mis tripas son un acordeón.

Está sentado con una pierna cruzada sobre la rodilla de la otra. Lleva un gorro azul marino con dos palabras que no me pasan desapercibidas: Second round. Unas gafas de sol tipo retro con montura dorada, unos vaqueros anchos y remangados que me dejan ver, seguro que con toda la intención del mundo, unos calcetines con un número dos enorme, y camiseta de manga larga semitransparente del color de sus ojos. Azul Biel. Tomo asiento sin decir una palabra y me concentro en el brillo de la mesita metálica. Él se quita las gafas de sol. El camarero nos atiende y él se pide una Fanta de naranja. Otro nudo más. Yo me pido una cerveza, aunque ahora mismo de buena gana me tomaría un chupito de algo fuerte.

—Lo primero que quiero hacer es darte las gracias. Por quedar conmigo, por darme la oportunidad de explicarte...

—Solo he venido a por mi libreta —lo interrumpo de malas formas sin ser capaz de mirarle a los ojos, aunque no sé por qué. Yo no he hecho nada malo.

—Ya... Me merezco todo lo que me quieras decir, y ten por seguro que te voy a devolver tu libreta, pero necesito que primero me escuches.

—¿Crees que debería darte la oportunidad de explicarte?

Lo miro a los ojos, ahora sí, pero duele.

—No sé si deberías o no. Sé que ambos la necesitamos —susurra mientras el camarero nos sirve las bebidas.

—Yo lo necesitaba, pero hace dos meses. Ahora ya me da igual —le miento—. Llegas muy pero que muy tarde. Y si tú lo necesitas o no, no es mi problema.

—Tuve que desaparecer, Ada. Te juro que no tuve más remedio.

—¿Tan difícil era llamar? ¿Un mensaje? ¿Estábamos hablando por *WhatsApp*! Lo que fuera que te pasó fue mientras tenías el móvil en la mano. No hay excusa posible.

—Lo sé —me dice con una mirada de pena que no le había visto jamás.

—Fui a tu piso, a tu trabajo, estuve en la residencia. ¡Pensaba que te había ocurrido algo horrible! Hasta que me di cuenta de que habías desaparecido por voluntad propia y que habías pedido a todos tus allegados que no me dijeran dónde estabas o qué te había pasado. No tienes idea de lo muchísimo que me has hecho sufrir.

Termino la frase entre sollozos, era cuestión de tiempo que me echara a llorar. Veo que sus ojos también brillan y se ponen un poco rojos. Joder, esto está siendo más difícil de lo que creía.

—Julia apareció frente a mí justo cuando estaba hablando contigo. Me acababas de nombrar a Bizarrap y yo estaba sonriendo como un idiota al ver que lo conocías. —Sonríe con nostalgia para terminar de desestabilizarme por completo—. Iba a escuchar la canción que me habías enviado cuando la vi. Salí corriendo del piso y, al llegar a la calle, me dio un ataque de ansiedad, de pánico, todo junto. Y me desmayé.

Me quedo sobrecogida, no esperaba algo así, y puedo ver que no está exagerando ni un poco. Se refleja la angustia en su rostro, en sus hombros tensos, en sus dedos huesudos que no dejan de moverse y de retorcerse entre ellos.

—¿Quién es Julia? —me atrevo a preguntar.

—Mi ex, esa relación tormentosa de la que te hablé. ¿Quieres que te lo cuente todo?

Asiento derrotada e intrigada. Tenía pensado ser mucho más dura con él, pero ahora lo tengo delante y lo que necesito es que me explique todo cuanto ha ocurrido desde febrero. Necesito comprenderlo y sanar, así que escucho con atención esperando que esa sea la fórmula mágica que cicatrice mis heridas. Biel me cuenta con todo lujo de detalles su relación con Julia, el daño, la toxicidad, el veneno. Me relata compungido lo duro que le resultó separarse de ella la primera vez, cuando ella desapareció de forma repentina, pero dice que fue mucho peor la segunda. Estaban enganchados como *yonkies* a esa adrenalina tóxica, y dar el paso de cortar la relación de forma definitiva fue lo más duro que ha hecho nunca.

—Por eso me dijiste que tuviera paciencia contigo, que necesitabas tiempo...

Biel asiente, se remueve en la silla y apoya los codos sobre sus rodillas. Ahora lo tengo un poco más cerca y puedo comprobar que está llorando.

—Ya había pedido el alta a mi psicóloga, me encontraba bastante mejor, optimista, con fuerzas. Fue ahí cuando te conocí. Me fijé en ti de inmediato, ya lo sabes, pero estaba lleno de miedos. Quería dejarme llevar contigo, pero me aterraba empezar a caminar de nuevo por esos senderos. Empezaste a gustarme demasiado y eso me bloqueaba. Quería, pero no podía. Aun así, fui adelante con todo, porque me resultabas inmensa, estar contigo era alucinante y no quería perderme aquello bajo ningún concepto, mucho menos por miedo.

—Ya voy entendiendo algunos comportamientos. ¿Por qué no me lo contaste?

—Habrías pensado que soy demasiado complicado, que mi mochila emocional es muy pesada de soportar. No quería que pensaras que estaba loco, porque así es como me he sentido durante mucho tiempo. Loco, solo, perdido, incomprendido y muy frustrado.

Trago saliva al ver cómo se aprieta los ojos con los dedos y cómo aprovecha para limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano. No sé qué decir. Ahora mismo solo quiero abrazarlo, pero eso no va a suceder.

—Yo te di ese tiempo que me pedías, confié en ti sin saber qué era lo que te ocurría. Habría estado bien que hicieras lo mismo...

—Lo sé, pero hablar de esto es muy doloroso para mí y no quería estropear lo bonito que estaba siendo todo entre nosotros.

—Pues lo estropeaste a base de bien convirtiéndote en un fantasma —le digo con rabia. Él

asiente.

—Me desperté en el hospital y le pedí a mi psicóloga que no me dejara salir de allí. No puedes entenderlo si no has pasado por eso, pero era incapaz de enfrentarme al mundo, Ada, mucho menos a ti. Estaba encerrado en un celda aislada y oscura y sabía que solo podría salir de allí con su ayuda, como ya hicimos antes. Me dejaron el móvil una única vez e hice lo que tenía que hacer. Avisar a Gon de que su nueva novia, esa que se hacía llamar Rocío, en realidad se llamaba Julia y que lo había usado para llegar de nuevo hasta mí.

—¿Qué? —consigo decir ahogando un grito de pura sorpresa.

Biel sigue contándome las características de los TLP, el por qué ella había decidido volver después de un año, su careta, su incapacidad para dejarlo marchar, cómo se había construido otra identidad para reaparecer en escena de la mano de su mejor amigo. Me cuenta también la terapia intensiva que ha hecho, el doloroso proceso de duelo que ha tenido que volver a transitar.

—Ella nunca se fue del todo. No se lo había contado a nadie, pero era habitual recibir llamadas perdidas y mensajes anónimos que me hacían disparar todas mis sospechas. Pensaba que se cansaría, que yo ya estaba fuerte mentalmente para sobrellevar aquello. Tendría que haberlo comentado con mi psicóloga, quizá todo habría sido diferente si lo hubiera hablado.

—Joder... No me queda otra que creerte, porque es imposible que te hayas inventado algo tan rebuscado.

—Ojalá me lo hubiera inventado —bufa con una media sonrisa irónica.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, los suficientes para conseguir que me sonroje y que tenga que apartar la mirada.

—No podía meterte en eso, Ada. Sé que rompí nuestra promesa de no herirnos, pero no me quedó más remedio. Necesitaba alejarme de todo y de todos. Haber pretendido seguir a tu lado o en contacto contigo en las circunstancias que estaba, habría sido un error todavía mayor. Habría destrozado lo nuestro y no estaba dispuesto a eso.

—Lo destrozaste igualmente. Queriendo evitarlo lo llevaste directo al precipicio y me arrastraste a mí —le digo con voz temblorosa, con los ojos llenos de lágrimas una vez más.

—Lo siento. Es lo primero que debería haberte dicho. Que lo siento tantísimo que...

Se le atascan las palabras en la garganta y vuelve a llevarse los dedos a los ojos. Suspira con la cabeza elevada hacia el cielo, deja el gorro encima de la mesa y se pasa las manos por el pelo. Lo lleva un poco más corto; le queda bien. También está más delgado. ¿Estoy oliendo su mascarilla de papaya desde aquí? No puedo más, esto es demasiado para mí. Me duele y me quema y me voy a ir. Se acabó, ya tengo mi explicación. Sabe que lo hizo mal y no fue en absoluto culpa mía. Misterio resuelto. Estoy a punto de ponerme de pie para huir cuando se pone a buscar algo en su mochila. Es mi libreta. Casi olvido que la tenía.

—Ha sido Pedro, ¿verdad? —le pregunto enfadada quitándosela de las manos.

—No se lo tengas en cuenta, quería echarme un cable.

—Me dijo que no sabía nada de ti.

—Y te dijo la verdad, pasé a verle por primera vez el día de tu cumpleaños por la tarde.

—Qué casualidad...

—Tengo un regalo para ti.

Lo miro incrédula. ¿Un regalo? ¿A estas alturas y después de todo?

—¿Es una máquina del tiempo en la que volvemos al pasado y tú no actúas de la peor manera posible?

Biel frunce el ceño y niega en silencio.

—Lamento que eso ya no tenga solución, pero espero, por favor, Ada, que si de verdad eres religiosa busques un poco o un mucho de perdón en tu interior. Necesito que me perdones.

—¿Qué tiene que ver esto con la religión? —le gruño.

—No lo sé, pero de pronto me he sorprendido rezándole a un Dios todopoderoso en el que no creo para que me ayude a recuperarte.

Estoy a punto de soltarle alguna bordería, pero opto por el silencio. No quiero alargar esto ni causarle más daño del que ya parece llevar encima.

—Tarde e imposible, Biel —le digo sabiendo lo que significa esa frase y pronunciando por primera vez su nombre en voz alta. Escuece. A continuación, me pongo de pie dispuesta a marcharme de una vez—. La cagaste a lo grande y yo no puedo perdonarte. Lo siento.

—Lo entiendo. Es lo más lógico, pero, por favor, acepta el regalo. Te va a gustar.

—No quiero ningún regalo.

Biel se levanta y viene hacia mí con lo que parece un libro envuelto en un papel lleno de signos de interrogación. Lo ha elegido todo al detalle; sus calcetines y las palabras de su gorro tampoco son cosa del azar.

—Tienes que quedártelo. Esta promesa sí que la he cumplido.

—¿Qué promesa?

Sé que no debería darle pie a esto, pero me produce demasiada curiosidad. Oigo a mi hermana gritarme que soy más blanda que el moco ese gelatinoso llamado Slime que tanto le gusta a Paolita.

—Te dije que algún día recopilaría todos tus poemas y los convertiría en un libro.

Se me corta la respiración de inmediato y me pierdo en el azul de sus ojos. No habrá sido capaz. Como se haya atrevido... Vuelvo a llorar una vez más, ¿por qué no? Rompo el papel con cuidado y miro sin querer mirar. Es una réplica exacta de mi libreta, pero en tamaño libro.

—No lo quiero —balbuceo estirando la mano para que lo coja.

—No puedes rechazarlo, Ada. Es tu primer libro. Tenía que darte al menos eso, ¿no crees?

Biel me sonrío a duras penas y, en lugar de coger el libro, me acaricia la mano, la cual no consigo apartar tan rápido como me hubiera gustado. Se siente demasiado cálido, demasiado nuestro. No debería sentirse así. Ya no queda nada nuestro, él lo rompió todo, él... me ha regalado un libro con todos mis poemas. Puto Biel y sus regalos perfectos.

—Está bien, me lo quedo porque todo el contenido de este libro es mío y solo mío —le digo sintiéndome una niña de la edad de mi sobrina—, pero eso no significa nada.

Él se muerde el labio inferior y se mete las manos en los bolsillos. Decido girarme de forma brusca y comenzar a caminar, ya que si me quedo un solo segundo más junto a él, claudicaré.

Sería demasiado fácil echarme a sus brazos, pero también sé que no puedo hacerlo. Me duele demasiado. Todavía lo estoy llorando.

Cuando llego a casa me encierro en mi cuarto para ver con detenimiento su regalo. Paso las páginas admirando todos los detalles. La portada verde esmeralda con las flores talladas en dorado, las páginas de papel reciclado con mis poemas en letra decorativa, nuestras fotos intercaladas entre ellos... Es tan bonito que tengo que cerrarlo para no llenarlo de lágrimas. Ya lo volveré a abrir, pero ahora no es tiempo de abrir nada. He aceptado hablar con él para resolver dudas, para cerrar una dolorosa etapa. Y me parece que no he conseguido ni una cosa ni la otra.

Sábado 00:20am

Alguien que conoces te ha enviado esta melodía. [Link on Spotify](#). Dime que sí. Natos y Waor

Sábado 1:22

Gracias por el regalo. Por favor, no vuelvas a escribirme

Tarde e imposible

...

Lo siento, Ada

...

Ha sido precioso volver a escuchar mi nombre en tu boca

...

Voy a conseguir que me perdones aunque no lo merezca

No me obligues a bloquearte

De acuerdo. Perdona, es que... da igual. De nuevo, lo siento mucho

BIEL

Tenerla delante y no poder tocarla, besarla, abrazarla... Tenerla delante y no tenerla. Fue más duro de lo que pensé. Esperaba a una Ada fría, altiva, distante, dañina y muy enfadada. Había algo de todo eso, pero lo que más pude sentir fue su dolor. El grandísimo dolor que yo le había provocado. No sé cómo fui capaz de no derrumbarme allí mismo, de conseguir decirle todo lo que te-nía pensado, de contarle con pelos y señales la historia de Julia, el por qué de todo. Incluso me atreví a pedirle perdón cuando ni yo mismo creo que lo merezca. Ada estaba rota y eso fue lo que más me dolió. Para mi sorpresa, me escuchó, aunque no solo eso. Se creyó lo que le conté, a pesar de que parece algo sacado de cualquier ficción. Comprendió mi pasado, mi duelo, mi proceso con toda esta pesadilla. Eso me hizo ver una vez más lo inmensa que puede llegar a ser y lo mal que yo lo he hecho. No puedo decir que me equivoqué, porque fui muy consciente de mi decisión. Puede que ella no llegue a comprenderlo nunca del todo, pero distanciándome la protegí de mí mismo. Si me hubiese quedado junto a ella mientras lidiaba con todos mis demonios y fantasmas, la habría perdido para siempre, la habría envuelto en mi mundo oscuro y sombrío. No podía hacerle eso y, aunque la otra opción, la de desaparecer, quizá fuese más dolorosa a primera vista, era la menos egoísta, la más correcta. Siento el daño, no la decisión. Sé que hice lo que tenía que hacer y espero que ella también acabe viéndolo así.

*

—Cuenta, cuenta, muchacho, ¿le diste la libreta?

Es lo que me dice nada más llegar. Pedro está ilusionado con esto, hacer de celestina es su vocación frustrada.

—Sí. Sabe que tú estabas detrás de eso, ladronzuelo.

—Qué más da, fue por una buena causa. ¿Qué tal os fue?

—Me escuchó, que ya me parece bastante. Le regalé el libro que te dije, uno igual que su libreta, y me atreví a tocarle la mano.

Pedro abre los ojos, emocionado.

—A veces una sutil caricia de manos es más que suficiente. ¿Sigue habiendo electricidad bajo la piel?

—Toda una central nuclear. —Sonríe con pena.

—Aaarrggg, leñe. Vas a tener que lucharlo, truhán. ¿Por qué no aprovechas las Fiestas de Primavera para hacer algo bonito por ella?

—¿Algo como qué?

—Murcia se llena de flores estos días y a las mujeres les gustan las flores.

—A todos nos gustan las flores, Pedro, no solo a ellas. Pero no va a poder ser, Ada es alérgica.

—¿Qué leches? Yo no sé qué os pasa a la juventud de hoy en día que estáis llenos de alergias, como si rechazais la vida en este planeta —refunfuña sacándome una carcajada.

—Igual es el planeta el que nos rechaza a nosotros.

—Pues lo mismo... ¿Te vas a vestir de huertano? Tengo unos zaragüelles y un chaleco guardados como oro en paño de cuando yo era mozo.

—Te lo agradezco, pero ya tengo traje.

—Nos dejan salir a ver el desfile, ¿sabes? Se ha degenerado un poco, como todo, pero todavía mantiene la esencia de la huerta murcianica.

—Yo no sé si estaré de humor para fiestas. Mis amigos quieren salir, pero...

—No vas a solucionar nada quedándote en casa, es ahora cuando tienes que echar el resto para recuperarla. Si no le puedes regalar flores, regálale un pastel de carne. Es imposible que se resista a eso.

Me río con ironía. No sé cómo sería en su época, pero sé que acercarme a ella no va a ser tan fácil como él lo pinta.

—No te ofendas, pero dudo mucho que sea tan sencillo. Lo pensaré y te iré informando, ¿de acuerdo?

—Suerte, muchacho. Y aprovecha para comer estos días que estás hecho un saco de huesos.

—¡Lo haré!

Me despido de él con una mentira piadosa. Lo cierto es que tengo el estómago cerrado desde que me ingresaron y, aunque he ido recuperando el apetito poco a poco, todavía no lo tengo al

cien por cien. Pedro tiene razón, no puedo relajarme ahora, no puedo darme por vencido. Tengo que mover ficha y hacerlo ya, antes de que pase más tiempo y no tenga remedio. Ella me dijo que ya era tarde para nosotros, pero yo creo que todavía hay esperanza. Siempre la hay. Verde. Brillante... Tiene que haberla.

*

Gon y Omar me han convencido para salir. Nos hemos puesto unas camisetas blancas de tirantes, los zaragüelles, que son lo más cómodo del mundo, y los chalecos, todos de color verde y con el mismo bordado. Los compramos juntos en nuestras primeras Fiestas de Primavera. Pedro diría que estamos mancillando el traje regional murciano con estas camisetas modernas y las zapatillas de deporte, pero me niego a ponerme camisa, leotardos y esparteñas. Hemos visto el desfile de carrozas huertanas a lo lejos, porque a Omar, como todos los años, le da miedo que le tiren un bote de cerveza o un chorizo a la cabeza. Después nos hemos venido a los huertos o barracas del malecón, puestos que montan los bares de la zona para tapear al aire libre durante las fiestas, para atiborrarnos de comida típica murciana. Ese mi propósito, comer, pasar un buen rato y disfrutar del ambiente festivo, pero lo cierto es que solo puedo pensar en ella.

—¿Qué piensas hacer con Ada? —me pregunta Omar que me ve con la cabeza en otra parte.

—No lo sé, pero tiene que ser algo grande. Algo que no pueda rechazar o ignorar.

—Como sea la mitad de dura que su hermana, lo llevas claro.

—Nada que hacer con Berta, ¿verdad? —le digo sabiendo que ella no quiso darle otra oportunidad. El pobre Omar me lo contó destrozado, estaba muy pillado.

—Nada de nada. Vivir del recuerdo, supongo...

—*Acho*, tío, no te pongas melancólico que me deprimes a mi también —suelta Gon con su habitual pachorra—. ¿Te tengo que recordar que mi piba se hizo pasar por otra para engañarme y usarme? ¿Que lo único que quería de mí era conseguir llegar hasta Biel para así poder seguir torturándolo?

Gon tiene esto más que asumido, hemos hablado mucho del tema, pero todavía hay una parte de él a la que le cuesta creer que alguien pueda ser tan retorcido como para hacer algo así.

—Se supone que vosotros sois los que me tenéis que animar a mí. Si os ponéis en plan lloricas esto no va a funcionar.

—Tienes razón. Nada de dramas ni de mujeres por hoy. ¡Ginés! Ponte tres tapas más de chato murciano y otras tres de caldero.

Gon lo soluciona todo comiendo, a la vista está. Dice que el chato murciano, una raza autóctona de cerdo, es lo mejor del mundo, pero que el caldero, un arroz caldoso a base de pescado, típico del Mar Menor, debería ser Patrimonio de la Humanidad. Omar le dice que ni bailando un mes entero sin parar va a conseguir bajar los kilos que está cogiendo y que él no piensa soportarlo cuando le entre el agobio por verse la barriga cervecera, como ya le ha pasado otras veces. Los miro y sonrío sabiendo que soy afortunado de tenerlos junto a mí aunque a veces se comporten como críos y me saquen de quicio. Los tres estamos batallando con lo nuestro. A base de *parkour*, *skate*, baile y charlas de amigos, estamos transitando por esta etapa turbulenta. Lo bueno para ellos, o lo malo, según se mire, es que sus historias están cerradas a cal y canto. No hay opciones, no queda otra que seguir adelante, y eso es un dato importante para poder hacerlo. En mi caso no es así. Con Ada no está todo dicho y, mucho menos, hecho. Sé que la pelota está en mi tejado, que de mí depende gran parte de esa posible segunda oportunidad. Sé que si sigo insistiendo, pidiéndole perdón, que si logro hacer algo muy grande por ella, quizá podamos volver a ser. Solo quizá. Ojalá pudiera resolver esta duda en un pestañeo. Clic. Clic. Clic. No funciona.

—Tío, ¿qué haces con los ojos?

Tratar de ver si de repente tengo poderes mágicos no es una respuesta válida.

—Nada, se me ha metido algo.

—Eh, ¿os acordáis cuando fuimos a aquella fiesta de la espuma y me disparó el cañón en toda la cara? Qué picor de ojos, chaval.

De golpe, mi mente comienza a hilar tan rápido que casi no puedo seguirla. Espuma, nieve, conexión...

—Gon, ¿tú no tenías un primo que organizaba fiestas de esas?

—Sí, ¿por?

—Necesito alquilar un cañón de espuma.

—¿Ahora?

Ambos me miran como si hubiera perdido la cabeza, pero lo que no saben es que acabo de recuperarla.

—Lo más pronto posible. Se me ha ocurrido una cosa y vosotros me tenéis que ayudar.

ADA

Quién sabe
si se trata de fuerza
o aceptación.
Si, entre el tumulto
está la respuesta.
Si es una suma o una resta,
si es una duda
o una certeza.
Quién sabe por qué cae la nieve
o la lluvia
o por qué centellea el sol.
Quién conoce el brillo de sus colores,
si son también suyos nuestros temores.
Quién sabe.
Nadie nada.
Si es tu voz o tu mirada.
Quizá sea un todo.
Quizá sean mis ganas.
Quizá.
La vida.
Sin más.
Sin menos.
La vida.

Marcos y Mari Carmen me han arrastrado a ver el desfile del Entierro de la Sardina que, tras su quema esta noche, dará por terminadas las Fiestas de Primavera. Unas fiestas que este año apenas he disfrutado, tan solo Paolita dinamita ha conseguido sacarme a la calle cuando mis auténticos deseos son quedarme a vivir para siempre en mi cama. Mi principal pasatiempo es admirar el libro que me regaló, las fotos que nos hicimos aquella noche de hotel, hacerme preguntas, lamentarme y llorar un poco más; eso siempre viene bien. He releído las conversaciones de *WhatsApp* de Biel tantas veces que ya han perdido incluso el sentido. He escuchado esa canción titulada «Dime que sí» y me he sorprendido a mí misma elaborando conversaciones en voz alta en las que le digo que no puedo darle un sí, que me ha hecho demasiado daño. Pero tampoco puedo decirle que no. El «te quiero» que le dije sigue estando, sigue siendo. Entonces, ¿qué hago? ¿Alguna idea aparte de morirme en vida?

Berta dice que se me pasará, que todo se acaba pasando, pero viendo el ritmo al que ella va agotando las botellas de whisky, no sé yo. Paolita me entretiene jugando, peinándose, maquillándose. Marcos también lo ha intentado, pero no hemos vuelto a ser del todo nosotros después de su confesión. Aunque eso ya se ha encargado Mari Carmen de arreglarlo cuando ha llegado al piso dispuesta a sacarme a la calle en brazos y me ha dicho que, a partir de hoy, somos mejores amigas porque nada une más a dos mujeres que haber compartido hombre. Me he quedado sin palabras, como es lógico. Me he limitado a abrazarla, no podía dejarla con los brazos abiertos y con esa sonrisa de «ven a mí, necesitas este abrazo». Lo necesitaba. Después nos ha obligado a abrazarnos a Marcos y a mí, lo cual ha sido un poco humillante pero también reconfortante. ¿De verdad ha conseguido que parezca tan sencillo? Un abrazo, fuera rencores, borrón y cuenta nueva. Y ahora estamos celebrando esta nueva y peculiar amistad a tres bandas mientras vemos desfilar por delante de nosotros a la enorme sardina que simboliza el fin de la cuaresma. Durante ese tiempo que precede a la Semana Santa, mi madre no nos dejaba comer carne en casa ni los miércoles, ni los viernes, así que el significado de este desfile no solo es religioso y una fiesta de Interés Turístico Internacional, sino también un deseo generalizado después de tantos días comiendo pescado en sustitución a la carne.

—Algún día seré yo quien decore la carroza de Doña Sardina, pero, hasta entonces, me la pongo en la cabeza. ¿A que es genial?

Tal cual. Mari Carmen se ha hecho una diadema en exclusiva para este día y, cómo no, tiene forma de pez y está decorada con brillantes de colores. Es una artista.

—Tienes que hacerme una para mí. ¿Crees que me quedarían bien?

Se vuelve loca hablando de posibles diseños y combinaciones mientras me lleva del brazo a uno de los puestos que hay cerca de la Gran Vía, donde sirven únicamente paparajotes, el postre murciano por excelencia. Se trata de una hoja de limonero rebozada con una deliciosa masa que se fríe y que después se endulza con azúcar y canela. Te diré un secreto: la hoja no se come. A los murcianos nos gusta hacerles a los forasteros la broma de que se come todo, incluso la hoja, solo para ver su cara de fastidio.

—Os pedís unos paparajotes y volvemos —dice Marcos un tanto nervioso.

—¿Volver a dónde? El desfile ya ha pasado, todavía falta para la quema.

—Bueno, pero quiero pasear un poco.

—Marcos, Murcia está atestada, las calles cortadas, ¿qué te pasa? —pregunto un tanto desconcertada.

—¿Qué me va a pasar? Nada, solo que no tiene uno la oportunidad de pasear por Gran Vía sin tráfico, no sé... ¿No es a ti a la que le gustan esas cosas?

Me entenece que recuerde que hace mucho tiempo le conté mi ensoñación con la lluvia, ese momento de pasear bajo ella y de disfrutar cada gota.

—Mi amor, relájate, nos da tiempo a todo. ¿Un paparajote?

—Ya sabes que no me gusta el dulce, lo del sirope de fresa es una excepción.

—Estaba claro que no iba a ser perfecto —me dice Mari Carmen en plan confidente.

—Lo que yo todavía no comprendo es cómo se te ocurrió ponerte a trabajar en lo del yogur helado con la de azúcar que lleva eso.

Marcos me asesina con la mirada. Es muy gracioso que Mari Carmen siga creyendo a pies juntillas que Marcos alguna vez trabajó allí. Hemos decidido seguirle la corriente, porque a ella parece hacerle ilusión, y en realidad es una tontería. Qué más da. Pero Marcos se cabrea mucho aunque trate de disimularlo.

Después de un rato, cuando el sol ya comienza a descender, volvemos a la Gran Vía, que está inusualmente desierta de coches, y paseamos en dirección hacia El Corte Inglés, la verdadera casa de Berta. Veo que hay un corrillo de gente mirando algo, quizá sea la escultura de La Dama de Murcia, una cabeza de piedra de cuestionable belleza, pero conforme nos vamos acercando veo que hay algo más. Marcos saca su móvil y envía un mensaje que me pone en alerta.

—¿Con quién hablas por *WhatsApp*? —le pregunto recelosa.

—Con nadie —dice con la boca pequeña, guardando el móvil en su bolsillo de forma apresurada.

—No te gusta esa aplicación odiosa, según tus propias palabras.

—Que la use para una cosa puntual no quiere decir que me guste.

—Estás de un raro... Mari Carmen, ¿tú sabes de qué va todo esto?

En respuesta, ella me coge de las manos y me gira de nuevo hacia la escultura.

—¿Es que no lo ves, Ada? ¡Está nevando!

Miro al cielo y compruebo extrañada que están empezando a caer bolitas de espuma de color verde. Realmente parece que esté nevando, pero este color...

—¿Qué está pasando?

Me fijo en el origen de esa sospechosa espuma y veo dos cañones apuntando hacia el cielo, cubriéndolo todo de color verde. Algunos curiosos comienzan a saltar, a hacer fotos, a jugar con ella. Yo miro a todas partes, boquiabierta, sin comprender del todo lo que está sucediendo. Mari Carmen corre hasta el mogollón de espuma que le llega por los tobillos y se pone a lanzarla por los aires mientras Marcos huye de ella con cara de asco. Los últimos rayos de sol me impiden ver con claridad, tengo que ponerme la mano en la frente a modo de visera para comprobarlo, pero reconozco su silueta subida a la enorme cabeza de piedra. Biel está sentado encima de la escultura, sonriendo, y todo empieza a cobrar sentido. ¿Ha orquestado él todo esto? Mari Carmen me da un empujoncito para que me acerque hasta él. Lo hago aun sabiendo que es muy probable que mis zapatillas blancas acaben teñidas de verde.

—¿Qué has hecho? —pregunto con los brazos en jarras.

Biel baja de un salto y se planta frente a mí.

—Lo que tenía que hacer.

—Te aseguro que no tenías que hacer esto.

—Aunque caiga nieve de color verde, ¿recuerdas?

Claro que lo recuerdo. Recuerdo cada instante junto a él, todo lo que hemos vivido, cada jodido segundo desde que lo vi por primera vez haciendo estiramientos en el suelo con esos calcetines de pompas de jabón. Biel me sonríe algo tímido y a mí se me ablanda un poquito el corazón. Solo un poco.

—Espero que hayas pedido permiso al Ayuntamiento para montar este numerito —murmuro lo más fría que puedo.

—Lo he pedido. Y no me lo han dado. —Se muerde el labio inferior.

—¿Estás de coña?

—No. De hecho, la poli debe de estar al caer.

—¡Biel! —Me giro sobre mí misma buscando a esos polis que seguro me van a denunciar sin tener yo nada que ver en esto—. ¿Es que no puedes resistirte a montar esta clase de espectáculos?

—Ya sabes que no. Ven, todavía nos quedan algunos minutos para que aparezcan, supongo. Están liados con el desfile.

Biel me regala una sonrisa canalla, me coge de las manos y me lleva bajo el chorro de espuma. Realmente parece que esté nevando, todo es verde a nuestro alrededor. El comienzo de la Gran Vía, la Avenida Libertad, las aceras. Una postal de ensueño. Es tan bonito e irreal que soy incapaz de cerrar la boca. Se ha pasado. Muchísimo. Pero sigo enfadada con él. Sí, muy enfadada. ¿Se puede estar enfadada en un escenario que, hasta ahora, solo había existido en mi imaginación?

—Tenía que regalarte la nieve de color verde, Ada —dice tirándome un pegote a la cara.

—¿Pretendes que tengamos una guerra de espuma?

—Pretendo que tengamos una guerra de bolas de nieve. Y te voy a ganar. —Me lanza un montón más a la cara.

—Eso habrá que verlo. Las ganas que tengo de estampar algo contra esa cabeza tuya son ya inaguantables.

—Inténtalo. Seguro que eres horrible lanzando.

Biel corretea en torno a mí mientras yo intento que la espuma llegue lo suficientemente lejos como para alcanzarlo. Eso no ocurre, pero él cada vez está más cerca, yo cada vez río más, él me pringa el pelo con la espuma y yo le empapo la camiseta. Estoy a punto de caer al suelo de un resbalón tratando de escapar de él, cuando oigo unas sirenas acompañadas de unos gritos.

—La pasma. Hora de correr —anuncia solo para mí.

—¿Correr?

Ocorre tan rápido que no tengo tiempo de pensar. El coche de policía aparca en la frontera de espuma, Biel me coge de la mano y corremos como dos locos por una de las avenidas

colindantes. No nos detenemos hasta llegar al Jardín de Centrofama, jadeando, con el corazón en la boca y la adrenalina por las nubes.

—Si me detienen por tu culpa, te juro que...

Me quedo mirándolo embobada. Tiene el pelo revuelto, las mejillas encendidas, los ojos más azules que nunca y una sonrisa que le ilumina la cara y parte de este parque, que ya está medio sumido en las sombras. Lleva la camiseta blanca empapada y llena de manchas verdes, los vaqueros por la cadera, la cadena con el colgante de monopatín que regalé. Es imposible que pueda estar más guapo que ahora mismo, aun con manchurrones verdes por la cara.

—Estás muy guapa —me dice mirándome de arriba abajo, como si hubiese adivinado que yo estoy pensando lo mismo de él.

—Llevo la ropa mojada, voy manchada, tengo el pelo aplastado y mis zapatillas nuevas se han echado a perder.

Los dos miramos mis pies.

—Ya no son blancas impolutas —comenta sonriendo a duras penas.

Biel se sienta en el banco más cercano y lo sigo sin dudar. Todavía estoy recuperando el aliento.

—Ada, yo... quería decirte tantas cosas que ahora no sé por dónde empezar.

—No tienes que decir nada. Bueno, sí, necesito saber cómo se te ha ocurrido montar ese numerito en plena Gran Vía. ¿De dónde has sacado los cañones de espuma?

—Son de un primo de Gon, al que seguramente habré metido en un lío, pero espero que haya merecido la pena... ¿Te ha gustado? —me pregunta mirándome de reojo, con una sonrisilla que no puede esconder aunque lo intente.

—¿Que si me ha gustado sentirme dentro de una nevada épica del color más raro posible? ¿Tú qué crees?

—Color esperanza.

Sonrío y asiento en silencio.

—Eres un flipado de la vida, Biel. El único que podría hacer algo así.

—Me dijiste que soy el único al que le habías contado tu ida de olla con la nieve verde.

—Te aseguro que, aunque más gente lo supiera, ninguno ha-bría montado semejante numerito.

—Cuanto mayor el daño, más grande la forma de pedir perdón. Tenía que hacer algo inmenso, algo que se ajustara a ti.

Se mueve para estar más cerca de mí, me acaricia la mejilla y me mira fijamente. Yo dejo que acune mi cara con su mano, me regodeo en esa sensación que tanto he echado de menos. Suspiro, no sé si aliviada o sobrecogida por saber que nuestra alucinante conexión no se ha apagado, en todo caso, late más que nunca.

—Te he echado de menos —susurra acercándose a mi boca.

—Y yo a ti, pero...

—Te he hecho mucho daño, lo sé. Pero he pensado en una estrategia de reparación, algo que podría hacer las veinticuatro horas del día, sin descanso, como una adicción.

—¿De qué...? ¿De qué se trata? —balbuceo interesada sabiendo que sea cual sea la respuesta, me va a gustar.

—De besar cada milímetro de tu cuerpo, cada rincón, desde la punta de tu coleta hasta el meñique de tus pies. Repartir besos y más besos por tu piel, dentro de ella. Besarte hasta desgastarte, hasta que me pidas que pare. Pero no lo haré. Jamás podría dejar de hacerlo.

Un latigazo me atraviesa entera encogiéndome el estómago y el corazón, que galopa desbocado. Un relámpago, un chispazo, toda una tormenta, con nieve de color verde incluida.

—¿Crees que puedes arreglarlo todo a base de besos? —pregunto muerta de miedo.

—Los besos solo serán el principio. Déjame intentarlo, Ada. Sé que puedo hacerlo, puedo recuperar eso tan brutal que siempre ha flotado entre nosotros.

—¿Y si vuelves a desaparecer?

—Nunca. Me apuesto mis manos y mis pies a que jamás vuelvo a separarme de ti. Lo único que voy a hacer desaparecer son las dudas que ahora tienes.

Me tomo unos segundos para digerir sus palabras. Sé que está hablando en serio, pero también lo hizo antes y acabó rompiendo su promesa. ¿Puedo hacer esto? ¿Puedo volver a intentarlo pese a todo el daño que me ha causado?

—Pensaba que eras fan de las dudas irresueltas.

—No de todas, ya lo sabes. Tú fuiste una duda para mí, pero hace ya tiempo que eres respuesta. Y necesito que sepas que te quiero. Llevo demasiado tiempo callando esta verdad.

Las palabras de Biel son como un hechizo que consigue que me rinda, como un embrujo que me empuja directa a sus labios. Unos labios que me reciben cálidos, ansiosos. Unos labios que son hogar. Su lengua se abre paso en mi boca y me envuelve erizándome la piel, haciéndome ver el firmamento plagado de estrellas aun estando con los ojos cerrados. Conectamos, de nuevo, aunque algo me dice que nunca hemos dejado de hacerlo. Supongo que, ante las decisiones importantes, las verdades nos saltan a la cara sin que podamos hacer nada para evitarlo. Biel me abraza, yo entierro mis manos en su pelo, gemimos a la vez. Me dejo caer junto a él y acabamos recostados encima del banco olvidando dónde estamos y todo lo que ha pasado. Cuando está junto a mí todo lo demás deja de tener sentido y eso es algo que me abruma y me fascina. Nos dedicamos a besarnos, a tocarnos, a mirarnos, queriendo recuperar en una noche el tiempo perdido. No lo vamos a conseguir, eso está claro, pero lo intentamos creyendo que es posible.

—¿Quieres ver los calcetines que he elegido para esta noche? —me susurra al oído cuando todavía estoy tumbada sobre él.

—Por favor. La intriga me puede.

Biel se pone de pie y me enseña los calcetines blancos con llamas naranjas, amarillas y rojas.

—Horribles, como siempre. —Le sonrío gratamente satisfecha—. Si vamos a hacer esto, tienes que decirme de una vez cuántos pares tienes.

—Ah, no. Ni hablar.

—¿Cómo que no?

—Tendrás que descubrirlo, el juego no termina aquí.

Biel comienza a andar y yo le sigo ensimismada.

—¿Dónde vas?

—Van a quemar la sardina, por eso he elegido estos calcetines. Tenemos que verlo. ¿Una piruleta?

Caminamos entre risas y miradas dando buena cuenta de la piruleta de fresa, como si el derroche de saliva nos hubiera bajado los niveles de azúcar. Damos un agradable paseo hacia el Puente de los Peligros, donde se realiza la quema, pasando por Gran Vía. Ya no hay rastro de los cañones de espuma, ni de la policía, pero todavía quedan restos verdes en el suelo y eso nos hace sonreír. Algo efímero, solo nuestro para siempre. Cuando llegamos al destino tratamos de hacernos un hueco entre el gentío para contemplar la enorme hoguera. Es un momento único y casi místico ver arder al enorme pez mientras suena la música y los fuegos artificiales decoran el cielo. Mientras Biel, a mi lado, en lugar de mirar al fuego, me mira a mí.

—No me puedo creer que sea tan afortunado.

—Y yo no me puedo creer que hayas conseguido que nevara de color verde.

—¿Te ha flipado, verdad? Reconócelo. —Me sonrío encantado de haberse conocido. Cuánto he echado de menos su chulería.

No hay duda posible, sé que podría quedarme a vivir en su sonrisa una eternidad entera.

—¿Ya estamos otra vez? No pienso hinchar tu ego, Biel.

—Joder, jamás me cansaré de oírte pronunciar mi nombre. ¿Cómo puedes ser tan inmensa?

—¿Cómo puedes ser tú tan alucinante?

Fin

Epílogo

Biel y Paola, que ya no me deja que la llame Paolita porque ha cumplido los diez, están bailando en medio del parque, ajenos a las miradas curiosas y, también, encantados con ellas. Mi sobrina no solo calca los pasos de baile que hace él, sino que le enseña algunos nuevos, y los dos se lanzan a perfeccionarlos en un duelo de flipados que parece no tener fin. Berta gruñe a mi lado maldiciendo al karma. Dice que el pandillero grafitero ha contaminado a su hija con sus bailes garrulos, pero es evidente que solo lo dice de boquilla, porque la veo sonreír cuando cree que no la estoy mirando. Biel se ha convertido en una especie de hermano mayor para ella, que imita todo cuanto hace, y siempre quiere que le enseñe todas las novedades respecto al baile, al *skate* o al *parkour*, para fastidio de mi hermana. Todavía me sorprende verla fumando, por lo visto lleva años haciéndolo, pero siempre a escondidas. Dice que casi se ha desenganchado, pero le gusta fumarse alguno en momentos puntuales. Está feliz. Después de mucho tiempo, creo que por fin puedo decir que Berta, a su manera, es feliz. Sigue soltera, con relaciones esporádicas sin ataduras, aunque últimamente está reincidiendo más de la cuenta con un compañero de trabajo que es mucho más que eso, por mucho que ella lo niegue. Este sí es su prototipo de chico, así que quién sabe... Después de lo de Omar, solicitó un cambio de puesto dentro de su departamento y, desde entonces, tiene más horas libres y más salud mental, que es lo que cuenta. Se centró en su hija, en el deporte, y poco a poco fue volviendo a ser la que era, pero en una versión más relajada y real. Una versión que me gusta infinitamente más.

—Que sepas que tu hija lleva el grafiti en la sangre y que es muy probable que dentro de unos años te presente a su novio rapero o algo así. Ve haciéndote a la idea —le digo para chincharla.

—O novia. Sé que todavía es pequeña, y que tal vez ella no se habrá dado cuenta, pero está enamorada de Lola Índigo.

—Qué va a estar enamorada. Es su ídolo, nada más.

—¿Tú besabas las fotos de Britney Spears o las de Leonardo DiCaprio?

—Yo nunca he besado fotos de nadie. Además, esos son más de tu época.

—Pero entiendes lo que quiero decir. Una madre sabe esas cosas, ya verás como tengo razón —dice mirando a su hija como si fuera lo mejor del mundo. Para ella siempre lo ha sido.

—¿Y eso te molestaría?

—Por favor, si he podido aceptar que tu novio la haya abducido a su mundo de pandillero, te aseguro que lo demás me trae sin cuidado.

—Ha nacido para bailar, Berta, mírala. Le da mil vueltas a Biel y solo tiene diez años.

—Ha salido a su tía.

Berta apaga el cigarro en el suelo y me abraza emocionada; ambas lo estamos. Es una noche especial.

—Por poco si llegamos, están las calles abarrotadas. ¿Un paparajote?

Mari Carmen aparece de pronto y se sienta junto a nosotras. Lleva una bolsa de papel repleta de paparajotes recién hechos. Huele que alimenta.

—Si no para a comprarlos, le sale el niño con cara de limón —comenta Marcos con fastidio.

El pobre está teniendo más paciencia que un santo con esto del embarazo. Si Mari Carmen, en circunstancias normales, ya es una bomba de relojería, embarazada y con las hormonas por las nubes, es un tsunami.

—¿Qué quieres que haga? Cipri tiene hambre, tengo que velar por su bienestar.

—Cariño, no vamos a volver a discutir sobre el nombre. El niño no se va a llamar Cipriano —refunfuña de lo más gracioso.

—No, claro que no. Al igual que tú no te quedaste a vivir conmigo y como tampoco conseguí que Biel regresara a la vida de Ada.

—Menuda me espera.

Todos nos reímos, incluidos Biel y Paolita que acaban de llegar al olor del dulce recién hecho.

Marcos no se fue a vivir con ella, lo más correcto sería decir que siguió viviendo con ella. Son la pareja más estrambótica y perfecta que haya visto jamás. Y su hijo va a ser muy afortunado, se llame como se llame, aunque todos sabemos que será el pequeño Cipri, porque Mari Carmen, tenga magia real o no, siempre consigue lo que se propone. Le va bastante bien con el negocio de las diademas decorativas y siempre anda con varias cosas entre manos. Marcos, como todos esperábamos, aprobó las oposiciones y consiguió una plaza fija como profesor de Historia.

Tiempo después de estar yo con Biel, Mari Carmen me confesó que había hecho no sé qué hechizo a la luna llena para que tuviéramos una segunda oportunidad. Me dijo que somos como periquitos o algo así, no llegué a entenderlo muy bien, pero me resultó curioso y se lo agradecí. Ella y Marcos también me contaron, aunque yo ya lo imaginaba, que actuaron de compinches para que Biel pudiera montar la gran nevada verde, como él mismo la llama desde entonces. Tuvo que pagar una multa y disculparse con mucha gente, pero siempre dice que mereció la pena con creces.

Aquel año los dos terminamos la carrera. Él siguió trabajando en el comedor social, y es muy probable que se quede con el puesto de Fuensanta, la directora, cuando esta se jubile dentro de unos años. Yo vagué unos meses sin rumbo, sin ser capaz de verme trabajando en nada, sin terminar de ubicar mi sitio en el mercado laboral. Tenía una carrera que me gustaba, podía dedicarme al mundo de las letras, como tanto había soñado, pero no encontraba mi lugar. Mientras buscaba una respuesta a todas esas preguntas, seguí escribiendo. Eso es algo que siempre ha estado ahí y que siempre estará. Hace tres años mi sobrina me abrió una cuenta de Instagram dedicada a la escritura. Ahí podía publicar mis poemas, subir fotos bonitas con frases, hacer vídeos de inspiración y muchas cosas más. Empecé a conocer a gente del mundillo, fui aumentando de seguidores, compartiendo mis escritos, y encontré ahí un trocito de mundo en el que podía ser yo, donde me sentía realizada y feliz. El año pasado la editorial Espasa se puso en contacto conmigo. Me ofrecieron un contrato que no pude rechazar y, aunque esto de la escritura es muy incierto, ahora mismo puedo decir que me dedico a escribir. El impulsor de todo fue él. Con aquel libro hecho a mano que me regaló abrió una ventana que ni sabía que estaba ahí, pero que resultó ser de lo más reveladora, pues así descubrí mi verdadera vocación. Siempre he escrito para mí, sigo haciéndolo, solo que ahora los demás también pueden verlo. Estaré agradecida a Biel por eso eternamente. Y por muchas cosas más.

—Ey, ¿estás bien? —me pregunta al verme con la mirada perdida.

—Mejor que bien. Estaba pensando en todo lo que ha ocurrido desde que nos conocimos.

—Has mejorado tus gustos musicales, te has hecho adicta a los calcetines de dibujitos, has vuelto a bailar... ¿Sigo? Porque la lista es interminable.

Lo miro y me doy cuenta de que estoy más enamorada que nunca, cada vez más y más, y me pregunto si esto tendrá un tope o simplemente explotaré de amor, como los cohetes que estallan ahora mismo sobre nuestras cabezas.

—Nunca olvidaré nuestras primeras Fiestas de Primavera. Ese momento de estar viendo el castillo de fuegos artificiales junto a ti después de todo lo que habíamos vivido.

—Justo como estamos ahora. Es como si no hubiera pasado el tiempo, pero a la vez, todo ha sucedido demasiado rápido, ¿no te parece?

—Ya lo creo... Y seguimos con obras en casa. —Me llevo las manos a la cabeza.

Al año siguiente de obtener nuestros títulos, Gon pidió un traslado de tienda y se mudó a Madrid. Desde entonces trabaja en Carolina Herrera, en la calle de Goya, y vive con su novio. Conoció al chico una noche saliendo de fiesta por Chueca y junto a él descubrió una parte que no sabía que tenía, una parte de lo más maquillada y artística. Gon también es Gónada, ese es su nombre de Drag Queen. Actúa de vez en cuando en el Teatro Calderón, en el espectáculo «El gran Hotel de las Reinas». Disfrutar de su show es una fantasía. Omar se mudó a un pueblo del Valle de Ricote y, en sus ratos libres, se dedica a hacer rutas de senderismo por los diferentes municipios para turistas y locales. Los dos terminaron la carrera, pero ninguno llegó a ejercer. Recuerdo de forma especial cuando nos invitó a todos a conocer la Ruta de Las Norias de Abarán e hicimos el descenso en balsa por el Río Segura. Marcos fue el menú del día para los mosquitos y Mari Carmen acabó bañándose en el río, a pesar de que el agua estaba congelada. Fue épico.

Como el piso de Biel se había quedado vacío, yo empecé a pasar mucho tiempo allí, hasta que un día, al llegar de la compra, me encontré el piso lleno de velas. Sonaba de fondo una canción de esas suyas, Vivimos deprisa, de Hard GZ, mientras él bailaba y cantaba. Uno de sus numeritos solo para mí. Cuando terminó la canción se arrodilló sosteniendo una piruleta de fresa en forma de corazón y me preguntó si quería irme a vivir de forma oficial con él. Por supuesto, le dije que sí y entramos en una nueva fase de ensoñación y enamoramiento en la que todavía continuamos. Ni Paola queriendo quedarse cada noche con nosotros, ni mi hermana viniendo a cenar día sí y día también, dado que no sabe cocinar, ni las malditas obras que se llevarían a cualquiera de los pelos, han podido romper esta atmósfera. Comenzamos las reformas tras mi contrato editorial y así seguimos, en una reforma constante, quizá como lo es la propia vida.

Biel y yo bailamos a todas horas, hacemos batallas de canciones, el frigorífico siempre está lleno de botes de Fanta de Naranja y, a estas alturas, todavía no he conseguido averiguar cuántos pares de calcetines tiene. El muy canalla los va escondiendo por todos los rincones de la casa, de forma que nunca sé con exactitud cuántos tiene en total. Me temo que nunca lo sabré y me gusta que sea así.

Han pasado cinco años desde aquella quema de la sardina en la que nevó de color verde. Esa noche no dormimos, nos dedicamos a deambular por la ciudad hasta acabar en una habitación del hotel Nelva, tal y como habíamos hecho con anterioridad. Allí, desnudos entre las sábanas, me confesó que el libro que me había regalado contenía un poema oculto.

—¿Cómo va a haber un poema oculto? He leído y releído el libro cientos de veces.

—Lo puse en la contraportada, debajo del folio con la línea de puntos. Tienes que recortar por ahí para poder leerlo.

—Estoy flipando. ¿Lo has escrito tú?

—Sí. Y me siento muy orgulloso —me dijo con su preciosa sonrisa.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Cuando te recuperara. Si me llegas a decir que no, jamás lo habrías sabido.

—¡No! Eres lo peor de lo peor. Necesito verlo ya.

—Me parece que tendrás que esperar un poco. No pienso dejarte salir de esta habitación en un tiempo —susurró mordisqueándome el cuello.

—Eso suena bien. Esperaré.

A los dos días, cuando no nos quedó más remedio que volver a salir a la calle, le hicimos una visita a Pedro. Se emocionó mucho cuando le dijimos que estábamos juntos y nosotros nos emocionamos con él. A día de hoy sigue dando guerra, aunque ya está achacoso, lo normal para su edad. Se ha convertido en nuestro abuelo postizo y nos gusta mucho estar con él, pero tengo que reconocer que Paola ha pasado a ser su nieta favorita, las cosas como son. Biel dice que somos como una familia disfuncional cualquiera y que esas son su especialidad. Supongo que sí, que Pedro es nuestro abuelo, que Cipri será sobrino de todos y que en eso consiste la vida, en hacer hogar, en compartir tiempo.

Reservé el momento de buscar el poema oculto para poder hacerlo junto a Biel. Me parecía increíble que hubiese hecho algo así y disfruté muchísimo ese momento de ir recortando por la línea de puntos hasta hallar los versos escondidos tras el papel. Ni la poesía de Bécquer, ni la de Benedetti, ni la de nadie más. Este se ha convertido en mi poema preferido del mundo entero. Uno de mi poeta más gamberro, el chico que me saludó desde el tejado de aquella caseta infantil, el de los calcetines y camisas horteras, el de los bailecitos con la música horrible. El que vuela sobre un monopatín, el que se estrelló contra el suelo intentando hacer un mortal para impresionarme, el que coincidió conmigo en que algunas respuestas están sobrevaloradas. El coleccionista de mis versos, el del pendiente de aro en la nariz, el que consiguió que cayera nieve de color verde en Murcia en pleno mes de abril. Pura intensidad. Puro Biel.

Recuerdo que fue un segundo,

tan solo un instante.

Una imagen tuya en mi retina,

una nota discordante.

Conexión inesperada,

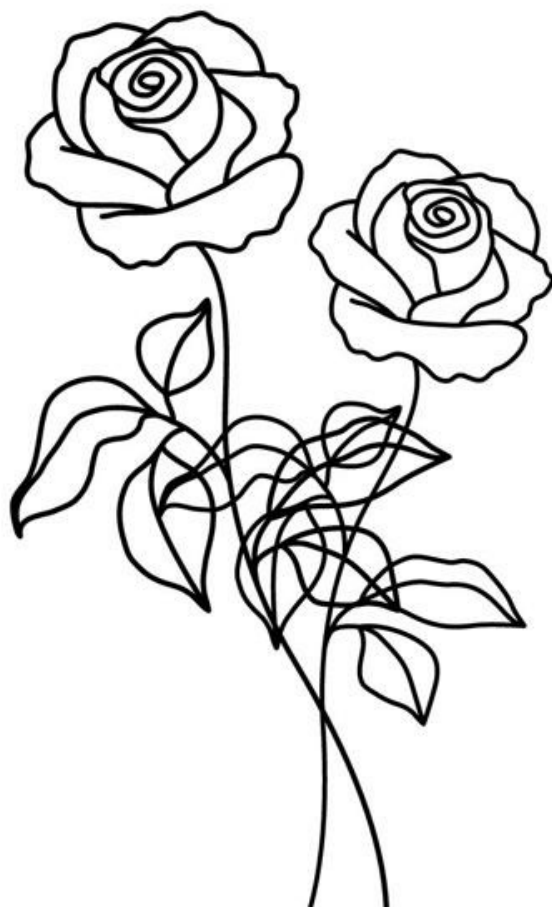
sentimientos desbordantes.

Entre otras mil cosas,

me mostraste

la alucinante inmensidad de las dudas flotantes.

Libro de Poemas de Ada Fer



Gotas de lluvia sobre el papel.

Tu piel.

La mía que te anhela,

húmeda.

Nos miramos,

resbalamos

y caemos.

*

Miradas que hablan,

que arden,

que calman.

Palabras mudas

y ojos que gritan.

Pestañas desnudas.

Dinamitan.

*

Galaxias enteras.

El firmamento.

Dos estrellas separadas a años luz.

Una tormenta.

Cataclismo.

Y sucede que se encuentran.

Y resulta que,

sin saberlo,

siempre se habían estado buscando.

Big bang.

*

Podía alcanzar el cielo de un único salto.

La luna y las estrellas lo miraban como a un igual.

Qué bonito poder tocar tierra, pensaban ellas.

Él pensó: qué bonito poder volar.

*

Candor, candil, calor.

Piel que envuelve, que abrasa, que grita.

Tan solo tu palabra queda escrita.

Tu olor.

*

Bajo la sombra de un árbol,
sobre la hierba mojada.
Frente a unos ojos que son mar,
color del cielo.
El mundo entero a mis pies,
los tuyos salidos de la nada.
Tierra quemada.
Puro Biel.

*

Dime que somos tan solo retazos
de una vida pasada o futura, quizá.
Dime que somos las ganas,
la fuerza.
El viento que sopla,
que abraza.
La mirada que besa,
la herida que sana.
Dime que somos verdad.

*

Me muevo.

Corro.

Vuelo.

Estallo.

Salto.

Me elevo.

Y exploto,
a todo color.

Y brillo,
sin pudor.

Y te veo.

Y tú me ves.

Y bailamos.

Como el fuego,
tú y yo
danzamos.

*

Revolotean dentro de mí
mil y una mariposas.
Quizá no sea tal cosa,
quizá todo lo soñé.
Quizá, la miel
solo estuvo en mis labios.
O puede que no fuera ni miel.
Fruto todo de un engaño
me sumerjo en él.

*

Tú

y yo.

Y lo que fuiste.

Lo que somos.

¿Lo que seremos?

Amantes del sí y del no,

calmantes en pleno fulgor.

La tempestad de las olas.

Tacto

que asola

¿Lo sientes?

Son las posibilidades

flotando por doquier.

Las ganas

escapando de mi ser.

*

Ecos de deseo
retumban en mi oído.

Somos fuego.

Somos nido.

Jadeos.

Tu saliva

ardiente,

presente,

adictiva.

Solo hoy

yo te pido:

tócame,

di que sí,

date por vencido.

*

Inundas con tus manos zonas prohibidas

Dedos llenos de saliva

Somos el silencio que grita

Mirada cautiva

Los gritos callados

Que se hicieron eco

Y el eco que se convirtió en vida

Somos,

Cuando nos tocamos

Más que fuego

onda expansiva.

*

Tus sutilezas,
de tres en tres,
con los ojos cerrados,
puedo verlas.

Azul,
mirada que confiesa.

Tus manos,
caricias que atraviesan.

Tu boca,
delicia de fresa.

Dime que haremos
entre mis ganas y tus miedos
la ecuación imperfecta.

Que tan solo somos
o seremos
nuestra propia respuesta.

*

Profundidad del mar que nada en tus ojos,
de las gotas de lluvia que están por caer.
De un cielo añil causando destrozos,
jirones de besos surcando mi piel.

Los versos que te pienso
y que, de mis huesos, te daré.

Océanos de tinta
temblaron de sed.

*

Acaricias con palabras,
susurros de terciopelo.
Consigues que me eleve
hasta el cielo.

Consigues que yo sea.

Que seamos.

Vuelo.

Dime que eres,
dime que seremos.
De la nada,
poderes.
Del todo,
deseo.

*

La inmensidad de un cielo que observa sobre nosotros,
el dulce viento abrasando mi ser.
Estos que somos que antes fueron otros,
la libertad de un mundo quemando la hiel.
Las notas que suenan sin descanso
en la infinita partitura que viste su piel.
Palabras y sonrisas que son remanso.
Y yo danzo, siempre danzo con él.

*

Objetos punzantes,
candentes,
que cortan y abren.
Heridas que sangran
abiertas en canal.
Preguntas sin respuesta.
Sumida en un mundo que no me contesta.
Gritos de auxilio,
llantos ,
señal de protesta.
Pérdida en la pérdida,
buscando un adiós,
persiguiendo un reencuentro.
Añorando aquello que solo fue nuestro.

*

Rendición.
Que por mucho que corras no llegas.

Que por mucho que busques no encuentras.
Que el tiempo te vence y se lleva la esperanza.
Que el dolor te envuelve quitándote las ganas.

Que, entre mares y puñales,
entre fuerzas que se agotan,
tus sueños que son males,
y tú, todo quieres, todo explota.

*

Flotan, bailan, saltan y vuelan.
Revolotean como mariposas,
también, como moscas traicioneras.

Su zumbido te atraviesa.

Vibrante.

Constante.

Las posibilidades flotando en cualquier parte.

¿Cuántas hay?

¿Más de cien?

Infinitas, me dijiste.

No quiero tantas, te contesté.

Escoge una, prueba suerte.

¿Y si la suerte está del revés?

Le damos la vuelta.

¿Cómo?

Dando la duda por resuelta.

*

Quién sabe
si se trata de fuerza
o aceptación.
Si, entre el tumulto
está la respuesta.
Si es una suma o una resta,
si es una duda
o una certeza.
Quién sabe por qué cae la nieve
o la lluvia
o por qué centellea el sol.
Quién conoce el brillo de sus colores,
si son también suyos nuestros temores.
Quién sabe.
Nadie nada.
Si es tu voz o tu mirada.
Quizá sea un todo.
Quizá sean mis ganas.
Quizá.
La vida.
Sin más.
Sin menos.
La vida.

*

Recuerdo que fue un segundo,
tan solo un instante.
Una imagen tuya en mi retina,
una nota discordante.
Conexión inesperada,
sentimientos desbordantes.
Entre otras mil cosas,
me mostraste
la alucinante inmensidad de las dudas flotantes.

Anexo

Acerca del Trastorno Límite de la Personalidad:

No ha sido fácil escribir sobre esta enfermedad. Es un tema complicado que he conocido de primera mano y sobre el que me apetecía escribir. Espero haberlo hecho con la sensibilidad y el rigor necesarios. Si bien, esa parte del libro está basada en la realidad, quiero aclarar que es una realidad tan solo mía y de mi entorno, en ningún caso es un patrón que se pueda aplicar a otras situaciones o personas.

AGRADECIMIENTOS

Sin ningún atisbo de duda, en esta ocasión tengo que agradecer a toda esa gente que me ayudó cuando perdí las diez mil palabras. Gente que respondió a mi grito de auxilio en Instagram y que trató de buscar soluciones, que se puso en mi lugar y que sufrió conmigo. No puedo nombrar a todos, pero os lo agradezco de corazón.

A mi hermano, el experto en tecnología, por estrujarse el cerebro de todas las formas posibles, por mandarme tutoriales, hacer decenas de pruebas y soportarme. Gracias por eso y por ayudarme con esta historia, algo nada fácil y que hiciste, como siempre, con toda tu generosidad.

A mi amiga y compañera Selva Palacios @selva_palacios, por escucharme lloriquear y poner el grito en el cielo en demasiados audios. Por sufrirlo a mi lado, por tratar de tranquilizarme y, sobre todo, por animarme a reescribir e infundirme la seguridad que necesitaba para ello. Sin ti, esta historia no habría llegado a su fin. Aprovecho también para agradecerte tu valioso papel como lectora cero y por haber vivido tan intensamente la historia de Ada y Biel. Qué suerte tengo de contar contigo.

A Ana Guerra, mi otra cero. Fuiste clave, lo sabes bien, y te agradezco enormemente el tiempo dedicado, algo que no te sobra. La parte de Trabajo Social habría quedado muy coja sin tus aportaciones.

A mi prima Ariadna, que siempre se presta a que le robe un poco de tiempo y que se sumerge en mis historias de lleno. ¿Por qué tus ojos ven más que los míos?

A Rosario, por esperar con ganas cada una de mis historias y por el apoyo constante. Qué bonita eres.

Y para terminar, a todos vosotros, los lectores que hacéis posible este bonito mundo de las letras, los culpables de que nuestros libros cobren vida, el auténtico sentido de toda esta locura que es escribir. Ojalá esta historia os haya removido algo por dentro y, como siempre, millones de gracias por elegirme.

Escribo estas líneas emocionada, no lo puedo evitar. Y es que me siento tremendamente afortunada de poder compartir mis delirios mentales con vosotros.

Nos vemos en la próxima aventura.

Noemí Quesada.

SOBRE LA AUTORA

Nací en Murcia en agosto de 1986. Amante de las letras, he leído y escrito desde siempre. Al principio, lo hacía de forma privada, y la primera vez que decidí publicar algo fue a través de un blog de cocina, una de mis otras pasiones. Eso me hizo dar un paso más y me atreví a autopublicar mi primer libro *Fuegos de Sol*, una recopilación de reflexiones que había estado escribiendo a lo largo de los años en un blog que solo yo conocía. Ese fue el detonante para escribir mi primera novela de ficción. Hasta ahora he publicado catorce libros, todos disponibles en Amazon. También he publicado dos de ellos con Kamadeva editorial.

[*Fuegos de Sol*](#)

[*Vuela conmigo y Siempre contigo*](#) (Bilogía Alas negras)

[*Las cosas que algún día te diré*](#)

[*Mon petite Mon*](#) (Kamadeva editorial)

[*Destino Islandia*](#)

[*La chispa adecuada*](#) (Kamadeva editorial)

[*Inevitables*](#)

[*Hemos venido a jugar*](#)

[*Nuestro lugar en el mundo*](#)

[*A piel desnuda*](#)

[*El tiempo en el que fuimos libres*](#)

[*No vamos a ser un jodido amor de verano*](#)

Si quieres mostrarme tu apoyo, puedes hacerlo de muchas formas. Una de ellas es dejando valoraciones y reseñas en cualquiera de las plataformas que hoy en día tenemos a nuestra disposición. Es la mejor herramienta que tenemos para conseguir llegar a más lectores y que nuestras historias permanezcan vivas.

Estas son mis redes sociales

Instagram: [@noemiquesadaescritora](#)

Web: [Noemí Quesada](#)

Facebook: [Querido Freddy](#) (Noemí Quesada)

Blog: [Querido Freddy](#)

Wattpad: [@NoemiQuesada](#) (Noemí Quesada)

Si te ha gustado este libro...

Inevitables



¿Crees en el amor a primera vista?

Oliver, a sus dieciocho años, ya sabe lo que es un flechazo. Se enamoró de Cassandra nada más verla salir del coche aquel verano en el pueblo de sus padres, pero ella solo tuvo ojos para su amigo. Ahora, un año después, Oliver se muda a Madrid para probar suerte como dibujante y, lo que no imagina, es que esa historia que intentó dejar atrás, sigue muy presente.

Ella, hija de unos prestigiosos abogados, tiene claro que quiere recorrer su propio camino, llevando una vida tranquila entre documentos y su querida zona de confort. Lo que no sabe es que su vida entera está a punto de sufrir una eclosión con la llegada de un joven.

¿Qué importa la edad cuando la química es tan inevitable?

Según él, nada. Según ella, todo.

Una decisión cobarde, un juego arriesgado, secretos inconfesables... Conexión. Cassandra, Oliver, Sophie, Nacho, Lara y Javi.

El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Hemos venido a jugar



Todo empezó con unas inocentes clases de yoga.

Sophie necesitaba prepararse para un papel y Yago estaba dispuesto a dárselas por un módico precio.

Spoiler: de inocentes no tenían nada y el precio era desorbitado.

Sophie brilla, sueña, lucha, cree, confía, ríe, disfruta, vive.

Sophie tiene un plan y, cuando ella planea algo, el mundo entero tiembla.

Yago se estremece.

Yago es chico de aguas mansas, de chacras y aguacates. No cree en la magia y cuenta de cinco en cinco.

Y cuando dos planetas tan distintos colisionan... Toca replantearse las leyes de la física.

¿Estáis preparados? ¡Que comience el juego!

Nuestro lugar en el mundo



Los veranos en la campiña italiana son algo inolvidable, sobre todo si los compartes con alguien especial. Pero la vida siempre reclama su hueco y el tiempo acaba por enredarlo todo. O no. Quizá el tiempo acaba siendo necesario. Quizá la vida tiene un plan para todos nosotros. Quizá, aquello que apenas empezó a tomar forma, resurge con el viento, como unas ascuas que permanecieron candentes a través de los años.

Tres vértices de una misma figura y la ciudad de Edimburgo como principal testigo.

Decir adiós nunca fue fácil.

Sanar las heridas es una ardua tarea.

Aceptar nuestra verdad es lo más valiente que haremos nunca.

A piel desnuda



¿Qué es el éxito para ti?

Veka: poder vivir de tu sueño.

Luka: ¿el éxito? Fama, dinero, chicas, reconocimiento a nivel mundial.

Thor: que se aprecie tu talento y que la gente quiera compartirlo contigo.

Leis Davidde: el éxito es conseguir que algo de lo que haces mejore un poco el mundo.

Esta es una historia que habla sobre cuatro amigos.

Es una historia que habla de música, de sueños, de miedos, de relaciones, de primeros amores pero no de últimos. Una historia que trata sobre el éxito, sobre la fama, sobre todo lo que se entreteje en el camino hacia ella.

Esta es una historia que habla de cuatro amigos que decidieron perseguir su sueño y de todo lo que ocurrió mientras tanto.

Esta es su historia.

Ellos son Helluve.

El tiempo en el que fuimos libres



Los Gestores del Tiempo han llegado a la Tierra para quedarse. En el año 2075 el dinero ha dejado de existir y la nueva moneda de cambio es el querido ypreciado tiempo, algo que siempre hemos creído nuestro. Rainbow y Adam se conocen en dos mundos muy diferentes, aunque en realidad es el mismo. Él no contempla la vida sin disfrutar de un bombón de chocolate, una película de culto o la música, placeres que están penados al considerarse innecesarios para vivir. Ella no concibe gastar sus unidades de tiempo en algo que traspase los límites de los Gestores. Pero, entonces, Rainbow descubre la otra cara del mundo o, más bien, Adam se la enseña, y las preguntas comienzan a aparecer. Junto a ellas, la necesidad de respuestas. ¿Somos realmente libres si coaccionan nuestra capacidad de elección? ¿Puede el amor superarlo todo?

«No somos el tiempo que tenemos, sino lo que hacemos con ese tiempo»



No vamos a ser un jodido amor de verano

El verano es la época perfecta para cometer locuras, ¿verdad?

Así es como comienza esta historia, con tres amigas a punto de brindar para inaugurar el inicio de sus ansiadas vacaciones en Menorca. Con Cloe en busca de un abridor para poder descorchar la botella. Con un vecino que se lo presta.

¿Es posible que Cloe no haya reconocido al chico que le ha abierto la puerta? Efectivamente, no tiene ni idea de quién es, por mucho que él se haya convertido en un famoso cantante por el que todo el mundo suspira.

Pero habrá tiempo para conocerse, para embarcarse en un proyecto de rodaje que les obligará a pasar mucho tiempo juntos, para que la música les haga vibrar. El verano no ha hecho más que comenzar y todo es posible. Aunque esto no es cierto, agosto también llegará a su fin y, junto a él, acabará el idílico verano que están a punto de vivir.

Qué tendrán los amores veraniegos, tan intensos como fugaces...

